BRUGUERA * LIBRO CLASICO *

BRUGUERA * LIBRO CLASICO * BRUGUERA * LIBRO CLASICO * BRUGUERA * LIBRO CLASICO

PIERRE CORNEILLE

TEATRO

MELITA
EL CID
HORACIO
NICOMEDES

Edición a cargo de la profesora
doña Teresa Suero Roca

UNIVERSIDAD ... DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
DONADA EN ... QUITO

Sistema Integrado de Bibliotecas
Biblioteca digital UCE
Calle Jerónimo Leyton y Gato Sobral – Cdla. Universitaria
+593 2230757 ext: 808 biblioteca.general@uce.edu.ec

BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta del mismo.

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación Art. 212 numeral 9, Literal ii "(…) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (…) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones" y literal vii "La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad".

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Este libro está disponible físicamente en:

BIBLIOTECA	Biblioteca Facultad de Artes			**PISO**	
				ESTANTE	04
				BANDEJA	08
CONVENIO INTERINSTITUCIONAL		**UNIVERSIDAD**			

5009799 D.
L. 42

PIERRE CORNEILLE

TEATRO

MELITA
EL CID
HORACIO
NICOMEDES

Con un estudio preliminar y bibliografía seleccionada por la profesora doña Teresa Suero Roca

UNIVERSIDAD CENTRAL
CONTROL DE BIENES
5009799

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA • BOGOTA • BUENOS AIRES • CARACAS • MEXICO

Título original: MÉLITE, LE CID, HORACE, NICOMÈDE

© T. Suero Roca - 1973
Estudio preliminar

© F. L. Cardona Castro - 1973
Traducción

© Salmer - 1973
Cubierta

La presente edición es propiedad de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

1.ª edición: junio, 1974

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN 84-02-03796-8
Depósito legal: B. 24.315 - 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Nuestro LIBRO CLASICO se publica bajo la dirección de:

D.ª ANGELES CARDONA DE GIBERT. Doctor en Filología Románica - Catedrático de Lengua y Literatura Españolas del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Verdaguer», de Barcelona Colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Profesor de la Universidad de Barcelona.

Contribuyen con la redacción de estudios preliminares, aportación de textos, fijación y transcripción de los mismos, notas, bibliografías, traducciones, etc., entre otros, los siguientes protesores, relacionados por orden alfabético:

D JUAN ALCINA FRANCH. Catedrático de Lengua y Literatura Españolas del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Maragall», de Barcelona.

D. JUAN ALCINA ROVIRA. Licenciado en Filosofía y Letras. Profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.

D. LUIS ALBERTO BLECUA. Catedrático de Lengua y Literatura Españolas del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Infanta Isabel», de Barcelona.

D. FRANCISCO LUIS CARDONA CASTRO. Doctor en Historia - Protesor Agregado a la cátedra de Historia y Geografía del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Juan de Austria», de Barcelona.

D. ANTONIO COMAS. Doctor en Filología Románica - Catedrático de la Universidad de Barcelona.

D.ª CARMEN CONDE DE OLIVER. Escritora.

D. MANUEL CRIADO DE VAL. Doctor en Filología Románica - Profesor de la Universidad de Madrid - Colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Director de OFINES.

D.ª MARIA DEL DULCE NOMBRE ESTEFANIA ALVAREZ. Doctor en Filología Clásica - Catedrático de Lengua y Literatura Latinas del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Alfonso X», de Murcia.

D. MANUEL FERRER LLUCH. Doctor en Filología Románica Catedrático de Lengua y Literatura Españolas del Instituto Nacional de Enseñanza Media Mixto de Vinaroz, Castellón.

D JUAN CARLOS GARCIA BORRON Doctor en Filosofía Catedrático de Filosofía del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Joanot Martorell», de Barcelona - Profesor de la Universidad de Barcelona.

D. LUIS GUARNER. Catedrático de Lengua y Literatura Españolas del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Cid Campeador», de Valencia C de la Real Academia Española · C. de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.

D JERRY L. JOHNSON. Doctor en Filología Románica · Catedrático de Español de la Universidad de Virginia (EE UU.) · Director para España del Council on International Educational Exchange. Sevilla.

D.ª MARIA MARTINEZ DEL PORTAL. Doctor en Filología Románica · Profesor de Lengua y Literatura Españolas del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Yecla, Murcia.

D. JOSE MIGUEL MINGUEZ SENDER. Doctor en Filología Moderna · Profesor Agregado del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Ausias March», de Barcelona · Colaborador de la revista Humboldt.

D. JOSE ONRUBIA DE MENDOZA. Doctor en Románicas · Licenciado en Derecho.

D. JULIO PALLI BONET. Doctor en Filología Clásica · Catedrático de Lengua y Literatura Griegas del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Menéndez y Pelayo», de Barcelona

D.ª LIDIA PONS GRIERA. Licenciado en Filosofía y Letras · Profesor de la Universidad de Barcelona.

D. JOAQUIN RAFEL FONTANALS. Licenciado en Filosofía y Letras · Profesor de la Universidad de Barcelona.

D.ª MARIA JUANA RIBAS DE DANES. Licenciado en Filosofía y Letras.

D. ANTONIO ROSELL TORRENS. Profesor Agregado a la cátedra de Filosofía del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Verdaguer», de Barcelona

D. AGUSTIN DEL SAZ. Doctor en Letras · Catedrático de Lengua y Literatura Españolas del Instituto Nacional de Enseñanza Media «Ausias March», de Barcelona.

D.ª TERESA SUERO ROCA. Licenciado en Filosofía y Letras.

D. BENITO VARELA JACOME. Doctor en Filología Románica · Catedrático de Lengua y Literatura Españolas del Instituto «Arzobispo Gelmírez», de Santiago de Compostela · Profesor de la Universidad de Santiago de Compostela.

Secretaria de Redacción:

D.ª M.ª MONTSERRAT MARTI BRUGUERAS. Licenciado en Filosofía y Letras · Colaborador del Departamento de Geografía de la Universidad de Barcelona.

CUBIERTA: Luis XIV con los atributos de Rey Sol, por Hyacinthe Rigaud. Museo del Louvre, París.

CONTENIDO

ESTUDIO PRELIMINAR 11

El hombre y su obra 11

El teatro y su organización hasta le época de Corneille 15

Los géneros teatrales antes de Corneille . . . 20

El sistema dramático de Corneille 23

Elementos cornelianos: el héroe, el amor, el conflicto, la voluntad y la moral 27

Corneille y su arte de escritor 31

MELITA 32

EL CID 33

HORACIO 36

NICOMEDES 38

BIBLIOGRAFIA 41

TEATRO

MELITA 45

Al señor de Licanor 47

Al lector 48

Argumento 49

Examen 50

Personajes 54

El Cid 117
Personajes 118
Horacio 183
Carta a Monseñor el Cardenal Duque de Richelieu 185
Examen 188
Personajes 194
Nicomedes 251
Personajes 252

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ESTUDIO PRELIMINAR

El hombre y su obra

Pierre Corneille nació en 1606 en Ruán. Pertenecía a una familia de la pequeña burguesía, una antigua familia de magistrados normandos; su padre era *maître des eaux et des forêts*, y debido a sus servicios y desvelos (aunque hay quien dice que a causa del éxito alcanzado por *El Cid* de su hijo, ignorándose, pues, la verdadera razón), fue elevado por el rey al rango de la nobleza. Entre los seis hermanos que tuvo Corneille cabe destacar a Thomas, menor que él, que también fue autor dramático.

En la misma ciudad de Ruán hizo sus primeros estudios brillantemente en el colegio de los jesuitas, donde entró a los nueve años; de ellos recibió una sólida formación clásica, sintiendo ya entonces una gran predilección por los estoicos latinos, sobre todo Séneca y Lucano, y por su elocuencia razonadora; se imbuye también de las enseñanzas filosóficas de sus profesores, que concedían suma importancia a la voluntad en la vida moral. Por aquellos tiempos lleva, además, una vida muy devota, entregándose a prácticas religiosas.

Al salir del colegio, en 1622, sigue la carrera de Derecho, llegando a ser abogado del Parlamento de su ciudad natal. Pero por poco tiempo se dedicó a la jurisprudencia, pues debido a su timidez en público y a su escasa facilidad de palabra no logró pleitear con éxito y pre-

firió la poesía y el teatro. Sin embargo, la carrera le enseñó el gusto por los razonamientos sutiles. Se dedica entonces a vivir alegremente, y más tarde su padre le proporciona la plaza de abogado del rey en el palacio de Ruán.

Tras haber escrito *Melita*, su primera comedia, la hizo representar en 1629 en París, y con ella conquistó la celebridad. Siguieron después las comedias *La viuda* (1631), *La Galería del Palacio* y *La doncella de compañía*, todas ellas comedias de intriga, llenas de obstáculos, de astucias, de celos, y de complicada trama un tanto artificial. Muchas de sus comedias son cuadros de la vida real, escenas de la vida cotidiana de París. En este aspecto destaca, sobre todo, *La Plaza Real* (1634), donde se anuncia ya el futuro conflicto corneliano, aunque en forma de caricatura.

Por aquel entonces se dedica también a la tragedia, pero con menor fortuna. En 1631 aparece la tragicomedia *Clitandro*, y en 1635 *Medea*, tragedia inspirada en Séneca; ambas resultan poco verosímiles. Sin embargo, Corneille no ha abandonado del todo la comedia, ya que en 1636 surge a la luz *La ilusión cómica*, obra muy compleja y extraña.

En 1633 es presentado al cardenal Richelieu, y éste forma una sociedad literaria de cinco autores que se encargarán de escribir piezas sobre ideas presentadas por el cardenal; tales autores serían Rotrou, Colletet, Boisrobert, L'Estoile y, por supuesto, Corneille. Pero esta clase de tarea no va muy de acuerdo con su genio y pronto abandonará París, adonde se había trasladado tras el éxito de *Melita*, regresando a Ruán. Por esta razón, Richelieu se sentirá ofendido y, seguramente, por ello intervendrá más tarde activamente en la famosa querella contra *El Cid*.

El Cid se representó a principios del año 1637. Corneille tenía entonces treinta años y significó para él la conquista definitiva de la gloria. Pero las críticas que esta obra suscitó le llenaron de amargura y pasó tres

años sin ofrecer ninguna pieza, hasta que en 1640 aparecieron *Horacio* y *Cinna*, tragedias romanas en las que sigue rigurosamente las tres unidades dramáticas; más austeras y menos tiernas y sentimentales que *El Cid*, están perfectamente realizadas; en ellas el autor pinta la grandeza romana en todo su esplendor.

En este mismo año de 1640 contrae matrimonio con Maria de Lampérière, hija de un teniente general de Andely; la pareja se instala entonces definitivamente en Ruán, pero Corneille acudía con frecuencia a París, y sobre todo al Hôtel de Rambouillet. Dos años más tarde, en 1642, surge *Polieucto*, obra en que junto a la grandeza romana, representada por Severo, aparece la grandeza cristiana, representada por Polieucto. Con esta obra, Corneille inaugura el género de la tragedia de tema sagrado que proliferará considerablemente a partir de él; en *Polieucto* se manifiestan claramente el fervor místico del autor y su inspiración cristiana. Siguen luego la tragedia *Pompeyo* (1643), una comedia, *El mentiroso* (1643), que se completa con la *Continuación del mentiroso* (1644), las cuales, al igual que sus predecesoras, son comedias de intriga, ambas muy influenciadas por *La verdad sospechosa*, de Alarcón.

A partir de este momento, Corneille sigue un nuevo rumbo, orientándose hacia el melodrama; así, *Rodogune* (1644) y *Heraclius* (1647), piezas muy teatrales y espectaculares. En este mismo año de 1647, Corneille ingresa en la Academia Francesa. No mucho antes, en 1645, había escrito una nueva tragedia sagrada, *Teodora, virgen y mártir*. Escribe después *Andrómeda* (1650), sacada de las *Metamorfosis* de Ovidio, la comedia heroica *Don Sancho de Aragón* (1650), la tragedia *Nicomedes* (1651), que obtuvo muy buena acogida, y *Pertarita* (1651). Desde entonces, Corneille se aleja del teatro, al que parece renunciar, y se entrega a la meditación y al lirismo sagrado, que le lleva a adaptar en verso la *Imitación de Cristo* (1651-56). Al mismo tiempo, durante el período en que se mantiene alejado de la escena, reflexiona también acerca

de su arte y su sistema dramático, y escribe tres discursos: *De la utilidad y de las partes del poema dramático, De la tragedia* y *De las tres unidades*; es asimismo en esta época cuando redacta los *Exámenes* de todas y cada una de sus obras, las cuales serán publicadas en 1660, en la primera edición completa de su teatro.

No obstante, en 1659 vuelve de nuevo a la escena con *Edipo*, que sin ser una gran obra obtendría éxito, el último de su autor. Al año siguiente da a luz *El Toisón de oro*. Reemprende otra vez la historia romana con *Sertorio* (1662), *Sofonisba* (1663) y *Otón* (1664). Aparecen *Agesilao* y *Atila*, ambas en 1666. Pero en todas estas tragedias se advierte la decadencia de Corneille: Racine ha empezado a hacerle sombra; parece ser que Enriqueta de Inglaterra, con intención de confrontar a los dos autores escribiendo sobre el mismo tema, les plantea dar a la luz una nueva obra; ésta será *Tito y Berenice* (1670), y a juicio de los contemporáneos, *Berenice* marcará la superioridad evidente de Racine. El triunfo de su oponente, más joven que él, producirá en nuestro autor una gran amargura, pero no por ello deja de escribir. Siguiendo su línea mística, traduce el *Oficio de la Santísima Virgen con los siete Salmos Penitenciales, las Vísperas y Completas del domingo y todos los himnos del Breviario romano* (1670). En 1671 aparece la tragedia *Psique*, en 1672 *Pulqueria* y en 1674 *Surena*, cuyos notables valores no fueron reconocidos por el público.

Todos estos últimos años de su vida no fueron muy felices para nuestro autor. En 1674 uno de sus hijos murió en la guerra. Aparte de esto, su gloria como escritor declina; al mismo tiempo se le presentan dificultades económicas, aunque no hasta el punto que generalmente se cree. Parece ser que la pensión consistente en dos mil libras anuales concedidas anteriormente por Mazarino es suprimida, aunque más tarde se le pagó de nuevo, pero con cierta irregularidad. Sin embargo, antes de su muerte tiene la satisfacción de ver que el público vuelve a favorecerle; el mismo rey Luis XIV, en 1676, hace repre-

sentar en Versalles varias obras de Corneille (*Horacio, Cinna, Pompeyo, Edipo, Sertorio* y *Rodogune*), y seis años después se publica otra edición de sus piezas teatrales, hasta que, conocido ya en toda Europa, muere el 1.° de octubre de 1684.

El teatro y su organización hasta la época de Corneille

Antes de que nos introduzcamos de lleno en la obra de Corneille conviene referirnos a la organización de los teatros durante los siglos XVI y XVII, y a la situación en que se hallaban los géneros teatrales al surgir la gran figura del siglo XVII francés, llamado por excelencia «siglo del teatro», pues no sólo pertenecen a él Corneille, Racine y Molière, sino que en este siglo vieron la luz la Opéra y la Comédie Française. Nos ocuparemos ahora de la organización de los teatros.

Durante el siglo XVI las representaciones que tenían lugar en París estaban a cargo de los Cofrades de la Pasión, quienes ponían en escena misterios sagrados siguiendo la línea de la Edad Media. Llegó un momento, concretamente el 17 de noviembre de 1548, en que el Parlamento de París prohibió que se representaran esa clase de misterios, y, por el contrario, permitió las representaciones de carácter profano, pero a condición de que fueran «honestas y lícitas, sin ofender ni injuriar a nadie». De este modo se daba muerte a la tradición teatral del país, y se cerraba el paso a una normal evolución del teatro. Se empezó entonces a imitar pedantemente la tragedia clásica, y tales imitaciones proliferaron, abundando las tragedias basadas en la historia, cualquiera que ésta fuera (bíblica, clásica, contemporánea). En estas tragedias tenía mucha importancia el elemento extraordinario (presagio, apariciones), y la mayoría de ellas poseen escaso valor.

Todas estas obras eran representadas por titiriteros, especialmente en las ferias, como las de Saint-Germain

y Saint-Laurent, que tenían lugar, la primera, de febrero a la semana de Pasión, y la segunda, de julio a setiembre; acudían a ellas acompañando a médicos o «empíricos» que anunciaban sus productos en barracas provisionales, y los comediantes atraían a la multitud poniendo en escena sus representaciones en tablados improvisados. El resto del año se organizaban en París compañías de cómicos que recorrían las diversas provincias francesas. Entre los titiriteros destacaban Mondor, Tabarin y Bruscambille, y las más famosas compañías ambulantes fueron las de Floridor, Filandro y, sobre todo, la de Molière.

Pero en la capital, el monopolio de las representaciones estaba a cargo de los Cofrades de la Pasión; no había en París ningún otro teatro. Actuaban en el Hôtel de Borgoña, pero viendo, hacia finales de siglo, que tenían muy poco éxito, alquilaron su sala (1599), cediendo sus privilegios a la compañía ambulante de Vallera-Lecomte, de la que más tarde saldría el autor Hardy; no obstante, hasta 1628 no se instalaron definitivamente en ella. Luis XIII les autorizó entonces a tomar el nombre de *Troupe Royale*, y gozaron de una situación oficial privilegiada. En adelante representaron farsas, siendo los principales comediantes Gros-Guillaume, Turlupin y Gautier-Garguille, y después se dedicaron a las tragedias, destacando los actores Floridor, Montfleury, Bellerose, Poisson, y, especialmente, la Champmeslé, que más tarde interpretaría a Racine. Esta sala sobrevivió hasta 1680.

Sin embargo, en 1600 comenzó ya la competencia al instalarse una nueva compañía, bajo la dirección de Mondory, en el local de juego del Marais. La nueva compañía representó farsas al principio, en las que sobresalió Jodelet, y más adelante piezas de tramoya. Pero al no poder encargarse Mondory de la dirección, el teatro fue decayendo, hasta que en 1673 cerró la sala y disolvió la compañía, pasando muchos de los actores a engrosar la de Molière o al Hôtel de Borgoña. La de Molière fue en sus orígenes una compañía ambulante que al fin, en 1658, se

instaló en París, en la sala del Petit-Bourbon, y después (1661) en el Palais-Royal, mandado construir por Richelieu. En su compañía había magníficos actores, tales como Armande Bejart, su esposa, Baron —formado por el propio Molière—, el matrimonio Du Parc, La Grange, Du Croisy. Pero al morir Molière su compañía abandona el Palais-Royal y emigra al Hôtel Guénégaud, adonde se trasladan también, por una orden real, los mejores actores procedentes del teatro del Marais. No obstante, la compañía comienza a declinar al faltarle su director, y empiezan las disensiones internas, disensiones que se producirán asimismo en el seno de la compañía del Hôtel de Borgoña. Las dos, que en un principio eran rivales, deciden unirse, y deseando Luis XIV que en París haya una sola compañía, autoriza la fusión y le concede el privilegio de ser la única que represente comedias en París. Esto sucede en 1680, y así nace la Comedia Francesa, que en 1687 se instala en la actual calle de la Ancienne-Comédie. Más tarde se le construyó lo que hoy es el Odeón.

En Francia encontró acogida también la comedia italiana; fue María de Médicis quien reclamó a los comediantes de su patria, que hallaron muchos adeptos en la capital francesa, a pesar de representar en su lengua nativa. No obstante, el idioma italiano estaba muy extendido en Francia, donde se admiraba la técnica teatral del vecino país y la expresiva mímica de sus actores. Al principio compartieron con Molière la sala del Petit-Bourbon, más tarde la del Palais-Royal, y por último se instalaron en la sala del Hôtel de Borgoña (1680), que quedó sólo para ellos. Los actores italianos, y especialmente Scaramouche y Trivelin, gozaban del favor del público, que veía con placer cómo se desenvolvían en el escenario los tipos consagrados e invariables de la *commedia dell'arte*: Pierrot, Arlequín, Pantalón, Polichinela, Escapín. Primeramente representaron obras italianas, pero más tarde pasaron a representar también piezas francesas.

Al mismo tiempo que triunfaba el teatro, se puso de

moda un nuevo género que hacía tiempo triunfaba en Italia: la ópera, en la que se combinaban la música, la poesía y la danza. La afición a esta clase de representaciones aumentó rápidamente, hasta que en 1669, Luis XIV autorizó la creación de una Academia de Opera o Representaciones en Música, con Lulli para la música y Quinault para los libretos. Así surgió la Academia Real de Música.

Estas eran, pues, las compañías que había en Francia en la época de Corneille. Sin embargo, su organización era todavía muy rudimentaria. En los primeros tiempos, las representaciones eran bastante distanciadas; después, hacia 1660, se hicieron tres veces por semana: el viernes, que era el día del estreno, el domingo y el martes. En las grandes fiestas religiosas se descansaba, así como a lo largo de toda la Cuaresma. Finalmente, al crearse la Comedia Francesa (1680), las representaciones se hicieron diarias. En invierno se ponían en escena tragedias y en verano comedias. La hora fijada para iniciar la función era primitivamente la de las dos, pero con el tiempo se fue retrasando cada vez más, hasta llegar incluso a después de las vísperas, de modo que la función concluía hacia las siete. Carteles llamativos y de diversos colores anunciaban el espectáculo; no obstante, eran sobre todo los «oradores» de la compañía los que se encargaban de tal tarea, necesitando para ello tacto, inteligencia y autoridad. Una vez terminada la obra daban a conocer la siguiente función. Oradores fueron Floridor y Bellerose en el Hôtel de Borgoña, Mondory en el teatro del Marais y La Grange y Molière en el Palais-Royal.

Las salas de los espectáculos eran más o menos como en la actualidad, largas y estrechas, con el patio reservado para los hombres, que permanecían de pie, y galerías y palcos formando como un óvalo, para el público distinguido, reservándose los palcos para las mujeres. En 1656, por influencia inglesa, cierto número de asientos a ambos lados de la escena se destinaron a los espectadores de categoría. La escena era muy pequeña y aparecía ilumi-

nada por velas de cera sujetas al muro. La rampa no existía aún, y la puesta en escena era muy rudimentaria; a principios del siglo XVIII se utilizaban todavía decoraciones simultáneas, como en la Edad Media. Al imponerse la unidad de lugar, sólo hubo en los escenarios una decoración, empleándose para la comedia una plaza de ciudad o un interior estilizado. Pero, por influencia italiana, se desarrolló el gusto por la decoración fastuosa, hasta el extremo de que adquieren gran importancia los efectos de perspectiva y de maquinaria (nubes que se mueven en el cielo, mar agitado...). De igual modo los actores ponían mucho interés en poseer un lujoso vestuario, que, como sucedía con la decoración, muchas veces no guardaba relación alguna con la época en que se situaba la obra representada; por ejemplo, no tenía nada de particular que un actor vestido a la romana llevara guantes y sombrero de plumas; ni actores ni público se sorprendían. No se preocupaban, pues, por el color local ni por el realismo en la decoración y vestuario. Era frecuente utilizar para la tragedia el vestido a la romana, a la turca o a la española, y para la comedia, el vestido normal de ciudad.

Tal era la organización de los teatros en tiempos de nuestro autor. A pesar de sus defectos de vestuario y decoración, de la dicción enfática y monótona de la tragedia, que Molière, acercándose a la dicción natural, intentó evitar, hizo las delicias del público. No obstante, la profesión de los comediantes era menospreciada; la Iglesia se puso contra ellos, tachándoles de inmorales, y los excomulgó. El teatro en sí era también tachado de inmoral, en especial por los jansenistas. Pero, con todo, triunfó.

Los géneros teatrales antes de Corneille

Hemos dicho antes que al permitir el Parlamento de París las representaciones profanas y prohibir los misterios sagrados se cerraba el paso a una normal evolución del teatro, que se vio invadido por una interminable serie de tragedias históricas. Poco a poco se fue llegando a una auténtica crisis de la tragedia, crisis que llegó a su punto álgido hacia 1620, y que duraría hasta 1634. Sin embargo, contribuirían en gran medida al florecimiento del teatro las compañías de cómicos ambulantes, que con su amplio repertorio lo sacarían de la superficialidad, pedantería y languidez que caracterizaban a las tragedias neoclásicas. Una de estas compañías, la de Valleran-Lecomte, tenía como poeta a sueldo a Alexandre Hardy (1569-1632), que escribía piezas para sus compañeros. De inagotable fecundidad, puesto que creó unas 600 ó 700 obras, no fue ningún autor excepcional, sino tan sólo un artista bastante mediocre. La presentación escénica siguió siendo la misma de antes (esto es, la decoración simultánea), y por otra parte, Hardy no se desembarazó de las escenas violentas, por las que sentía extraordinaria afición: asesinatos, batallas, suicidios. Su acierto consiste en que conocía a la perfección los secretos del teatro; su infalible instinto dramático le hizo comprender que suprimiendo el coro de las tragedias, dando agilidad a la acción —que hasta entonces había aparecido tan recargada y amplificada retóricamente—, confiriendo a sus piezas más movimiento, más vivacidad al diálogo y más verosimilitud dramática a los discursos, y equilibrando en los actos el número de versos, dando a aquéllos un contenido propio, las obras ganarían mucho en calidad. En el conjunto de sus obras es de destacar la tragedia *Dido sacrificándose*, en la que centra la acción en un conflicto psicológico, señalando así una dirección peculiar del neoclasicismo dramático francés. De este modo

consiguió infundir vida al languideciente teatro moderno y sacarlo de la oscuridad y el menosprecio en que lo tenía la alta sociedad, preparando el camino que más tarde seguiría Corneille. Con todo ello, Hardy, continuando la tradición de la tragedia del siglo XVI, la hace evolucionar hacia la tragicomedia y hacia la tragedia clásica.

Pero mientras la tragedia decaía, así como la comedia, cobraban auge otros dos géneros intermedios: el pastoril y la tragicomedia. El primero, imitado de los españoles y de los italianos, consiste en piezas de teatro que se representan con decoración bucólica; sus protagonistas son pastores de hermoso lenguaje, cuya preocupación esencial es el amor, contrariado casi siempre. La tragicomedia no es más que una tragedia de final feliz. A ambos géneros se dedicaría también Hardy. En los dos tiene una gran importancia el amor, y al estudiar atentamente su psicología, preparan así el advenimiento de la tragedia clásica.

Estos eran los caracteres predominantes de la literatura barroca que seguía la línea del siglo anterior; era una literatura que carecía de verosimilitud y en la que tenían un importante papel la fantasía y la imaginación, despreocupándose por lo tanto sus representantes de cualquier regla que pudiera trabar la libertad de la inspiración. No tienen en cuenta la separación de los géneros, mezclan lo cómico y lo trágico, escriben piezas teatrales cuya acción tiene lugar en muy diversos escenarios y que transcurre durante largos períodos de tiempo, incluso durante varios años. Esa libertad e independencia dramática lleva a los escritores a cultivar el exceso en todas sus formas; no sólo se busca lo inverosímil, sino también lo indecente, lo sobrenatural y extraordinario, el horror. En medio de todo este panorama, es evidente que Hardy tuvo que sobresalir, aun siguiendo los caracteres propios de la época. Sin embargo, es Mairet (1604-1686) quien destacará sobre todos los autores, marcando la transición entre Hardy y Corneille.

UNIVERSIDAD CENTRAL

La exageración en el teatro había llegado a tal punto que las clases aristocráticas de Francia que, gracias a Hardy, habían comenzado a sentir gusto por el género dramático, se dieron cuenta de que la realidad que se pretendía reflejar distaba mucho de la imagen que pretendía reflejarla, y preconizaron un principio totalmente opuesto a la eficacia y a la belleza literarias: la razón; todo cuanto aparecía en escena no les pareció ni creíble ni razonable; no era lógico que las ciudades, y hasta los países, estuvieran separados por escasos metros, ni que un personaje envejeciera considerablemente en menos de una hora. Se defiende la idea de aproximar en todo lo posible la duración del espectáculo y la duración de la acción que se representa, haciendo que ésta no sobrepase las veinticuatro horas, de mantener una sola acción y en un solo lugar.

Estas serán las tres reglas dramáticas fundadas en la razón que Mairet, después de haber escrito diversas piezas de estilo barroco, introducirá en su tragedia *Sofonisba*, tras haberlas defendido en el prefacio de *Silvanire*. Se pretende encontrar dichas reglas en la *Poética*, de Aristóteles, y *Sofonisba* es la primera obra que las aplica rigurosamente: contribuye a fijar la fórmula de la tragedia, y es considerada como la primera «tragedia regular», a pesar de que en nombre de la verosimilitud, como ocurrirá en numerosas piezas del neoclasicismo, lo único que se consigue es escribir auténticos disparates. El público culto, el único que contará en adelante, encontró cada vez más indispensables las unidades, admitiendo al fin (1640), que todo autor moderno tenía que ceñir sus obras a la exigencia de las reglas. Se ha hallado, pues, la forma de la tragedia, el único género que podía acomodarse al estrecho cuadro que aquéllas ofrecían. A Hardy y a Mairet se deberán, por lo tanto, las nuevas características del teatro. A Hardy, la vida y el movimiento; a Mairet, la lógica y el orden. Pero ellos no serán más que dos iniciadores, casi olvidados al surgir el genio

de Corneille. Este dará el máximo esplendor a la tragedia, concentrando la acción en torno a una crisis moral. *El Cid* será la primera tragedia clásica por excelencia, que alcanzará el máximo esplendor con *Horacio* y *Cinna.*

El sistema dramático de Corneille

Tras haber expuesto lo que antecede, entraremos ahora a hablar de Corneille, comenzando por su sistema dramático. Corneille es un escritor que reflexiona concienzudamente acerca de su arte, profundiza en su esencia y medita sobre los problemas que plantea. Por eso a veces tarda tres años en elaborar una obra. En sus *Discursos* explica sus teorías respecto a lo que debe ser el sistema dramático, y en los *Exámenes*, a cada una de sus obras, expone sus ideas sobre su propio teatro.

Hay que tener en cuenta que existen dos facetas en la producción de Corneille; en su primera etapa, que no abandonará del todo, en la época propiamente de juventud, nuestro autor escribe sobre todo comedias, y algunas tragedias que se hallan muy alejadas de lo que después será el ideal clásico, es decir, de la serie de tragedias que da a luz en la madurez y que se inician con *El Cid*, que representará una etapa intermedia. Corneille tarda años antes de fijar su sistema dramático; esto no ocurrirá hasta 1660, fecha en que aparecen los *Exámenes*. Sin embargo, no hay que fiarse por completo de las teorías que él expone, puesto que muchas veces quitan valor a lo que es en realidad su obra; por lo tanto, es preciso dedicar tanta atención a Corneille teórico como a Corneille creador.

Partiremos de la base de que para él la sumisión a las reglas significó un considerable obstáculo, coartando su libertad de acción. Lo ocurrido con *El Cid* (más adelante hablaremos de ello) le llenó de inquietud, y en lo sucesivo será más precavido. Acepta, pues, las reglas a la fuerza, no porque crea que toda obra literaria debe limi-

tarse al estrecho cuadro que ellas presentan. De ahí que cuando alguna vez las olvide tenga que recurrir a sutiles justificaciones.

La mayoría de las tragedias de Corneille se inspiran en temas de la Antigüedad, o incluso algunas de ellas (esto sucederá sobre todo en las comedias) en producciones españolas. Esto se debe a que para él el tema de la tragedia, su asunto, tiene que estar extraído de la historia o de la leyenda, y ese asunto será un episodio ilustre, extraordinario, que se salga fuera de lo común; la tragedia deberá basarse siempre en la historia o en la leyenda, sin inventar nunca intrigas. Entre ambas, Corneille preferirá la primera, y en especial la historia romana, puesto que la figura del romano —tenaz, enérgico—, presenta el carácter que nuestro autor anhela para sus héroes. Por otra parte, preferirá escoger asuntos que nunca haya tratado nadie, ya que de este modo no cabrá la posibilidad de que tachen sus obras de copias o de imitaciones. Pero no sólo la acción será célebre, extraordinaria, sino también los personajes, que destacarán del conjunto de los hombres por su grandeza de alma o por su elevado nivel social, y así serán héroes o santos, o bien grandes capitanes o monarcas: según él, los hombres ilustres ofrecen más interés para estudiarlos, aparte de que carecen de las trabas que atan a las gentes de inferior condición. De este modo se llegará más allá de la verosimilitud, y aunque a veces sus obras parezcan inverosímiles, demasiado extraordinarias, no podrá creerse así, puesto que al estar basadas en la historia o en leyendas admitidas por el pueblo, se mantienen dentro de la verosimilitud, y el público tendrá que aceptarlo, dado que la historia lo garantiza. Corneille, en vez de buscar lo verosímil en sí, busca verdades extraordinarias, que se salgan de lo verosímil, verdades hechas a la medida de sus héroes, que no por eso dejan de ser verdades; esta inverosimilitud presentará apariencias de autenticidad gracias a la hábil utilización de la historia. Y por lo mismo que prefiere asuntos y personajes fuera de lo común,

siente también especial predilección por las intrigas complicadas, llenas de situaciones y de peripecias sorprendentes. De ahí que a menudo el interés de la intriga se disperse y que el autor no respete debidamente la unidad de acción. Sin embargo, esto no implica que a Corneille le interese lo melodramático, sino que, por el contrario, lo que le preocupa son los problemas psicológicos que surgen de esas mismas peripecias y situaciones, el estudio del pensamiento, que es realmente lo que mueve la tragedia. Esas peripecias, esas situaciones extraordinarias son las que provocan el conflicto. Al mismo tiempo, Corneille, a pesar de apoyarse en la historia y de considerar a ésta como la base de cualquier tragedia, no tiene inconveniente alguno en cambiar a su gusto algunos elementos, concediendo gran importancia a la invención; si es preciso falsear la verdad, lo hace.

Pero lo que más le interesa de la historia es el aspecto político; esto es lo que buscan en ella los contemporáneos de Corneille, es decir, las reglas prácticas de política, y también de moral, que se desprenden de ella. Nuestro autor preconiza la dignidad de la acción trágica, y para conferirle esa dignidad es preciso que en la tragedia se dé algún gran interés de Estado, que aparezcan en ella la venganza o la ambición, pasiones más viriles y más nobles que el amor, el cual quedará relegado a segundo plano. Lo principal de la tragedia es, pues, el aspecto político, en torno al que girarán todas las pasiones, incluso el amor. De ahí que en las tragedias de Corneille abunden las máximas políticas, llegando a plantear asimismo controversias sobre diversos aspectos también políticos. En Corneille, todos los personajes someten sus pasiones al interés del Estado y lo sacrifican todo por él. Por eso el amor, aunque importante, pasa a segundo plano, situándose en el primero la venganza o el amor al poder, o la preocupación por el honor y el deber que se tiene para con la sangre. No obstante, a pesar de que para nuestro autor el amor sea una pasión que implica debilidad, en sus obras ha sido capaz de concebirlo como

una pasión generosa y noble. Pero siente preferencia por las demás, haciendo que su teatro nos parezca a veces demasiado viril, sobre todo algunas figuras femeninas. Sin embargo, hay que tener presente que si Cornelia, por ejemplo (en *Pompeyo*), parece poco femenina, así eran en realidad las mujeres de la época, tal vez demasiado intelectuales. Vale, pues, tener en cuenta que los personajes romanos de Corneille, por más que vayan vestidos de romanos, no son otra cosa que personajes del siglo XVII.

Corneille, gracias a esa predilección por las grandes almas, aportará una importante innovación al terreno de la tragedia. Para Aristóteles, había dos resortes trágicos: la piedad y el temor; la tragedia debía producir en el espectador piedad hacia el personaje simpático que caía en desgracia, y temor de que sus propias pasiones le llevaran a desgracias semejantes. Por esta razón, el héroe no tenía que ser ni del todo bueno ni del todo malo, sino un término medio; de este modo el héroe no irreprochable podrá purgar sus pasiones y producir en el público los efectos antes citados. Pero Corneille no se muestra de acuerdo con esta teoría puesto que, al excluir del teatro a los héroes realmente virtuosos que caen en la desgracia, se excluye también a los mártires, y así no podrían aparecer en él personajes como Polieucto, que no provocan en el público cristiano ninguno de los dos antedichos sentimientos, ni piedad ni temor, sino admiración. En esto consistirá la innovación corneliana, y ella será su resorte trágico. Los principales héroes cornelianos, a partir del Cid, provocarán en nosotros admiración, y no sólo eso, sino que el autor habrá hecho que sus héroes estén dotados de un valor ejemplar.

Elementos cornelianos: el héroe, el amor, el conflicto, la voluntad y la moral

Hemos visto que Corneille siente predilección por las almas fuertes y que los protagonistas de sus tragedias son *héroes*; así es, en efecto, aunque algunos de ellos nos parezcan, y con razón, verdaderos monstruos. Pero es que en Corneille el héroe no se entiende en el sentido que normalmente suele darse a esta palabra, sino en el de que es un ser cuya máxima aspiración reside en la más completa realización de sí mismo, y por lo tanto, también será *héroe* el que se comporte como un monstruo, ya que no es forzoso que dicha aspiración se dirija siempre hacia el bien; en general será así en las tragedias de Corneille, pero no faltan los héroes cuya aspiración reside en el mal, como en el caso de Medea o de Horacio. Su carácter de héroes consiste en que no son seres mediocres, sino poderosas personalidades en las que triunfa su tendencia dominante, sea ésta buena o mala; cualesquiera que sean sus sentimientos, no tiene nada de mediocre ni de vulgar; de ahí que algunos de esos personajes, como Medea o Cleopatra, no ofrezcan un carácter moral digno de nuestra aprobación, ya que la virtud no es cualidad inherente al *heroísmo* que se aleja de la vulgaridad.

Junto a estos *héroes* aparecen en las tragedias de Corneille los seres mediocres, que sienten desprecio y odio hacia aquéllos a causa de su superioridad y su grandeza, e incluso tratan de vengarse de ellos; pero el mediocre, sea vencedor o vencido, es aplastado siempre por la grandeza del *héroe*. Esos seres sólo merecen desprecio, y Corneille no lo oculta al pintarlos a menudo no sólo odiosos, sino grotescos y ridículos. Es preferible ser *héroe*, aun en medio de la bajeza y la degradación, que mediocre y vulgar.

El *héroe*, por el hecho de ser *héroe*, aspira a la com-

pleta realización de sí mismo, y por lo tanto sabe perfectamente lo que se debe para desmerecer ante sus propios ojos del elevado concepto en que se tiene; habla de su gloria, del horror y del deber, y todo esto le importa no por la opinión que los demás podrían formarse de él, sino por su propia opinión, que es lo que en realidad cuenta; si pretende realizar la más alta imagen de sí mismo, es únicamente por no desmerecer en el concepto que de sí tiene, por no degradarse ante sus propios ojos, porque es preciso justificar mediante su conducta el lugar que ocupa en la escala social. Pero todo esto supone un considerable esfuerzo, ya que en su camino se tropieza con obstáculos que es preciso salvar para llegar a la grandeza y a esa realización de sí mismo. De ahí nace una crisis moral en su interior, dado que no tiene más remedio que elegir. Esa crisis será provocada casi siempre por el amor, el cual es para Corneille una debilidad del corazón, y siendo la fuerza del héroe lo que ha de provocar la admiración del público, el amor no será jamás el centro de la acción. Sin embargo, Corneille cree por otra parte que el amor es lo único que merece ser confrontado con la gloria, ya que ambos poseen la misma esencia, aunque muchas veces se opongan; los dos se fundan en la estima, si bien el uno en la estima por el ser a quien se ama, y la otra en la estima de sí mismo. En Corneille, la teoría del amor es totalmente cartesiana; en sus héroes, el amor reside en el conocimiento del bien, y es por lo tanto una tendencia hacia ese bien; la persona a quien va dirigido el amor es amada por la bondad y la perfección que en ella se ve, y si esa bondad y esa perfección son reales, el amor será entonces una virtud y no una debilidad. Pero si la razón hace ver al héroe que el bien que se amaba es falso, o que existe otro bien más alto, lógicamente el objeto de su amor no será ya el mismo, siéndolo a partir de entonces el objeto que se reconoce por más perfecto; así sucede en el caso de Polieucto, que supedita el amor humano al amor divino. De ahí, resulta que el amor estará siem-

pre fundado en la razón, y que el héroe o la heroína buscarán que el objeto en quien depositan ese amor sea digno de recibirlo, es decir, digno de uno mismo.

El conflicto corneliano surge entonces por la oposición entre el honor y el amor; sin embargo, en el fondo, dicha oposición no es tal, puesto que es el mismo amor el que impulsa al héroe no sólo a ganar batallas y a realizar toda clase de proezas, exaltando su gloria, sino a salvaguardar el honor, aunque para ello sea preciso actuar en contra de ese mismo amor. A pesar de todo, no se trata aquí de una lucha en que uno de los dos deba salir triunfante, pues aunque gane el honor, el amor no sale en modo alguno humillado, dado que es él precisamente el que impulsa a aquél a sobrepasarse.

En todo esto representará un importante papel la voluntad, que será el instrumento de que se valga la razón para manifestarse. Los héroes cornelianos nunca se mueven por impulsos ciegos; la razón dirige y conduce todos sus actos, y la voluntad será la encargada de salvar los obstáculos que se presenten; por eso el héroe se muestra siempre dueño de sí mismo, impasible, seguro, reposado, con un perfecto control sobre sus pasiones, acercándose al ideal estoico. Ahora bien, en las tragedias de Corneille la acción moral se sostiene por la acción exterior, y por lo tanto, es necesario oponer obstáculos sin cesar a la voluntad para que haya acción; de este modo el héroe no deberá llegar a un perfecto estoicismo, ya que entonces se eliminaría por completo la acción. Así pues, el heroísmo corneliano es la afirmación de esa voluntad, que se manifestará en la valentía y lucidez del héroe, y en la rapidez y firmeza con que toma las decisiones. Esa voluntad se caracterizará por ser libre e inmutable, clara y todopoderosa. Con ello se habrá eliminado la fatalidad que regía la antigua tragedia.

Más arriba nos referimos a la preocupación moral, psicológica de Corneille, que, junto con la preocupación política, forman la base de su teatro y son los elemen-

tos primordiales por los que se interesa la época de nuestro autor. La moral de Corneille es esencialmente optimista. Convencido de la grandeza del hombre y de la nobleza de sus pasiones, cree que está en su mano hacerles triunfar, y por eso, según él, el hombre se forja su propio destino, puesto que para ello cuenta con la poderosa ayuda de la voluntad. Esto se debe a la total libertad de que goza el hombre, en quien Corneille tiene entera confianza. De ahí que sus héroes se conviertan en seres representativos, y que su verdad sea una verdad ejemplar.

Ese optimismo lleva al autor a dar un desenlace feliz a la mayoría de sus obras; ese desenlace será feliz aun cuando el héroe muera, puesto que habrá alcanzado la más completa realización de sí mismo, y, por lo tanto, su muerte no será deprimente. En esta moral corneliana, muy propia de la época, se advierten influencias de varias corrientes morales. En primer lugar el estoicismo, ya que los héroes aspiran a un total dominio de sí mismos y de sus pasiones, y así, no vacilarán en escoger el camino más difícil si ello es preciso, resistiéndose con todas sus fuerzas a ceder a la debilidad. En segundo lugar, la moral cristiana, que queda reflejada sobre todo en Polieucto. No olvidemos que Corneille se educó en el convento de jesuitas de Ruán, y por lo tanto tiene fe en el hombre, afirmando su libre albedrío. Asimismo, influye en él Descartes; la teoría del amor de Corneille es totalmente cartesiana, como también lo es la supremacía de la razón en sus héroes, predominando sobre todas las pasiones; son héroes que razonan mucho y que deciden y resuelven sus problemas con gran lucidez.

Al mismo tiempo, esos héroes son seres dispuestos a los mayores sacrificios, incluso a renunciar a la vida; pero sus sacrificios los harán con valor y alegría, y de ahí que la moral corneliana sea una moral generosa y entusiasta.

Corneille y su arte de escritor

Dos son las características principales del estilo de Corneille: la elocuencia y el lirismo. Ambas características se deben a la peculiar concepción corneliana del héroe; al exaltar en él la grandeza humana, era necesario valerse de un lenguaje que estuviera a su altura, y de ahí la elocuencia, la amplitud retórica incluso; pero por otra parte, siendo sus obras eminentemente psicológicas, obras en las que planteà problemas morales y luchas internas entre diversos sentimientos, tenía por fuerza que buscar también un lenguaje que tradujera esos sentimientos de angustia, de ansiedad, de ternura, de pasión, de entusiasmo, y para ello tenía que recurrir al lirismo.

Corneille siente gran afición por los debates oratorios y por ello gusta de organizar verdaderos procesos, sobre todo de deliberación política, en los que se enfrentan tesis opuestas. Son muy frecuentes también las deliberaciones, ya en forma de discursos ardientes, inflamados, lúcidos y ampulosos, como los debates oratorios, aunque a veces también concisos, ya en forma de monólogos, en que la deliberación es interior, y que a veces no carecen de cierto lirismo, a pesar de su carácter dialéctico y oratorio.

Los fragmentos de elocuencia se distinguen por el orden metódico con que están construidos, dado que las articulaciones del razonamiento aparecen marcadas con todo rigor, y por el movimiento de que están dotados, ya que Corneille, a pesar de su falta de elocuencia para expresarse de palabra, posee las cualidades del gran orador al expresarse por escrito; de fecunda invención verbal, sabe variar el ritmo oportunamente, valerse de antítesis, de repeticiones, cambiar el tono, en fin, todo cuanto caracteriza al perfecto orador. Cuando las deliberaciones son concisas, el patetismo llega entonces al máximo, sobre todo cuando se recurre a diversos cortes y

rebotes de la acción, y a máximas imperiosas y lapidarias, produciendo en el espectador un notable efecto dramático. Es el suyo un estilo de acción.

Pero por otra parte, en las tragedias de Corneille abunda el lirismo, tanto en el diálogo como fuera de él. En el primer caso se da sobre todo cuando dos héroes renuncian a luchar después de haber confrontado sus distintas opiniones, mostrando entonces los protagonistas bien un total acuerdo, bien un completo desacuerdo. En el segundo, cuando es preciso tomar una grave decisión o cuando se llega al máximo del patetismo, momentos en los que el héroe, en estancias o en alejandrinos, desahoga su corazón por medio del lirismo. En los pasajes de más fuerte emoción los héroes se expresarán en estancias, más aptas para reproducir sus sentimientos, y que en modo alguno interrumpen la acción del drama. Hay también ocasiones en que elocuencia y lirismo se confunden; así, ocurre en fragmentos típicamente oratorios, ya en discursos, ya en monólogos, que son al mismo tiempo líricos por el apasionado sentimiento que los anima.

«Melita»

Melita es no sólo la primera obra de Corneille, sino también su primera comedia. Como a tal, se mantendrá alejada de las características propias de la tragedia y de su sujeción a las reglas clásicas. El autor, de sensibilidad ardiente, se enamoró en su juventud de Catalina Hue, una muchacha de Ruán, en circunstancias bastante novelescas. Parece ser que a ella dedicará *Melita*, describiendo en esta comedia su aventura sentimental; Fontenelle, sobrino del escritor, así lo afirma; no obstante, hay quien asegura que Melita es anagrama de Milet, siendo una tal señorita Milet la amada de Corneille. Pero parece más segura la primera versión.

Melita es una comedia de intriga, y concretamente

de intriga de amor, como todas las de Corneille y como la mayoría de las comedias contemporáneas. Sin embargo, cuando esta obra se representó en el teatro del Marais de París (1629) alcanzó un sorprendente éxito. Y es que, a pesar de no ser ninguna pieza excepcional, suponía un considerable progreso con respecto a las comedias anteriores o contemporáneas. De intriga y peripecias parecidas a las de gran parte de las piezas de la época, con ella se borran del teatro las figuras groseras, los bufones, los personajes ridículos, las frases de mal gusto, y por primera vez se hace reír en escena sin necesidad alguna de todos estos elementos. Por otra parte, y también por primera vez, se muestra una esencial preocupación por la verdad, preocupación por dibujar la realidad que rodea al autor, el cual reproduce aquí la manera de ser y el lenguaje de la clase burguesa, de las *honnêtes gens*, y pone en escena personajes reales, a quienes les suceden aventuras muy frecuentes en la vida corriente, y que hablan en el estilo propio de la época; no se trata ya de personajes calcados sobre los tipos tradicionales, en extremo simplistas y groseros. Presenta también la particularidad de que Cloris, la única que conserva la sangre fría, anuncia lo que más tarde, en la tragedia, serán las heroínas cornelianas. *Melita* representa, pues, un notable avance en la historia de la comedia, una importante contribución aportada por Corneille. Con ella se inician la claridad y facilidad del lenguaje moderno que se conservarían hasta Musset.

FUNDADA EN 1620 QUITO

«El Cid»

De todos es ya conocida la historia de Rodrigo Díaz de Vivar, el caballero español del siglo XI a quien los moros, por su heroísmo, reconocieron como *Cid* o *Señor*. Su historia, idealizada por la leyenda, se cuenta en la *Crónica rimada*, en el *Poema de Mio Cid* y en el *Romancero*. De estas fuentes se valdría, a principios del siglo

XVII, Guillén de Castro para escribir *Las mocedades del Cid* (1618), obra en que su autor dramatiza la leyenda introduciendo la lucha entre el amor y el deber. Pero he aquí que la leyenda pasa a la literatura francesa. Cierto caballero de Chalon, que habitaba en Ruán después de haber sido secretario de la reina María de Médicis, aconsejó a Corneille que abandonara la comedia, puesto que sólo le reportaría una gloria pasajera, y que buscara temas en los escritores españoles, para tratarlos de acuerdo con el gusto francés, los cuales lograrían una buena acogida; especialmente le aconsejó aprender español y leer a Guillén de Castro; así lo hizo el escritor, y, tras leer *Las mocedades* y los romances castellanos, dio a luz la tragicomedia *El Cid* (Corneille la llamó «tragicomedia» por su desenlace feliz), representada por primera vez en 1637, y que obtuvo un éxito apoteósico, hasta el punto de que fue costumbre decir «hermoso como el Cid». *El Cid* representa el momento capital en la carrera dramática de Corneille, que llegará a la cumbre con *Horacio* y *Cinna*.

Corneille sigue *Las mocedades*, de Guillén de Castro, pero simplifica notablemente la acción, la concentra y unifica, puesto que sólo extrae de aquélla el episodio central, es decir, el matrimonio de Jimena y Rodrigo. El autor no concede importancia a la acción exterior, que queda casi por completo eliminada, y da preeminencia a los sentimientos y a la lucha que se entabla entre ellos, ésto es, a la crisis moral que se origina, y que en *El Cid* llevará a un desenlace feliz. Lo único que interesa es la verdad humana y, por ello, desaparece también el carácter local de la acción y de los personajes, los rasgos puramente españoles. En esto consiste la gran novedad aportada por Corneille, que penetra en las almas de sus personajes como nunca hasta entonces se había hecho.

En *El Cid* se plantea el problema de la lucha entre el amor y el deber, el honor, aunque en realidad la contradicción está en el amor mismo, ya que esta lucha presenta la peculiaridad de que no se da entre dos sentimien-

tos opuestos, sino que, por el contrario, es el mismo amor el que obliga a cumplir el deber; el padre de Jimena ha ofendido al padre de Rodrigo y éste se ve obligado a tomar venganza matando al ofensor; si bien es cierto que dicho ofensor es nada menos que el padre de la mujer a quien ama, no es menos cierto que si Rodrigo no salvaguardara su honor sería indigno de su amada, y, por lo tanto, para merecerla, es el amor lo que le fuerza a llevar a cabo la venganza. Otro tanto le sucede a Jimena, quien, una vez muerto su padre a manos de Rodrigo, persigue a éste para salvar asimismo su propio honor; ama a Rodrigo y se resiste a la idea de que éste muera, deseando, al contrario, que cuantos intentos realice en su contra resulten fallidos; pero no por eso deja de perseguirle; si no lo hiciera, no sería digna del amor que Rodrigo ha depositado en ella.

Este es, pues, el conflicto planteado en *El Cid* y que al fin se resolverá favorablemente. Ha habido, no obstante, quien, no alcanzando a comprender el verdadero sentido del drama, del conflicto, ha reprochado a Jimena que se casara con el matador de su padre. Nada tiene esto de particular, puesto que ambos han salvado su honor y se han hecho, por ello, merecedores del amor del otro; cumplido el deber, nada hay que se oponga a su matrimonio, dado que su amor ha permanecido inalterable.

Al mismo tiempo, Corneille introduce otra novedad que será también fundamental en sus siguientes tragedias: el héroe trágico no es ya movido por la fatalidad, sino que determina por sí mismo su destino, siendo su voluntad totalmente soberana de sus acciones.

El Cid suscitó una serie de polémicas debidas a la envidia de los rivales de Corneille. Scudéry publicó sus *Observaciones sobre «El Cid»* y aparecieron numerosos panfletos y libelos, uno de Mairet, atacando la obra; sólo Rotrou y Balzac se pusieron a su lado. Pero el más peligroso crítico fue el propio Richelieu, quien insistió ante la Academia Francesa, recién creada, para que emitiera

su opinión, y ésta se vio obligada a publicar los *Sentimientos de la Academia sobre «El Cid»*, retocados, como es de suponer, por Richelieu. Todos estos ataques eran pueriles, ya que sólo se fijaban en nimiedades de la obra, pasando por alto sus notables valores; pero bastaron para amargar a Corneille y decidirle a cambiar de rumbo. Sin embargo, el público se mostraba a favor del escritor y de su obra, la cual, a pesar de la querella, siguió representándose con gran éxito, siendo hoy día considerada como la primera gran tragedia francesa.

«Horacio»

En la famosa querella de *El Cid* una de las cosas que se reprochaban al autor era la no sujeción a las reglas clásicas; éstas coartan la libertad del escritor, pero Corneille, a quien las críticas habían dolido en el alma, resuelve sujetarse a ellas estrictamente. Surgirá entonces una nueva tragedia, *Horacio* (1640), para la que. temiendo se le tildara de imitador apoyándose en una obra contemporánea, recurre a la historia romana, como ya hará más adelante, y se inspira en un pasaje de Tito Livio que trata de la lucha entre Horacios y los Curiacios, salvando así la originalidad; su éxito estará también asegurado al dedicarla a Richelieu.

En *Horacio,* el conflicto de *El Cid* se recarga y se complica, pues el amor aparece también contrariado por el deber: Curiacio ama a Camila, a cuyos hermanos, los Horacios, se ve forzado a combatir. No obstante, el amor pasa aquí a segundo plano, siendo *Horacio,* en realidad, el poema del patriotismo. El deber que se trata de cumplir ahora no es el de salvar el honor, como en *El Cid,* sino el de salvar a la patria, Roma. El patriotismo es el único sentimiento que cuenta, y por eso la obra ofrecerá considerable número de máximas políticas, con las que casi podría formarse un código. El único personaje que se mantiene alejado de la tónica

general es Camila, quien, a la muerte de Curiacio, no sólo le llora, sino que se indigna contra su hermano, que le ha matado, y maldice a Roma, su patria, que le ha arrebatado el ser querido; para ella, lo único importante es el amor, que pasa por encima del patriotismo, y Horacio, enfurecido, la mata. En todos, pues, se imponen al amor, incluso al sentido de la familia, el deber y el patriotismo, el cual se muestra en sus diversas facetas, según los personajes: En Curiacio, será el patriotismo combatido por los sentimientos de familia; estos sentimientos se apagan en el viejo Horacio; en cambio, el otro Horacio, el hijo, dará pruebas de un patriotismo frenético que excluye cualquier otro sentimiento, hasta el punto de que mata a su propia hermana; Sabina concede preeminencia al patriotismo frente al amor, y por el contrario, Camila superpone el amor al patriotismo, siendo por ello el personaje más humano de la obra.

Sin embargo, el personaje más perfecto y bello será Curiacio, para quien el combate supone una penosa obligación, y que dará el ejemplo de una resignación heroica. Para él los motivos de la guerra no son válidos, pero tiene su dignidad, y por ella cumplirá con su deber, aunque, para ello sea preciso morir; es en el fondo un rebelde, pero no traicionará a los suyos; morirá con ellos, y su protesta permanecerá en el fondo de su alma, sin salir al exterior; nadie puede quitarle el derecho de guardar sus sentimientos para sí. Curiacio es lo que hoy día llamaríamos un «objetor de conciencia».

En *Horacio*, que obtuvo también un gran éxito, Corneille logra mantenerse dentro de las reglas clásicas y, por ello, será propiamente la primera tragedia del neoclasicismo francés.

«Nicomedes»

Nicomedes apareció en 1651, bastantes años después de *Horacio*, y es la que cierra el ciclo de sus obras maestras. Señala la cima de la grandeza en los personajes perseguida por Corneille; la ternura y las pasiones, que constituyen el alma de las tragedias, se hallan aquí totalmente ausentes. Así como *El Cid* era el poema del amor y del honor, y *Horacio* el del patriotismo, *Nicomedes* será el poema de la grandeza de alma. En esta obra es donde se da por excelencia el principio defendido por Corneille de que el resorte trágico debe ser la admiración; en efecto, ahora han dejado de serlo la piedad y el temor, como preconizaba Aristóteles, y es admiración lo que provoca Nicomedes, encontrando de este modo el autor la fórmula de su teatro. Y asimismo, contrariamente a lo que defendía aquél, Corneille ha hecho de su héroe un personaje «ni del todo bueno ni del todo malo», sino un héroe impecable; de ahí esa admiración que producirá sobre todo en Atala, el personaje más simpático de la obra, y que hará que éste sea contagiado por la virtud y generosidad del héroe, llegando a la perfección y la depuración.

Nicomedes representa, pues, la grandeza de alma y al mismo tiempo la grandeza de carácter, debida a la fuerza de voluntad; a ella, Corneille opondrá la pusilanimidad, que es la que hace la bajeza, la debilidad moral, y que estará representada por Prusias, ser despreciable que jamás conduce los acontecimientos, sino que cede a ellos; Prusias es la contrapartida del típico héroe corneliano y hace resaltar más aún la grandeza de éste, dotado de una energía casi sobrehumana, de rapidez y seguridad en sus decisiones, y de una infalible lucidez. En Nicomedes la voluntad se presenta en su pureza superior en su fuerza máxima, serena, inmutable y dominadora; Nicomedes es completamente dueño de sí, y ante

él son impotentes todas las pasiones, que quedan eliminadas por entero. Tenemos aquí el caso de que hablamos antes, cuando decíamos que si el héroe llega a ser un perfecto estoico, no hay ya acción exterior, que es la que sostiene la acción moral, y, por tanto, ésta es también eliminada. Si no hay pasiones no hay esfuerzo, y, en consecuencia, no hay acción ni crisis moral. Lo único que queda entonces es la ironía, el desprecio hacia los enemigos que amenazan la voluntad y que nada pueden contra ella, puesto que no vale la pena que la voluntad se disponga para aplastar a esos enemigos. De ahí proviene la mezcla de géneros en esta obra, ya que cuando Prusias aparece en escena es como si la tragedia se interrumpiera para dar paso a una comedia llena de ironía, en la que Prusias es pintado en el colmo de la ridiculez.

Nicomedes es, por lo tanto, el puro héroe corneliano que al mundo débil y decadente en que se halla inmerso, el Imperio Romano en su ocaso, sólo opone la ironía. Esta tragedia será también como un manual de filosofía política, por la que Corneille siente tanta afición. Después de ella, el escritor no producirá ya nada que pueda compararse a sus obras maestras.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

BIBLIOGRAFIA

SEGALE, J. B.: *Corneille and the spanish drama.* New York, Columbia University, 1902.

RIVAILLE, Louis: *P. Corneille, correcteur de ses premières oeuvres.*

FAGUET, Emile: *En lisant Corneille.* Paris, 1914.

— *Los amores de los literatos célebres.* Madrid.

REYNIER, Gustave: *Le Cid.* Paris.

BRAY, René: *La tragédie cornélienne devant la critique classique d'après la querelle de Sophonisbe.* Dijon, 1927.

MICHAUT, Gustave: *Questions sur «Nicomède».* Paris, 1934.

MADAULE, Jacques: *Pierre Corneille.* Paris.

SCHLUMBERGER, Jean: *Plaisir à Corneille.* Gallimard, 1936.

BRASILLACH, Robert: *Corneille.* Paris, 1938.

SCHNEIDER, Reinhold: *Grandeur de Corneille et de son temps.* Paris, 1943.

NADAL, Octave: *Le sentiment de l'amour dans l'oeuvre de Pierre Corneille.* Bib. des Idées, Gallimard, 1948.

LANSON, Gustave: *Les grands écrivains français. Corneille.*

COUTON, Georges: *Deux études: «La clef de "Mélite"», «Réalités dans "Le Cid"». Réalisme de Corneille.* Paris, 1953.

HERLAND, Louis: *Corneille par lui-même.* Paris, 1956.

HUBERT, J. D.: «Le réal et l'illusoire dans le théâtre de Corneille et dans celui de Rotrou». *Revue des Sciences Humaines,* 1958.

KOCH, Philip: «Cornelian illusion». *Symposium*, 1960, vol. XIV.

SWEETHER, Marie-Odile Gauny: «Importance du personnage d'Auguste dans la dramaturgie cornélienne». *The Romanic Review*, 1961, vol. LII.

DOUBROVSKI, Serge: *Cinna et la dialectique du monarque.* La Table Ronde, 1961, n.° 164.

— *Corneille et la dialectique du héros.* Paris, 1963.

NURSE, Peter H.: «A propos de l'héroï cornélien». *Revue des Sciences Humaines*, 1962.

PICARD, Raymond: «Le Brun-Corneille et Mignard-Racine». *Revue des Sciences Humaines*, 1962.

STEGMANN, André: *L'héroïsme cornélien. Genèse et signification.* Paris, 1968.

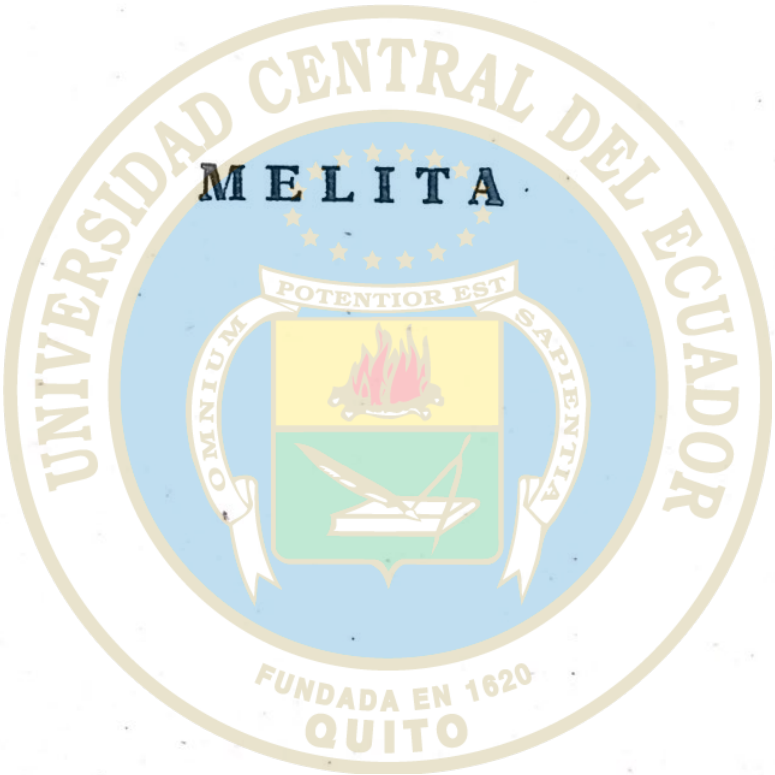
WHITTING, Charles G.: «The ambiguity of the heroi in Corneille's *Horace*». *Symposium*, 1969, vol. XXIII.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Teatro

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

MELITA


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

AL SEÑOR DE LIANCOR

Señor:

Melita sería demasiado ingrata si buscara una protección que no fuera la vuestra; ella os debe este homenaje y este pequeño reconocimiento por tantos favores como ha recibido de vos: no porque pretenda pagarlos de alguna forma, sino solamente para hacerlos públicos en toda Francia. Cuando considero la poca ostentación que hizo a su llegada a París, la cual viene de un hombre que no podía sentir otra cosa más que la aspereza de su país, y de tal manera desconocido que le era ventajoso silenciar su nombre; cuando recuerdo, digo, que sus tres primeras representaciones juntas tuvieron tan poca afluencia de público que la más pequeña de aquellas que la siguieron en el mismo invierno, que yo no pude proporcionar en tan débiles comienzos más que el ocio que le era necesario al mundo para saber que vos la considerabais vuestra, y las consecuencias tan poco esperadas de vuestra aprobación o la que cada uno se creía obligado a seguir. Es de ahí, señor, de donde proviene toda la felicidad de *Melita*; y a pesar de los grandes éxitos que ha obtenido después, donde yo me considero más afortunado es en tener el honor de ser conocido por vos y en poder asegurar con frecuencia verbalmente que lo seré durante toda mi vida.

Señor,

Vuestro más humilde y más obediente servidor,

CORNEILLE

AL LECTOR

Sé bien que el hecho de imprimir una pieza rebaja su reputación: publicarla es envilecerla y en ello existe una especial desventaja para mí, ya que, siendo sencilla y familiar, mi forma propia de escribir la lectura hará que se tomen mis ingenuidades por bajezas. Así pues, muchos de mis amigos me han aconsejado que no haga imprimir nada, y tienen razón según creo; no conozco más que el infortunio y, como éste es un consejo que reciben todos los escritores del mundo, ya hay más de uno que se sirve del mismo. Ronsard, Malherbe y Théophile lo han despreciado, y si yo no puedo imitarlos en sus gracias al menos quiero hacerlo en sus faltas, si es que el mandar imprimir lo es. Yo clasificaría a las personas en dos clases: en amigos míos y en envidiosos, dando a los unos motivo para divertirse, y a los otros para censurar; espero de los primeros que me conservarán todavía el mismo afecto que me han testimoniado anteriormente, y de los últimos que, si obran con justicia, pocas cosas lograrán más fácilmente; los demás todavía apreciarán en algo esta pieza, aunque sea aprobándola por costumbre, por vergüenza de desdecirse. En todo caso constituye para mí una prueba: aparte de mí mismo hay otros que tienen interés en defenderla, puesto que, si no es buena, las que han quedado por debajo deben ser muy malas.

ARGUMENTO

Erasto, enamorado de Melita, hace que ésta conozca a su amigo Tircio; poco después, por celos a su oponente, manda enviar de parte de Melita supuestas cartas de amor a Filandro, novio de Cloris, hermana de Tircio. Filandro, que había resuelto, por el artificio y las persuasiones de Erasto, abandonar a Cloris por Melita, muestra estas cartas a Tircio, el cual cae en la desesperación y se retira en casa de Lisio, que lleva a Melita la falsa noticia de su muerte. Ella cae desmayada al recibirla y con ello da testimonio de su amor. Lisio la desengaña y hace volver a Tircio, quien la convierte en su esposa. Mientras tanto Clitón, al ver a Melita desmayada, cree que ha muerto y lleva la noticia a Erasto, así como le comunica la muerte de Tircio. Erasto, lleno de remordimientos, se vuelve loco, pero recupera su buen sentido gracias a la nodriza de Melita, la cual le hace saber que tanto Melita como Tircio viven; va a pedir perdón por su fechoría y obtiene de estos dos amantes a Cloris, la cual no quiere saber nada más de Filandro a causa de su ligereza.

EXAMEN

Esta pieza fue mi primer paso, y por lo tanto no empleé demasiados miramientos por incluirla dentro de las reglas, ya que entonces yo ni sabía que las hubiera; no tenía por guía más que un poco de sentido común, los ejemplos del difunto Hardy, en el que la vena era más fecunda que elegante, y algunas obras modernas que se empezaban a producir y que tampoco eran más regulares que él. El éxito fue sorprendente: por su causa se estableció un nuevo grupo de cómicos en París y, a pesar de aquel que estaba considerado como único, me igualó a lo mejor que se había hecho hasta entonces e hizo que se me conociera en la corte. Este sentido común, que era toda mi regla, me llevó a encontrar la unidad de acción por malquistar a cuatro amantes en una sola intriga, a la vez que había hecho concebir bastante aversión hacia ese horrible desarreglo que ponía a París, Roma y Constantinopla sobre un mismo escenario, y me obligaba a reducir mi campo de acción a una sola ciudad.

Tal novedad en este género de comedia, que carece de ejemplo en ninguna lengua, y el estilo natural que hace una pintura de la conversación de las personas honestas fueron sin duda la causa de esta feliz sorpresa que entonces produjo tanto ruido. Hasta ese momento jamás se había visto que una comedia hiciera reír sin personajes ridículos, tales como ballets de bufones, parásitos, capitanes, doctores, etc. Esta producía dicho efecto

por medio del humor jovial de gentes de condición inferior a la de aquellas que se ven en las comedias de Plauto y Terencio, que no tratan más que de mercaderes. Con todo, confieso que el público fue benévolo al conceder su aprobación a una pieza en la que el nudo de acción no tenía ninguna precisión. Erasto hizo falsificar cartas de Melita y llevarlas a Filandro. Filandro se muestra muy crédulo al dejarse persuadir de que es amado por una persona con la que jamás ha conversado, cuya escritura ni siquiera conoce y que sin embargo le insta para que vaya a verla, mientras recibe las visitas de otro con quien él debía tener una amistad sobradamente estrecha, ya que es novio de su hermana. Y aún más: sobre la ligereza de una creencia tan poco razonable, renuncia a un cariño que tenía asegurado y que estaba pronto a producir su efecto. Erasto no es menos ridículo que él al imaginar que su trapacería causará una ruptura que, por otra parte, sería inútil para su plan si no sabe con certeza que Filandro, a pesar del secreto que le impone para impedir que muestre a Melita sus cartas falsas, no dejará de enseñarlas a Tircio; que este amante favorecido creerá antes en un carácter que jamás ha visto que en las seguridades de amor que recibe todos los días de su dueña, y que romperá con ella sin hablarle por miedo a que se entere. Así pues, esta pretensión de Erasto no podía ser admitida a menos que hubiera existido una previa revelación.

Tircio, que es el hombre honrado de la pieza, no posee un espíritu menos ligero que los otros dos, al abandonarse a la desesperación con una credulidad tan fácil, a la vista de estos caracteres desconocidos. Los sentimientos de dolor que puede legítimamente concebir deberían, cuando menos, llevarle a hacer algunos reproches sobre aquello en que se cree traicionado y que ha sido la causa de su desilusión. La locura de Erasto no es de mejor temple. Yo la condenaría desde entonces en mi ánimo. No obstante, como se trata de un adorno de teatro que jamás deja de gustar y con frecuencia se

hace admirar, finjo fácilmente estos grandes extravíos y acaso con un efecto que aún se tendría por admirable en este tiempo, es decir, la manera como Erasto hace conocer a Filandro, tomándolo por Minos, la bribonada que le ha hecho y el engaño en que le ha metido. En todo lo que he hecho después, no creo que se encuentre nada más adecuado para un desenlace.

El acto quinto puede pasar como inútil. Tircio y Melita han hecho su recomendación antes de que aquél comience, y por consiguiente la acción está terminada. La cuestión no es otra que la de saber quién ha realizado la superchería de las cartas, cosa que podían haberla sabido por Cloris, a quien Filandro se lo había confesado para justificarse. Es cierto que esta actitud aparta a Erasto de su locura, que le reconcilia con los dos amantes y que hace que se case con Cloris; mas todo aquello sólo mira hacia una acción episódica que no debe entretener al auditorio cuando la acción principal está terminada, y sobre todo cuando este casamiento tiene tan poca importancia que es fácil ver que no está propuesto más que para satisfacer la costumbre de aquella época, consistente en casar a todo aquel que era introducido en escena. Parece que el mismo personaje de Filandro, el cual acaba con un resentimiento ridículo cuyo efecto se teme no está terminado, y que le hace falta alguna prima de Melita o alguna hermana de Erasto con quien unirle, como a los demás. Pero desde entonces no me sujeto a obrar de este modo y me contento con mostrar la intención de mi espíritu sin necesidad de proveerle de una mujer.

En cuanto a la duración de la acción, es evidente que transcurre en un solo día. Mas éste no es el único defecto: tiene entre los actos una considerable desigualdad de intervalo que es necesario evitar. Debe haber ocho o quince días entre el primero y el segundo, y otro tanto entre el segundo y el tercero; pero del tercero al cuarto no se necesita más de una hora. y aún se precisa menos tiempo entre los dos últimos, por miedo de

dar lugar a que se modere el calor que desprende Erasto en el desvarío de su espíritu. Yo mismo no sé cómo los personajes que aparecen dos veces en un mismo acto (puesto que está permitido, como expondré más adelante), no sé, digo, cómo tienen el gusto de andar de un barrio a otro de la ciudad, ya que estos lugares deben estar tan alejados el uno del otro que los actores no tienen ocasión de conocerse entre sí. En el primer acto, Tircio, después de haber dejado a Melita en su casa, tiene el tiempo justo para llegar a la suya, donde encuentra a Filandro con su hermana, no constituyendo una gran desventaja para el segundo el tener que rehacer el mismo camino. Sé muy bien que en la representación se acortó la duración de la acción y que se hizo ver en dos horas, sin salirse de la regla, lo que con frecuencia necesita un día entero para efectuarse. Pero querría que, para poner las cosas en su justo medio, este acortamiento se arreglara en los intervalos de los actos, y que el tiempo perdido lo fuera de tal forma que cada acto no tuviera, por parte de la acción que representa, más del preciso.

Esta prueba tiene sin duda muchas otras irregularidades, mas yo no me comprometo a examinarlas tan minuciosamente que pueda no olvidar alguna. Creo haber señalado las más notables, y por poco indulgente que el lector sea conmigo, espero que no se ofenderá si descuido un poco el resto.

FUNDADA EN 1620 QUITO

PERSONAJES

ERASTO, enamorado de Melita.
TIRCIO, amigo de Erasto y su rival.
FILANDRO, amante de Cloris.
MELITA, amada de Erasto y de Tircio.
CLORIS, hermana de Tircio.
LISIO, amigo de Tircio.
CLITÓN, vecino de Melita.
LA NODRIZA de Melita.

La acción se desarrolla en París.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM SCIENTIA EST
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO PRIMERO

ESCENA I

ERASTO, TIRCIO

ERASTO. Te lo confieso, amigo, mi mal es incurable; sólo sé un remedio y soy incapaz de obtenerlo; el cambio sería justo, después de tanto rigor; sin embargo, a pesar de sus desdenes, Melita posee todo mi corazón; ella ejerce sobre mis sentidos un completo dominio; sólo me atrevo a murmurar cuando está ausente, y durante su ausencia procuro en vano un poco de libertad para mi resentimiento; la adorable violencia de una sola de sus miradas me devuelve todos mis lazos, cierra el abrazo, y, con tan dulce encanto que ciega mi razón, busco el mal y huye mi curación. Su mirada provoca en mí una virtud tan fuerte, que súbitamente reanima mi esperanza muerta, combate la furia de un corazón irritado, y sostiene mi amor contra su crueldad; pero esta halagüeña esperanza que vierte en mi alma no es más que un dulce impostor que autoriza mi pasión y que, sin asegurarme lo que parece ofrecerme, me hace daño en mi pena, y me obliga a sufrir.

TIRCIO. ¡Encontrarte yo de tan raro humor! Para parecer elocuente te muestras miserable. ¿No podría pulir los trazos de tus desdichas? No te imagino así, como me hablas, y de un falso dolor un amigo te

consuela. Lo que todos dicen es demasiado conocido: Melita por ti jamás me habría despreciado.

ERASTO. Su benévola acogida y mi perseverancia hacen nacer este falso murmullo de una vana apariencia. Sus desprecios, al permanecer escondidos, se me hacen de mejor sentir, y, al no ser conocidos, no puedo ser compadecido.

TIRCIO. Siendo bien recibido, ¿qué te importa lo demás? Eso es todo lo que pretende de las jóvenes de su clase.

ERASTO. Este acceso favorable, abierto y libre para todos no hace que encuentre más dulce mi martirio: ella soporta cómodamente mis cuidados y mi servicio, pero está muy lejos de resolverse a rendirles justicia. Hablar de casamiento a este corazón de piedra es el mejor medio para que se aleje más.

TIRCIO. No disimulemos; tú regulas mejor tu pasión, y no eres tan loco como para hacerla tu esposa.

ERASTO. ¡Cómo! ¿Dudas de mis intenciones?

TIRCIO. Creo difícilmente que tus afectos, bajo el brillo de un bello tinte tan perecedero, regulen ni la mitad de una elevación invariable. Serás descortés si la ves cada día y no le ofreces ninguna conversación de amor; pero, limitada tu pasión por un vano cumplimiento, dejas caminar tus intenciones fuera del himeneo. Tú sabes que se te desea para las más ricas casas y para los mejores partidos...

ERASTO. Frena estos razonamientos; mi amor se ofende por ello, y consideraría un suplicio regirse por las leyes del sucio interés; él me vuelve insensible a las falsas atracciones del oro, y encuentra en su persona un sobrado tesoro.

TIRCIO. Si éste es el camino que quieres seguir al amar, aún no sabes lo que es vivir. Los rostros hermosos han de ser minados. Es así como un aprendiz debe aprender a hablar en su presencia, tenemos que llenar nuestra boca de pasión, puesto que la moda nos obliga a esta complacencia; de esta forma todos

los discursos de los libros son oportunos. Es preciso fingir males y pedir su curación, dar al pretensioso, prometer milagros y jurar que se romperán toda clase de obstáculos; la vanidad y aquello deben ser la misma cosa.

ERASTO. Antes divertía a Crisolita haciendo pasar por bellezas a las que no son más que corrientes; pero de otra forma debe servirse a Melita. A pesar de tus sentimientos, me hace conceder que el soberano bien sólo está en poseer. El día en que ella nació, Venus, aunque inmortal, pensó morir de vergüenza al contemplarla tan bella; las Gracias a porfía descendieron de los cielos para tener el honor de acompañar a sus ojos, y el amor, ya que no puede entrar en su ánimo, ha querido obstinadamente vivir en su rostro.

TIRCIO. Estás hablando en un elevado tono, y creo que, en caso necesario, este enfático discurso aún iría más lejos. ¡Pobre amante! Te compadezco de que no sepas todavía que si bien más de una beldad merece que se la adore, para perderle el gusto no hay más que desposarla. El bien que nos es dado se hace apreciar tan poco que de una mujer, entre todas elegida, se ve en seis meses perder la fantasía. Al cabo de este tiempo no se le ve ya la hermosura, y con espíritu sombrío, inquieto y agitado, al primero que le habla o pone el ojo sobre ella, mil necios temores le revuelven el cerebro; ello no es más que una ayuda para crear un favorito, y un atractivo para cualquier otro que no sea su marido.

ERASTO. Estos vergonzosos caprichos y estas vanas quimeras no sabrían conmover a las mentes sanas. y cualquiera que haya sabido escoger una joven de honor no tiene por qué temer el cebo de un galanteador.

TIRCIO. Lo que dices puede ser verdad, pero esta difícil elección bastante y demasiado frecuentemente engaña al más hábil. Además, el matrimonio por sí mismo es un fardo tan pesado que hace que se le tenga aprensión, como a la tumba. ¡Atarse para no estar jamás

al lado de una mujer! ¡Perder por los hijos el reposo del alma! ¡Ver un número importuno de personas llenar una casa! ¡Ah! ¡Que se ame ese yugo con un poco de razón!

ERASTO. Sin embargo, es necesario acudir; vano es intentar volverse atrás, y vano querer ocultarse: tarde o temprano nos abrasamos. Por libertino que se sea, uno se encuentra alcanzado: a ti mismo, que tanto haces correr el caballo, un día te veremos soñar con el casamiento.

TIRCIO. Entonces no pienses que yo abrace un semblante: regulo mis deseos siguiendo mi interés. Si Doris me quisiera, siendo tan fea como es, la amaría más que Aminto y que Hipólito; su vuelta a mi casa sería motivo de mérito: es así como hace falta amar. La abundancia de bienes en el amor conyugal ofrece crecientes lazos: la belleza, los atractivos, el valor y el buen semblante calientan mucho el corazón, pero no la cocina (1), y, tras el himeneo que sigue a estos locos amores, después de algunos dulzores se suceden días peores (2), ya que una amistad tan prolongada está muy mal asegurada sobre unos cimientos de tan poca duración. El dinero en la casa posee un cierto esplendor, puesto que da un tinte brillante a la misma fealdad (3); y tú no puedes encontrar tan dulces caricias donde el gusto dura igual que el de las riquezas.

ERASTO. Después de ver la hermosa mirada que tiene a mis sentidos arrobados, tú apenas podrías conservar tu parecer.

TIRCIO. La razón es en todas partes igualmente fuerte.

ERASTO. La prueba no cuesta nada; Melita está en su puerta. Vayamos, y verás en sus amables facciones

---

(1) Variación (a): «La hermosura, los atractivos, el comportamiento y la buena cara calientan las sábanas, pero no la cocina» (1635).

(2) Variación (b): «Por algunas buenas noches, tiene muchos días malos» (1633-1657).

(3) Variación (a): «Es bastante con que una mujer tenga un poco de don de gentes; la fealdad es demasiado hermosa si tiene el color de la plata» (1633).

tan hechiceros encantos y tan brillantes atractivos que tú mismo te verás forzado a reconocer que, si yo estoy loco, tengo razón para estarlo.

TIRCIO. Vayamos, y verás como toda su belleza no será capaz de volverme contra la verdad.

ESCENA II

MELITA, ERASTO, TIRCIO

ERASTO. De dos amigos, señora, apaciguad la querella. Un esclavo de amor la defiende de un rebelde; sin embargo, un corazón al que jamás he amado, orgulloso y vano como es, puede ser nombrado de este modo. Así, desde el momento en que os he servido, he sabido que solamente él era la verdadera vida; nada tiene de maravilloso que esta escasa relación entre dos espíritus sea motivo de alguna discordia, puesto que yo me he molestado a causa de su maledicencia con tanta desdicha, o tanta insuficiencia, que los derechos tan sagrados y tan llenos de equidad no han podido guardarse de su sutileza y aquí los traigo, por no tener otra cosa que responder, seguro de que vuestros ojos sabrán convencerlo mejor.

MELITA. Por el contrario, deberíais haberle asegurado que encontraría en este desprecio de amor quien estaba dispuesto a secundarle.

TIRCIO. Si el corazón no dice lo que la boca expresa y no hace del amor una más alta estima, compadezco a los infelices a quienes se lo dais a modo de extraños males destinados por su suerte.

MELITA. Este reproche sin motivo con razón me ha sorprendido: yo no recibo amor y no lo doy a nadie. Son las razones de dar lo que no tuve jamás

ERASTO. Os son demasiado cómodas; y de ahora en ade-

lante la naturaleza se muestra injusta conmigo al alterar su curso con objeto de crear un suplicio para mí.

MELITA. Suplicio imaginario, el que siente un burlón.

ERASTO. Suplicio que desgarra mi corazón y mi alma.

MELITA. Es extraño que se soporte con tan buen semblante si el alma y el corazón unen tan triste bagaje.

ERASTO. Vuestro alegre aspecto ha suspendido mis dolores, y mi rostro ha tomado los colores del vuestro.

MELITA. Mejor aún: para terminar con vuestros males y vuestra pasión, copiad de una vez las frialdades de mi alma.

ERASTO. Al veros, las frialdades pierden todo su poder; y vos no conseguiréis impedir que os vea.

MELITA. ¡Eh, cómo! Todos los espejos tienen cristales falsos.

ERASTO. ¿Pensaréis ver la más pequeña de vuestras gracias? Tan frágiles sujetos no sabrían expresar lo que sólo el amor puede imprimir a los corazones. Y, cuando vos lo consideréis impotente, esta ligera idea y este débil conocimiento que tenéis de ellos por sus numerosas rarezas os pondrán fuera de parangón con todas las bellezas.

MELITA. He ahí como por teneros demasiado complacido decís echar de menos mi presencia, y no desmentir la información de vuestros ojos, a fin de tener materia para comprenderme mejor.

ERASTO. La información de mis ojos, a costa de mis lágrimas, me han enseñado en demasía el poder de vuestros encantos.

TIRCIO. So pena de mostraros ingrata, es necesario que, por vuestra parte, reconozcáis los dones que el cielo os depara.

ERASTO. Observad como en un segundo se fortalece mi derecho.

MELITA. Observad como su ayuda demuestra que él mismo se desafía.

TIRCIO. Yo me pongo siempre del lado de la verdad.

MELITA. Por si queréis seguirla, sabed que está de mi parte.

TIRCIO. Sí, está sobre vuestro rostro, pero no en vuestras palabras. Mas cesad de buscar estos frívolos refugios. Adquirid en adelante sentimientos más dulces, y no os mostréis de hielo ante quien arde por vós.

MELITA. ¡Un enemigo de amor hablarme con tal lenguaje! Poned de acuerdo vuestra boca con vuestro ánimo; practicad vuestros consejos, o no deis ninguno.

TIRCIO. Reconozco mi error ante vuestros encantos. El había dicho bien.

ERASTO. Así pues, en definitiva, ¿no ha estado mi alma engañada sobre este punto?

TIRCIO. Si tus fuegos produjeran en su corazón el mismo efecto, créeme, tu felicidad no tardaría en ser perfecta.

MELITA. Para haber visto tan poca cosa, muy rápidamente os desdecís. Pero como podría considerarme halagada y concebir algún orgullo que mejor es evitar, excusad mi retirada.

ERASTO. Adiós, bella inhumana, de quien únicamente dependen mi alegría y mi pena.

MELITA. Más prudente será que, en el porvenir, apartéis estos vanos propósitos y dejéis vuestro espíritu y el mío en reposo.

ESCENA III

ERASTO, TIRCIO

ERASTO. ¡Ahora soy todo fuego! ¿Merecí algún reproche? ¿Qué dices tú a esto? ¿Qué opinas de mi pasión?

TIRCIO. ¿Qué quieres que te diga? Ella tiene un no sé qué que no consiente el despego. Mi corazón, hasta el presente invencible para el amor, no se mantiene

insensible más que a la fuerza; cualquier otro que no fuera Tircio moriría por servirla.

ERASTO. Confiesa francamente que ella ha sabido asombrarte, pero que tú no quieres tomar por esta bella, con el nombre de amante, el título de infiel. Sólo nuestra amistad puede desviarte; sin embargo, al menos, fácil de sobornar, con placer prepara ya algunas veladas con crecientes esfuerzos para tales maravillas.

TIRCIO. En efecto, habiendo visto tanto y de tales encantos, ya no rimo un punto y ya no lo prometo.

ERASTO. ¿No irán tus fuegos más avanzados que el ritmo?

TIRCIO. Si alguna vez me quemo, quiero abrasarme sin cometer un delito.

ERASTO. ¿Pero tú, sin pensar, te encuentras sorprendido?

TIRCIO. Eres libre para descargar mi corazón en tus escritos. Me gustan los discursos de quejas y de alarmas, de suspiros, sollozos, tormentos y lágrimas; es con ello con lo que a menudo hilvano mi canción. Sin embargo, yo sólo conozco la cadencia y el sonido. Sufro más cuando en un soneto me esfuerzo por aprender este placentero ardor que tú no puedes apaciguar; podrás darlo como si hubiera sido escrito por ti.

ERASTO. Así este corazón de acero que me tiene bajo su ley verá pintada, por lo menos, mi pasión. Pero tengo la duda de si en esta composición no seguirás más que tus propios sentimientos.

TIRCIO. ¡Que el cielo me prepare nuevos castigos si tal crimen entra jamás en mis cálculos!

ERASTO. Me voy contento, ya sé muy bien que tu honor te hará recordar tu palabra.

TIRCIO *(Solo)*. En materia de amor nada me obliga a tenerlo; los mejores amigos, cuando la pasión les apremia, pronto consideran vanidad el olvidar su promesa.

ESCENA IV

FILANDRO, CLORIS

FILANDRO. Yo muero de inquietud, debes odiarme mucho; al fin y al cabo, todos mis cuidados no sirven más que para traicionarte.

CLORIS. No me espanta; en tu semblante veo que el perdón seguirá muy de cerca a esta ofensa, tan pronto como sepa quién es el malvado que ha realizado esta mala pasada.

FILANDRO. Sabe, pues, que no viene sino de un exceso de amor.

CLORIS. Habría apostado que tu crimen oficioso llevaría su excusa en alguna astucia.

FILANDRO. Tú eres mi adorable objeto, el único vencedor, el cual hace nacer cada día tanta pasión en mi alma que su exceso me abruma y, para deshacerme del mismo, voy en busca de los defectos que puedan desagradarme: examino tu tez, cuyo brillo me sorprende, los trazos de tu rostro y los de tu espíritu, y ni uno solo puedo encontrar que no me encante.

CLORIS. Yo, que me siento muy feliz después de esta pequeña alarma, desearía que tus engañados sentidos pudieran obligarte a querer a tu Cloris, y a no cambiar jamás.

FILANDRO. Tu hermosura te responde de mi perseverancia y de mi fe, las cuales te doy con una completa confianza...

CLORIS. He aquí que digo muy dulcemente que, sin tu fe, mi belleza no podría conservarte para mí

FILANDRO. Trataría demasiado mal a semejante dueña si

la amara solamente por mantener una promesa: mi pasión es la causa, y no el efecto; por otra parte, nada hay en ti que no sea tan perfecto, que no se te puede servir por no ver en tu rostro aquello que vuelve constante al espíritu más voluble.

CLORIS. No considero que mi perfección sea tanta: tú debes estar seguro de mi afección, y pierdes todo el esfuerzo de tu galantería si crees aumentarla con una lisonja. Un falso lenguaje es un censurable secreto: soy hermosa a tus ojos, ello basta, eres discreto; ésta es mi mayor felicidad y lo único a que aspiro.

FILANDRO. Tú sabes endulzar certeramente mi tormento. No obstante, entre los placeres que contigo siento, apenas mi espíritu se atreve a creer en mis sentidos, siempre entre el temor y la esperanza en la balanza, pues si hace falta que el amor surja de una semejanza, y mis imperfecciones nos alejan tanto, ¿qué me atrevería a pretender con tan poca relación?

CLORIS. Al menos no tienes la pretensión de que en tu presencia te alabe y de que un astuto desprecio, que tu corazón desaprueba, no me ponga en la lengua una charla afectada, para rendirte a mi alrededor lo que me has rogado: por el contrario, quiero que todo el mundo sepa que he conocido en ti defectos que oculto. Puesto que con razón puede ser negligencia, la que quiere amar está mucho más obligada.

FILANDRO. ¿Te consideras tú mucho más amable?

CLORIS. Sin duda; ¿y qué tendrías tú que me fuese comparable?

FILANDRO. Mira en mis ojos y reconoce que en mí puede verse algo tan perfecto como tú.

CLORIS. Sin dificultad, me veo de manifiesto en ellos.

FILANDRO. Aparta este vano orgullo en el que tu vista está hechizada. Tú no ves otra cosa que mi corazón, que no posee más que un solo trazo recibido de tu encantador retrato, y el cual, en seguida que te has acercado, a fin de verte mejor, lo tengo colocado en la ventana.

CLORIS. Las facciones están mal; pero, ya que te gusta hasta tal extremo, mira en mis ojos y verás como ellos te muestran otro tanto, y como nuestros fuegos totalmente semejantes producen las mismas chispas.

FILANDRO. Así, querida Cloris, nuestros mutuos ardores, dentro de esta unión y tomando un mismo curso, nos preparan una dicha que durará siempre. Entretanto, a favor de un largo sufrimiento... (4).

CLORIS. Cállate, que viene mi hermano.

ESCENA V

TIRCIO, FILANDRO, CLORIS

TIRCIO. Si he de creer en las apariencias, mi llegada aquí produce algún contratiempo (5).

FILANDRO. ¿Qué te parece, Tircio?

TIRCIO. Quiero veros contentos y sin recelos. Acerca del entrenamiento que ambos practicáis, un tercero no hace más que importunar.

CLORIS. Di lo que quieras; nuestros fuegos no son crímenes, antes bien son demasiado legítimos, ya que un sagrado himen prometido estos días pasados, con tu consentimiento, los garantiza.

TIRCIO. O te conozco mal o mucho te disgusta que esa hora tarde en llegar.

CLORIS. ¿Qué cosa?

TIRCIO. Yo tengo suficiente con tu contentamiento.

CLORIS. El corazón te habla de otra manera.

TIRCIO. Es verdad, te lo juro; he visto a alguien...

CLORIS. Dilo todo, te conjuro a ello.

---

(4) Variación (a): «Sin embargo, un beso otorgado por adelantado aliviaría mucho mi sufrimiento» (1633).

(5) Variación (a): «He aquí cómo se trata el amor, justamente de boca a boca; ¿es por donde comenzarás la escaramuza? No se trata de pasar el tiempo demasiado mal» (1633).

TIRCIO. A fe mía, si tu Filandro hubiera visto lo que mis ojos, tus asuntos, hermana mía, no irían tan bien.

CLORIS. Soy demasiado vanidosa como para pensar que Filandro pueda encontrar, después de mí, quien le agrade.

TIRCIO. Aparte de tus vanidades, descansa en mí, ya que la que he visto es muy distinta a ti.

FILANDRO. Habla mejor del objeto en el que mi alma está arrobada; a cualquier otro esta blasfemia le habría costado la vida.

TIRCIO. Nos pondremos de acuerdo sin meternos en trifulcas.

CLORIS. ¿No nos dirás cómo se llama esta belleza?

TIRCIO. Tan pronto, no. Adiós, mi presencia importuna. Te dejo con la gracia del Amor. Continuad con los juegos que habéis abandonado.

CLORIS. No pienses evitar que te importune: o dices el nombre de esa incomparable dama, o voy detrás de ti y me hago inseparable.

TIRCIO. No es tan fácil arrancarme este secreto. Adiós. No pierdas más tiempo.

CLORIS. ¡Oh, enamorado discreto! ¡Pero vamos a ver si sabes callar!

FILANDRO *(Reteniendo a Cloris, que sigue a su hermano).* ¿Es así como se abandona a un amante por un hermano?

CLORIS. Filandro, tener un poco de curiosidad no será para ti una gran infidelidad: soporta que robe un momento a mi amor para leer, a pesar suyo, hasta el fondo de su alma. Después reiremos juntos, si quieres.

FILANDRO. ¡Cómo! ¿Es éste todo el caso que haces a mi pasión?

CLORIS. No te quiero menos por ser curiosa, ni tu llama es para mi corazón menos preciosa. Consérvame el tuyo y está seguro de mi fe.

FILANDRO. ¡Ah, loca! ¡Cómo hay que sufrir por amarte!

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

ERASTO. Tenía previsto que este infiel corazón no se defendería de las miradas de esta cruel que trata a mil amantes con mil desprecios, y no tiene favores más que para el último a quien aprecia. Tan presto como llega a ella, leo en su rostro el infalible presagio de su deslealtad; un desconocido escalofrío esparcido por mi cuerpo me ofrece el aviso de lo que he perdido. Después, esta voluble evita mi encuentro, y si, a pesar de sus cuidados el azar me la muestra, si la encuentro, su conversación se confunde, y su desordenado espíritu apenas me sorprende; una reflexión acerca del traidor al que aprecia casi siempre la conduce hacia él; y aunque soñador, no carece de inquietudes, ya que ningún suspiro traiciona el nombre de Tircio. Entonces, a causa de un repentino y extraño cambio, su silencio se rompe y se desborda en alabanzas. Hace destacar en él tantas perfecciones, que aun los menos esclarecidos se dan cuenta de su pasión; su boca no se estremece más que con esta caricia, y cualquier otro propósito le devuelve su delirio. Mientras tanto, cada día, atraídos por las conversaciones, dejan de reprimir por más tiempo sus sentimientos escondidos, y tienen citas allí donde el amor les une; ayer por la tarde les sorprendí juntos, y veo que ella le espera de nuevo. ¡Estos ojos avezados descubren un

espíritu contento! Erasto, has perdido tu propio respeto y todo deseo de agradarle: pon en práctica, sin esperar más, tu ejemplar venganza; no obstante, es mejor que te rías y, en un último esfuerzo, burlándote, le demuestres cómo ella ha sido culpable.

ESCENA II

ERASTO, MELITA

ERASTO. ¡Cómo! ¡Sola y sin Tircio! Verdaderamente esto es un prodigio; ese nuevo amante os abandona demasiado, dejando de este modo pasar la bella ocasión de contaros el exceso de su afecto.

MELITA. Vos sabéis que su alma está desprovista de él.

ERASTO. Sin embargo, se dice que, después de haberos visto, lleva dentro de su alma tan dulce recuerdo que no tiene otro placer que el de entreteneros.

MELITA. Tiene ocasión para hacerse agradable con alguna justicia. De esta manera el amor me parece a mí más suplicio que a él; además, su frialdad, que acrecienta tan pesada conversación, le ayuda mucho a no tener que amar nunca a nadie.

ERASTO. Debéis decir a no amar más que a la bella Melita.

MELITA. Para tanta vanidad tengo demasiado poco mérito.

ERASTO. Para este recién llegado ¿tanto hay que tener?

MELITA. Un poco más que para vos.

ERASTO. En verdad, reconozco que después de haberos servido durante dos años con creces, casi no le falta nada para alcanzar mi valor.

MELITA. Incluso tan poco que os está siendo negado; presumid en otra parte, o seréis despreciado.

ERASTO. Vuestros desprecios no tienen gran consecuencia y jamás merecerán la pena de pensar en ellos.

Como sabía que él os veía, estaba seguro de ser muy mal recibido.

MELITA. Sin examinar mis actitudes desde muy cerca, le hago buena cara con el mejor humor; y si se atreve a tenerme semejantes conversaciones, nos destrozaremos juntos antes de que transcurran dos días.

ERASTO. Si cada nuevo objeto de mi parte os compromete, cambiará pronto de humor y de lenguaje. Siendo acariciado ahora tan pronto como es visto, ¿qué motivos tendrá de queja, siendo tan bien recibido?

MELITA. Erasto, marchaos; tengamos una tregua en vuestros celos. Limpiad vuestro cerebro de este frenesí, y dejad en libertad mis inclinaciones. ¿Quién os permite censurar mis defectos? ¿Es a vuestro enfado a quien he de rendir cuentas?

ERASTO. No, pero tengo, a pesar mío, acerca de vos un poco de vergüenza por lo que se dice en todas partes sobre la excesiva intimidad que soportáis de su temeridad.

MELITA. No cuidéis más de lo que no os pertenece.

ERASTO. ¡Veros tan indómita ante los legítimos deseos de tantas gentes de honor, y por otra parte tan fácil a los ojos de un sobornador!

MELITA. No es a él a quien faltáis, estando yo presente, al soltar los tiros envidiosos de vuestra maledicencia. Adiós. Recordad que estas insensatas palabras hacen mella en mí más de lo que pensáis.

ESCENA III

ERASTO. ¡He aquí, pues, lo que por último me guardaba mi capricho! ¡Esto es lo que he ganado por dos años de servicio! ¡Es así como mi pasión ha sido rebajada en demasía, y con ultrajante desprecio se ve recompensada! Tú me haces preferir en gran manera que te halague; pero con tu cobardía no creas que yo

estalle, y por la grandeza de mis resentimientos dejo pasar el día de mis tormentos. La confirmación pública que produciría mi cólera hincharía demasiado el orgullo de tu alma negra y me convencería sobradamente de este deseo abyecto que me ha hecho suspirar por un indigno objeto. Sabré vengarme, mas aparentando tener para con los dos sólo indiferencia. Fue siempre permitido deducir la causa de una infidelidad por una traición. Tienes, desleal amigo, tu alma asegurada, y tu sorprendente dicha tendrá muy poca duración, ya que con una destreza pareja a tus maldades pondré el desorden donde crees ver la paz. El espíritu bribón y venal de un vecino de Melita llevará en seguida a la práctica lo que yo medite. Para servir a quien le compre está siempre dispuesto, y no ve ninguna injusticia donde brilla el interés. Vayamos sin perder tiempo a pagarle mi venganza y, con la pistola en la mano, forzar su rapidez.

ESCENA IV

TIRCIO, CLORIS

TIRCIO. Hermana mía, quiero tu opinión respecto a un mal soneto que acabo de componer en mi gabinete.

CLORIS. ¿Hacia qué beldad lo dirige tu musa?

TIRCIO. En favor de un amigo yo halago a su dueña. Mira si la conoces y si, al hablar en su lugar, he sabido acomodarme a las pasiones de otro.

(Soneto.) Los ojos de Melita no tienen nada de admirable...

CLORIS. ¡Ay, hermano, no hace falta más!

TIRCIO. Eres insoportable por interrumpirme tan pronto.

CLORIS. Ha sido sin pensar.

TIRCIO. Cállate, pues; vuelvo a empezar.

(Soneto.) Los ojos de Melita no tienen nada de admirable; no poseen nada sólido que no sea mi lealtad. Mi fuego, como mi color, se vuelve incomparable, y yo soy en amor lo que ella es en belleza. Como puse en mis sentidos ofrecer la novedad, mi corazón todos sus tiros espera invulnerable; y aunque ella tiene en el suyo la misma crueldad, mi fe, a pesar de sus rigores, no es menos perdurable. Por ésta, con razón mi extremado ardor encuentra en esta bella una extremada frialdad ya que, sin ser correspondido, yo ardo por Melita: Porque todo lo que los dioses nos envían cada día, nos dieron para nosotros dos; amor y mérito: ella tiene todo el mérito, y yo tengo todo el amor.

CLORIS. ¿Lo has compuesto para Erasto?

TIRCIO. Sí, yo he encendido su pasión.

CLORIS. Tal como la sientes, puede estar dentro de tu alma.

TIRCIO. Tú sabes bien quién soy y que mi libre humor no tiene otro objetivo en mis versos que el de hacerlos rimar.

CLORIS. ¡Pobre hermano! ¿Lo ves? Tu silencio te descubre; con la lengua o con los ojos, no importa quién te acuse: los tuyos me habían manifestado bien, a pesar tuyo, que tu corazón suspiraba bajo las leyes de algún objeto vencedor; pero aún ignoraba quién poseía tu franqueza, y el nombre de Melita ha causado mi asombro. Después del primer verso, tu soneto me ha hecho ver lo que yo ardía por saber desde hace ocho días.

TIRCIO. ¿Crees tú que es así?

CLORIS. Desde luego.

TIRCIO. ¿Hacia Melita?

CLORIS. Hacia Melita; y además me ha hecho ver que tu llama provoca en el corazón de esta hermosa alguna caricia.

TIRCIO. ¿Qué te ha descubierto tanto? ¿Mi soneto?

CLORIS. Justamente.

TIRCIO. Y es lo que te inquieta en tus conjeturas, y por lo que tu delicadeza ha tomado mal sus medidas. Un rostro jamás me habría detenido, si era necesario que el amor estuviese de mi parte. Mi rima solamente es un retrato fiel de lo que Erasto sufre sirviendo a esta bella; sin embargo, cuando yo la divierto con mi afección obtengo siempre una satisfacción considerable.

CLORIS. Muestra, si dices la verdad, un poco más de alegría, y sal de tus ensueños si quieres que te crea.

TIRCIO. Sueño, y mi espíritu no puede eximirse de que una vieja amistad con mi amor se irrite, ya que Erasto se ofende y se opone a Melita. Tan pronto soy su amigo, como soy su rival; mi balanza siempre está equilibrada por idéntico contrapeso, pues me avergüenza mostrarme como un insensible o como un pérfido. Si el amor me enardece, la amistad me intimida, y entre estos dos movimientos mi espíritu dividido no sabe de cuál de ellos debe prescindir.

CLORIS. Estos son subterfugios para confesar a fin de cuentas que, contra tu voluntad, el amor te domina. Con ello pretendes persuadirme, pero no es de este modo como podrás conseguirlo. Como es costumbre ahora, cuando nos servimos de alguien más quiere decir que no va nada nuestro. Cada uno en su asunto es su mejor amigo, y cualquier otro interés no le corresponde más que a medias.

TIRCIO. ¡Que apruebe la furia del rayo de tus ojos, si este rival es la causa de mi desvarío!

CLORIS. Seguramente es de su dicha de lo que sospechas; su bien te hace sufrir, y no el respeto; y con tu baja amistad temes que su riqueza, a despecho de tus ardores, obtenga a tu dueña.

TIRCIO. Estás en lo cierto, hermana mía; eso es lo que me hace morir.

CLORIS. Son vanos temores de los que quiero curarte. ¿Cuándo Erasto los tiene por Melita?

TIRCIO. El posee el mérito de dos años de homenaje.

CLORIS. ¿Pero se ha manifestado con palabras mayores? ¿Ha hablado de casarse?

TIRCIO. Casi en cada momento.

CLORIS. En ese caso déjalo charlar. Este desventurado amante no quiere que se recele de él; por muy rico que sea, Melita le desprecia: y ya que no causaba efecto sus dos años de entrega, no debes dudar más de su aversión; el tiempo sólo la convertirá en más grande y más fuerte. A los hombres de su clase se les toma rápidamente la palabra y, sin arriesgar nada, en el más breve plazo, se les da la mano cuando ellos ofrecen el corazón.

TIRCIO. Su madre puede actuar con potestad absoluta.

CLORIS. Creo que el asunto ya estará resuelto y que tendrá con qué contentarse si su madre consigue forzarla.

TIRCIO. Disminuye mi temor y mi dolor se apacigua; disculpa mi excesiva despreocupación si te abandono. Con esta luz y mi destreza, quiero saber toda la verdad. Adiós.

CLORIS. Yo prefiero esperar apaciblemente el deseado regreso del perezoso Filandro. Una fría acogida le hará recordar que otra vez debe tardar menos en llegar.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO

ESCENA V

ERASTO, CLITÓN

ERASTO *(Dándole una carta).* Ve a buscar a Filandro y dile que Melita tiene en este billete su pasión descrita; dile que su pudor no podía ocultar más el fuego que la consume por aquel a quien quiere tanto:

pero debes cuidar sobre todo de desempeñar bien tu papel; observa su color, su conversación y sus palabras, y mira si, en la lectura, un poco de emoción deja entrever algo de su propósito.

CLITÓN. Eso ya está hecho, señor.

ERASTO. Sin embargo, después de este mensaje, procura con tu destreza en reblandecer su coraje y tocar hasta la última fibra de su fidelidad.

CLITÓN. Señor, fiaos de mi perspicacia; a pesar suyo, le será preciso caer en la trampa. En este asunto mi cabeza os sirve de prenda; no obstante, también vos sabéis...

ERASTO. Sí, ya veo que eres diligente. Estas almas no tienen otro fin que el dinero; y yo sé demasiado por experiencia... Pero ¿volverás pronto?

CLITÓN. Tened paciencia, señor. Dentro de un momento vos mismo podréis tener el placer de observar...

ERASTO. ¿Cómo?

CLITÓN. Por esa encrucijada he visto llegar a Filandro. Escondeos tras este banco y desde aquí sabed aprovechar la ocasión propicia para secundar mis golpes. Ahí lo tenemos. Helo aquí; escondeos.

ESCENA VI

FILANDRO, ERASTO, CLITÓN

FILANDRO *(Erasto está escondido y los escucha).* ¿Qué clase de recibimento me hará mi dueño? ¿Cómo me excusaré de tal pereza?

CLITÓN. Señor, he venido a buscaros a propósito con el encargo de entregaros esto.

FILANDRO. ¿Qué es?

CLITÓN. Vedlo vos mismo leyendo esta carta. Abridla solamente.

FILANDRO. ¡Bah!, tú no eres más que un cuentista.

CLITÓN. Me dejaré matar si miento. *(Carta supuesta de Melita a Filandro.)* A pesar del deber y la conveniencia del sexo, ésta se me escapa en favor de vuestros méritos, para que sepáis que es Melita quien os ha escrito y os ama. Si ella es lo suficientemente afortunada como para recibir de vos un recíproco afecto, contentaos con esta comunicación a través de las cartas, hasta que haya dejado del espíritu de su madre a algunas personas que no ayudan demasiado para lograr su conformidad.

ERASTO *(Fingiendo haber leído la carta por encima de su hombro).* Así pues, es cierto que la hermosa Melita hace del buen Filandro excelentes alabanzas, y que éste obtiene, por su sola virtud, lo que Erasto y Tircio en vano han perseguido. Verdaderamente, semejante elección disminuye mi pesar; no sólo por su frialdad, que ya recuerdo tan poco, sino también por tantas promesas olvidadas, no espero más que un pretexto para desembarazarme de ella.

FILANDRO. ¿Dices que Tircio arde por esta bella?

ERASTO. Muere por ella.

FILANDRO. ¿Tanto valor por un amor tan rebelde?

ERASTO. El mismo.

FILANDRO. Si no posee tu corazón más que a medias, puedes retirarlo en favor de un amigo; de lo contrario, a mi modo de ver, pretende sin cesar: habiendo sido engañado una vez, no soy quien para escoger. Todo lo más que puedo hacer con esta pasión naciente es vengarme de su impotente celo; y mi Cloris le ruega, con el fin de olvidarla, devolver su pasión, si puede, hacia su hermano.

ERASTO. Aparte de su belleza, ¿qué es lo que posee Cloris?

FILANDRO. Un poco más de respeto hacia la que yo he querido.

ERASTO. Veo que posee en sí alguna cosa apreciable; pero, en fin, ¿se puede comparar con Melita?

FILANDRO. Yo no quiero averiguar cuál de las dos posee

más o menos encantos. Amo a una, y mi corazón es insensible para cualquier otra...

ERASTO. Advierte, sin embargo, que el pretexto es plausible.

FILANDRO. Seré despreciado por los hombres y por los dioses.

ERASTO. Se perdona fácilmente a quien busca lo mejor.

FILANDRO. Pero ¿en qué consiste lo mejor?

ERASTO. En valor y en riqueza.

FILANDRO. ¡Oh, qué vergonzosos motivos para cambiar de dueña! (6).

ERASTO. Y en amor.

FILANDRO. Cloris me ama y si yo me conozco, nada iguala lo que ella significa para mí.

ERASTO. Te desengañarás, si quieres mirar lo que te traerán una y otra aventura. La una, amándote, se expone al peligro del desprecio; la otra no tiene en consideración el que tú estés enamorado. La una quiere atraerte hacia una menor belleza; la otra se hace sensible hacia quien no la ama. La una, con la ignorancia de los suyos, te muestra su ardor; y la otra, después de su elección, abandona un poco su frialdad. La una...

FILANDRO. Adiós. Razones de tan poca consideración no podrían en un siglo conmover mi constancia. *(En voz baja a Clitón.)* Dentro de dos horas ven a buscarme.

CLITÓN. Disponed libremente de mis modestas facultades.

ERASTO *(Solo).* Tiene delante un buen guisado y ya ha probado la carnada. A Cloris no le queda apenas influencia sobre él. Así me vengaré doblemente del traidor, arruinando juntos al hermano y a la hermana.

---

(6) Variación (b): «Quizá se acueste rico, o le surja algún motivo para cambiar de dueña» (1633-1657).

ESCENA VII

TIRCIO, ERASTO, MELITA

TIRCIO. Erasto, espera un poco.

ERASTO. ¿Qué quieres?

TIRCIO. Entregarte este soneto que había prometido hacerte.

MELITA *(A través de una celosía, mientras Erasto lee el soneto).* ¿Qué hacen aquí los dos? ¿Qué tendrán entre manos? Tal vez el celoso esté discutiendo con él: donde pueden, se juntan con escasos cumplimientos; son tan corteses que en el fondo de su alma se contradicen.

TIRCIO. Yo doy una razón a tu suerte inhumana. Vete, quiero ver cómo lo presentas por tu mano al precioso objeto por el que tu alma está ofendida.

ERASTO *(Devolviéndole su soneto).* Otro día, Tircio; un asunto urgente hace que no pueda encargarme por el momento. Encontrarás en otra parte un mensajero mejor.

TIRCIO *(Solo).* ¡Qué buen humor el de este hombre! ¡Oh dioses, qué personaje! ¡Qué amistad me demuestra con tan complaciente rostro! Una cara fruncida y una mirada airada son el agradecimiento que recibo por mis versos. Falto a su modo de ver, a una promesa o dirección. He de darlo yo mismo a su joven dueña, y aprovechar así el tiempo, expresando su belleza y el imperio que sus ojos tienen sobre mi libertad. Creo que puedo verla por esta celosía: sí, mi alma está sobrecogida de júbilo. ¡Ay de mí! ¿Qué medio usaré para poder hablarle si mi primer intento

la obliga a marcharse? ¡Qué gozo tan corto y qué caramente se vende ella! No obstante, todo va bien; aquí está ella, sus miradas llenas de fuego se entienden conmigo. ¿Qué le digo? Se acerca y me llama hacia donde está.

ESCENA VIII

MELITA, TIRCIO

MELITA. ¡Eh! ¿Qué habéis hecho con vuestra compañía?

TIRCIO. No puedo emitir ningún juicio sobre lo que hemos hablado: apenas había tenido ocasión para decirle dos palabras, cuando el antojadizo, volviéndome la espalda, huyó de mí.

MELITA. Sin duda me habrá visto, y de ahí viene esta huida tan repentina.

TIRCIO. Amándoos como os ama, ¿cómo podría pensarse?

MELITA. Pero ¿no sabéis nada de lo que ha sucedido?

TIRCIO. Me gustaría saber lo que ocurre. Y qué parte tiene Tircio en vuestra benevolencia.

MELITA. Una mejor de lo que Erasto querría. No he conocido jamás a un amante tan torpe; no puede soportar que otro que no sea él se me acerque. ¡Dioses! ¡Me ha reprochado vuestra compañía! No podéis verme sin disgustarle.

TIRCIO. Ese es el más liviano de todos mis cuidados. Toda una legión de rivales de su clase no distraería el amor que os tengo, el cual no teme los enojos de un celoso.

MELITA. También él lo cree, o yo me engaño.

TIRCIO. ¿Y vos?

MELITA. Aunque esta creencia me exponga a algún error, para despecharle inventaría cualquier cosa.

TIRCIO. Pero para que reciba un completo disgusto

haría falta que nuestros corazones no tuvieran más que un deseo, y sería también preciso de nuestras voluntades tales conversaciones, que no sirven más que para poneros en el estado en que os encontráis. Consultad vos misma un momento con vuestros encantos; pensad en sus efectos, y no presumáis de tener sobre los corazones un poder tan supremo, antes de que os sea permitido usarlo sobre vos misma. Tan digno sujeto no recibe ninguna ley, ni aviso, ni regla, de otro más que de sí mismo.

MELITA. Vuestro mérito, más fuerte que vuestra razón halagadora, me vuelve, lo confieso, un poco menos escrupulosa. Lo debo todo a mi madre, y querría remitir a cualquier amante a sus dictados; pero esperar para vos el efecto de su soberanía, sin testimoniaros mi afecto más que por obediencia, Tircio, sería demasiado; vuestras extrañas cualidades dispensan a mi deber de estas formalidades.

TIRCIO. ¡Cuánto amor y regocijo me da tal consentimiento!

MELITA. Quizás esto sea decir demasiado y mostrarme excesivamente dadivosa; sin embargo, en ello podéis ver que mi afecto tiene entera confianza en vuestra discreción.

TIRCIO. Lo veréis siempre sinceramente respetado. Mi felicidad está ligada con lo que os place, y no tiene otro cuidado ni posee otro deseo; y si queréis un juramento por escrito, este soneto, que ha surgido para vos al encender mi llama, os hará ver al desnudo hasta el fondo de mi alma.

MELITA. Guardad bien vuestro soneto y sabed que hoy Melita quiera creeros tanto o más que a él. Lo tomo, por consiguiente, como el precioso empeño de poder ver que mis ojos son apreciados por vuestro valor. Adiós. Sedme fiel a despecho de los celos.

TIRCIO. ¡Oh, cielos! ¡Jamás un amante ha tenido una suerte más dulce!

ACTO TERCERO

ESCENA I

FILANDRO. Tú has ganado, Melita; no me es posible continuar siendo por más tiempo insensible a tantos favores. Tu carta, en la que sin disfraz pintas tu espíritu y en donde está descrito tan fielmente tu corazón, ha encantado a todos mis sentidos con sus dulces promesas. Esta atención vale más, Cloris, que tus caricias. ¡Ay, Melita! ¡Perdón! Te ofendo al nombrar a aquella que durante tanto tiempo me impidió amarte. Un recuerdo importuno de la amante abandonada ha venido, a pesar mío, a traer a mi pensamiento un retrato que quiero borrar totalmente, pero al cual el ensueño insiste en retener. Apresúrate a desaparecer, sin enturbiar más mi júbilo, y al volver junto a la que te envía dile de mi parte, por última vez, que queda libre para elegir de nuevo, y que mi fidelidad no entretiene más mi llama, que si aún me queda un poco en el alma, deseo, en favor de este residuo de fe, que ella gane en el cambio tanto o más que yo. Dile que Melita, como una diosa, dueña es de todos mis deseos, que dispone de mi corazón y fuerza mi voluntad, y que mi destino, guiado por su poder, se considera muy feliz estando bajo sus órdenes. En fin, que todos mis deseos...

ESCENA II

TIRCIO, FILANDRO

TIRCIO. ¡Filandro!

FILANDRO. ¿Quién me llama?

TIRCIO. Tircio, que ha sido transportado hasta el más alto grado de felicidad, la cual no puede ser perfecta sin habértela contado.

FILANDRO. Me haces demasiado honor con esta confidencia.

TIRCIO. Usaría contigo excesiva prudencia si intentara disimular ante ti lo que mis ojos no podrían ocultarte.

FILANDRO. En efecto, a juzgar por tu semblante, si es posible leer a través de tus ojos, la alegría que muestran me sorprende hasta tal punto que no puedo imaginar de qué se trata; nada espera, me parece, según sus señales.

TIRCIO. ¿Cómo será que sólo las señales asombran? Mi dicha es más grande de lo que puede sospecharse. Cuando lo sepas te sorprenderás.

FILANDRO. No lo sabré sin una señal más patente.

TIRCIO. Soy poseedor...

FILANDRO. ¿De qué?

TIRCIO. De una dueña hermosa, honesta, alegre y con un espíritu tan encantador que con su sola conversación puede arrebatar a un amante; en una palabra, de Melita.

FILANDRO. Verdaderamente es hermosa: no has elegido mal, pero...

TIRCIO. ¿Qué?

FILANDRO. ¿Te quiere ella?

TIRCIO. No cabe duda alguna.

FILANDRO. ¿Y de corazón?

TIRCIO. De todo corazón, yo te respondo de ello.

FILANDRO. Con frecuencia un rostro burlón no es otra cosa que una bella máscara de la hipocresía.

TIRCIO. No temo nada de eso por parte de Melita.

FILANDRO. Escucha, yo las conozco de todas clases; las he visto que parecen de hielo, cuando el fuego, retenido por un astuto fingimiento, se iluminaba tanto más cuanto él sufría de temor; las he visto, y en gran número, muchas que bajo el falso encanto de las pruebas de un amor que no les pertenece, lo toman como pasatiempo de una loca juventud que se deja refinar con estos trazos de flexibilidad, y obran bajo la mano de otras intenciones: no obstante, he visto a muy pocas cuyas pasiones estuvieran de acuerdo con su semblante.

TIRCIO. De este pequeño número es aquella que me tiene; de su posesión estoy tan seguro como tú puedes estarlo de la de mi hermana.

FILANDRO. Y si tu esperanza fuera desilusionada, ¿tendrían estos dos amores un resultado semejante?

TIRCIO. Si no fuera cierto, me engañaría mucho.

FILANDRO. Para darte gusto quiero estar de acuerdo, mientras me enseñas cómo te trata y qué te hace juzgar que su ardor es perfecto.

TIRCIO. Un perfecto ardor tiene demasiados observadores, pero se hace entender por el ingenio de los amantes; una mirada, un suspiro...

FILANDRO. Estos favores ridículos sólo sirven para embaucar almas demasiado crédulas. ¿No tienes ninguna otra razón?

TIRCIO. Su palabra y su fe.

FILANDRO. Todavía te falta algo. Acaba, y cuéntame los pequeños dulzores, las amables ternuras que ella se complace en unir a tales promesas. ¿Algunas cartas, al menos, se dignan confirmar la promesa que te ha hecho?

TIRCIO. No sé quién deseará semejantes menudencias, las cuales no siempre son un testimonio demasiado seguro; no tengo más que su palabra y no quiero otra cosa más que su fe.

FILANDRO. Yo conozco a alguien que tiene más ventaja que tú.

TIRCIO. Sé lo que quieres decir y, para no ocultarte nada, te diré que este rival es menos de temer que de dolerse. Erasto, que ha sido desterrado con rigurosos desdenes...

FILANDRO. Me refiero a alguien un poco menos desdichado.

TIRCIO. No conozco a nadie más que suspire por ella.

FILANDRO. No te tendría mucho tiempo en el pensamiento: mientras te entretiene con bellos discursos, un desconocido rival posee sus amores. Ella te lo ha ocultado despreciando tu amor, y por medio de cartas, cada día, le hace entrega de su alma.

TIRCIO. Esta clase de traiciones la horrorizan demasiado.

FILANDRO. Yo quiero, por piedad, sacarte de este error. Antes, sin pensar, he encontrado esta carta; aquí tienes, como ves, lo que te promete.

(Carta supuesta de MELITA *a* FILANDRO.*)*

Yo misma comienzo a valorarme en algo, puesto que os gusto; mi espejo me ofende todos los días al no reflejarme tan hermosa como imagino que hace falta ser para merecer vuestro afecto. También quiero que sepáis que Melita no crea poseerlo más que como favor o como extraordinaria recompensa por su exceso de amor, con el que ella procura suplir la falta de las gracias que el cielo le ha rehusado.

FILANDRO. Y ahora, ¿qué dices? ¿No es esto una afrenta para ti?

TIRCIO. Esta carta, en tus manos, no puede preocuparme.

FILANDRO. ¿La razón?

TIRCIO. El remitente tiene sabido cuánto te quiero, y que no eres más que uno de los dos perfectos amigos, y por deferencia te ha puesto en mi lugar.

FILANDRO. Eso sería halagarte más de lo prudencial, y amarte interesadamente con el fin de engañarte.

TIRCIO. Se te habrá dado alguna carta más para entregarme, a fin de que me desengañe de una vez.

FILANDRO. Sí, he recibido otro billete; y ya que es para ti...

TIRCIO. ¡Tu lentitud me mata! ¡Apresúrate!

FILANDRO. Aquí está.

(Otra carta supuesta de MELITA *a* FILANDRO.*)*

Vos no tenéis más asunto que Tircio; yo todavía le soporto con el fin de que su vergüenza señale con más exactitud sus defectos y los haga gustar mejor a su madre. Después, Filandro y Melita tendrán el placer de reír juntos sobre las bellas ilusiones de las cuales, hermano y hermana, tienen repletas sus esperanzas.

FILANDRO. Te veo muy pensativo, querido amigo. ¿Todavía crees que este billete va dirigido a ti?

TIRCIO. ¡Traidor! ¿Así es cómo mi hermana se ve despreciada y convertida por tu desdén en objeto de burla? ¿Así es cómo Melita, osando no cumplir sus promesas, con tan negro perjurio, no hace otra cosa que burlarse? ¿Es de esta forma cómo me robas desvergonzadamente ante mis propios ojos un amor que me corresponde por entero? Mas con la espada en la mano tan cruel afrenta se repara rápidamente. Es necesario que por los dos tu cabeza me responda.

FILANDRO. Si por verte burlado te disgustas con todo el mundo, busca quien pueda calmar tu desesperación. A mí tu muerte me costaría excesivamente cara.

TIRCIO. ¡Cómo! ¿Temes un duelo?

FILANDRO. No; pero temo las consecuencias, ya que la muerte del vencido pone al vencedor en fuga, y el

peligroso resplandor del suceso nos haría perder la persona y el precio del combate.

TIRCIO. Tanto razonamiento y tan poco valor son digno testimonio de tu cobardía. O vienes, o proclamas que no te atreves a exponer tu sangre.

FILANDRO. Mi sangre no me pertenece; no puedo disponer de ella, pero, ya que tu dolor se irrita con mis razones, seguiré, desde esta misma tarde, el consejo de Melita. Adiós.

ESCENA III

TIRCIO. ¡Huyes, pérfido, y tu ligereza, después de haberte convertido en criminal, te pone en lugar seguro! Vuelve, vuelve para defender tu plaza usurpada: aquella que te ha querido, bien vale una estocada. Demuestra que la infiel, al entregarse a ti, ha elegido a un amante que valía más que yo; mantén su juicio y salva así del ridículo a aquella que por el tuyo ha abandonado mi amor. ¿Crees que se la merece a fuerza de correr? ¿Puedes abandonarme a sus favores sin morir? ¡Oh cartas, oh favores indignamente gustados y a mi discreción vergonzosamente dejados! ¡Oh prendas que él también descuida por superfluas! No sé a cuál de nosotros difamáis más, ni sé cuál de los tres debe avergonzarse más, ya que vosotras nos enseñáis hasta qué punto es ella una veleidosa, su amante un perjuro, y yo un demente por no haber previsto su engaño. El merecería que esta alma infiel, cambiando de pensamiento, recibiera el mismo trato, y que este digno amante que ella ha sabido buscar no pudiera reprochar nada a su deslealtad. Ahora creo en estos fingimientos por los que ella revisaría mi frívola esperanza; yo creía en sus miradas que, llenas de amor, estaban de parte de tan débil sentimiento. ¡Oh cielos! ¿Se vio jamás semejante superchería, en

la que todo lo externo sólo fue un engaño? No, no, no es nada; tal hermosura nunca estuvo sujeta a la deslealtad. Débiles y únicos testigos de la desdicha que me corresponde, sois demasiado atrevidos por desmentir a su boca. Melita me quiere, me lo ha jurado; la palabra recibida me lo ha asegurado. ¿Qué decís vosotros en contra? ¿Sois más dignos de crédito? Caracteres tramposos, me contáis fábulas, queréis traicionarme, pero vuestros esfuerzos son vanos: su palabra ha dejado a su corazón entre mis manos. Con este dulce recuerdo mi amor se reanima; yo sabré a quién creer, si a ella o a su pluma: ninguna de las dos, en efecto, es liviana; pero sólo puedo hacer juicios aproximados. ¡Alejaos, alejaos, dudas halagadoras que me sugiere mi pasión! Veo sobradamente claro que ella es la más ligera; la fe que yo recibí se ha esfumado en el aire, y esos trazos de su pluma osan todavía hablar, dejando en mis manos una vergonzosa imagen en la que su corazón pinta a lo vivo al mío saturado de rabia. Sí, yo rabio, yo muero, y todos mis sentidos perturbados se encuentran abrumados por un exceso de dolor; tan cruel tormento me tortura y me desgarra, y no puedo vivir más con semejante martirio. Pero escondamos la vergüenza, y no nos demos de menos por el falso alivio de que mueran sus testigos. Que mi muerte secreta impida a la infiel vanagloriarse de que he muerto por ella.

ESCENA IV

CLORIS, TIRCIO

CLORIS. Hermano mío, vuelve sobre tus pasos, por favor. Dime la verdad; tú no me buscabas... ¡Eh! ¡Cómo! Haces como si no me conocieras. ¡Oh dioses! ¡En qué estado te veo aparecer! ¡Súbitamente pálido, dirigien-

do ambiguas e inciertas miradas hacia todas partes! ¡Te faltan el color y el aliento! (7). ¡Tus mal afirmados pies apenas te sostienen! ¿Qué nuevo suceso turba de esta forma tus sentidos?

TIRCIO. Ya que quieres saber el mal que siento... Antes de saciar la inexorable envidia, mi cruel destino pide mi vida. Voy a herirte con una fatal noticia, te diré en dos palabras mi desdicha y la tuya en nuestros castos amores se hace burla de los dos. Filandro..., ¡ay!, el dolor me quema y me sofoca. Adiós, hermana mía, adiós; no soy capaz de hablar más; lee y, si puedes, procura consolarte.

CLORIS. No me marcho.

TIRCIO. Hermana mía, yo te suplico...

CLORIS. ¡Cómo! ¿Que te deje abandonado a tu melancolía? Veamos antes lo que te hace morir.

TIRCIO. ¡Ay de mí! ¡Qué injusticia!

CLORIS *(Después de haber leído las cartas que su hermano le ha dado).* ¡Es fantástico! ¡De modo que la desleal se quita al fin la máscara! ¿Y te disgustas por ser desengañado? De esta forma aprenderás a emplear más astucia en las cosas del amor, así como que las conversaciones de las muchachas sensatas raramente descubren la realidad de sus pensamientos, y que, ayudándose con los ojos, nuestro sexo posee el don de engañar sutilmente. Aprende también de mí que tu razón está extraviada y que Melita no es pieza tan rara como para ser la única a la que puedas servir; muchas otras te harán rabiar. No te inquietes por una sin seso que no tiene otra ambición que la de ser halagada, y compadece a aquellos que, admirando su belleza, tienen la desdicha de ser escuchados. En otro tiempo Damon le plugo, más tarde Aristandro y Geronte; Erasto, después de dos años, no tiene mejor suerte. Tú le has gustado solamente durante ocho días,

(7) Variación (c): «A la vez estás falto de pulmón y de aliento» (1633-1660).

y Filandro es hoy el objeto de sus amores; tal vez (si tanto le gusta cambiar) alguna otra novedad le suplante y nos vengue. Ella no es más que una coqueta con todos sus atractivos; su lengua nunca está de acuerdo con su corazón. Las infidelidades son sus juegos ordinarios, y sus más dulces encantos son de tal suerte vulgares, que un hombre de ingenio jamás admirará nada en ella más que el motivo por el cual tú la querías bien.

TIRCIO. ¿Y piensas detenerme con este torrente de injurias? Tanto si son verdad, como si se trata de exageraciones, documentas mis males en lugar de curarlos. Adiós. Sólo la muerte puede ayudarme.

ESCENA V

CLORIS. Hermano mío... Está salvado; su desesperación se lo lleva. ¡Que me preserve el cielo de hacer uso de la suerte! Un voluptuoso me deja y yo le dejo también; le obligaría demasiado si me preocupara Al perder a sus amantes, los que se afligen dan demasiada importancia a los que los abandonan. Hay que demostrar con una bravata a su vana inconstancia que, en lo que toca a nosotros, tiene demasiada poca importancia. Que Filandro haga sus promesas tranquilamente a su capricho; si está esperando que llore, habrá de esperar mucho tiempo. Su corazón es un tesoro del que quiero que él disponga; el hurto que me hace me quita poca cosa: el amor que hacia él en mi espíritu se había creado obcecadamente, se alabó, sin embargo, de mi falta pasada; y caer de nuevo en la misma locura aún le vuelve más perjuro, sin alma y sin fe, por permitirse el lujo de faltar después de mí. ¡Quiero morir si no es cierto que la mitad del mundo con el ejemplo ajeno se conduce y se hunde! A causa de que le llevó algún tiempo el inflamarme, la

pobre joven ha creído que merecía la pena amarle, y por esta creencia le ha nacido la envidia: ¡puede durarle hasta el fin de su vida! Si Melita ha faltado al quitármelo, ¡dioses, sólo con eso castigad su pecado! Verá pronto como su digna conquista no es una aventura como para quebrarse la cabeza: tan placentero infortunio me da consuelo al instante. ¡Ah! Si mi loco hermano pudiera hacer otro tanto, ¡cuánta satisfacción tendría! Si puedo lograr que vuelva, y si quiere creerme, le haré ver que un cambio tan repentino no vale ni un suspiro, ni un arrepentimiento. Sin embargo, voy a vengarme por malicia, a divertirme una hora y a hacerme justicia; estas cartas me proporcionarán la ocasión de causar desconfianza y división. Si lo hago bien, tendré plena materia para divertir a todos de una hermosa manera. Mas aquí viene uno que siente temor de encontrarme.

ESCENA VI

FILANDRO, CLORIS

CLORIS. ¡Cómo! ¿Pasas, Filandro, sin mirarme?

FILANDRO. Perdóname, por favor; un asunto importuno me impide gozar de mi buena fortuna, y su diligencia, que guía mis pasos, me ocupa el espíritu hasta el punto de no verte.

CLORIS. Con frecuencia poseo el don de amar más de lo que se me ama, y sólo pienso en ti, me lo digo a mí misma.

FILANDRO. ¿Quieres algo de mí?

CLORIS. Te enojas conmigo; no obstante, puesto que de tus ardores poseo tu fe con garantía, no me alarmo. Si tu llama contuviera un poco más de ternura, te habría dejado ver algunos versos de Tircio dirigidos a la encantadora criatura de sus nuevos cuidados... Acabo

de sorprenderles, e incluso podría reunir algunas cartas de la persona a quien adora; pero tú no tienes tiempo: sin embargo, si quieres perder medio cuarto de hora para que las leamos los dos...

FILANDRO. Veámoslo, pues, sin más demora; mi curiosidad podrá disculparme por este cuarto de hora.

CLORIS. No obstante, prométeme que cuando las hayas leído no hablarás nunca de ellas. De otro modo, no creo...

FILANDRO *(Reconociendo las cartas).* Se va sin avisar... Dame, dámelas, tú no las sabrías leer; nosotros también tenemos necesidad de más tiempo.

CLORIS *(Volviendo a guardarlas).* Filandro, aún no has llegado donde pretendes; ciertos favores que tu mérito obtiene están mejor en mi mano que en la tuya; yo los guardaré mejor. Puedes estar seguro de que la bella se dignó perjurar por ti.

FILANDRO. Un hombre debe soportar a una mujer encolerizada, mas sé cómo recuperarlas por tu hermano; le buscaré expresamente, y su sangre o la mía...

CLORIS. ¡Cómo! ¡Filandro es un valiente y yo no lo sabía! Tus golpes son peligrosos cuando no finges, pero tienen la desgracia de hacerse temer poco; mi hermano sabe cómo hacérselos curar, y cuando tú lo consideras muerto podría no estarlo.

FILANDRO. Los resultados darán fe, si tiene el valor. Adiós. Pierdo el tiempo hablando. Tiembla.

CLORIS. Tengo motivos, conociendo tu valor; con tal de que él consienta...

FUNDADA EN 1620 QUITO

ACTO CUARTO

ESCENA I

MELITA, LA NODRIZA

LA NODRIZA. Esta obstinación en guardar secretos me acusa injustamente de ser demasiado poco discreta.

MELITA. Tu importunidad es insoportable. ¿Puedo contarte lo que no sé?

LA NODRIZA. Las visitas de Erasto, cada vez menos frecuentes, dan testimonio de algún enojo con relación a sus penas perdidas, y el enfriamiento que se observa no hace más que demostrar su descontento. Tú ahora quieres ocultarme todo el misterio, pero yo podría obedecer a mi cólera y privarte, como castigo, de los pareceres que hasta aquí tu corazón tan dulcemente ha seguido.

MELITA. Tiemblo con esta amenaza, y cualquier otra temblaría en mi lugar.

LA NODRIZA. No ridiculicemos. El fruto que te ha sido demorado (hablo sin reproches y después de considerarlo todo) va bien... Mas renovemos nuestro humor apesadumbrado. Cuéntame lo que ocurre.

MELITA. ¿Quieres que lo adivine? Fastidiado por un espíritu tan grosero como el mío, buscará en otra parte donde poder obtener mejor conversación.

LA NODRIZA. No es corriente que un amante pierda así el deseo de una cosa durante dos años ardientemente

perseguida; sin duda un desprecio le ha enojado. Una joven que ama, y que ama la juventud, debe gobernarse con mucha prudencia; el desdén mal le parece cuando hace que sea para reprender a un amante que pierde. Una hora de frialdad, preparada a propósito, puede deshacer un alma medio desprendida, puesto que un tratamiento demasiado dulce predispone al desprecio. El orgullo debe saber el precio de un favor. Excepto en este caso, le es necesario complacer a todo el mundo, hacer que la apariencia responda a los deseos de todos, y sin estorbar a las preferencias del corazón, poner buena cara y respetar sus discursos; que cada uno de ellos crea ser el preferido, y aparezcan juntos al entrar en concurrencia; que lo externo de su igual semblante a ninguno vuelva celoso por la dicha de un rival; que sus miradas repartidas a ninguno den temor, sin dar tampoco motivo para dolerse; que vivan todos de esperanza hasta la elección de un marido, pero mientras tanto, que ninguno sea el preferido; y, en fin, es preciso que ella ceda y que reparta por igual el mejor bien que posea: si esta lección no la hubieras olvidado, tu Erasto obraría contigo de otra manera.

MELITA. No es de su agrado soportar esta partición; él cree que mis miradas son su propia herencia, y toma las que dirijo a los demás como otros tantos latrocinios hechos a sus bienes.

LA NODRIZA. Lo estoy entendiendo a medias; acaba y explícame en seguida el motivo de esta enfermedad.

MELITA. Si tú, nodriza, lo habías comprendido a medias, sabrás que Tircio...

LA NODRIZA. ¡Cómo! ¡Su mejor amigo! ¿No ha sido él quien ha hecho que lo conozcas?

MELITA. El quería que ese día aún tuviera que nacer; y, si yo le hubiera apartado, al momento verías a mi lado a Erasto.

LA NODRIZA. Siento que seas tú la manzana de su discordia; sin embargo, sus caracteres no concuerdan:

Erasto no es hombre para dejar que escape, y semejante pichón no se puede recobrar; tiene dos alternativas: el bien del otro, y su ventaja.

MELITA. El bien no quita nada a un ánimo generoso.

LA NODRIZA. Todo el mundo le aprecia y procura regocijarle.

MELITA. Fue un falso brillo que no logró deslumbrarme.

LA NODRIZA. Después de su grandeza, cualquier otro es pequeño.

MELITA. A ti te gusta más por su rango que por su mérito.

LA NODRIZA. Se tiene bastante mérito siendo rico.

MELITA. ¿Se dan los bienes a los que no los tienen?

LA NODRIZA. Sí; es la única manera de ser considerado.

MELITA. No obstante, es por ese aspecto por el que me parece despreciable: un hombre cuyos bienes constituyen sus únicas virtudes no puede ser apreciado más que por los corazones débiles.

LA NODRIZA. ¿Posee algunos defectos que no sean reparados por los bienes?

MELITA. Siendo rico, se desprecia comúnmente el solo ornamento de las bellas cualidades, y, persiguiendo la riqueza a causa de un lujo vergonzoso, con frecuencia nos invita a los vicios debido a la abundancia.

LA NODRIZA. En fin, reconozco...

MELITA. Que con todos sus bienes jamás un celoso obtendrá los favores de mi corazón.

LA NODRIZA. Y que la nueva conquista de un galanteador te ha introducido, con gran sentimiento mío, esos errores en la cabeza. Si tu madre lo supiera...

MELITA. Déjame a mí esos cuidados, y vuelve a entrar para que yo pueda hablar con la hermana de Tircio.

LA NODRIZA. Tal vez quiera darte alguna noticia.

MELITA. Tu curiosidad te absorbe demasiado el seso. Vuelve dentro y no escuches lo que pretende; con ella me espera mejor conversación.

ESCENA II

CLORIS, MELITA

CLORIS. Quiero de tal suerte a aquellos que os rodean y tengo tanto interés acerca de lo que les atañe, que a causa de las afrentas que han recibido no puedo consentir saber algo sin dejar de advertirles. Así pues, por azar, aunque os sea casi desconocida, vengo para haceros ver que vuestros afectos no han sido muy justos en su elección.

MELITA. Vos podréis, mediante este artificio y bajo la apariencia de rendir un buen oficio, hacer daño a algún otro; pero he hecho demasiado buena elección como para arrepentirme de ello, y renuncio a elegir por segunda vez. Mi afecto sólo se inclina hacia un caballero que lo tiene muy merecido.

CLORIS. Perdonadme, pero tengo buenos testigos; éste es el hombre que menos lo merece.

MELITA. Si únicamente tuviera en él una débil confianza, me haríais caer en alguna suspicacia; mas me asombra que oséis censurarlo, teniendo vos misma motivos para amarle.

CLORIS. Yo le quería en otro tiempo, y le amo y le estimo más de lo que lo hacía antes de cometer su crimen. No es más que en mi favor si se atreve a traicionarme, y vos podréis juzgar si puedo odiarle, cuando su traición constituye un claro testimonio del poder absoluto que ejerzo sobre su ánimo.

MELITA. Incitarle a que me sea infiel es usar bastante mal de esta autoridad.

CLORIS. ¿Lo es hacer que cumpla con su deber? Así pues, su deber consiste en que sea él quien os olvide.

MELITA. ¡Cómo! ¡Según vos, el deber debe conducirle a la traición!

CLORIS. Si no se tienen más justas razones, es necesario cumplir la palabra dada.

MELITA. Eso os contradice, él me ha dado la suya.

CLORIS. Sí; no obstante, habiendo ya recibido mi amistad bajo la promesa solemne de ser un día su esposa, ¿puede volverse atrás para aceptar la vuestra?

MELITA. Por favor, excusadme, os he tomado por otra; creía hablar con Cloris.

CLORIS. Y no os engañáis.

MELITA. ¿Y, para mejor ridiculizarme, la hermana de mi amante desfigura a mi rival?

CLORIS. ¿Ha de fingir una fiel para mejor deslumbrar a un alma desleal? ¡Ay! Melita, sabed que conozco demasiado lo que vos me ocultáis. Filandro me lo ha contado todo. Vos pensáis que os ama, pero, después de dejaros, él mismo me narra incluso las menores conversaciones con las que vuestro amor trata de sobornar su inclinación.

MELITA. ¡Ay de mí! ¡Sobornar yo a Filandro! ¡Ay! ¿Qué me decís?

CLORIS. La pura verdad.

MELITA. Verdaderamente, si es una broma, os pasáis demasiado; dejémoslo, si queréis. No he visto nunca a Filandro.

CLORIS. ¿Daréis crédito a vuestra propia escritura? Tened, mirad y leed.

MELITA. ¡Ay dioses, qué impostura! Jamás uno de esos trazos ha salido de mi mano.

CLORIS. Podríamos estar aquí hasta mañana, y vos persistiríais en no querer reconocerlos. Os los dejo. Adiós.

MELITA. Mi inocencia exige de vos el nombre del impostor a fin de que la afrenta recaiga sobre él.

CLORIS. Pretendéis engañarme, y os molestáis en vano.

¿Qué adelantáis con negar, cuando la prueba lo asegura? ¿De qué sirve desmentir? ¿Por qué negar?

MELITA. No os obstinéis en calumniarme; quiero que si alguna vez he dado palabra a Filandro...

CLORIS. Dejemos esta conversación: alguien viene... Es el buen Lisio, el cual parece llevar impresos sobre la frente los trazos de un profundo disgusto.

ESCENA III

LISIO, MELITA, CLORIS

LISIO *(A Cloris).* Preparad vuestros suspiros para la triste noticia del infortunio en que nos hunde un espíritu infiel; dejad de conversar y venid conmigo a compadecer a un hermano que yace en un ataúd a causa de su falta de fe.

MELITA. ¡Cómo! ¡Su hermano en un féretro!

LISIO. Sí, Tircio, lleno de rabia al ver que vuestro cambio indignamente le ultrajaba, y maldiciendo mil veces el detestable día en que vuestra buena acogida le infundió su amor, desesperado, ha rendido el alma en mi casa, y mis ojos desolados...

MELITA. No puedo más; me desmayo.

CLORIS. ¡Socorro! ¡Socorro!

ESCENA IV

CLITÓN, LA NODRIZA, MELITA, LISIO, CLORIS

CLITÓN. ¿De dónde viene esta voz?

LA NODRIZA. ¿Qué queréis, hijos míos?

CLORIS. Melita, tu quieres...

LA NODRIZA. ¡Ay de mí! ¡Está muerta! Su color sonrosado palidece. Ha perdido su calor; está helada...

LISIO *(A Clitón).* Vete a buscar un poco de agua; pero date prisa.

CLITÓN *(A Lisio).* Si el lugar está próximo, es mejor llevarla.

CLORIS. Ayudad a mis débiles pasos; las fuerzas me faltan, voy a sucumbir a los dolores que me asedian.

ESCENA V

ERASTO. Al fin triunfo; los hados amigos me han otorgado los acontecimientos que me habían prometido. Me siento feliz, puesto que por mi destreza Melita se ha quedado sin amante y Tircio sin dueña, y por si fuera poca venganza, Filandro y su Cloris corren el mismo peligro. No obstante, si por otra causa sus almas estaban desunidas, han de ser castigados por los crímenes de otro. ¿Qué me han hecho ellos dos, para que yo perturbe sus acuerdos? Huid de mi pensamiento, inútiles remordimientos; el júbilo reina en mí, cesad de distraérmelo. Cloris me ofende sólo por ser la hermana de tal hermano; y Filandro, tan presto a la infidelidad, no tiene más que la pena debida a su credulidad. Pero ¿qué quiere Clitón, que sale de casa de Melita?

ESCENA VI

CLITÓN, ERASTO

CLITÓN. Señor, todo está perdido: vuestro bribón maldito, de quien fui, con pesar, el condenable instrumento, por medio del dolor ha llevado a Tircio al sepulcro.

ERASTO. ¡Valor! Todo va bien, el traidor me ha hecho

sitio; a él, que con su coraje me volvió de hielo, la muerte, con un favorable golpe, me lo ha arrebatado.

CLITÓN. Señor, esto no es todo, Melita le ha seguido.

ERASTO. ¡Melita le ha seguido! ¿Qué dices, miserable?

CLITÓN. Señor, es muy cierto; en el triste momento en que ella ha sabido su tránsito han terminado sus días.

ERASTO. ¡Ay, cielos! Si es así...

CLITÓN. Dejad estas discusiones; jactaros de que a causa de vuestra impostura estos desdichados amantes han encontrado la muerte, y de que vuestro artificio ha llevado a la tumba a aquella a quien el mundo tenía por la más perfecta y la más hermosa.

ERASTO. ¿Te atreves, pues, a halagarme, infame, y te callas para este oscuro reproche la mitad de mis crímenes? ¿Es así como hablas, sólo a medias? Acaba pronto; di que mi dueña, amigo, que todo lo que he querido, todo lo que dentro de mi alma supo siempre iluminar una púdica pasión, todo lo que de precioso la amistad me ofrece, a causa de mi bribonada ha perdido la luz de los cielos; di que he violado las dos leyes más santas, que nos hacen felices con sus dulces violencias; di que he corrompido, que he sobornado, falsificado, traicionado, seducido y asesinado, y no dirás más que una pequeña parte. ¡Cómo! ¡Tircio está muerto y Melita sin vida! No sabía, Parca, hasta hoy, que vos me revelaríais en el imperio del amor; ignoraba que tan pronto como él une dos almas, también pudo mandaros unir dos tramas. Os relevo de ello, pues; ¡demostrad hoy que estuvisteis obcecado por nosotros como él! ¡Os relevo de ello, y que vuestras bárbaras tijeras corten como gusten los destinos más extraños! ¡Y yo, que soy de sus males el detestable autor! ¡Ay de mí! ¡Faltaba que mi superchería tornara tanto amor en furia! ¡Inútiles pesares, arrepentimientos superfluos, no podéis devolverme a Melita, que ya no existe! Vuestros movimientos tardíos no la hacen revivir: ella ha seguido a Tircio, pero yo no quiero seguirla. ¡Es preciso que mi sangre sea

convertida en razón, y que de mis celos, de mi traición y de mi propia mano un alma tan fiel reciba...! Pero ¿por qué vacila todo mi cuerpo? ¡Qué murmullo tan confuso! ¿Qué gritos son ésos? ¿Qué ironías de fuego se pierden en el aire? Los dioses han declarado la guerra a mis fechorías; mi bribonería ha sido descubierta y acaba de partir la tierra, y para obedecerla, recibiéndome en su pecho, se me traga, llevándome vivo a los infiernos. Os comprendo, dioses; es ahí abajo donde sus almas, en los Campos Elíseos, eternizan sus amores; es ahí abajo a sus pies, donde es necesario que mi sangre se vierta: la tierra, bajo este designio me abre su ancho flanco y me ofrece un camino libre hacia las orillas de Estigia. Ya me doy cuenta; estoy en su ribera. Laguna cuyo nombre hace temblar a los dioses, y por cuyos tristes parajes transcurren las naves llenas, no te enfurezcas por mi insolencia si me atrevo con mis gritos a violar tu silencio: sólo quiero de ti una palabra: ¿Ha muerto Tircio? ¿Está aquí Melita? Pero ¿qué espero? ¡Insensato!, son tan queridos en tu funesto imperio que tú temes perderlos y no te atreves a decirme nada sobre ello. Y vosotros, espíritus ligeros que vagáis sin sepultura en torno a estas aguas, nosotros, a quienes Caronte desde hace cien años rehúsa su barquilla, ¿no podríais darme acerca de ellos alguna noticia? Hablad, y os prometo emplear mi crédito para felicitaros este pasaje prohibido.

CLITÓN. Señor, ¿qué hacéis? Vuestra razón, perturbada por el esfuerzo de los dolores en que está postrada, hace que os figuréis...

ERASTO. ¡Ah! ¡Hete aquí, Caronte! Despacha prontamente y de un golpe de remo pásame, si puedes, a la otra orilla.

CLITÓN. Señor, volved en vos, mirad mi rostro; reconoced a Clitón.

ERASTO. Apresúrate, quiero partir antes de que estos espíritus se acerquen. Tu barca se hundiría por su

peso en los abismos y no quedaría más que el exceso de Erasto y sus crímenes. ¡Cómo! ¿Quieres irte a la otra orilla sin mí? Es preciso que pase a tu pesar, aunque sea cogido a tu cuello. *(Se echa sobre los hombros de Clitón, quien le lleva tras el escenario.)*

ESCENA VII

FILANDRO. Presuntuoso rival, cuya inesperada ausencia retrasa los acontecimientos de mi buena fortuna, ¿tienes tan pronto perdida esta sombra de valentía que te prestaba el esfuerzo de tu dolor? ¿A qué viene ahora esta hirviente envidia y el castigar tu voluptuosidad a costa de mi vida? No te tiene más que a ti; tu enemigo te llama y tu rival te espera. Te busco en todos los lugares y, entretanto, tu huida se ríe impunemente de mi vana persecución. ¿Crees que dejando mi bien en manos de tu hermana mi paciencia al fin se acabará (y que tú no quieres batirte con la espada), olvidando el respeto que se debe al sexo y todo deber? ¿No deja sobre ella obrar mi desesperación?

ESCENA VIII

ERASTO, FILANDRO

ERASTO. Desatar a Ixión para ponerme en su lugar, Arpías, es para vosotras una indiscreta audacia. ¿Acaso tengo yo, con el mismo pensamiento que este ambicioso, la intención de cometer algún delito en el lecho del monarca de los cielos? Trabajáis en vano, Euménides (8): no, no se castiga de este modo a los pérfi-

(8) Variación (c): «Trabajáis en vano, atormentadoras Euménides» (1633-1660).

dos. ¡Cómo! ¿Atadme más? Por añadidura, de pies y manos. Tratemos de descartar a esos inhumanos monstruos. ¡Tenéis mi ayuda, espíritus! ¡Vengaos de vuestras penas! ¡Destruyamos a las serpientes! ¡Carguémoslas con vuestras cadenas! Para estas hijas del infierno somos demasiado poderosos.

FILANDRO. Parece, a juzgar por este discurso, que haya perdido el sentido. Erasto, querido amigo, ¿qué melancolía ha puesto en tu cerebro este exceso de locura?

ERASTO. ¡Equitativo Minos, gran juez de los infiernos, mirad cuán injustamente se me encadena! Hacer un círculo de enamorados, falsificar una carta, no es una maldad irreparable. Es cierto que Tircio ha muerto de dolor, que Melita le ha secundado, y que Cloris, sin amante, no sabe qué partido tomar; pero la culpa solamente es del crédulo Filandro; es sólo él la causa, y la ligereza de su espíritu que tan fácilmente se deja convencer: pues la mano que veis ha escrito todas esas cartas, a las que él ha tomado como consecuencia de sus vientos.

FILANDRO. Te dejo impune, traidor. Que tales remordimientos te den unos tormentos peores que mil muertes: te haría un favor arrancándote la vida. Mi justa venganza se saciará mejor con los locos horrores de esta ilusión. ¡Ay, grandes dioses! ¡Cuán confuso estoy!

ESCENA IX

ERASTO. ¡Te escapaste, pues, bárbaro! Dejándome como botín estas crueles hermanas, las llenas de alegría. No, no, retiraos, Alectón Tisófono y todos los demás oficiales de Plutón. Mal me conocéis; en el cuerpo de un pérfido llevo el coraje y las fuerzas de Alcides. Quiero derribarlo todo en estos oscuros reinos, y saquear yo solo estas tenebrosas mansiones. Por segunda oca-

sión el tres veces avaro Cerbero vomitará el acónito cuando vea la lumbrera. Iré al fondo del infierno a desafiar a los titanes, y si Plutón se opone a cuanto pretendo, pasando sobre el vientre de su tropa sublevada, iré a arrebatar a Proserpina de entre sus brazos.

ESCENA X

LISIO, CLORIS

LISIO. No dudes más, Cloris, tu hermano no está muerto; sin embargo, habiendo sabido por él su deplorable suerte, yo quería comprobar, con este triste fingimiento, si aquella a quien adora y que no puede alcanzar se volvería más sensible a los rasgos de la compasión que a los sinceros ardores de una saludable amistad. Ahora me doy cuenta de que es necesario que se nos persuada con el fin de poder descubrir esta astucia. Podéis estar segura de que dentro de poco os devolveré a Tircio; mi palabra será seguida de un rápido efecto, y verás pronto a tu hermano lleno de vida; ya es suficiente con que pase una vez por tramposo.

CLORIS. ¿Así que de todo el cual no nos quedará más que el susto? El corazón me lo decía. Yo sentía que mis lágrimas se negaban a correr por una falsa alarma, en la que los más peligrosos y rudos asaltos sentían demasiada pena como para moverse en falso; y no me explicaba este monstruoso dolor más que a causa de sentirme un poco avergonzada de que otra diera testimonio de un mayor sentimiento.

LISIO. Después de todo, entre nosotros, confieso francamente que en estos lugares, una joven que pierde a un hermano único llega muy raramente hasta la desesperación, pues el hermoso nombre de heredera

posee tales dulzores, que él sólo basta para consolar a las hermanas.

CLORIS. Adiós, burlón, adiós; me apremia el interés de devolver con una palabra la vida a su dueña; de lo contrario, ya te enseñaría a discurrir.

LISIO. Y yo te curaré de nuevo estos temores (9).

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

(9) Variación (b): «Y yo paralelamente rebatiré tu cacareo» (1633-1657).

ACTO QUINTO

ESCENA I

CLITÓN, LA NODRIZA

CLITÓN. Yo no había recelado nada de ti, y sin embargo, sabías todo el asunto.

LA NODRIZA. Tú me lo has contado bien. Pero ¿no puede ser que Erasto tenga unos remordimientos tan vivos, que hayan transtornado su razón y sus sentidos?

CLITÓN. Puede ser, aunque no por entero. ¡Confundir los rasgos de mi rostro con los de Caronte, y además, tomándome por el viejo navegante, pagarme con buenos golpes en vez que con dinero!

LA NODRIZA. ¡Qué ilusión tan placentera!

CLITÓN. Pero funesta para mi cabeza, sobre la cual se descargaba tal tempestad, que ahora considero como un evidente milagro el que se me haya conservado en la boca un diente.

LA NODRIZA. Estaría mal no reconocer tan extraño servicio.

ERASTO *(Entre bastidores)*. ¡Parad, parad, bellacos!

CLITÓN. Adiós, nodriza. Aquí viene ese loco, reconozco su voz; no será a mí a quien atrape dos veces.

LA NODRIZA. En cambio, yo, ya que deberé pasar por Proserpina, quiero ver hasta qué punto le domina su furia.

CLITÓN. Satisface, pues, tu curioso deseo.

LA NODRIZA. Si pudiera llegar, sería para mí un placer.

ESCENA II

ERASTO, LA NODRIZA

ERASTO. En vano vuelvo a llamarlos. En vano incluso para defenderse, la vergüenza y el deber les dicen que me aguarden; estos débiles escuadrones de fantasmas disfrazados buscan su seguridad en los calabozos más lóbregos y apenas se fían de la noche que los cubre, y aún desean, en el infierno, que otro infierno se entreabra. Mi voz lo pone todo en fuga, y en este vasto terror el miedo embarga también a los fantasmas y a su rey, quienes, precipitándose en una rápida retirada, no tienen más preocupación que la de permanecer ocultos. El hirviente Flegetón, entre sus tropeles pedregosos, ha detenido el fuego para favorecerles; Tisífono temblando, Alectón y Magerio con sus negras llamas, han ahogado la luz (10); las mismas Parcas, con paciencia, se llevan sus centellas, y en este caos han olvidado sus tijeras, mientras que el mismo Caronte en su barca se asombra de lo que no puede suceder a nadie más que a Erasto. ¡Accidente demasiado feliz, si hubiera prevenido la deplorable desdicha acaecida! ¡Accidente demasiado feliz, si la tierra entreabierta ante este fatal día no hubiera consentido mi perdición, y si lo que el cielo me ofrece aquí en exceso hubiera detenido el suceso de mi traición! ¡Dioses, qué mal gobernáis vuestros rayos! ¡No bastáis para reducirme a polvo, por el simple hecho

(10) Variación (b): «Con sus hediondas antorchas han apagado la luz» (1633-1657).

de tan cobarde fechoría! ¡Injustos! ¿Os detenéis para esperar el efecto? ¡Ay, Melita! ¡Ay, Tircio!, con cruel justicia, a costa de vuestros días elegí el suplicio. Dudaban de que en el infierno hubiera con qué castigarme sin el triste consuelo de este duro recuerdo. Todo lo que poseen los infiernos —el fuego, las cadenas, el dolor— ante él no son más que ligeras penas. Del mismo Alectón se recibe más dulce tratamiento. ¡Crueles recuerdos! ¡Teneos, teneos un momento! ¡Que por lo menos antes de mi muerte, en estas moradas sombrías, pueda volver a encontrar estas bienaventuradas sombras! Usad después, si queréis, de todo vuestro rigor, y, si para matarme os falta valor *(poniendo la mano sobre su espada)*, he aquí quien os ayudará. Pero de nuevo os lo suplico, cesad de molestarme durante un breve espacio de tiempo. Ya veo a Melita. ¡Ah! hermosa sombra. ¡He aquí a vuestro enemigo que os busca a mí; éste es Erasto, quien no tiene otro deseo que el de derramar a vuestros pies su sangre y su vida: así lo quiere el destino y, con este propósito los dioses le han arrojado en vida a estos funestos lugares!

LA NODRIZA. ¿Por qué permitís que este frenesí se apodere tan poderosamente de vuestra fantasía? ¿Vio jamás el infierno tal claridad?

ERASTO. No tiene más que la de vuestra hermosura: esta luz sólo proviene de vuestros ojos.

LA NODRIZA. ¡Que proviene de mis ojos! Bajad los párpados, y con más sosiego juzgad su resplandor.

ERASTO. Tienen, ciertamente, no sé qué de vulgar; y cuando más os contemplo, más me asombro veros con otro aire y otra edad: no reconozco ya ninguno de vuestros atractivos; antes vuestra nodriza tenía así los rasgos: una frente arrugada, un color pálido, y un cabello así de canoso. Oh, dioses. ¡Si es ella misma! Nodriza, ¿quién te ha traído a estos lugares llenos de terror? ¿Vienes en busca de Melita, al igual que yo?

La Nodriza. Clitón la vio desmayarse y se turbó de tal suerte que, al verla tan pálida, creyó que estaba muerta; éste, aturdido, se engañó y os engañó a vos. En suma, ella vive, y tal vez hoy Tircio, cuya muerte era imaginaria, reciba la recompensa a su fidelidad.

Erasto. Así pues, en vano los buscaba aquí abajo; en vano para encontrarlos he librado tantos combates.

La Nodriza. Vuestro dolor os perturba y forma nieblas que engañan a vuestros sentidos con falsas imágenes; ese infierno y esos combates no son otra cosa que ilusiones.

Erasto. No me engaño con visiones falsas; mis propios ojos han visto correr a todos estos monstruos y a Plutón, lleno de pánico, perder el gobierno.

La Nodriza. Quizá alguien huya de vos, por temor a vuestro furor y al peso de vuestro cuerpo. Pero mirad si el infierno se parece a este lugar; ¿tienen estos muros y estos edificios la misma forma? La morada de Clitón y la de Melita, ¿tienen alguna semejanza con la de Plutón? ¡Cómo! ¿No notáis ninguna diferencia?

Erasto. Ciertamente, lo que dices tiene bastante consistencia. Nodriza, ten piedad de un espíritu extraviado que siente intensos dolores por tenerla lejos de mí: mi curación depende de poder hablar con Melita.

La Nodriza. Diferid, será mejor, un poco esta vista, hasta que, dueño absoluto de vuestro juicio, estéis en condiciones de hacer un cumplimiento. Vuestro color y vuestros ojos no son los de un hombre cuerdo; tomaos tiempo para cambiar de semblante, reposando un poco en vuestra casa...

Erasto. No puedo; si tú vienes hallaré mi suerte más dulce; mi débil razón, carente de guía, se pierde de nuevo al perderte de vista.

La Nodriza. Si os soy útil, vamos; no quiero para tan buen fin ahorraros mis pasos.

ESCENA III

CLORIS, FILANDRO

CLORIS. No me importunes más, Filandro, te lo ruego, y no te molestes en tratar de apaciguarme. Harías mejor, te lo aseguro, no pensando ya en ello. Tus protestas no hacen más que ofenderme: sé por mí misma su escasa consistencia, y no quiero como prenda una fe perjura de un corazón al que otros ojos pueden tan pronto quemar y una carta supuesta puede tan pronto conmover.

FILANDRO. ¡Ah! No volváis a traer a vuestra memoria el indigno recuerdo de una acción tan negra; y para que podáis volver a nuestras primeras promesas, aplastad al enemigo con el perdón que yo espero. Mi crimen no tiene igual; pero, en fin, alma mía...

CLORIS. De ahora en adelante deja estas palabras de amor para que los falsos testigos de un fuego mal alimentado no me reprochen más el haberte amado en demasía.

FILANDRO. Por favor, devolvedme la amistad pasada y el lugar que ocupaba en vuestro pensamiento, y de nuevo, Cloris mía, por aquellas dulces conversaciones, por aquellos fuegos que volaban de vuestros ojos a los míos y por lo que vuestra fe me permitía aguardar...

CLORIS. Esto es justamente lo que de ahora en adelante no debes pretender. Tu necedad me ha instruido, y he podido comprobar de qué forma un rostro común como el mío no posee los suficientes encantos ni es una cadena tan fuerte como para retener a un hom-

bre de tu clase. Melita tiene atractivos que saben dominarte, pero ella apenas podría hacerlo; necesita un hombre que la supere o la iguale. En vano se rebaja tu amor hacia mí; deja, si quieres, reposar tus ardores. Yo no quiero deber mi bien a esas frialdades.

FILANDRO. No me ocultéis nada; algún otro ha ocupado mi lugar; alguna otra afección hace que os mostréis glacial conmigo.

CLORIS. Todavía nadie hasta este punto ha llegado; pero te cambiaría por el primero que encontrase.

FILANDRO. Esto es demasiado, tus desdenes aumentan mi sufrimiento. Adiós. No quiero tener otra esperanza que la de que un día el cielo te hará sentir, por tantas crueldades, el justo arrepentimiento.

CLORIS. Adiós. Melita y yo tendremos de qué reír con todos los bellos discursos que acabas de dirigirme. ¿Qué quieres que le diga?

FILANDRO. Ve y dile de mi parte que ella, tu hermano y tú reconoceréis demasiado tarde lo que hay que agradecer a un hombre de mi clase.

CLORIS. No creo en el ardor de esa ira que te posee, nos harás temblar más de un cuarto de hora a las dos.

FILANDRO. Tú te burlas, pero pronto nos veremos en otros juegos: sé muy bien cómo vengar un amor ultrajado.

CLORIS. ¿Lo sabes mejor que yo, que ya he sido vengada? ¿Dónde lo aprenderás?

FILANDRO. ¡Basta! Sé cómo vengarme.

CLORIS. Y yo cómo reírme de ti.

ESCENA IV

TIRCIO, MELITA

TIRCIO. Ahora que la suerte, enternecida por nuestros gemidos, llena nuestra esperanza y disipa nuestros temores; ahora que nuestra ventura sólo está oscurecida por el recuerdo de nuestras desdichas pasadas, abramos toda nuestra alma a estas dulces ternuras que inspiran a los amantes las plenas alegrías, y de común acuerdo amemos a nuestras penas cuando de ellas veamos surgir tan preciosos frutos. Adorables miradas, fieles intérpretes de nuestras pasiones secretas, dulces intérpretes del corazón, ya que con tanta fe me habéis enseñado lo que la voz no osa, tenemos necesidad de vuestra confidencia; el amor en libertad puede decir lo que piensa y desdeña la ayuda, que, en su naciente ardor, le hacen mendigar el pudor y el miedo. ¡Hermosos ojos, perdonad en mi transporte esta blasfemia! La boca es impetuosa cuando el amor es extremo y, cuando la esperanza está permitida, tiene derecho a hablar; pero vos vais más lejos de lo que ella pueda llegar; no dejéis que sea usurpado su derecho... Mas, ¡tú no me dices ninguna palabra, mi vida! ¿Qué inquietudes te obligan a callar cerca de tu Tircio?

MELITA. Tú hablas a mis ojos, y mis ojos te responden.

TIRCIO. ¡Ay! Mi contradicción es cierta: si tus deseos secundan este amor que aparece y brilla en tus ojos, de ahora en adelante no tendré que pedir nada a los dioses.

MELITA. Puedes estar seguro; mis ojos se hallan llenos

de pasión y siguen las instrucciones de los movimientos del alma: ya se vio el efecto cuando tu falsa muerte produjo sobre mis sentidos tan gran esfuerzo; se vio el efecto cuando, sabiéndote vivo, me volvieron las ganas de revivir contigo; se vio el efecto cuando, a fuerza de sollozos, mi amor y mis cuidados, con la ayuda de mis dolores, doblegaron el rigor de una madre obstinada y ganaron el permiso que nos permite celebrar nuestro himeneo, tu casto afecto no encuentra más obstáculo para su pretensión. Pero solamente el aspecto de las cartas de un impostor ha podido persuadirte hasta tal punto de lo contrario que, sin querer oírme y sin decirme adiós, celoso y furioso, te marchaste de este lugar.

TIRCIO. Enrojezco, pero ahora sé que no era posible amar como amaba y ser menos sensible, que un justo dolor no sabe escuchar la razón que se esfuerza en persuadirle, y que después de tales transportes, mi pasión no te deja lugar a dudas.

MELITA. Todo esto sería poco si no fuera porque mi bondad te otorga el olvido sin haberlo merecido, y porque, culpable y todo, aún me eres amable.

TIRCIO. En ese caso me considero feliz por haber sido culpable, ya que se me vuelve a llamar en lugar de desterrarme, y se me recompensa en lugar de castigarme. Amaré al autor de esta perfidia; y si alguna vez sé de alguna mano atrevida...

ESCENA V

CLORIS, TIRCIO, MELITA

CLORIS. Me alegra verte, hermano mío, ya que tu hermana, a la que la tristeza de la espera incierta de tu retorno tiene aún apenada, no puede consolarse.

TIRCIO. El amor ha hecho a la sangre un poco de trai-

ción; no obstante, Filandro, por mí, te habrá explicado el motivo.

CLORIS. El infiel me ha hecho tantos juramentos nuevos, tantos ofrecimientos, tantas promesas y tantos cumplimienos mezclados de arrepentimiento...

MELITA. Que al fin le habéis mirado con ojos más favorables.

CLORIS. Os equivocáis.

TIRCIO. ¡Cómo! ¿Le has desdeñado?

CLORIS. Al menos, todos sus discursos nada han conseguido todavía.

MELITA. Así pues, vuestro despecho se obstina en no amar más.

CLORIS. No exactamente; mas soy muy orgullosa: la primera vez, que me engañe quien quiera, pero la segunda, que me alcance quien pueda.

MELITA. Esto es decir, en una palabra...

CLORIS. Que su humor voluptuoso no me tendrá dos veces de una misma manera. En vano sobre mis leyes se atreve a ordenar. Me resulta ventajoso haberle visto cambiar antes de que el yugo despiadado del himen ligándome a él, me vuelva miserable. Que busque esposa en otra parte, mientras que yo por la mía espero del destino mejor oportunidad.

MELITA. Sin embargo, el poco servicio que ha querido rendirme no debe ocasionarle un perjuicio tan grande.

CLORIS. Después de un paso en falso, un cambio tan repentino: a la voluptuosidad correspondo con voluptuosidad, y al desdén con el desdén.

MELITA. Hermana mía, no fue por mí por quien se atrevió a desdecirse.

CLORIS. Si hubiera sido por vuestro amor, no haría más que reír.

MELITA. Por el amor mío, vos le perdonaréis.

CLORIS. Y por mi amor, vos me dispensaréis de ello.

MELITA. ¡Sois una malvada!

CLORIS. Un poco más de lo que parece.

MELITA. Sin embargo, yo quiero lograr que os reconciliéis.

CLORIS. No lo emprendáis, pues puede ser que después de todo vuestra destreza no llegue al final.

ESCENA VI

TIRCIO, LA NODRIZA, ERASTO, MELITA, CLORIS

TIRCIO. Os lo suplico, dejemos este proceso: que sea como quiera, benévolo o riguroso; el exceso de mi pasión no podría consentir que estos frívolos deseos te entretengan. Todos nuestros pensamientos son llevados al estado en que se hallan por este lazo que me vuelve el más feliz de los hombres y por mi fidelidad, que viene a recompensar...

LA NODRIZA. Pronto tendréis otra cosa en que pensar. Vuestro rival os busca, y con la espada en la mano viene a pedir razón de su lugar usurpado.

ERASTO *(A Melita)*. No, no, vos sólo veis en mí a un criminal, a quien el áspero rigor de un remordimiento eterno hace el día odioso y hace nacer el deseo de dejar su tortura dejando la vida. Vengo a poner a vuestros pies mi cabeza en abandono; la muerte le será tan dulce como el perdón. Vengad, pues, vuestras desdichas; juzgad lo que merece la mano que separó Tircio de Melita, y cuyos falsos escritos han ocultado a Filandro las promesas de su Cloris.

MELITA. Aclara un solo punto que nos tenía en duda: ¿serías del parecer de responderle?

TIRCIO. Escucha cuatro palabras aparte.

ERASTO. ¡Vos sois culpable de prolongar mi pena, aplastando mi muerte! Por favor, apresuraos en abreviar mi suplicio, o mi mano prevendrá vuestra lenta justicia.

MELITA. Ved como el cielo posee secretos resortes para hacerse obedecer a pesar de nuestros vanos esfuerzos. Vuestra bribonada, inventada con el deseo de perjudicarnos, aumenta nuestros amores en vez de destruirlos: de este enojoso suceso en que debíamos perecer, la suerte saca un remedio con el fin de curarnos. Pues, para vengarnos del favor recibido, amamos al autor, a causa del resultado. Nos hemos rendido con tantas pruebas de amor, y el exceso de mi amor sincero ha causado tanta piedad en el corazón de mi madre, que con esta ocasión asida por los cabellos, Tircio no ha encontrado ninguna oposición a sus deseos; no obstante, ya que vos queréis tenerlo como un crimen, mirad, aceptando el perdón del olvido. Vuestro descanso estará mejor establecido.

ERASTO. Confuso y avergonzado por tanta cortesía, de ahora en adelante quiero abandonar mis celos; y puesto que es por ello por lo que os felicitáis...

LA NODRIZA *(A Erasto).* Dejad los cumplimientos, que no son merecidos; los dos tienen su cuenta, y sobre esta seguridad consideran el pasado con alguna indiferencia, no atreviéndose a arriesgarse con resentimientos que podían perturbar su alegría.

TIRCIO. Aunque tus sentimientos se lean en tus ojos, quieres que, en adelante, los míos los autoricen. Hablemos, pues. Sí, hermana mía, consiento, pero que mi adversidad se acomode a tu criterio. Que los poderosos dioses hagan que para esta alianza no quede entre nosotros ningún recelo, y que, amándome como a hermano y a mi dueña como a hermana, nuestros días transcurran con más dulzura.

ERASTO. Feliz en mi desdicha, os lo suplico: mi felicidad no puede ser satisfecha hasta que, después de su confesión, me permitáis aspirar al bien que me habéis prometido.

CLORIS. Amadme solamente y, como recompensa, se me dará el gusto que yo pienso.

TIRCIO. Sí, bajo la condición de que, antes de que ter-

mine el día, vos os haréis sensible a este naciente amor.

CLORIS. Prodigáis en vano vuestros débiles artificios; yo no he recibido de él ni servicios ni deberes. Pero Cloris, en silencio, considerará con benevolencia, sospecho que con el único interés de vengarse por medio de vos, en el porvenir, de un amante escapado que creía poseer.

ERASTO *(A Cloris)*. Si permitierais que. en vuestra gracia, el que le desterró pudiera ocupar su lugar, Erasto, como más que disfrutar de un perdón busca purgar su fechoría, está dispuesto a reparar la ofensa que os ha hecho. Melita responderá de mi perseverancia: yo no puedo privarla más que perdiendo la esperanza; vos habéis visto como mi corazón irritado lo ha puesto todo en práctica para conseguir suspiros. Y es con la razón con la que mi pasión violenta, por reducir sus ardores en una amistad santa, vuelve mis amorosos deseos superfluos hacia ella, hacia la belleza que ella más ha querido.

TIRCIO. ¿Qué te parece, hermana mía?

CLORIS. ¿Y a ti, hermano mío?

TIRCIO. Sabes bien que nunca estuve en contra de ti.

CLORIS. Y tú sabes que en tal cuestión yo sí lo estuve.

MELITA. Es razonable; pero a los que me han rendido no es necesario ponerlos en el rango de los perdidos; hermana mía, págame con tu gratitud, ya que mi destino me ha vuelto impotente; concierta esta gracia en nuestros justos deseos.

TIRCIO. No nos rehúses lo que colma nuestros placeres.

ERASTO. Cumplid sus deseos, ceded a sus súplicas, proporcionad a sus razones nuestros singulares favores, y hoy, para hacer la dicha de un amante, dejadle disponer de vuestro sentimiento.

CLORIS. En vano todos me hablan a tu favor. Sólo temo a la madre de Melita; su advertencia me quitará el miedo a arrepentirme, y entonces únicamente tus méritos conseguirán que consienta.

TIRCIO. Entremos, pues; mientras tanto, nosotros iremos a buscarla. Nodriza, ve a ofrecerte a Filandro como dueña.

LA NODRIZA *(Vuelven a entrar todos, y ella espera sola).* Ahí, ahí, no os riáis; antiguamente, en mis tiempos, también los cuñados estaban satisfechos, y creían percibir un salario excesivo por sus molestias cuando dejaba a un lado mi acostumbrado desdén. Para ellos, mis ojos eran verdaderos soles cuyos rayos divergentes resplandecían por todas partes; no había nada en mí que no fuera un milagro, y una sola palabra mía era como un oráculo... Pero, hablo sola. Enamorados, ¿qué es eso? ¡Estáis muy impacientes cuando así me abandonáis! Marchaos, sea cual fuere el ardor que os guía. No puede hacerse burla de las jóvenes de mi clase; yo podría demostrar a vuestros apresurados fuegos que todavía no estáis en el lugar que pensáis (11).

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

(11) En lugar de estos cuatro últimos versos, se encuentra en las primeras ediciones —así como en la de 1648— los dos versos siguientes: «Marchaos, esta noche quiero haceros una perrera tal por la que, en vez de arar, lo dejaréis todo yermo.»

EL CID

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

PERSONAJES

DON FERNANDO, primer rey de Castilla.
DOÑA URRACA, infanta de Castilla.
DON DIEGO, padre de Rodrigo.
DON GÓMEZ, conde de Gormaz, padre de Jimena.
DON RODRIGO, pretendiente de Jimena.
DON SANCHO, pretendiente de Jimena.
DON ARIAS, gentilhombre castellano.
DON ALONSO, gentilhombre castellano.
JIMENA, hija de don Gómez.
LEONOR, dama de compañía de la infanta.
ELVIRA, dama de compañía de Jimena.
UN PAJE, al servicio de la infanta.

La acción se desarrolla en Sevilla.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO PRIMERO

ESCENA I

JIMENA, ELVIRA

JIMENA. Elvira, ¿me lo has expuesto todo con sinceridad? ¿No me ocultas nada de cuanto te ha manifestado mi padre?

ELVIRA. Todavía se encuentran todos mis sentidos arrobados; estima a Rodrigo tanto como le queréis vos y, si no exagero al leer en su corazón, estoy convencida de que os requerirá para que aceptéis su cariño.

JIMENA. Explícame, pues te lo pido nuevamente, lo que te ha inclinado a pensar que está conforme con mi elección: dime, una vez más, qué esperanzas debo albergar; nunca me cansaré de escuchar tan agradables palabras, ni puedes sobrepasarte al prometer a las llamas de nuestro amor la gozosa libertad de mostrarse a la luz del sol. ¿Qué es lo que te ha maravillado acerca de las secretas intrigas que han tramado sobre ti don Sancho y don Rodrigo? ¿No habrás hecho notar demasiado la desigualdad que hay entre estos dos pretendientes, que hace que me incline por uno de ellos?

ELVIRA. No; he retratado vuestro corazón como tan indiferente que no alimenta ni defrauda las esperanzas de ninguno de ellos y que, sin dirigirles una

mirada ni demasiado tierna ni demasiado dura, aguarda la orden de un padre para escoger esposo. Tal proceder le ha agradado, como me han demostrado su semblante y sus labios, y, ya que es necesario contároslo una vez más, he aquí lo que acerca de ellos y de vos me contestó inmediatamente: «Obra como debes; los dos son merecedores de ella, de noble linaje, esforzados y fieles; ambos son jóvenes, pero hacen que pueda leerse con facilidad en sus pupilas la brillante altivez de su ascendencia. En especial don Rodrigo lleva en su porte los rasgos que son propios de un hombre de gran valor y procede de una familia rica en guerreros que nacen en ella entre laureles. La valentía de su padre, sin par en su época mientras gozó de fuerzas, se tuvo por prodigiosa; las arrugas de su frente son testimonio de sus hazañas, y todavía se comenta quién fue en tiempos pretéritos. Espero tanto del hijo como he visto en el padre, y mi hija, en resumen, puede quererle, complaciéndome con ello.» Se dirigía al consejo y, por ser ya tarde, ha interrumpido esta plática que apenas había empezado; pero después de estas frases entrecortadas entiendo que no hay duda de hacia quién van sus preferencias respecto a estos dos pretendientes. El rey debe nombrar un ayo para su heredero, y a él corresponde tan honorable cargo: la elección no ofrece dificultad, y su gran bravura no da pie a que exista el temor a competencia de ninguna clase. Ya que sus hazañas no ofrecen parangón, en tan justa pretensión no tiene rival, y ya que don Rodrigo, al salir del consejo, ha propuesto a su padre para que decida la cuestión, dejo a vuestro juicio el determinar cómo aprovechará su tiempo y si todos vuestros deseos serán satisfechos.

JIMENA. A pesar de ello, mi alma confusa se inclina a no querer admitir esta alegría y está llena de inquietud: un solo instante confieren a la suerte aspectos

diferentes, y dentro de tanta felicidad temo alguna desgracia.

ELVIRA. Gracias al cielo os daréis cuenta de que ese temor resulta injustificado.

JIMENA. Sea lo que fuere, aguardemos los acontecimientos.

ESCENA II

LA INFANTA, LEONOR, EL PAJE

LA INFANTA. Paje, comunicad de mi parte a Jimena que hoy tarda un poco en visitarme y que mi aprecio se resiente por su negligencia.

(Marcha el Paje.)

LEONOR. Señora, sin cesar os llena de tribulación el mismo deseo y diariamente os hallo interrogándola por su amor en cuanto la veis.

LA INFANTA. Y no es sin causa: casi la he obligado a recibir las flechas que la han herido. Ella está enamorada; yo fui quien le presentó a don Rodrigo y quien le animó a él a vencer sus desaires. Habiendo templado así las cadenas de estos dos amantes, debo interesarme en extremo para que concluyan sus sufrimientos.

LEONOR. Señora, con todo, estando a punto de consumarse vuestros desvelos, mostráis una preocupación exagerada. Este amor que a los dos llena de felicidad, ¿es lo que motiva la gran pesadumbre de vuestro corazón? Y la gran deferencia que tenéis para con ellos, ¿es lo que os angustia cuando a ellos les embarga la alegría? Pero entro demasiado en la cuestión y resulto indiscreta.

LA INFANTA. Es más dura mi tristeza ocultándola. Escucha, al fin, cuánto he luchado, oye qué ataques aten-

tan todavía contra mi fortaleza. El amor es un tirano que no desprecia a nadie; estoy enamorada de ese joven caballero al que yo misma he buscado pareja.

LEONOR. ¡Vos le queréis!

LA INFANTA. Acerca tu mano a mi corazón y te cerciorarás de cómo tiembla, cómo le reconoce al mencionar su nombre.

LEONOR. Os ruego que me perdonéis, señora, si os pierdo el respeto al condenar tal pasión. ¡Olvidar de quien sois hija hasta el punto de permitir la entrada en vuestro corazón a un simple caballero! ¿Y qué dirá el rey? ¿Qué pensará Castilla? ¿Recordáis aún quién es vuestro padre?

LA INFANTA. Lo recuerdo tanto que daré mi vida antes que abatir la cabeza desmintiendo mi estirpe. Podría contestarte diciendo que en las almas nobles únicamente el mérito tiene derecho a desatar pasiones, y si la mía intentara algún argumento, numerosos y renombrados ejemplos podrían avalarla, pero en forma alguna deseo llegar hasta donde mi honor quede comprometido; la sorpresa de que han sido víctimas mis sentidos no destruye mi entereza, y me digo constantemente en mi interior que, siendo mi padre soberano, sólo un rey es merecedor de mí. Al comprobar que mi corazón era incapaz de defenderse, yo misma he sido quien ha entregado lo que no me atrevía a tomar. He puesto, en vez de a mí misma, a Jimena entre sus brazos y he avivado su pasión para extinguir la mía. No te maravilles más, pues, si mi alma torturada aguarda con impaciencia su casamiento: ya ves como depende de él mi tranquilidad. El amor, si vive de esperanzas, con ellas acaba; es un fuego que se apaga por falta de leña, y, a pesar de mi áspero destino, si Jimena y Rodrigo se unen para siempre, mi esperanza perecerá y mi corazón sanará. Entretanto, padezco de agudos sufrimientos: hasta esa boda podré querer a Rodrigo; procuro perderlo, y su pérdida me causa un gran pesar; éste es el

motivo de mi secreta angustia. Observo con gran pena que el amor me obliga a suspirar por lo que desprecio; sé que mi alma toma dos partidos opuestos: si es fuerte mi voluntad, también es ardiente mi corazón; ese himeneo es fatal para mí, lo temo y lo anhelo: solamente puede producirme una incompleta alegría. Mi reputación y mi amor son tan resistentes que sufriré tanto si se realiza como si no.

LEONOR. Señora, después de todo esto no tengo nada que manifestaros, si no es que sufro con vuestros tormentos; antes os condenaba y ahora os compadezco. Sin embargo, ya que es un mal tan dulce y tan doloroso, vuestro honor combate al mismo tiempo su atractivo y su fuerza, resiste sus acometidas y evita su seducción. El proporcionará el sosiego a vuestro espíritu indeciso; confiad en él y en la ayuda del tiempo. Tened confianza en Dios: su bondad y su justicia no abandonarán a la virtud en tan largo tormento.

LA INFANTA. Mi más agradable esperanza está en no poseerla.

EL PAJE. Cumpliendo vuestra orden, Jimena viene a visitaros.

LA INFANTA *(A Leonor).* Id a atenderla unos instantes.

LEONOR. ¿Queréis permanecer en vuestros delirios?

LA INFANTA. No, sólo deseo, a pesar de mi dolor, devolver un poco de sosiego a mi rostro. Iré en seguida. *(Sola.)* Justicia de Dios, de quien espero el remedio a mis aflicciones, pon término ya al daño que sufro; asegura mi descanso, protege mi honor. En la dicha ajena busco la mía propia. Tres personas se encuentran interesadas en ese casamiento; haz que se verifique con mayor prontitud o que mi alma sea más resistente. Unir a esos dos enamorados para siempre es quebrar mis cadenas y finalizar mis suplicios. Pero ya me estoy atrasando; vayamos al encuentro de Jimena para que con su entrevista disminuya mi dolor.

ESCENA III

El Conde, Don Diego

El Conde. Finalmente sois vos quien ha conseguido triunfar, y la gracia del rey os eleva a un rango que sólo me pertenecía a mí: os concede el honor de ser ayo del príncipe de Castilla.

Don Diego. Esta gracia que otorga a mi familia demuestra a todos que es justo y manifiesta que sabe remunerar los servicios prestados anteriormente.

El Conde. Por grandes que sean los reyes, son iguales que nosotros: pueden cometer errores como los demás, y esta elección confirma a los cortesanos que no sabe recompensar bien los servicios presentes.

Don Diego. Dejemos ya de hablar de una elección que no es de vuestro agrado: el favor ha podido decidirle tanto como el mérito, pero al poder absoluto se le debe el respeto de no criticar ningún deseo de un monarca. Concededme otro honor que añadir al que él me ha proporcionado: unamos con un sagrado lazo mi casa y la vuestra. Vos sólo tenéis una hija y yo un hijo; su himeneo puede hacernos amigos para siempre. Otorgadnos esta gracia y aceptadle por yerno.

El Conde. Un hijo tan agraciado debe pretender partidos más ventajosos. La magnificencia de vuestro nuevo cargo debe llenar su corazón de presunción. Ejercedlo, señor, y gobernad al príncipe: enseñadle de qué modo es conveniente regir una provincia, someter a sus súbditos bajo la ley, llenar de amor a los leales y de miedo a los perversos. Añadid a sus

virtudes las de un perfecto capitán: enseñadle el modo de endurecerse en los trabajos, hacerse sin igual en el oficio de Marte, pasar jornadas enteras a caballo, vencer a cualquier ejército, tomar una fortaleza y no deber más que a sí mismo la victoria en el combate. Instruidle con vuestro ejemplo y hacedle extraordinario, poniendo a la realidad como testimonio de vuestras enseñanzas.

DON DIEGO. Para instruirse en el ejemplo, a pesar de las envidias, no necesitará más que leer en la historia de mi vida. Ahí encontrará innumerables hazañas y aprenderá el modo más conveniente de rendir pueblos y de alcanzar, por medio de grandes proezas, la fama.

EL CONDE. Los ejemplos vivientes poseen mayor eficacia; mal aprende un príncipe su deber en los libros. Y, además, ¿qué es lo que han hecho tantos años que no pueda ser igualado por una de mis hazañas? Si vos fuisteis valeroso antes, yo lo soy actualmente. Granada y Aragón temen cuando brilla este acero; mi nombre basta para dominar a Castilla entera: si yo faltara, pronto seríais sojuzgados por otras leyes y tendríais por reyes a vuestros propios adversarios. Cada día, cada momento, para realzar mi fama, añaden laureles a los laureles, triunfos a los triunfos. A mi lado el príncipe probaría su valor en las batallas al amparo de mi brazo y aprendería a vencer siguiendo mi ejemplo; y para desempeñar perfectamente y con la mayor rapidez esta misión, vería...

DON DIEGO. Tengo conocimiento de ello, vos sois un fiel servidor del rey: os he visto luchar y mandar bajo mis órdenes. Cuando la edad ha venido a mermar mis fuerzas, vuestra bravura ha sabido reemplazarme; en fin, para dejar vanos discursos, vos sois actualmente lo que antes fui yo. No obstante, en tal concurrencia habréis podido observar que el monarca ha hecho alguna distinción entre los dos.

El Conde. Vos habéis conseguido lo que me correspondía a mí.

Don Diego. Bien supo merecerlo quien os lo arrebató.

El Conde. Quien puede realizarlo con más eficacia es el más digno.

Don Diego. No es buena señal el no haber sido designado.

El Conde. Por industria lo conseguisteis vos, ya que sois viejo cortesano.

Don Diego. Mi único partidario ha sido el lustre de mis proezas.

El Conde. Mejor digamos que el monarca ha hecho honor a vuestra avanzada edad.

Don Diego. Cuando el monarca obra de este modo es que la cuenta por el valor.

El Conde. Si fuera así, ese honor solamente me pertenecería a mí.

Don Diego. Quien no ha podido conseguirlo es que no era digno de poseerlo.

El Conde. ¿No era digno? ¿Quién? ¿Yo?

Don Diego. Vos.

El Conde. Tu atrevimiento, viejo desvergonzado, merece su pago. *(Le abofetea.)*

Don Diego *(Sacando la espada).* Termina y prívame de la vida después de tal insulto, el primero por el que un linaje ha quedado deshonrado.

El Conde. ¿Qué pretendes realizar con tus débiles fuerzas?

Don Diego. ¡Oh, Dios, mis ya escasas fuerzas me abandonan en este momento!

El Conde. Tu espada me corresponde. *(El conde, blandiendo su espada, derriba la de don Diego.)* Más te enorgullecerías de que tan deshonroso trofeo hubiera caído en mi poder. Adiós. Haz leer al príncipe, a pesar de la envidia y para su aleccionamiento, la historia de tu vida; este merecido castigo a unas atrevidas palabras le complacerá.

ESCENA IV

DON DIEGO. ¡Oh, furia! ¡Oh, cólera! ¡Oh, vejez adversa! ¿No he vivido, pues, más que para esta deshonra? ¿No he envejecido luchando más que para ver un día ajarse mis laureles? Mi brazo, al que venera toda España, que ha salvado infinidad de veces este reino, asegurando en tantas ocasiones el trono de su soberano, ¿traiciona, pues, mi causa y no hace nada por protegerme? ¡Oh, perverso recuerdo de mi esplendor de antaño! ¡Oh, nueva dignidad, tan hostil a mi ventura! ¡Oh, profundo abismo al cual cae mi honor! ¿Tengo que contemplar cómo el conde queda victorioso sobre mi fama, morir sin satisfacción o desquite, y vivir con tal afrenta? Conde, encargaos ahora vos de instruir a mi príncipe: tan elevado cargo no consiente a un hombre deshonrado. Tu celoso orgullo, a pesar de la elección del monarca, ha sabido hacerme indigno a causa de tan grave injuria. Y tú, espada, glorioso instrumento de mis admirables hazañas, pero inútil ornato de un cuerpo ya fatigado; tú, tan temida en tiempos pasados, y que en esta ofensa me has servido de ostentación y no de protección, ¡vete, deja para siempre el último de los hombres, pasa a otras manos mejores en las cuales puedas vengarme!

ESCENA V

DON DIEGO, DON RODRIGO

DON DIEGO. Rodrigo, ¿eres valeroso?

DON RODRIGO. Si no fuerais mi padre, en este mismo instante os lo demostraría.

DON DIEGO. ¡Ira bienhechora! ¡Orgulloso sentimiento tan grato a mi dolor! ¡Reconozco mi sangre en esta noble cólera, revive en mí el esplendor de antaño! Ven, hijo mío, ven, sangre mía, a devolverme mi honor. Acude a vengarme.

DON RODRIGO. ¿De qué?

DON DIEGO. De un agravio tan cruel que nos ha deshonrado a los dos: de una bofetada. Habría deseado dar muerte al atrevido, pero mi edad me impidió realizar mi noble impulso; así pues, esta espada, que mi brazo es ya incapaz de sostener, te la cedo a ti para que tomes venganza. Acude a demostrar tu valor contra el atrevido: tal injuria solamente puede repararse con sangre; muere o mata. Para no engañarte, te diré que te induzco a luchar contra un hombre temible: yo le he visto, cubierto de polvo y ensangrentado, causar temor a todo un ejército. He visto cien escuadrones destrozados por su fuerza, y, además de ser un bravo soldado y excelente capitán, es...

DON RODRIGO. Terminad, os lo suplico.

DON DIEGO. El padre de Jimena.

DON RODRIGO. ¡El...!

DON DIEGO. No me contradigas; sé que amas a su hija, pero quien pueda vivir deshonrado no merece vivir. Cuanto más amado es el autor del agravio, mayor

resulta la infamia. Ya sabes cuál es la injuria, ahora te corresponde a ti tomar venganza: no te digo más. Satisface esta ofensa, demuestra que mereces ser mi hijo. Angustiado por las desgracias que el destino me proporciona, voy a llorarlas. Márchate sin perder tiempo y vénganos.

ESCENA VI

DON RODRIGO. Profundamente consternado por esta imprevista desgracia, vengador, merecedor de compasión en causa tan justa e instrumento desdichado de un inmerecido rigor, permanezco inmóvil, y mi espíritu destrozado se abandona al golpe que acabe conmigo. ¡Tan a punto de alcanzar el premio a mi amor! ¡Oh, Dios, qué deber más duro! ¡En este agravio mi padre es el ofendido, y el ofensor el padre de Jimena! ¡Qué terribles luchas se desarrollan en mi interior! Mi amor toma partido contra mi propia honra; es preciso vengar a un padre y perder a la mujer querida: el primero me estimula y la segunda me frena. Reducido a la penosa elección de traicionar mi amor o de vivir en la deshonra, ambas cosas me causan un gran dolor. Padre, mujer amada, honra, amor, triste y noble deber, dulce tiranía, todas mis alegrías desaparecerán o habré de perder mi fama. El uno me hace desdichado, la otra indigno. Esperanza cruel y anhelada de un alma noble y al mismo tiempo enamorada; digno enemigo de mi mayor dicha, hierro que originas mi desgracia, ¿me has sido otorgado con el fin de vengar mi honra, me has sido otorgado para perder a Jimena? Es preferible perder la vida. Soy deudor de mi padre y de mi amada; si me vengo, me hago cómplice al mismo tiempo de su odio y de su ira; si no lo hago, caerá sobre mí su desprecio. El uno me convierte en infiel a mi más

dulce anhelo, la otra me hace indigno de ella. Mi pena se acrecienta cuando intento aliviarla; todo engrandece mi tribulación. Marchemos, alma mía y, ya que es necesario morir, hagámoslo sin ofender a Jimena. ¡Morir sin vengarme! ¡Marchar al encuentro de una muerte tan funesta para mi fama! ¡Sufrir que España atribuya a mi memoria el no haber sido capaz de mantener la honra de mi linaje! ¡Respetar un amor cuya pérdida es segura para mi atribulado espíritu! No prestemos oídos a este engañoso pensamiento que no hace más que angustiarme. Adelante. Pongamos a salvo mi honra, ya que de todas formas perderé a Jimena. Sí, estoy decidido. Lo debo todo a mi padre antes que a mi amada. Si perezco en el duelo o la tristeza me hace perder la vida, legaré mi sangre tan limpia como la recibí. Comienzo a acusarme por ser demasiado negligente: volemos hacia la venganza y avergonzado por dudar tanto tiempo, debo dejar a un lado las preocupaciones acerca de que, siendo hoy mi padre el ofendido, el ofensor resulte ser el padre de Jimena.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

DON ARIAS, EL CONDE

EL CONDE. Debo confesaros que, hallándome excesivamente furioso, me excité sobremanera por unas palabras y llegué a extralimitarme. Pero ya está realizado y lo hecho no tiene solución.

DON ARIAS. Esa soberbia debe subordinarse a los deseos del soberano: ha puesto gran interés en este asunto y su cólera caerá sobre vos con todo el peso de su autoridad. No hay nada que os justifique: la categoría del ofendido y la gravedad de la injuria reclaman acatamientos y deberes que exceden a las satisfacciones acostumbradas.

EL CONDE. El monarca puede usar de mi vida según le plazca.

DON ARIAS. Vuestro error fue motivado por un exceso de ira. El soberano os aprecia todavía; calmad su cólera. Ha manifestado: «Deseo que sea así.» ¿Le desobedeceréis vos?

EL CONDE. Señor, para mantener su aprecio desobedecer un poco no es una falta tan importante. No obstante, por trascendental que fuere, mis servicios prestados actualmente son más que bastantes para borrarlo.

DON ARIAS. Por mucho y muy importante que sea lo

que se realice, el soberano nunca debe favores a sus súbditos. Os consideráis en mucho, pero debéis saber que quien sirve bien al rey no hace más que cumplir con su deber. Os engañáis, señor, al ser tan confiado.

EL CONDE. Solamente opinaré como vos cuando la experiencia lo demuestre.

DON ARIAS. Debéis temer al poder de un rey.

EL CONDE. Un solo error no puede hundir a una persona como yo. Si todo su poder se dirigiera contra mí, todo el Estado perecería si fuera preciso que pereciera yo.

DON ARIAS. ¿Tan poco teméis la autoridad del rey?

EL CONDE. De una corona que perdería sin mí. A él mismo le interesa conservarme por todos los medios, ya que sin mí su cetro caería rápidamente.

DON ARIAS. Sed razonable. Tomad una juiciosa decisión.

EL CONDE. Ya la tengo tomada.

DON ARIAS. ¿Qué debo manifestarle? He de informar al monarca.

EL CONDE. Que bajo ningún motivo puedo tolerar que se me humille.

DON ARIAS. Considerad que los soberanos quieren ser absolutos.

EL CONDE. La suerte está echada, señor; no hay más que hablar.

DON ARIAS. Adiós, pues, ya que he procurado convenceros y no he obtenido ningún resultado. Mas, a pesar de vuestra reputación, temed la sentencia.

EL CONDE. La esperaré sin miedo.

DON ARIAS. Pero no sin cumplimiento.

EL CONDE. Así pues, don Diego quedará complacido. *(El Conde solo.)* No teme amenazas aquel a quien no importa perder la vida. Mi espíritu se encuentra protegido de las mayores calamidades; se me puede obligar a vivir en la desgracia, pero no a que acceda a vivir deshonrado.

ESCENA II

El Conde, Don Rodrigo

Don Rodrigo. Sólo unas breves palabras, Conde.

El Conde. Habla.

Don Rodrigo. Aclárame una cuestión. ¿Conoces bien a mi padre?

El Conde. Sí.

Don Rodrigo. Bajemos la voz. Escucha. ¿Sabes que este hombre ya desgastado fue el más virtuoso y valiente de su época? ¿Lo sabes?

El Conde. Tal vez lo fuera.

Don Rodrigo. ¿Sabes que este brillo que tienen mis ojos proviene de su sangre? ¿Te das cuenta?

El Conde. ¿Y esto qué tiene que ver?

Don Rodrigo. No muy lejos de aquí te lo explicaré.

El Conde. ¡Joven vanidoso!

Don Rodrigo. Habla sin irritarte. Verdaderamente soy joven; pero a los de buen linaje la valentía les acompaña desde jóvenes.

El Conde. ¡Compararte conmigo! ¿Quién te ha proporcionado tanto atrevimiento a ti, al que nadie ha visto todavía con las armas en la mano?

Don Rodrigo. Mi estirpe no espera dos ocasiones para demostrar su valor, y sus intentos valen tanto como extraordinarias hazañas.

El Conde. ¿Me conoces bien?

Don Rodrigo. Sí; otro cualquiera, sólo al oír tu nombre, temblaría de temor. Los laureles que cubren tu cabeza parecen llevar escritos mi perdición. Me enfrento osadamente a un invencible rival; pero tendré sufi-

cientes fuerzas, porque poseo el valor preciso. Nada es imposible para quien venga a su padre Tu brazo, hasta ahora, nunca ha sido vencido, pero yo lo intentaré.

EL CONDE. Ya había notado la valentía que se muestra en tus palabras y, creyendo contemplar en ti el honor castellano, con mucho gusto te concedía a mi hija. Sé que la amas y estoy sorprendido al ver que todos tus sentimientos ceden ante tu obligación, los cuales no han mermado esa gran valentía, que tu nobleza responde al aprecio que de ella hice y que, queriendo para yerno a un caballero cumplido, no erraba en mi elección; pero comienzo a darme cuenta de que mi compasión me pone de tu parte. Estimo tu valentía y me apena que tu juventud te conduzca a un intento que resultaría desastroso para ti. Evita una contienda excesivamente ventajosa para mí, pues semejante triunfo me proporcionaría un insignificante honor. Ganando sin riesgo no se alcanza una gloriosa victoria; todos te creerían vencido sin esfuerzo, y yo sólo podría sentir tu muerte.

DON RODRIGO. Una indeseable piedad ha seguido a tu presunción. ¿Puede sentir compasión por quitarme la vida, quien osa despojarme de mi honor?

EL CONDE. Márchate de aquí.

DON RODRIGO. Vayámonos, pues.

EL CONDE. ¿Tan pronto quieres perder la vida?

DON RODRIGO. ¿Tienes miedo de que te mate?

EL CONDE. Ven, cumple con tu obligación. Es un perdido el hijo que sobrevive un solo instante al deshonor del padre.

ESCENA III

La Infanta, Jimena, Leonor

La Infanta. Calma, Jimena, calma tu sufrimiento; procura hacerte fuerte contra esta desdicha. Hallarás de nuevo la paz después de esta insignificante desventura; tu felicidad no se ha ensombrecido más que por una ligera nube y no has perdido nada por verla aplazada.

Jimena. Mi atormentado corazón ya ha perdido la esperanza. Un temporal tan inesperado, alterando la bonanza, nos trae el anuncio de un seguro naufragio: estoy realmente convencida y yo pereceré en el puerto. Nos amábamos mutuamente y nuestros padres estaban conformes; os comunicaba el feliz suceso en el desgraciado momento en que se originaba su enemistad, cuyo fatal relato, tan pronto como ha sido hecho, ha desmoronado todas mis ilusiones ¡Miserable orgullo, locura despreciable, de la que incluso los más nobles sufren la tiranía! ¡Honra sin compasión para mis ardientes anhelos, cuántos sufrimientos vas a proporcionarme!

La Infanta. No debes temer este altercado: en un momento apareció y en un momento se desvanecerá. Ha hecho demasiado ruido para que no pueda arreglarse, e incluso el mismo soberano es quien quiere aproximarlos. Ya sabes que mi corazón, tan sensible a tus desasosiegos, realizará todo lo posible para devolverte la tranquilidad.

Jimena. En tal estado de cosas nada puede llevar a cabo la reconciliación; tan graves injurias no pueden repa-

rarse. Inútilmente se pondrá en juego la fuerza o la prudencia: si el daño se remedia será sólo aparentemente. El odio que los corazones albergan dentro de sí mantiene unos fuegos ocultos mucho más incandescentes.

LA INFANTA. El lazo sagrado que atará a Rodrigo y a Jimena borrará el rencor de los padres rivales y, a no tardar, veremos más fuerte este amor, desvaneciendo con un feliz casamiento esa enemistad.

JIMENA. Este sería mi anhelo, pero he perdido la esperanza: don Diego es muy soberbio, y yo conozco a mi padre. Siento correr las lágrimas que quiero contener; el pasado me aflige y temo al futuro.

LA INFANTA. ¿Qué temes? ¿Las débiles fuerzas de un hombre de avanzada edad?

JIMENA. Rodrigo es valiente.

LA INFANTA. No debes tener miedo de él; te ama demasiado para querer dañarte. Solamente unas palabras tuyas bastarán para contenerlo.

JIMENA. Si me escuchara, cesarían mis sufrimientos. Pero si me complaciera, ¿qué se diría de él? ¡Soportar tal ofensa, dado su linaje! Si resiste o cede al amor que le atrajo hacia mí, mi espíritu no puede sino avergonzarse o confundirse por su falta de respeto o por su justa negativa.

LA INFANTA. Eres generosa y leal, Jimena, y aunque se trate de tu propio interés no puedes tolerar un pensamiento indigno; no obstante, si hasta el momento de la reconciliación hago prisionero a Rodrigo, atajando de este modo las consecuencias de su valentía, ¿no albergará tu amor ningún miedo?

JIMENA. ¡Ah, señora! Siendo así, nada puede inquietarme.

ESCENA IV

La Infanta, Jimena, Leonor, el Paje

La Infanta. Paje, busca a Rodrigo y tráelo aquí.

El Paje. El conde de Gormaz y él...

Jimena. ¡Dios mío, estoy llena de temor!

La Infanta. Dime lo que sepas.

El Paje. Los dos han salido juntos de palacio.

Jimena. ¿Solos?

El Paje. Solos y, además, retándose mutuamente.

Jimena. Sin duda han llegado a las manos; ya no hay solución. Señora, disculpad que os deje tan precipitadamente.

ESCENA V

La Infanta, Leonor

La Infanta. ¡Ay, mi espíritu se halla inquieto! ¡Lloro sus desventuras, me abandona la calma, y mi amor vuelve a revivir! Lo que va a separar a Dodrigo y a Jimena hace que a un mismo tiempo resuciten mis desasosiegos; pero esta separación, que veo a mi pesar, hace que mi espíritu se encuentre lleno de una oculta alegría.

Leonor. La extraordinaria nobleza que posee vuestra alma, ¿debe dejarse vencer tan pronto por esa pasión indigna?

LA INFANTA. No la llames indigna ahora que, victoriosa, me dicta su ley: debes respetarla, ya que la tengo en tan alta estima. Mi honor la rechaza, mas, a pesar de él, confío; y mi corazón, insuficientemente protegido de tan loca esperanza, vuela hacia un hombre que Jimena perdió.

LEONOR. ¿Destruiréis de esta forma tan noble virtud, dejando que la razón os abandone?

LA INFANTA. ¡Ah, cuán poca atención se le presta cuando el corazón está impregnado de tan sabroso veneno! Y cuando el enfermo quiere su dolencia, ¡qué esfuerzo tan grande debe realizar para tolerar que le sea mitigada!

LEONOR. Vuestra confianza os tienta, o es dulce vuestro mal; pero, a pesar de todo, ese caballero no es merecedor de vos.

LA INFANTA. Ya lo sé, mas, si es vencida mi firmeza, observa cómo seduce el amor a un corazón del que es dueño. Si Rodrigo saliera victorioso del encuentro, si bajo su bravura fuera derrotado tan afamado guerrero, yo podría amarle sin tener que humillarme. ¿De qué no será capaz si vence al conde? Estoy segura de que, en sus empresas, someterá a reinos enteros, y los halagos de mi amor me inducen incluso a verle sentado en el trono de Granada, temido por todos los moros, siendo recibido en Aragón como un nuevo conquistador, o rindiendo a Portugal, o transportando con extraordinarias hazañas allende los mares sus altos ideales con el fin de regar sus laureles con la sangre africana. Todo cuanto se narra, en resumen, de los más célebres guerreros, lo espero de Rodrigo tras esta victoria, y hago de su estimación causa de mi honor.

LEONOR. Sin embargo, señora, observad hasta dónde conducís su brazo, después de un desafío que quizá no se lleve a cabo.

La Infanta. ¿Qué pretendes? He perdido el juicio y mi espíritu se enturbia: ya ves el daño que me proporciona esta pasión. Ven a mi aposento a confortar mis penas y no me dejes en el desasosiego en que me encuentro.

ESCENA VI (1)

Don Fernando, Don Arias, Don Sancho

Don Fernando. ¿Tan soberbio es, pues, el conde y tan poco juicioso? ¿Todavía osa creer que puede ser perdonada su falta?

Don Arias. Cumpliendo vuestras órdenes, me entrevisté con él durante largo rato; hice todo lo posible, señor, pero no obtuve ningún resultado.

Don Fernando. ¡Cielo santo! ¡Tan atrevido puede llegar a ser un súbdito que procura tan poco complacerme y respetarme! ¡Agravia a don Diego y menosprecia a su rey! ¡En mi misma corte me da órdenes! Aunque sea un valiente guerrero y gran capitán, sabré someter su orgullo. Por más que fuera el dios de los combates, ha de saber lo que significa la desobediencia. Sea lo que fuere, lo que mereciese tal osadía, quise tratarle suavemente; no obstante, ya que abusa de mí, id en seguida en su busca y, tanto si se resiste como si no, detenedle.

Don Sancho. Tal vez disminuya su insubordinación después de algún tiempo; se halla todavía con el ardor de su disputa. Señor, en el acaloramiento de los primeros momentos, con dificultad se abate un corazón tan generoso. El ya sabe que no se ha conducido rectamente, pero su carácter orgulloso no se reduce tan pronto a confesarse culpable.

---

(1) Las escenas VI, VII y VIII, se desarrollan en palacio.

DON FERNANDO. Callad, don Sancho, y tened presente que comete falta quien le defiende.

DON SANCHO. Cumpliendo vuestra orden, no digo nada más, pero, os lo suplico, concededme dos palabras todavía en defensa del conde.

DON FERNANDO. ¿Qué podéis manifestar?

DON SANCHO. Que un espíritu habituado a las grandes empresas no puede sufrir el peso de la humillación: ninguna puede concebirse que sea justificada sin afrenta; es solamente a esta palabra a la que se ha rebelado el conde. Halla demasiada dureza en su obligación y acataría vuestras órdenes si no fuera tanta su nobleza. Mandad que su brazo fortalecido en las luchas repare esta ofensa con las armas; os dará plena satisfacción, majestad, y venga lo que viniere, conociéndolo él, he aquí quien lo justificará. *(Don Sancho, pronunciadas estas palabras, coloca la mano sobre la espada.)*

DON FERNANDO. Me faltaría al respeto, pero disculpo tal atrevimiento a causa de vuestra juventud y excuso el ardor de vuestra arrogante bisoñez. Un monarca cuya prudencia sea firme sabe disponer más adecuadamente de sus vasallos. Yo miro por los míos, mis desvelos les amparan de la misma forma que la cabeza a los miembros de los cuales son servidores. Por ello vuestros argumentos no son válidos para mí; vos os expresáis como militar, yo tengo que actuar como soberano, y, sea lo que fuere lo que afirme o me atreva a creer, por servirme no puede el conde perder su honra. Además, la ofensa me alcanza también a mí: ha injuriado a aquel a quien he nombrado ayo de mi hijo; agraviar al escogido por mí es ultrajarme y atreverse contra el poder supremo. He dicho. Lo que me resta por manifestar es que se han visto diez embarcaciones con banderas enemigas en los mástiles osando aparecer en la desembocadura del Guadalquivir.

DON ARIAS. Los sarracenos han aprendido a conoceros

mediante la fuerza y, al ser vencidos en tantas ocasiones, han perdido el ardor combativo y no se atreven contra tan gran triunfador.

DON FERNANDO. Nunca les agradará que, para su vergüenza, mi corona domine a Andalucía; esta hermosa tierra, en la que ellos se asentaron por tan largo tiempo, es apetecida con envidia. Este es el único motivo que me ha obligado a trasladar desde hace diez años el trono castellano a Sevilla (2), con el fin de tenerlos más vigilados y desbaratar con la mayor celeridad todo cuanto planeen.

DON ARIAS. Conocen, al precio de sus más honradas cabezas, cómo se afirman, con vuestra presencia, vuestras conquistas. Ningún temor debéis albergar.

DON FERNANDO. Mas no puedo confiarme. El exceso de tranquilidad atrae al peligro, y ya sabéis que la marea alta, con su reflujo, puede acercarlos a poca distancia de aquí. Pero cometería un error, siendo el peligro poco probable, si pusiera en sobresalto a los corazones. El impacto que produciría esta insensata alarma al llegar la noche, llenaría de general temor a la ciudad. Ordenad que la guardia sea redoblada en las murallas y en el puerto. Por esta noche eso es suficiente.

ESCENA VII

DON FERNANDO, DON SANCHO, DON ALONSO

DON ALONSO. Majestad, don Diego, por medio de su hijo, ha reparado su agravio.

DON FERNANDO. Desde el primer instante en que conocí

(2) Aunque se ha mencionado muchas veces, recalcamos aquí la ciudad de Sevilla, y, como dato curioso, el anacronismo de Corneille al hacer de Fernando I, primer rey de Castilla (1037-1065), su conquistador, cuando la hermosa ciudad no fue tomada hasta 1248, reinando Fernando III el Santo. (N. del T.)

el ultraje previ la venganza y desde entonces procuré evitar esta desgracia.

DON ALONSO. La hija del conde viene deshecha en llanto a expresaros su profundo dolor y a pediros justicia.

DON FERNANDO. Aunque también me encuentro sumamente consternado, al parecer lo realizado por el conde ha merecido un castigo apropiado a su atrevimiento. No obstante, por justo que éste sea, no puedo evitar el dolor que me ocasiona la pérdida de tal capitán. Después de haber prestado tantos servicios al Estado, después de haber derramado su sangre infinidad de veces por mí, su pérdida, aunque censure su soberbia, no deja de proporcionarme un gran disgusto.

ESCENA VIII

DON FERNANDO, DON DIEGO, JIMENA, DON SANCHO, DON ARIAS, DON ALONSO

JIMENA. ¡Majestad, majestad, os pido justicia!

DON DIEGO. ¡Señor, os ruego que nos escuchéis!

JIMENA. Me echo a vuestros pies.

DON DIEGO. Beso vuestras plantas.

JIMENA. Solicito justicia.

DON DIEGO. Prestad atención a mi defensa.

JIMENA. Castigad la temeridad de un joven osado que derribó el sostén de vuestra corona, dando muerte a mi padre.

DON DIEGO. Solamente vengó al suyo.

JIMENA. El soberano debe hacer justicia por la sangre de sus súbditos.

DON DIEGO. No existe pena para una justa reparación.

DON FERNANDO. Levantaos los dos y hablad. Jimena, me hallo, como vos, profundamente consternado por tal

desventura, y mi alma se encuentra herida por vuestro mismo dolor. Después hablaréis, don Diego; ahora no interrumpáis sus lamentos.

JIMENA. Majestad, han dado muerte a mi padre; mis propios ojos vieron como de su noble costado brotaba la sangre, la misma que infinidad de veces defendió vuestras murallas, que en tantas ocasiones os ganó batallas; esa sangre que, todavía húmeda, revela su indignación al verse derramada por otro que no seáis vos. Rodrigo acaba de derramar en vuestra corte esa sangre que, en medio de tantos peligros, no se atrevió a verter la guerra. Sin fuerzas ni color, fui allí y le encontré muerto. Disculpadme, majestad, pero el dolor que siento me impide continuar tan desdichado relato; mis lágrimas y mis lamentos os manifestarán el resto.

DON FERNANDO. Sé valiente, hija mía; desde ahora tu soberano desea hacerte de padre en su lugar.

JIMENA. Majestad, demasiado honor ha sucedido a mi desgracia; ya os lo relaté, le hallé muerto; tenía el costado abierto y, para conmoverme más, su sangre escribía sobre el polvo mi obligación, o mejor dicho, su valentía, reducida a tal estado, me hablaba por su llaga ordenándome pedir justicia, y, para hacerse escuchar por el más justo de los monarcas, en esta angustiada boca ha tomado mi voz. No toleréis, majestad, que bajo vuestro poder reine entre nosotros semejante atrevimiento, que los más bravos se encuentren expuestos impunemente a los ataques de la temeridad y que un joven atrevido triunfe sobre su reputación, se bañe en su sangre y desafíe su memoria. Si no es vengado un capitán como el que se os acaba de arrebatar, se extinguirá el ardor de serviros. Han dado muerte a mi padre y yo solicito venganza, más por vuestro interés que por mi complacencia. Vos, con la muerte de un hombre de su categoría, quedáis perjudicado. Tomad satisfacción con otra. Sangre por sangre. Inmolad, no por mí

sino por vuestro cetro y, sobre todo, por vuestra magnificencia; inmolad, digo, majestad, en beneficio de la nación entera, al que presuma de tan gran delito.

DON FERNANDO. Contestad, don Diego.

DON DIEGO. ¡Cuánto merece ser envidiado el que, al ser abandonado por sus fuerzas, puede también abandonar este mundo! ¡Que la vejez proporcione a los hombres nobles al final de su carrera un triste destino! Yo, a quien mis innumerables hazañas concedieron tanta fama; yo, que anteriormente siempre vencí, he de verme ahora, por haber vivido demasiado, recibiendo un agravio y derrotado. Lo que nunca consiguió ninguna batalla, emboscada o asalto, lo que nunca lograron Aragón ni Granada, ni todos vuestros adversarios ni todos los que me envidiaron, lo ha conseguido el conde en vuestra corte, casi delante de vos, por celos de vuestra elección y soberbio por la superioridad que sobre mí le otorgaba la impotencia de mi avanzada edad. Majestad, así estos cabellos, encanecidos bajo el peso de las armas; esta sangre, generosa en tiempos pasados infinidad de veces por serviros; este brazo, que fue antes temido por todos los ejércitos enemigos, descenderían a la tumba deshonrados si no hubiera engendrado un hijo digno de mí, de su patria y de su soberano. El me ha proporcionado su ayuda, ha dado muerte al conde, me ha restituido el honor y ha lavado mi afrenta. Si demostrar ser valeroso y firme, si vengar una bofetada merece alguna pena, solamente debe recaer sobre mí: cuando el brazo delinque, se castiga a la cabeza. Se denomine delito o no a lo que origina nuestra discordia, majestad, yo soy la cabeza y él sólo mi brazo. Si Jimena se lamenta porque dio muerte a su padre, jamás lo habría realizado Rodrigo de haber podido hacerlo yo. Castigad, pues, a esta cabeza que la vejez va a abatir y guardad para vos el brazo fuerte que puede serviros. Complaced a Jimena a costa de mi sangre; no me niego a ello y acepto

mi castigo. Lejos de quejarme contra una sentencia demasiado dura, muriendo sin infamia, muero sin disgusto.

DON FERNANDO. El caso reviste extrema gravedad y, pensándolo bien, merece ser sometido a la deliberación del consejo en pleno. Don Sancho, acompañad a Jimena a su casa. Don Diego permanecerá en mi corte como rehén, mientras ordeno que se busque a su hijo. Yo te haré justicia.

JIMENA. Es razonable, majestad, que un asesino sea castigado.

DON FERNANDO. Cálmate, hija mía. y sosiega tu pesar.

JIMENA Aconsejar que me tranquilice es aumentar mis sufrimientos.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO TERCERO

ESCENA I

DON RODRIGO, ELVIRA

ELVIRA. ¿Qué es lo que has hecho, Rodrigo? ¿A qué vienes, malvado? (3).

DON RODRIGO. A seguir el amargo destino de mi desdichada fortuna.

ELVIRA. ¿Cómo puedes atreverte a comparecer en los lugares que has cubierto de luto? ¿Cómo? ¿Hasta aquí osas desafiar a la sombra del conde? ¿No eres tú quien le ha dado muerte?

DON RODRIGO. Su vida era mi deshonor: mi reputación ha pedido de mi mano este sacrificio.

ELVIRA. ¡Refugiarte en la casa del muerto! ¿Se amparó en ella alguna vez un asesino?

DON RODRIGO. Sólo vengo a entregarme a mi juez. No me mires más con tanto temor; deseo la muerte después de haberla ocasionado. Mi juez es mi mismo amor, mi juez es mi amada Jimena: merezco la muerte al merecer su rencor, y no vengo más que a buscarla de sus propias manos.

ELVIRA. Es más prudente que no te vea; no comparezcas ante su presencia. Márchate, no te expongas a los

(3) La escena se desarrolla en casa de Jimena.

primeros arrebatos que promueva la irritación de sus resentimientos.

DON RODRIGO. No, no; ese ser amado al que encolericé no puede poseer tanta ira para castigarme.

ELVIRA. Jimena está en palacio, abatida por el dolor y por el llanto, y regresará acompañada de otras muchas personas. Rodrigo, vete, te lo ruego. Aleja de mí esta preocupación. ¿Qué se comentaría si se te viera aquí? ¿Quieres que algún calumniador, para colmo de sus desgracias, la culpe de tolerar al asesino de su padre? Hazlo al menos por su reputación. Jimena regresará pronto; ya llega, la veo ya. Rodrigo, ocúltate.

ESCENA II

DON SANCHO, JIMENA, ELVIRA

DON SANCHO. Verdaderamente, señora, necesitáis culpables; vuestra ira es justa y razonable vuestro llanto. No trato, pues, a fuerza de palabras, ni de tranquilizaros ni de atenuar vuestra ira, mas, si en mi mano está el serviros, usad mi espada para castigar al culpable; utilizad mi amor para vengar esta muerte. Bajo vuestra voluntad mi brazo cobrará mayor ímpetu.

JIMENA. ¡Desgraciada de mí!

DON SANCHO. Os ruego que aceptéis mis servicios.

JIMENA. Ofendería al monarca, el cual me ha dado palabra de que hará justicia.

DON SANCHO. Vos sabéis que esta clase de justicia va muy lenta y que frecuentemente el crimen queda sin castigo por culpa de esta demora; muchas lágrimas hace verter con esta incertidumbre y este angustioso retraso. Concededme el honor de que un caballero

os vengue con las armas; es el camino más rápido y seguro para ejecutar el castigo.

JIMENA. Esta será la última solución, en caso de no haber otra, y, si todavía os compadecéis de mí, seréis libre de actuar para vengar mi afrenta.

DON SANCHO. Mi alma sólo anhela tan gran placer y, esperando que llegue el momento, marcho lleno de satisfacción.

ESCENA III

JIMENA, ELVIRA

JIMENA. Al fin estoy libre y de mi gran dolor puedo mostrarte, sin rodeos, el tormento; puedo sin trabas dar rienda suelta a mis tristes lamentos; puedo abrirte mi espíritu y mostrarte todas mis penas. Mi padre ha sido muerto, Elvira, y el que ha cortado el hilo de su vida ha sido aquel a quien él armó caballero. ¡Que siga mi continuo llanto! La mitad de mi vida ha hecho enterrar a la otra mitad, y estoy obligada a vengar, tras este golpe funesto, la que ya no tengo con la que todavía me queda.

ELVIRA. Calmaos, señora.

JIMENA. ¿Cómo me hablas de calma en tan grave desgracia? ¿Cómo podrá aliviarse nunca mi sufrimiento si no puedo tener rencor a la mano que lo causó? ¿Y qué será de mí, atormentada sin descanso por amar al criminal y al mismo tiempo perseguirlo?

ELVIRA. ¡Mata a vuestro padre y aún le queréis!

JIMENA. Quererle es decir poco, Elvira: le amo con pasión, y ésta se opone a mi resentimiento; mi enemigo es a la vez mi amado, y siento cómo, a pesar de todo mi odio, Rodrigo ataca todavía a mi padre dentro de mi corazón: le acomete, le acosa, cede, se defiende, ahora firme, débil después, victorioso final-

mente; pero, en esta fuerte lucha de amor y de odio, desgarra mi corazón sin apoderarse de mi voluntad, y, aunque su amor ejerza algún poder sobre mi espíritu, no vacilo en seguir mi deber: acudo decidida donde mi honor me lo exige. Quiero a Rodrigo; todo lo que representa para mí me entristece; mi corazón se inclina hacia él, mas a pesar de ello no he olvidado quién soy ni que mi padre ha sido muerto.

ELVIRA. ¿Le perseguiréis?

JIMENA. ¡Ah, despiadado pensamiento y atroz persecución a la que me veo forzada! Pido su cabeza y temo conseguirla. ¡Mi muerte seguirá a la suya y deseo castigarle!

ELVIRA. Renunciad, señora, a tan triste intención; no os asignéis tan dura ley.

JIMENA. ¿Cómo? Con mi padre sin vida y casi en mis brazos, pide venganza su sangre y no he de escucharle... Mi corazón, vergonzosamente cautivado, ¿ha de creer que no le debe más que débiles lamentos? ¿Podría soportar que el amor me ofuscara y que asfixiara a mi honor bajo un indigno silencio?

ELVIRA. Señora, hacedme caso, se os perdonaría que fuera vuestro furor contra una persona tan amada. Ya habéis realizado bastante, habéis visto al monarca; no forcéis las consecuencias.

JIMENA. De ello depende mi honra, debo vengarme; por mucho que nos tiente un amoroso deseo, cualquier pretexto es deshonroso para las almas nobles.

ELVIRA. Pero vos queréis a Rodrigo, él no puede contrariarnos.

JIMENA. No lo niego.

ELVIRA. Entonces, ¿cuál es vuestra decisión?

JIMENA. Para conservar mi reputación y acabar con mis tormentos, perseguirle, castigarle y morir detrás de él.

ESCENA IV

DON RODRIGO, JIMENA, ELVIRA

DON RODRIGO. Pues bien, sin tomaros la molestia de perseguirme, estad segura del honor de darme muerte.

JIMENA. Elvira, ¿dónde estamos? ¿Qué es lo que veo? ¡Rodrigo en mi propia casa! ¡Rodrigo en mi presencia!

DON RODRIGO. No rechacéis esta ocasión. Gozad sin resistencia de la satisfacción de quitarme la vida y de haber podido vengaros.

JIMENA. ¡Ay!

DON RODRIGO. Escúchame.

JIMENA. ¡Muero!

DON RODRIGO. Un momento.

JIMENA. Márchate, déjame morir.

DON RODRIGO. Solamente unas palabras: no me contestes después sino con esta espada.

JIMENA. ¡Cómo! ¡Teñida todavía con sangre de mi padre!

DON RODRIGO. Amada mía...

JIMENA. Esconde ese abominable objeto que me reprocha tu delito.

DON RODRIGO. Es más conveniente que lo mires para avivar tu odio y aumentar tu cólera, y así apresurar mi castigo.

JIMENA. Está teñida con mi sangre.

DON RODRIGO. Húndela en la mía y haz que de este modo se mezclen las dos.

JIMENA. ¡Ah, qué atrocidad arrebatar la vida en un mismo día al padre con la espada y a la hija con la

mirada! ¡Aleja ese objeto de mi vista, no puedo soportarlo! ¡Deseas que te escuche y me obligas a morir!

DON RODRIGO. Te complaceré, pero sin dejar de desear que acabes por tu mano mi desventurada existencia, pues, al cabo, no esperes de mi afecto un arrepentimiento vil por una buena acción. La irremediable consecuencia de un arrebato de cólera deshonró a mi padre y me cubrió de vergüenza. Ya sabes cuánto ofende una bofetada a un hombre poderoso; yo tenía parte en el agravio y busqué al causante: lo encontré y he vengado a mi padre y a mi reputación. Volvería a hacerlo si fuera necesario. Pero es cierto que, por largo tiempo, mi amor ha luchado por ti contra mi padre y contra mí mismo. Juzga de su poder: ante tal ultraje, he dudado infinidad de veces acerca de si llevaría a cabo mi venganza. No poseyendo otra alternativa que perderte o soportar la deshonra, pensé que mi brazo, a su vez, era demasiado impulsivo; me acusé de demasiada dureza, y tu hermosura, sin lugar a dudas, habría hecho que se inclinase a tu favor el fiel de la balanza, de no haber aducido a esto que un hombre deshonrado no era digno de ti y que a pesar de lo mucho que me amabas noble, me despreciarías infame; que hacer caso del amor que te profeso y acatar sus órdenes era hacerme innoble y deshonrar tu elección. Te lo repito de nuevo y, aunque me pese, hasta mi último instante lo repetiré: te he agraviado y debí hacerlo para borrar mi deshonra y ser digno de ti; pero, en paz con mi honor y en paz con mi padre, ahora es a ti a quien vengo a complacer. He venido para ofrecerte mi sangre. Cumple lo que me impone el deber. Sé que la muerte de un padre te arma contra mi falta; no he querido hurtarte tu víctima: inmola con firmeza a la sangre derramada a aquel que se vanagloria de haberla vertido.

JIMENA. ¡Ah, Rodrigo, tienes razón! Aunque me has ofendido no puedo censurarte por haber evitado la des-

honra y, aunque estoy transida por el dolor, no te condeno; lloro mis desgracias. Conozco de qué forma, después de tal agravio, el honor reclama el generoso impulso de un noble corazón. Tú solamente has cumplido con el deber de un hombre leal, mas, al hacerlo, me has mostrado el mío. Tu funesto valor me alecciona con tu victoria; has vengado a tu padre y ello te ha devuelto el honor. Ahora me corresponde a mí, para angustiarme. ¡Ay, por quererte me desespero! Si cualquier otra desgracia me hubiera quitado a mi padre, mi alma habría recibido su única alegría en la satisfacción de verte; en mi sufrimiento me habría sentido feliz cuando una mano tan amada enjugara mis lágrimas; no obstante, debo renunciar a ti además de perderle a él. Así lo exige mi honra de amor, y esta horrible obligación, cuyo dictado ha de ocasionarme la muerte, me lleva a mí misma a forjar tu destrucción. No aguardes de mi amor sentimientos cobardes por tu castigo. Por mucho que nuestro cariño me incline hacia ti, mi nobleza debe parangonarse con la tuya. Al agraviarme, tú te has mostrado merecedor de mí, y yo debo mostrarme merecedora de ti con tu muerte.

DON RODRIGO. No demores, pues, lo que el honor te manda: exige mi cabeza y yo la dejo en tus manos. En aras de este noble deber llévala al sacrificio; la muerte me resultará tan dulce como el veredicto. Tras mi crimen, aguardar que se haga justicia lentamente es retardar el cumplimiento de tu obligación tanto como mi sacrificio. Moriré contento con tan agradable muerte.

JIMENA. Márchate, soy tu enemiga y no tu verdugo. Si me presentas tu cabeza, ¿soy yo quien debe recibirla? Yo la tengo que combatir y tú la debes defender; yo necesito conseguirla de otro, no de ti; debo perseguirte, no castigarte.

DON RODRIGO. Aunque nuestro amor te ponga de mi parte, tu nobleza debe corresponder a la mía, y tienes

que admitir, Jimena, que utilizar otro brazo para vengarte de un padre no es corresponder. Mi mano sola ha sabido reparar el agravio del mío y únicamente la tuya tiene derecho a tomar satisfacción.

JIMENA. ¡Inhumano! ¿Por qué te empeñas en ello? ¡Tú te vengaste sin ayuda y en cambio deseas dármela a mí! Te imitaré. Poseo la firmeza suficiente para permitir que mi reputación comparta la tuya. Mi honor y mi padre no quieren deber nada a los testimonios de tu amor ni a los de tu desesperación.

DON RODRIGO. ¡Cruel cuestión de honor! ¡Ay! Hagas lo que hagas, ¿no podré alcanzar, por último, esta gracia? En el nombre de un padre muerto o de nuestro amor, castígame por venganza o al menos por compasión. Menos doloroso será para tu desdichado amante morir en tus manos que vivir con tu rencor.

JIMENA. Márchate, no te guardo rencor.

DON RODRIGO. Debes aborrecerme.

JIMENA. Me es imposible.

DON RODRIGO. ¿Tan poco temes la pública vergüenza y las malas lenguas? Cuando se sepa mi crimen y que todavía me quieres, ¿qué murmurarán los envidiosos y los impostores? Oblígales a guardar silencio y, sin pensarlo más, salva tu reputación dándome muerte.

JIMENA. Aún será mayor dejándote vivir. Quiero que el clamor de la más pérfida envidia se alce hasta el cielo lamentando mis tormentos, sabiendo que te amo y que a pesar de ello te persigo. Márchate; no muestres más a mi sufrimiento lo que es necesario que pierda, aunque lo estime. Oculta tu marcha amparado en las sombras de la noche; si te descubrieran, mi honor peligraría. La única oportunidad que tendría la murmuración sería si supiera que te he permitido esta entrevista. No le des ocasión para que ataque mi fama.

DON RODRIGO. ¡Ay de mí!

JIMENA. Márchate.

DON RODRIGO. ¿Qué es lo que determinas?

JIMENA. Aunque me encuentre turbada por mi ira, pon-

dré todo el empeño en vengar a mi padre; no obstante, a pesar de la dureza de una obligación tan cruel, mi mayor deseo es no poder lograr nada.

DON RODRIGO. ¡Oh, prodigio del amor!

JIMENA. ¡Oh, colmo de desgracias!

DON RODRIGO. ¡Cuántos males y cuántos lamentos nos acarrearán nuestros padres!

JIMENA. ¿Quién lo habría pensado, Rodrigo?

DON RODRIGO. ¿Quién lo habría creído, Jimena?

JIMENA. ¡Estando tan próximos a conseguir nuestra felicidad, y de pronto verla destruida!

DON RODRIGO. ¡Y que tan cerca del puerto, tan sorprendente temporal arruinara nuestra ilusión!

JIMENA. ¡Ah, atroces sufrimientos!

DON RODRIGO. ¡Ah, vanos lamentos!

JIMENA. Vete, una vez más; no deseo volver a escucharte.

DON RODRIGO. ¡Adiós! Arrastraré un mísero vivir hasta que acabe mi existencia por tu persecución.

JIMENA. Si lo logro, te prometo no vivir ni un solo instante después que tú. Adiós. Vete y procura que nadie te vea.

ELVIRA. Señora, sean cualesquiera las desgracias que el cielo nos envíe...

JIMENA. No me molestes más, déjame lamentarme; busco la soledad de la noche para desahogarme llorando.

ESCENA V

DON DIEGO. Nunca podremos alcanzar la completa felicidad. Los sucesos más dichosos van acompañados de sufrimientos, y nuestro júbilo siempre se halla turbado por algunas tribulaciones. En medio de la alegría siento amenazada mi alma; estoy satisfecho y en cambio tengo miedo. He visto muerto al adversario que me había deshonrado, pero me es imposible en-

contrar la mano que me vengó. Me esfuerzo inútilmente buscándole por toda la ciudad, estoy ya agotado. Las pocas fuerzas que me ha dejado mi mucha edad se desgastan sin provecho buscando al vengador. En cualquier instante, por doquier y en una noche tan negra, creo que consigo abrazarle y no logro sino abrazar a una sombra, y mi cariño, engañado por esta decepción, no hace más que crearse sospechas que agrandan mi temor. No encuentro ninguna señal de su huida; siento temor por los amigos y por la escolta del conde muerto; su número me aturde y confunde mis pensamientos. O Rodrigo ha muerto, o se consume en la prisión. ¡Oh, cielos! ¿Me engaño todavía ante una visión, o es que se halla por fin junto a mí mi único sostén? Es él, no permanezcamos ya más en la duda; mis súplicas han sido oídas, mi temor ha desaparecido y mis males ya han dado fin.

ESCENA VI

DON DIEGO, DON RODRIGO

DON DIEGO. ¡Rodrigo, el cielo me otorga por último la dicha de verte!

DON RODRIGO. ¡Ay!

DON DIEGO. No añadas ningún lamento a mi dicha. Déjame recobrar aliento para alabarte. Mi estirpe no puede rechazarte de ninguna forma; has hecho honor a su fama imitándola, y tu gran valentía ha logrado que revivan en ti los héroes de mi linaje. Eres su sucesor y yo soy tu antecesor inmediato. La primera acción de tu espada equivale a todas las mías, y animada tu juventud por tan ardiente valor, puedo añadir esta hazaña a mi gloria. Sostén de mi vejez y mi alegría, acaricia estos blancos cabellos a los que has

devuelto el honor; besa esta mejilla en el mismo lugar donde se imprimió la afrenta que tu valentía hizo desaparecer.

DON RODRIGO. Se os ha devuelto el honor: no podía yo sustraerme a ello descendiendo de vuestra misma sangre y habiendo sido educado bajo vuestros cuidados. Soy feliz y estoy lleno de alegría porque mi primera hazaña complace a aquel a quien le debo el ser; pero no os ofendáis en medio de vuestro contento si me atrevo a la vez a desahogarme. Concededme la entera libertad de la rienda suelta a mi desesperación. Vuestras palabras han intentado suvizarla. No me arrepiento en modo alguno de haberos servido, pero devolvedme el bien que he perdido por haberos complacido. Con objeto de ser fiel a vuestra venganza, mi brazo, armado contra mi amor, me ha arrebatado el alma tras esta acción tan honrosa. No me digáis nada más. Todo lo he perdido por vos. Cuanto os debía os ha sido devuelto con creces.

DON DIEGO. Prosigue. Pon más alto el fruto de tu triunfo: te he dado el ser y tú me has devuelto mi honra, y, ya que ésta me es más estimable que la luz del sol, a partir de ahora tendré que recompensarte. Pero aparta estas debilidades de un espíritu magnánimo; honor no hay más que uno, en cambio, mujeres hay muchas. El amor es sólo un pasatiempo, el honor es un deber.

DON RODRIGO. ¡Ah! ¿Qué es lo que estáis diciendo?

DON DIEGO. Lo que es preciso que sepas.

DON RODRIGO. ¡La injuria a mi honor se venga sobre mí, y vos me empujáis a la vileza de la inconstancia! La infamia es la misma si la realiza el soldado cobarde o el amante perverso. No atentéis contra mi constancia; permitidme ser generoso sin convertirme en perjuro: mis lazos son demasiado fuertes para que puedan ser rotos de esa forma. Mi fe todavía está viva, aunque haya perdido la esperanza, y, no pudiendo

abandonar ni obtener a Jimena, la muerte que deseo es el castigo más dulce.

DON DIEGO. Aún es pronto para anhelar la muerte: tu soberano y tu país tienen necesidad de tu brazo. La pequeña escuadra que se temía ha penetrado en el Guadalquivir creyendo fácil sorprender a la ciudad y saquear la comarca. Los moros están a punto de arribar y la marea y la noche les permitirán deslizarse sin ruido en una hora hasta los muros de la ciudad. La corte se encuentra llena de temor y el pueblo desmoralizado: no se oyen más que lamentos y llantos. En medio del caos general, mi suerte ha permitido que reuniera en mi casa a quinientos de mis fieles que, sabiendo mi afrenta y guiados por un mismo celo, venían a ofrecerse para vengarme. Tú te has adelantado a ellos, pero su valentía se templará mejor en la lucha con los africanos. Dirígelos hacia donde el honor te llame, pues te han solicitado como jefe. Sostén el ataque de nuestros eternos rivales. Allí, si es que quieres morir, puedes encontrar una hermosa ocasión; aprovéchala ya que se te ofrece tan claramente. Lograr la salvación de tu soberano a cambio de tu pérdida, pero será mejor que vuelvas coronado con los laureles del triunfo. No circunscribas tu fama a vengar una injuria; llévala más lejos: obliga, con tu valor, a que el monarca te conceda el perdón y a que Jimena calle; si la quieres, volver victorioso es la única esperanza que te queda para reconquistar su corazón. Sin embargo, el tiempo es demasiado precioso para andar gastándolo en palabras. Te estoy entreteniendo aquí con mis discursos y quiero que vueles. Ven, sígueme, marcha a luchar y a demostrar al soberano que lo que ha perdido en el conde, lo recobra en ti.

ACTO CUARTO

ESCENA I

JIMENA, ELVIRA

JIMENA. ¿No se trata de falsas noticias? ¿Estás bien informada, Elvira?

ELVIRA. No podéis imaginar cuánto le admiran todos y cómo son ensalzadas hasta el cielo, en el clamor general, sus extraordinarias proezas. Solamente para vergüenza suya han comparecido los moros ante él; descendieron a tierra con rapidez, pero más veloz fue todavía su retirada. En tres horas de lucha han conseguido nuestros ejércitos una victoria completa y han hecho cautivos a dos soberanos. La bravura de su jefe no hallaba ningún obstáculo.

JIMENA. ¿Todos esos prodigios han sido realizados por Rodrigo?

ELVIRA. El premio de su valor son esos dos soberanos: su mano los venció y su mano los ha hecho prisioneros.

JIMENA. ¿Quién te ha informado de tales acontecimientos?

ELVIRA. El pueblo, que por todas partes pregona sus alabanzas, nombrándole autor y causante de su júbilo, su ángel guardián y su libertador.

JIMENA. Y el monarca, ¿con qué disposición de ánimo observa tanta bravura?

ELVIRA. Rodrigo aún no osa comparecer ante su presencia, pero don Diego, invadido por la satisfacción, le ha presentado encadenados, en nombre del vencedor, a esos reales prisioneros, y pide como premio a tan generoso soberano que se digne recibir al que ha salvado a la comarca.

JIMENA. ¿No le han herido?

ELVIRA. No lo sé. Pero ¡perdéis el color! Calmaos.

JIMENA. Sí, y también tengo que recobrar mi ira, que se atenúa. ¿Es necesario que olvide mi obligación para preocuparme de su suerte? ¡Se le ensalza y yo lo comparto! ¡Calla mi honor y se debilita mi deber! Déjame amor y da rienda suelta a mi cólera. Si ha ganado a dos monarcas, ha dado muerte a mi padre; estas tristes vestiduras, sobre las que leo mi desgracia, han sido las primeras consecuencias que causó su bravura y, aunque se manifieste lo que quiera de un corazón tan intrépido, todas las cosas aquí presentes me recuerdan su delito. ¡Vosotros que me hacéis recobrar la cólera, velos, crespones, vestiduras, lúgubres ornamentos, pompa que me prescribe su primer triunfo, mantened bien mi reputación contra mi amor y, cuando éste cobre demasiado vigor, hablad a mi espíritu de mi penosa obligación! ¡Luchad sin miedo contra un brazo victorioso!

ELVIRA. Sosegad esos impulsos. He aquí a la infanta.

ESCENA II

LA INFANTA, JIMENA, LEONOR, ELVIRA

LA INFANTA. No vengo aquí a confortar tus penas, sino al contrario, a unir mis lamentos a tu llanto.

JIMENA. Vale más que participéis del regocijo general y os alegréis de la suerte que nos ha sido enviada por el cielo, señora. Sólo yo debo gemir: don Rodrigo ha

conseguido alejar el peligro de nosotros, y el contento que sus armas os devuelven únicamente a mí me permite llorar. Ha salvado a la ciudad, ha servido a su soberano, y solamente para mí es nefasto su brazo.

LA INFANTA. En verdad ha realizado prodigios.

JIMENA. Ya he escuchado ese enojoso rumor que pregona a grandes voces a tan valiente soldado cuan funesto amador.

LA INFANTA. ¿Qué tiene de enojoso para ti ese rumor popular? El joven Marte a quien alaba bien supo satisfacerte antes: poseía tu alma, vivía bajo tus leyes; ensalzar su valentía, por tanto, es honrar a aquel a quien elegiste.

JIMENA. Todos podrán alabarle con justicia, pero para mí esa alabanza representa un nuevo tormento. Mis sufrimientos aumentan al estar él tan alto Me doy cuenta de cuánto pierdo al comprobar cuánto vale. ¡Ah, crueles desesperaciones para el espíritu de una enamorada! Cuanto más conozco su mérito, más aumenta mi ardor. Sin embargo, continúa siendo más firme mi obligación y, aunque le quiera, le perseguiré.

LA INFANTA. Hace poco tiempo que este deber tuyo te hizo ser muy apreciada. El esfuerzo que tuviste que realizar para sobreponerte a ti misma fue tan grande y tan digno de un corazón noble que en la corte todos admiraban tu firmeza y se apiadaban de tu amor. Pero ¿quieres el consejo de una fiel amiga?

JIMENA. Consideraría una falta no obedeceros.

LA INFANTA. Lo que antes se había tenido por justo, ahora ya no lo es. Hoy, Rodrigo es nuestro único sostén, la esperanza y el fervor de un pueblo que le admira, el apoyo de Castilla y el horror del moro. El mismo soberano comparte esta verdad, según la cual solamente en Rodrigo resucita tu padre, y, si deseas que te sea breve, tú buscas con su muerte la destrucción de todos. ¡Ah! ¿Es que por vengar a un padre se puede dejar a la patria en poder del enemigo? ¿Está justificada con respecto a nosotros tu persecución? ¿Acaso

hemos participado nosotros en el asesinato de tu padre para ser condenados? Con esto no me refiero a que tengas obligación de unirte en matrimonio con aquel que ha dado muerte a tu padre: yo misma trataría de persuadirte del propósito de hacerlo. No le concedas tu amor, pero no nos prives de su vida.

JIMENA. ¡Ah, me es imposible ser tan espléndida! ¡La presión que el deber ejerce sobre mí no tiene límites! Por mucho que mi amor me ponga de su parte, aunque le admire un pueblo y un monarca le conceda su gracia, aunque se encuentre rodeado de los más bravos guerreros, abatiré sus laureles bajo el peso de mi luto.

LA INFANTA. Es loable, para vengar a un padre, tolerar que nuestra obligación ataque a un ser tan amado. Pero existe otra obligación todavía más importante: sacrificar a los intereses de la patria los de la sangre. No; hazme caso. Es suficiente con que le desposeas de tu amor; estará ya bien castigado con verse expulsado de tu alma. Que el bienestar de tu patria te imponga esta ley. Además, ¿crees que el monarca te lo otorgaría?

JIMENA. Puede negármelo, pero yo no puedo permanecer silenciosa.

LA INFANTA. Medita bien, Jimena, sobre lo que intentas realizar. Adiós; a solas podrás pensar más serenamente sobre lo que te he manifestado.

JIMENA. Estando muerto mi padre, nada tengo que decidir.

ESCENA III

DON FERNANDO, DON DIEGO, DON ARIAS,
DON RODRIGO, DON SANCHO

DON FERNANDO. Leal sucesor de una noble estirpe que siempre fue la gloria y el sostén de Castilla, descendiente de tantos antepasados ilustres, guerreros famosos por un valor al que las primeras muestras del tuyo han igualado: mi poder es insignificante para premiarte, no poseo uno a la medida de tus méritos. El salvar a la patria de tan rudo adversario, asegurar el cetro en mi mano por obra de la tuya y destruir a los moros antes de que, en el peligro en que nos ponían, yo pudiera dar la orden de rechazarlos, no son proezas que permitan a tu soberano la posibilidad y la esperanza de poder recompensártelas. Pero los dos monarcas que has hecho prisioneros te darán tu compensación, los dos te han dado el nombre de su Cid en mi presencia; ya que Cid en su lengua significa señor, yo no te privaré de este nombre que te honra. Sé en adelante el Cid; que todos se inclinen ante ese nombre, que atemorice a Granada y a Toledo y que muestre a cuantos viven bajo mis leyes todo lo que vales y cuánto te debo.

DON RODRIGO. Os ruego, señor, que disculpéis mi modestia. Pero opino que Vuestra Majestad otorga demasiada importancia a tan insignificante servicio y me obliga a enrojecer delante de tán gran soberano por ser tan poco digno del honor que recibo. Sé cuánto es lo que debo a la patria, a la sangre y al aire que res-

piro; si los pierdo por tan justa causa, solamente habré cumplido con el deber de un súbdito.

DON FERNANDO. No todos cuantos me sirven lo cumplen con el mismo coraje y, como su valor no llega al exceso, no consiguen victorias tan prodigiosas. Consiente, pues, que se te alabe, y relátame con mayor detalle esta victoria.

DON RODRIGO. Majestad, tuvisteis noticia de que, en el apremiante peligro que llenó de temor a toda la ciudad, un grupo de amigos que se reunieron en casa de mi padre impulsó mi ánimo, aún turbado... Sin embargo, majestad, perdonad mi osadía si obré sin vuestro consentimiento: se avecinaba el peligro, pues su grupo estaba preparado. Mostrándome en la corte, arriesgaba mi cabeza; así que, si era preciso perderla, prefería encontrar la muerte luchando por vos.

DON FERNANDO. Perdono tu aceleramiento en vengar tu ofensa; el apoyo que has prestado al Estado me habla en tu favor. Desde este momento puedes estar seguro de que a Jimena sólo escucharé para aliviarla. Pero continúa.

DON RODRIGO. Bajo mis órdenes, pues, avanzó esta partida compuesta por valerosos hombres. Partimos quinientos, mas pronto recibimos refuerzos; éramos tres mil cuando llegamos al puerto. ¡Los más temerosos recobraban el coraje viéndonos avanzar de esta forma! Al llegar oculté las dos terceras partes, en el fondo de los barcos que fueron encontrados al punto; el resto, cuyo número crecía a cada instante, ardiendo en impaciencia, permaneció junto a mí. Escondidos en el suelo y en el mayor silencio, pasamos gran parte de la noche. La guardia, acatando mis órdenes, también permaneció escondida, colaborando de este modo en mi estratagema. Yo me atreví a fingir que había recibido de vos unas órdenes que parecía cumplir y que di a los demás. La escasa visibilidad que nos proporciona la luz de las estrellas nos permitió divisar, por fin, con la marea, treinta barcos: las

olas crecían bajo ellos, y en un esfuerzo común, los moros y el mar ascendieron hasta el puerto. Les permitimos avanzar; todo parecía en calma; no se veía ningún soldado en el puerto ni sobre los muros de la ciudad. Nuestra quietud, engañándoles, les hace creer que nos han sorprendido; se adelantan sin miedo, echan el ancla, bajan y corren hacia las manos que les aguardan. Entonces nos levantamos todos a la vez elevando hasta el cielo mil resonantes gritos. A estas voces, los nuestros contestan desde nuestros barcos y aparecen armados. Los moros están llenos de espanto y dominados por el pánico; antes de comenzar a luchar ya se consideran vencidos. Iban al pillaje y encontraron la guerra. Les derrotamos en el mar, les derrotamos en tierra e hicimos correr ríos de sange, antes de dar lugar a resistencia alguna o a poder recuperar su puesto. Pero al cabo de poco tiempo, a pesar de nuestra oposición, sus príncipes lograron reunirlos. Tras recobrar fuerzas, su espanto se disipa; la vergüenza de morir sin haber luchado contiene su desorden y hace renacer su valor. Blanden sus cimitarras contra nosotros, a pie firme, creando una horrible confusión entre su sangre y la nuestra, y la tierra, el río, su flota y el puesto son campos de batalla donde triunfa la muerte. ¡Oh, cuántas proezas han pasado inadvertidas en medio de las tinieblas, donde cada uno, único testigo de las hazañas realizadas por él, era incapaz de apreciar hacia qué parte se inclinaba la victoria! Yo corría a todas partes animando a los nuestros, indicando su sitio a los que venían, impulsándoles a su vez; mas tampoco pude saberlo hasta romper el alba. Al final, su claridad muestra nuestra ventaja: el moro, al darse cuenta de su derrota, pronto pierde su valor y, viendo la llegada de unos refuerzos qúe vienen a prestarnos ayuda, el entusiasmo de conseguir la victoria cede ante el miedo de morir. Corren hacia sus barcos, cortan las amarras, lanzan gritos horribles, se retiran en tumulto, sin pen-

sar si sus reyes están con ellos. Su temor es excesivo para que les permita cumplir esta obligación: la marea les trajo y la marea se los lleva, mientras sus reyes, que se han lanzado en medio de nosotros, y algunos más de los suyos, llenos de heridas, disputan con gran valor vendiendo caras sus vidas. Yo mismo les invité a rendirse, mas con la cimitarra en la mano no me prestaron atención. No obstante, viendo caer a sus pies a todos sus soldados y que quedaban sólo ellos, y dándose cuenta de que se defendían inútilmente, preguntaron por el jefe. Entonces di mi nombre y se rindieron. Os los remití juntos a un mismo tiempo y la batalla finalizó por falta de combatientes. De este modo fue como en vuestro servicio...

ESCENA IV

DON FERNANDO, DON DIEGO, DON RODRIGO, DON ARIAS, DON ALONSO, DON SANCHO

DON ALONSO. Majestad, Jimena viene a rogaros que hagáis justicia.

DON FERNANDO. ¡Qué molesto aviso y qué importuno deber! Márchate, no quiero obligarla a que te vea. Por toda recompensa me es preciso hacerte marchar; pero, antes de que te vayas, ven, tu soberano quiere darte un abrazo.

DON DIEGO. Jimena le persigue y querría salvarle.

DON FERNANDO. Me han manifestado que le quiere y voy a probarlo. Procurad mostraros afligido.

ESCENA V

DON FERNANDO, DON DIEGO, DON ARIAS, DON SANCHO, DON ALONSO, JIMENA, ELVIRA

DON FERNANDO. Por fin quedaréis satisfecha, Jimena; los acontecimientos responden a vuestros anhelos. Si Rodrigo venció a nuestros adversarios, ha encontrado la muerte ante nosotros a consecuencia de las heridas que recibió; agradeced a Dios, que os haya vengado. *(A Don Diego.)* Observad qué pálida está.

DON DIEGO. Mas ved que se desmaya y admirad en ello, majestad, las pruebas de un sincero cariño. Su congoja ha traicionado lo que guarda su alma y ya no os permite dudar de ese amor.

JIMENA. ¡Cómo! ¿Ha muerto Rodrigo?

DON FERNANDO. No, no, vive manteniéndote un amor constante. Calma, pues, tu pesar.

JIMENA. Majestad, un desmayo puede ser originado por un exceso tanto de alegría como de dolor; el recibir una gran alegría nos hace tan frágiles que, cuando sorprende a nuestra alma, nos priva de nuestros sentidos.

DON FERNANDO. ¿Acaso deseas que creamos de ti lo imposible? Jimena, tu congoja se ha mostrado demasiado patente.

JIMENA. Pues bien, majestad, sumad esto a mis desgracias, haced de mi desmayo la consecuencia de mi pesar: un justo dolor me ha conducido hasta este extremo. Su muerte arrebataba su vida a mi persecución; si fallece a causa de las heridas recibidas en defensa de su patria, mi venganza ha fracasado y

quedan traicionados mis deseos. Un fin tan loable es demasiado injusto para mí. Pido su muerte, pero no una muerte digna, no en una honra que tanto la eleve, no en el campo de batalla, sino en la horca: que muera para compensar la muerte de mi padre y no por la patria; que se manche su apellido y desaparezca su memoria. Morir por la patria no es un fin desgraciado: es inmortalizarse con un bello fin. Me someto a su triunfo, sí, pero ello no es ninguna falta; con ella glorifica al Estado y se me devuelve mi víctima honrada, cubierta de honor entre todos los caballeros; me devuelve su testa laureada para ser digna, resumiendo mi pensamiento, de ser sacrificada a la memoria de mi padre... ¡Ah, cómo me dejo guiar por esta esperanza! Nada debe temer Rodrigo por mi parte. ¿Qué podrían contra su persona unas lágrimas que se aborrecen? Para él, vuestro reino es un amparo; en él, bajo vuestro mandato, todo le está permitido; me ha vencido igual que a sus enemigos. Muerta la justicia bañada con la sangre vertida por éstos, sirve de nuevo trofeo a los crímenes del triunfador; loemos su gloria, y el desprecio a la justicia nos obligará a seguir su carro triunfal en medio de dos reyes.

DON FERNANDO. Hija mía, demasiado ardor hay en esos impulsos. Cuando se hace justicia debe echarse todo en los platillos de la balanza: dio muerte a tu padre, él era el que causó la ofensa; la misma justicia me ordena ser indulgente. Antes de perseguirle, consulta bien con tu corazón: Rodrigo es su amo, tu secreto amor da gracias a tu monarca porque con su perdón le conserva para ti.

JIMENA. ¡Para mí mi rival, el objeto de mi cólera, el culpable de mis desgracias, el asesino de mi padre! ¡Tan poco caso se hace de mi justo proceder que se cree obligarme al no prestarme atención! Ya que no queréis hacer justicia a mis lágrimas, toleradme, majestad, que recurra a las armas; con ellas me ha ofendido y es con ellas con las que debo obtener satis-

facción. Pido su cabeza a todos vuestros caballeros; sí, que uno de ellos me la proporcione y yo le perteneceré; que luchen con él, majestad, y una vez terminado el lance me casaré con el que triunfe, si Rodrigo es castigado. Concededme, señor, esta gracia.

DON FERNANDO. Esa antigua costumbre establecida aquí con la excusa de castigar un atentado injusto, debilita al Estado despojándole de sus más bravos guerreros. Frecuentemente los lamentables resultados de tal exceso oprimen al inocente y sostienen al reo. En consecuencia, de tal costumbre disculpo a Rodrigo; le aprecio demasiado como para exponerle a los caprichos de la suerte, y, sea lo que fuere lo que haya hecho un corazón tan noble, los moros, al escapar, se han llevado con ellos su falta.

DON DIEGO. ¡Ah, majestad, solamente para él anuláis las leyes que tantas veces la corte ha contemplado! ¿Qué opinarán vuestros súbditos y qué dirá la envidia, si protegida por vos es ahorrada su vida y se hace de ello una excusa para no comparecer en el lugar en que toda la gente noble busca una muerte honorable? Esta gracia haría que su fama disminuyera: que goce sin avergonzarse de los frutos de su victoria. El conde fue atrevido y él supo castigarle: ha procedido valerosamente y debe mantener su conducta.

DON FERNANDO. Ya que lo deseáis así, lo permito. No obstante, otros mil ocuparían el lugar de un soldado vencido y la recompensa que Jimena ha ofrecido al que triunfe haría enemigos suyos a todos mis caballeros. Dejarle a él solo contra todos no sería justo: es suficiente con que una vez entre en la liza. Elige a quien quieras, Jimena, y procura hacerlo bien; después de este torneo no me pidas ningún otro favor.

DON DIEGO. No excuséis con ello a los que temen su brazo: dejad un campo abierto en el que nadie ose penetrar. Después de lo que ha realizado Rodrigo, ¿quién se atrevería a desafiarle? ¿Quién osaría enfren-

tarse con un enemigo así? ¿Quién sería el bravo, o mejor, quién tendría tal temeridad?

DON SANCHO. Haced abrir el campo. He aquí al adversario. Yo soy ese atrevido, o mejor, ese bravo. Otorgadme esta gracia, señora: vos sabéis que me la prometisteis.

DON FERNANDO. Jimena, ¿dejas tu causa en estas manos?

JIMENA. Lo prometí, majestad.

DON FERNANDO. Estad dispuestos mañana.

DON DIEGO. No, majestad, no es necesario demorarlo más: siempre se está dispuesto cuando se es valiente.

DON FERNANDO. ¡Finalizar un combate y volver a luchar de nuevo!

DON DIEGO. Rodrigo ha recobrado fuerzas al manifestároslo.

DON FERNANDO. Por lo menos quiero que tarden una o dos horas en dar comienzo. Pero, por miedo a que esta lid sirva de ejemplo y para demostrar a todos que tolero a pesar mío un proceder que nunca me agradó, ni yo ni nadie de palacio acudiremos a presenciar la lucha. *(Dirigiéndose a Don Arias.)* Unicamente vos haréis de juez: procurad que los dos procedan noblemente y cuando finalice el torneo traedme al que salga victorioso. Quienquiera que sea, su premio será idéntico: deseo llevarle a Jimena yo mismo y que reciba como recompensa su cariño y su fidelidad.

JIMENA. ¡Ah, majestad, asignarme una ley tan rígida!

DON FERNANDO. Te lamentas, pero tu amor, lejos de aprobar que lo hagas, si alcanzara el triunfo Rodrigo le aceptaría sin pesar. Deja de quejarte contra una orden tan benévola. Cualquiera que sea el vencedor, haré de él tu esposo.

ACTO QUINTO

ESCENA I

DON RODRIGO, JIMENA

JIMENA. ¡Ah, Rodrigo en pleno día! ¿Cómo te atreves? Márchate, me faltas al respeto. Vete, te lo ruego.

DON RODRIGO. Señora, voy a morir, y he venido antes de que tal acontezca a despedirme de vos (4): el firme amor que me impulsa a serviros no se atreve a aceptar mi muerte sin antes rendiros homenaje.

JIMENA. ¿Por qué vas a morir?

DON RODRIGO. Vuelo hacia esos dichosos momentos que ofrecerán mi vida a vuestros resentimientos.

JIMENA. ¿Por qué vas a morir? ¿Es tan peligroso Don Sancho que pueda hacerte sentir miedo? ¿Quién te ha vuelto tan cobarde o quién le ha hecho a él tan valiente? ¡Va a luchar Rodrigo y cree que va a morir! ¡Aquel que ha causado terror a los moros y que venció a mi padre va a luchar con Don Sancho y le teme! ¡Así pues, se abate ante la ocasión tu valentía!

DON RODRIGO. No corro hacia el combate, sino al castigo; bien sabe la lealtad de mi amor arrebatarme el deseo, cuando vos queréis mi muerte, de proteger mi vida. Mi valor es siempre el mismo, pero para nada

(4) A partir de aquí, Rodrigo deja de tutear a Jimena.

deseo mi brazo cuando hay que conservar lo que no queréis; ya esta noche habría sido mortal para mí si solamente hubiera luchado por mí mismo. Pero en defensa del monarca, de sus súbditos y de mi patria, si hubiera buscado la muerte les habría traicionado. La nobleza de mi espíritu no me permite odiar tanto la vida hasta el punto de querer abandonarla con una deslealtad. Pero ahora que sólo se trata de mi interés, vos solicitáis mi muerte y yo acepto la sentencia. Vuestra cólera os hace escoger otra mano, pues yo no soy digno de morir por la vuestra. No rechazaré sus golpes. Es mayor el respeto que debo a quien lucha por vos, y, satisfecho por saber que es de vos de quien procede, le ofreceré mi pecho al descubierto, adorando en su mano a la vuestra, que es la que me pierde.

JIMENA. Si la razonable rigidez de una penosa obligación que me fuerza, a pesar mío, a perseguirte, tan dura ley prescribe a tu amor que te hace asistir desarmado ante quien lucha por mí, recuerda por ello que en este combate te juegas tanto tu vida como tu reputación, y que por mucha fama que hayas obtenido, cuando se te sepa muerto, se te creerá vencido. Tú amas más a tu fama que a mí, ya que ella fue la causa de que tus manos se mojaran en la sangre de mi padre, y, puesto que todavía te hace renunciar, a pesar de que me quieras, a la más agradable esperanza de conseguirme, me doy cuenta, sin embargo, de que te importa tan poco, que sin luchar deseas que te venzan. ¿Qué flaqueza es la que hace debilitar tu bravura? ¿Porque ya no la posees, o porque entonces la tuviste? ¿Porque sólo eres noble para ofenderme? ¿Careces de entereza cuando no se trata de injuriarme? ¿Tan duro eres para mi padre que, después de haberle vencido, permites que otro te venza a ti? Márchate; déjame perseguirte sin anhelar la muerte y protege tu honor, si es que ya no deseas vivir.

DON RODRIGO. Después de matar a vuestro padre y de vencer a los moros, ¿creéis que mi reputación precisaría de otras pruebas? Bien puede ésta desdeñar el cuidado de defenderme: todos conocen que mi valentía es capaz de emprenderlo todo, de conseguirlo todo, y que no existe bajo la capa del cielo nada tan precioso como mi honor. No, no, en ese torneo, creáis lo que creáis, Rodrigo puede perder la vida sin que peligre su reputación, sin que se le pueda acusar de cobarde, sin pasar por derrotado y sin dejarse vencer. Unicamente se comentará: «Amaba a Jimena. No ha deseado vivir y merecer su rencor. Cedió por propia voluntad ante la dureza del destino que quiso que su amada deseara su muerte; ella pedía su cabeza, y su generoso corazón habría creído cometer una grave falta si no se la hubiera dado. Para recuperar su honor perdió su amor y puso fin a su existencia para satisfacer a Jimena, prefiriendo, pese a cualquier esperanza que pudiera albergar, su honra a Jimena y ésta a su vida.» Así contemplaréis mi fin en este torneo; lejos de empañar mi memoria, realzará mi esplendor y sobrevivirá a mi desaparición voluntaria, cosa con la cual ningún otro habría conseguido satisfaceros.

JIMENA. Ya que, para detener tu carrera hacia la muerte, tu reputación y tu vida son importantes, si alguna vez me has querido, Rodrigo, protéjete para que yo no pertenezca a Don Sancho; lucha para libertarme de una condición que me sitúa al alcance de aquel a quien no amo. ¿Debo manifestarte aún más? Vete, procura defenderte para vencer sobre mi deber, para imponerme silencio y, si todavía me amas, triunfa en este torneo del que Jimena constituye la recompensa. Adiós; esas viles palabras me llenan de sonrojo.

DON RODRIGO. ¿Hay algún adversario al que ahora no pueda vencer? ¡Presentaos, navarros, castellanos y moros, y todos cuantos hombres valerosos existen en

España! ¡Juntaros todos y formad un ejército para luchar contra una mano que tal estímulo recibe! Unid vuestros esfuerzos contra tan agradable esperanza; para llegar a buen fin todavía sois pocos.

ESCENA II

LA INFANTA. ¿Aún he de escucharte? Por respeto hacia mi linaje haces que mi inclinación sea una grave falta. ¿He de prestarte atención, amor, cuyo dulce poder contra ese cruel tirano hace que se rebelen mis promesas? ¡Ay de mí! ¿A cuál de los dos quieres acatar? Rodrigo, tu bravura te hace merecedor de mí, pero, aunque seas valeroso, no eres príncipe. ¡Suerte cruel, cuyo rigor separa mi honra de mis anhelos! ¿Podría decirse que conservar tan gran nobleza costara tantos sacrificios? ¡Oh, Dios! ¡A cuántos pesares me llevaseis si no puedo después de tan largos tormentos, extinguir mi amor ni aceptarlo! Mas ya son muchos reparos y me asombro en mi interior de que quede olvidado tan honrado objeto: aunque por mi ascendencia únicamente me deba a soberanos, Rodrigo, debo vivir sin deshonor bajo tu ley. Tras haber derrotado a dos reyes, ¿te faltará una corona? Y ese bien ganado título de Cid recién conquistado, ¿no es símbolo de que debes reinar? Sí, es digno de mí, pero pertenece a Jimena; me turba la donación que de él hice. La desaparición de un padre ha engendrado tan poca aversión entre ellos que muy a pesar suyo la voz de la sangre clama contra él. No esperemos, pues, que sea favorable para mí ninguna consecuencia de su crimen ni de mi congoja, pues ha deseado mi suerte, para castigarme, que el amor haya permanecido intacto entre dos rivales.

ESCENA III

La Infanta, Leonor

La Infanta. ¿Dónde has estado, Leonor?

Leonor. A aplaudiros, señora; por fin vuestra alma hallará la paz.

La Infanta. ¿Por qué me tranquilizaré?

Leonor. Si el amor vive de esperanzas, con ellas muere. Rodrigo ya no puede tentar a vuestro corazón. Ya sabéis que Jimena le hace combatir: debe morir o ser su esposo. Estáis sanada, pues; vuestra esperanza se ha extinguido.

La Infanta. ¡Ah, todavía puedo albergar alguna!

Leonor. ¿Qué esperáis?

La Infanta. Di mejor ¿qué esperanza puedes arrebatarme? Si Rodrigo lucha bajo esas condiciones, ya tengo pensado lo que hay que hacer para frustrar sus consecuencias. El amor, ese dulce causante de mis crueles tormentos, muestra a los que le acatan sobrados artificios.

Leonor. ¿Qué conseguiréis cuando ni siquiera la muerte de un padre ha podido enemistarlos? Bien demuestra Jimena con su comportamiento que ahora no es el rencor el que la impulsa. Consigue que se lleve a cabo un torneo y, para que luche por ella, ha aceptado al instante al primero que se le ha presentado. No ha recurrido a esos hombres valerosos a los que tantas proezas hicieron célebres; se ha conformado con Don Sancho y le acepta porque por vez primera va a tomar las armas. Prefiere, en tal combate, no albergar ningún temor a causa de su falta de experiencia y

fama; por ello bien podéis daros cuenta de que Jimena ha buscado una liza impulsada por su deber, pero que dé a Rodrigo la victoria y le permita, por fin, mostrarse satisfecha.

LA INFANTA. Ya lo comprendo; sin embargo, quiero tanto a Rodrigo como le quiere Jimena. ¿Qué puedo hacer yo, desgraciada amante?

LEONOR. No olvidar vuestra alcurnia. ¡El cielo os debe un monarca y preferís a un súbdito!

LA INFANTA. Cambia de objeto mi inclinación. No quiero a Rodrigo, un vulgar noble. No, no es precisamente a ése al que amo: si amo, es al autor de tan extraordinarias proezas, al bravo Cid, al señor de dos monarcas. Me contendré, pues, no por miedo a ninguna deshonra, sino para no enturbiar una pasión tan bella; y, aunque le viese coronado, de ningún modo querría recuperar lo que yo misma cedí. Ya que en ese combate su triunfo es seguro, vayamos una vez más a entregárselo a Jimena. Y tú, que sabes lo que mi corazón alberga, ven a verme finalizar lo que comencé.

ESCENA IV

JIMENA, ELVIRA

JIMENA. ¡Cómo sufro, Elvira, y cuánto merezco ser compadecida! No sé más que aguardar y me hallo llena de temor. No forjo ningún deseo que ose consentir; a nada puedo aspirar sin arrepentirme en seguida. He empujado a dos rivales a tomar las armas por mí: sea cual fuere el resultado, me costará lágrimas. Según lo que la suerte depare, quedará sin vengar mi padre o mi amado morirá.

ELVIRA. Tanto de una forma como de otra quedaréis complacida: o tenéis a Rodrigo o quedáis vengada y, según lo que quiera de vos, el destino no hará más

que mantener vuestra fama y proporcionaros un esposo.

JIMENA. ¡Cómo! ¡El causante de mi rencor o el de tanta desgracia! ¡El asesino de mi amado o el de mi padre! Por ambas partes se me otorga un esposo teñido con una sangre muy amada para mí. Contra ambas partes se rebela mi alma; temo el término de mi querella más que a la muerte. Idos, venganza y amor que turbáis mi paz; ninguna alegría podéis concederme a tal precio. ¡Y Tú, oh, Dios, que manejas los hilos de mi suerte adversa, da fin a esta lid dejándola indecisa, sin vencedor ni vencido!

ELVIRA. Eso sería trataros con demasiada dureza. Ese torneo será un nuevo tormento para vuestra alma si os veis obligada a solicitar otra vez justicia, a demostrar continuamente ese odio, a buscar siempre la muerte de aquel al que amáis. Señora, es más conveniente que su valentía os reduzca al silencio, que ahogue vuestros lamentos la ley de la lucha y que el soberano os ordene seguir vuestros deseos.

JIMENA. Aunque triunfe él, ¿crees que me rendiré? Es más fuerte mi deber y demasiado grande mi pérdida. No es suficiente el resultado del torneo o la voluntad del soberano. Puede vencer a Don Sancho sin esforzarse, pero no la reputación de Jimena; y, aunque el rey le haya hecho esas promesas, si sale vencedor, mi honor le buscará otros mil rivales.

ELVIRA. Andad con tiento de que el cielo no os concede al fin ser vengada para castigar vuestro gran orgullo. ¿Deseáis rechazar aún la ventura de permanecer en silencio sin que mengüe vuestra honra? ¿Qué finalidad persigue esa imposición y qué desea? ¿Os volverá a vuestro padre la muerte de vuestro rendido servidor? ¿Acaso deseáis un doble infortunio? ¿Son necesarios una muerte tras otra y un dolor tras otro? Si sois tan obstinada no sois merecedora del amante que se os otorga; la justa cólera del cielo hará que tengáis que aceptar a Sancho como esposo.

JIMENA. Elvira, mis penas son ya muy grandes, no quieras hacerlas todavía mayores con estos funestos presagios. Deseo, si ello me es posible, esquivarlos a los dos; si no, toda mi preferencia en ese duelo va hacia Rodrigo, no porque la loca pasión me incline hacia él, sino porque si fuera vencido tendría que entregarme a Don Sancho. Todos mis deseos se reducen a evitar esto último. Pero ¿qué ven mis ojos? ¡Desgraciada de mí! Elvira, ya se ha consumado.

ESCENA V

DON SANCHO, JIMENA, ELVIRA

DON SANCHO. Me veo en la obligación de rendir esta espada a vuestros pies...

JIMENA. ¡Cómo! ¿Teñida aún con la sangre de Rodrigo? Malvado, ¿osas presentarte ante mí tras haberme quitado lo que más apreciaba? Manifiéstate, amor mío, no existe ya ningún temor: mi padre está satisfecho, cesa de reprimirte. El mismo dolor ha lavado mi honor, mi alma desesperada y mi amor se hallan ya libres.

DON SANCHO. Con el espíritu más sosegado...

JIMENA. ¿Tienes aún osadía, despreciable asesino, de hablarme de un héroe por quien estoy perdida? Márchate, le has vencido a traición. Un caballero tan esforzado nunca habría sido derrotado por un rival de tu clase. No esperes nada de mí, pues de ninguna forma me has servido; creyendo actuar como mi vengador, me has arrebatado la vida.

DON SANCHO. Raro comportamiento, ya que no me dejas que me explique...

JIMENA. ¿Pretendes que te oiga alabarte de mi muerte y que escuche con agrado la arrogancia con que describirás su desgracia, mi crimen y tu arrojo?

ESCENA VI

DON FERNANDO, DON DIEGO, DON ARIAS, DON SANCHO, DON ALONSO, JIMENA, ELVIRA

JIMENA. Señor, ya es inútil que pretenda ocultar lo que mis esfuerzos no han podido hacer. Estaba loca de amor, lo sabíais; pero para vengar a mi padre deseé, efectivamente, perseguir al que era dueño de mi corazón. Señor, vos mismo os disteis cuenta de cómo mi amor se pospuso al deber. Al final, Rodrigo ha desaparecido, y su sacrificio me ha transformado de mortal enemiga en dolorida amante. Tenía que ofrecer esta venganza a aquel a quien debo la vida y ahora ofrezco estas lágrimas a mi amor. Don Sancho ha sido la causa de mi destrucción encargándose de mi defensa, ¡y yo soy el premio para mi pérfido defensor! ¡Señor, si la piedad puede mover a compasión a un soberano, revocad, por el amor del cielo, tan dura prueba! Yo le ofrezco como recompensa el triunfo sobre lo que más amo; que me deje tranquila llorar sin descanso en mi sagrado claustro a mi padre y a mi amante.

DON DIEGO. En definitiva, ella ama, señor, y no tiene por delito confesar por sus propios labios un legítimo amor.

DON FERNANDO. Jimena, sal de tu error; tu esforzado campeón no ha muerto, y Don Sancho, vencido, te ha hecho una falsa relación.

DON SANCHO. Señor, un excesivo acaloramiento ha sido la causa de su equivocación. Regresaba yo del duelo para contarle el resultado, pues el noble caballero que

le pertenece me dijo al desarmarme: «Antes dejaré indeciso el triunfo que derramar la sangre que se ha arriesgado en defensa de Jimena; pero ya que mi deber me llama junto a mi soberano, vete a verla por mí y ofrécele tu espada de parte del vencedor.» Señor, a esto venía, mas ella ha caído en el error y al ver que regresaba ha pensado que yo había sido el triunfador, y su ira ha traicionado de improviso sus sentimientos con tanta furia y tanto desasosiego, que no he logrado que pudiera escucharme ni un solo momento, aunque la pierda y me pese infinitamente, porque he sido el instrumento de tan feliz amor.

DON FERNANDO. Hija mía, no tienes por qué avergonzarte de que así sea, ni que buscar excusas a tu conducta. En vano el deber podrá llamarte en tu interior: tu honor se halla libre de tu compromiso y tu honra está a salvo. Tu padre puede estar satisfecho, ya que le has vengado cumplidamente haciendo correr a Rodrigo un gran riesgo. Después de haber hecho tanto por él, haz algo por ti misma y no te rebeles contra mis mandatos, que te otorgan un esposo tan querido.

ESCENA VII

DON FERNANDO, DON DIEGO, DON ARIAS, DON RODRIGO, DON ALONSO, DON SANCHO, LA INFANTA, JIMENA, LEONOR, ELVIRA

LA INFANTA. Cesa tu llanto, Jimena, y sin pesadumbre recibe de mis manos al magnánimo triunfador.

DON RODRIGO. No os molestéis, señor, si ante vuestra presencia un amoroso respeto me hace arrodillarme a sus pies. No vengo aquí a reclamar mi premio: vengo una vez más a traeros mi vida, señora; mi amor no se valdrá ni de las leyes del torneo ni de la voluntad del soberano. Si todavía es poco lo que habéis hecho

por vuestro padre, decidme qué caminos debéis emplear para satisfacerle. Es necesario luchar aún contra miles de rivales, extender mis triunfos por toda la Tierra, poner en fuga a un ejército, sobrepasar la gloria de los héroes mitológicos. Si mediante todo esto puedo, al fin, lavar mi crimen, yo os garantizo que lo emprenderé y que triunfaré en mi empresa; pero si ese honor tan orgulloso, siempre inhumano, no puede apaciguarse sin la muerte del culpable, no lancéis contra mí nuevos enemigos: mi cabeza está a vuestros pies, realizad por vos misma vuestra venganza; sólo vos tenéis derecho a vencer a un invencible: la venganza es vuestra. Pero que mi muerte sea suficiente para castigarme, que vuestro pensamiento no me olvide y conserve mi recuerdo; decid alguna vez deplorando mi triste suerte, ya que con ella se mantiene vuestro honor: «Si no me hubiera amado no habría muerto.»

JIMENA. Alzaos, Rodrigo. No debo ocultarlo ya; demasiado he dicho para que pueda permanecer en secreto. Rodrigo tiene unas cualidades que no pueden ser desdeñadas, y cuando un monarca manda se le debe obedecer; mas, a pesar de vuestra orden, ¿podríais tolerar ante vos este casamiento? Aun cuando me lo impongáis, ¿es que vuestra justicia puede dar su consentimiento? Si tan necesario es Rodrigo al país, ¿tengo que ser yo el pago a cuanto hace por vos y debo entregarme yo misma al eterno reproche de haber mojado mis manos en la sangre de mi padre?

DON FERNANDO. El tiempo muchas veces hace legítimo lo que antes parecía un crimen: Rodrigo te ha conquistado y tienes que ser suya. No obstante, aunque su valor te ha ganado hoy, se habría de enfrentar a tu honor si le concediera en seguida el precio de su triunfo. Por retrasarse vuestra unión no se rompe una ley según la cual, sin señalar ningún plazo, le pertenece. Te concedo un año, si así es tu deseo, para enjugar tu llanto. Mientras tanto, Rodrigo, toma las ar-

mas. Después de haber triunfado sobre los sarracenos en nuestras costas, derrota sus planes, rechaza sus tentativas, marcha hasta sus tierras y muéveles a la guerra; conduce a mis ejércitos a saquear sus posesiones: temblarán de terror al solo nombre de *El Cid*; te llaman rey y señor y por ello te respetan. Pero sé fiel a ella en el curso de todas las campañas; vuelve, si es posible, más digno a causa de tus hazañas y hazte querer por tus grandes triunfos, de forma que llegue a ser un honor para ella el casarse contigo.

DON RODRIGO. Para que Jimena sea mía y en vuestro servicio, ¿qué se me puede ordenar que mi brazo no lo cumpla? Señor, aunque necesite alejarme de su presencia, tengo suficiente dicha con la de poder esperar.

DON FERNANDO. Confía en tu valor y en mi promesa y, siendo ya tuyo el corazón de tu amada, para triunfar sobre el honor que lucha contra ti, deja obrar al tiempo, a tu valentía y a tu soberano.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

HORACIO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

CARTA A MONSEÑOR EL CARDENAL DUQUE DE RICHELIEU

Monseñor:

Yo no habría tenido jamás la temeridad de presentar a Vuestra Eminencia este mal retrato de Horacio si no hubiera considerado que, después de haber recibido tantos favores de V. E., el silencio en el que mi respeto me ha mantenido hasta el momento podría ser considerado como una ingratitud, y que, si tengo alguna desconfianza justa en mi trabajo, debo tener, no obstante, una mayor confianza en vuestra bondad. Todo lo que poseo os lo debo a vos, al igual que lo que soy; y no me causa poco sonrojo ofreceros, por todo reconocimiento, un presente tan poco digno de vos y que tan poca proporción guarda con lo que os debo. Pero en medio de esta confusión, común en todos los escritores, yo tengo la ventaja de que no se puede, sin alguna injusticia, condenar mi elección, y este generoso romano, que pongo a los pies de Vuestra Eminencia, habría podido aparecer delante de ella con menos vergüenza si las fuerzas del autor hubieran respondido a la dignidad de la materia; tengo por fiador al autor del cual la he sacado, quien comienza a describir esta famosa historia con este glorioso elogio: «Casi no existe nada más noble en toda la Antigüedad.» Yo querría que lo que él ha dicho acerca de esta acción pudiera también ser dicho de la pintura que he realizado de la misma, no para usar de una mayor vanidad, sino tan sólo para ofreceros algo menos indigno de vos. El tema habría sido capaz de más gracias tratado por una mano

más sabia; al menos ha recibido de la mía todas aquellas que ésta podía proporcionarle y que razonablemente se puede esperar de una musa de provincias que, no siendo lo bastante feliz como para gozar con frecuencia de las miradas de Vuestra Eminencia, no posee para conducirse las mismas luces que aquellos que están continuamente iluminados. Y en verdad, monseñor, el cambio visible que se observa en mis obras después de tener el honor de estar con Vuestra Eminencia no es otra cosa que el efecto de las grandes ideas que ella me inspira cuando se digna soportar que le devuelva mis deberes. ¿Y a qué puede atribuirse lo que hay de malo en ellos, más que a las pinturas groseras que yo critico cuando vivo abandonado a mi propia flaqueza? Ello hace, monseñor, que todos aquellos que pasan sus vísperas en el teatro publiquen conmigo qué tenemos dos obligaciones muy señaladas: una, la de haber ennoblecido el principio del arte; otra, la de habernos facilitado sus conocimientos. Vos habéis ennoblecido el principio del arte, ya que, en lugar de complacer al pueblo como nos prescriben nuestros maestros, dos de los cuales, los más honestos hombres de su siglo, Scipión y Lelie, han protestado en lugar de contentarse, nos habéis proporcionado la tarea de complacer y la de divertir, y de este modo ofrecemos un gran servicio al Estado, puesto que, contribuyendo a vuestras diversiones, contribuimos a la conservación de una salud que le es precisa y necesaria. Nos habéis facilitado los conocimientos, pues no tenemos necesidad de otro estudio para adquirirlos que la de nuestros ojos se fijen en Vuestra Eminencia, cuando nos honra con su presencia y con su atención en los recitales de nuestros poemas. Así, al leer ante ella y al advertir lo que le complace y lo que no, nosotros nos instruimos con certeza acerca de lo que es bueno y de lo que es malo, haciendo uso de las infalibles reglas sobre lo que es necesario seguir o evitar. A ella se debe el que con frecuencia haya yo aprendido en dos horas lo que con mis libros no habría podido aprender en diez años. Esta

obra me ha valido el aplauso del público; de ella espero, con vuestro favor, que pueda ser un día digna de vuestras manos. No consideréis, pues, una falta, monseñor, el que, para daros las gracias por lo que afecta a mi reputación, de la que os soy enteramente deudor, improvise cuatro versos de otro Horacio distinto al que os presento para expresaros por medio de ellos los verdaderos sentimientos de mi alma:

Totum muneris hoc tui est,
Quod monstror digito praetereuntium
Scenae non levis artifex:
Quod spiro et placeo, si placeo, tuum est.

Sólo añadiré otra verdad, y os ruego que tengáis la certeza de que soy y seré muy afecto durante toda mi vida,

Monseñor,

De Vuestra Eminencia,

El más humilde, más obediente

Y más fiel servidor,

CORNEILLE.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SCIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

EXAMEN

Constituye una creencia bastante general el que esta pieza podría pasar por ser la más bella de las mías si los últimos actos respondieran a los primeros. Todos quieren que la muerte de Camila eche a perder la intención que yo retardo, de acuerdo; pero ignoro si todos conocen la razón. Comúnmente se atribuye a lo que se ve de esta muerte sobre la escena, cosa que podría deberse sobre todo a una falta de la actriz más que a la mía, ya que, cuando ella ve a su hermano que coge la espada, el pavor, tan natural en su sexo, debe hacer que huya y que reciba el último golpe el teatro, como señalo en esta impresión. Por otra parte, si constituye una regla el que la sangre no pueda ser derramada, tal regla no proviene del tiempo de Aristóteles, de quien hemos aprendido que por mover poderosamente produce grandes disgustos, heridas y muertes en el espectáculo. Horacio no quiere que nos aventuremos en asesinatos desnaturalizados, como Medea, la cual mata a sus hijos; sin embargo yo no veo que haga una regla general para toda clase de muertes, ni que el comportamiento de un hombre apasionado por su patria contra una hermana que la ha maldecido en su presencia con horribles imprecaciones sea de la misma naturaleza que la crueldad de esta madre. Séneca la expone delante del pueblo, a despecho de Horacio, y entre Sófocles y Ajax no se oculta nada al espectador cuando éste se mata. El alivio que se produce en el segundo de estos

discursos para rectificar la muerte de Clitemnestra aquí no sirve para la de Camila. Aunque ella misma se atreviese, desesperada al ver a su hermano empuñando la espada, dicho hermano no debe ser un criminal por haber atentado contra ella, puesto que no hay una tercera persona en la pieza contra quien poder dirigir el golpe que ella recibiría, como ocurrió a Orestes respecto a Egistho. Por otra parte, la historia es suficientemente conocida como para cercenar el peligro en el curso de una muerte infame, después de haberla matado; y la defensa que le presta su padre para granjearse su gracia no tendría más lugar si él fuera inocente. Sea como fuere, veamos si esta acción ha podido causar el fracaso de este poema y si no tiene otra irregularidad que la de herir los ojos.

Como no tengo costumbre de disimular mis defectos, reconozco dos o tres bastante considerables. El primero es que esta acción, que viene a ser la principal de la pieza, es momentánea, y no tiene lugar la justa grandeza que le pide Aristóteles, que consiste en un comienzo, un desarrollo y un fin. Ocurre de repente, y toda la preparación que he realizado para pintar el salvaje valor de Horacio y la prohibición que hace a su hermana de echar de menos a su amante muerto en el combate no es suficiente para hacer esperar un comportamiento tan extraordinario y servir para dar principio a esta acción.

El segundo defecto consiste en que esta muerte produce una doble acción a causa del nuevo peligro en que cae Horacio después de haber triunfado del primero. La unidad de peligro de un héroe en la tragedia produce la unidad de acción; cuando se vence, la pieza está terminada, si consiste en que la salida misma de este peligro le una tan necesariamente a la otra, y en que la ligazón y la continuidad de los dos no produzca más que una sola acción. Aquí, donde no se cumple, ya que Horacio vuelve triunfante sin ningún deseo de matar a su hermana, ni incluso de hablar con ella, la

acción estaría suficientemente terminada al alcanzar su victoria. La recaída en un nuevo peligro sin necesidad produce un efecto peor, puesto que no se trata de un peligro público que afectaría a todo el Estado, sino que cae en uno de índole particular, que sólo afecta a su vida. Y por añadidura diré que, de un peligro ilustre, en el que no puede sucumbir más que de una forma gloriosa, cae en otro infamante, del que no puede salir sin mancha.

Añadid, como tercera imperfección, que Camila, que tiene una importancia secundaria en los tres primeros actos, dejando la primacía a Sabina, adquiere más en estos dos últimos, en los que Sabina pasa a un segundo plano; de este modo, existe una igualdad en las costumbres y deja de haberla en lo concerniente a la dignidad de los personajes, donde se debería atender este precepto de Horacio:

Servetur ad imum
Qualis ab incepto processerit, et sibi constet.

Este defecto, en Rodelinda, ha sido una de las principales causas del desgraciado suceso de Pertharite; yo no he visto aún sobre nuestros teatros esta desigualdad de rango en un mismo actor que no haya producido peor efecto. Estaría bien establecer una regla inviolable.

En lo que se refiere al tiempo en la acción, no es un punto muy apremiante y no tiene nada que pueda parecer inverosímil. La unidad, si bien debe ser exacta, no se produce sin que exista alguna violencia. En Horacio y Curiacio no existe razón para separarse del resto de la familia al comenzar el segundo acto. La unión del oyente a la acción no le permite hacer un examen severo de esta justeza, que no es un crimen del que se sirve para deslumbrar, cuando se hace difícil satisfacerle.

El personaje de Sabina está creado bastante felizmente y resulta fácil encontrar su verdadera semejanza

en el relato de la historia, que señala la amistad y la unión entre las dos familias por haber podido realizar esta doble alianza.

Ella no sirve a la acción más que el infante en la de *El Cid*, que sólo se deja rozar, como ella, por la diversidad de los acontecimientos. Sin embargo, generalmente se ha aprobado a ésta y condenado al otro. Yo he buscado la razón y he hallado dos: la una es la ligazón de las escenas, que parece, si se me permite hablar de este modo, incorporar a Sabina en esta pieza, mientras que en *El Cid* todas las intervenciones del infante son destacadas y parecen estar fuera de las obras del autor.

Tantum series juncturaque pollet.

La otra consiste en que, siendo Sabina mujer de Horacio, se hace necesario que todos los incidentes de este poema le proporcionen los sentimientos que la ponen a prueba a causa de la obligación que tiene de tomar interés por lo que atañe a su marido y sus hermanos; pero el infante no está obligado a tomar ninguno en lo que hace referencia al Cid; y si siente alguna inclinación secreta hacia él, no tiene necesidad de mostrarla, puesto que no produce ningún efecto.

El oráculo propuesto en el primer acto halla su verdadero sentido en la conclusión del quinto. Parece claro al primer golpe de vista y lleva la imaginación hacia un sentido contrario; yo los prefiero así en nuestros teatros, antes que aquellos que esparcen completamente indescifrables, porque la sorpresa de su verdadero efecto es más hermosa. Yo he hecho uso de esta forma en Andrómeda y en Edipo. No digo lo mismo de los sueños, que pueden aún constituir un gran adorno en la prótesis, procurando no servirse de los mismos con demasiada frecuencia. Querría que tuvieran la idea del verdadero fin de la pieza, pero con alguna confusión que no permita la completa comprensión. Es así como

yo me he servido de ellos dos veces, aquí y en *Polieucto*, pero con más ostentación y artificio en este último poema, en el que señala todas las particularidades del acontecimiento, mientras que en éste no hace más que expresar un bosquejo informe de lo funesto que debe seguir.

Se considera que el segundo acto es uno de los más patéticos que salen en la escena, y el tercero uno de los más artificiosos. Está sostenido únicamente por la narración de la mitad del combate de los tres hermanos, el cual es cortado felizmente para dejar a Horacio, el padre, en la cólera y en el disgusto; en seguida se le proporciona un retorno a la felicidad en el cuarto. Ha sido hecho a propósito el empujarlo a este error, sirviéndose de la impaciencia de una mujer que sigue bruscamente su primera idea y presume el combate acabado porque ha visto a dos de los Horacio por tierra y al tercero huyendo. Un hombre, que debe ser más sentado y más juicioso, no habría sido idóneo para dar esta falsa alarma; fue necesaria mayor paciencia, a fin de tener mayor seguridad acerca del acontecimiento; no habría sido excusable dejarse llevar tan ligeramente por las apariencias al presumir un desastre en un combate cuyo final no vio.

Es acertado que el rey solamente aparezca en el quinto; está mejor en su dignidad que en *El Cid*, porque tiene interés por todo su Estado en el resto de la pieza; y, aunque no toca este punto, no deja de actuar como un rey. Aparece en ese quinto acto como señor que quiere honrar, por mediación de esta visita, a un padre cuyos hijos han conservado su corona para él y adquirido la de Alba al precio de su sangre. Si realiza el oficio de juez no es debido a una ocasión accidental, y lo ejerce en la misma morada de Horacio por la necesidad que impone la regla de la unidad de lugar. Todo este acto constituye una de las causas de la poca satisfacción que deja esta tragedia: está basado en la defensa; además no es lugar para arengas ni largos

discursos: éstos sólo pueden soportarse en el comienzo de una pieza, donde la acción todavía no ha entrado en calor; pero en el acto quinto se debe actuar más que discurrir. La atención del oyente, ya cansada, se desanima con estas conclusiones que dilatan y prolongan el final.

Algunos opinan que Valerio no es un digno acusador por Horacio, ya que en la pieza no ha logrado que se viera su pasión por Camila, a lo cual yo respondo que esto no basta para decir que él no sintiera fuertemente; un amante mal querido no podría mostrarse de una forma tan simpática ante su dama como un amante querido. El carecía de lugar en el primer acto y con más razón en el segundo; precisaba que su rango en el ejército le diera la ocasión durante el tercero; se muestra en el cuarto tan pronto como la muerte de su rival le ofrece alguna abertura a la esperanza: se esfuerza en granjearse la buena voluntad del padre por medio del encargo del rey de llevarle las gloriosas noticias del honor en que se encuentra, y, ocasionalmente, le entera de la victoria de sus hijos, que él ignoraba. No le falta amor durante los tres primeros actos, pero carece del tiempo apropiado para testimoniarlo, y desde la primera escena de la pieza parece que ofrece bastantes cuidados a Camila, tanto que Sabina queda alarmada por la actitud de su hermano. Si no adopta la costumbre francesa, es por considerar que es romano, y en Roma no habría podido emprender un duelo contra otro romano, sin cometer un delito de Estado; yo habría cometido otro de teatro si hubiera creado un romano a la francesa.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1826
QUITO

PERSONAJES

TULIO, rey de Roma.
HORACIO EL VIEJO, patricio romano.
HORACIO, su hijo.
CURIACIO, caballero de Alba, prometido de Camila.
VALERIO, caballero romano, pretendiente de Camila.
SABINA, esposa de Horacio y hermana de Curiacio.
CAMILA, prometida de Curiacio, hermana de Horacio.
JULIA, dama romana, amiga de Camila y Sabina.
FLAVIO, soldado del ejército de Alba.
PRÓCULO, soldado del ejército de Roma.

La acción se desarrolla en Roma, en el atrio de la casa de los Horacio.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO PRIMERO

ESCENA I

SABINA, JULIA

SABINA. Aprobad mi flaqueza y sufrid mi dolor, demasiado justos ante tan gran desgracia. Después de ver caer sobre sí tales tempestades, la conmoción quebranta los ánimos más firmes, y el corazón más vigoroso y el menos abatido no sabría, sin desorden, ejercer su virtud. Aunque el mío se llena de estupor ante estas crueles alarmas, su turbación nada puede con mis llantos, y, en medio de los suspiros que se elevan hasta el cielo, al menos la prueba impera aún en mis ojos: cuando se paran aquí las contrariedades de un alma, si se logra menos que un hombre, es más de lo que consigue una mujer; contener las lágrimas en estos extremos es demostrar, para el sexo, bastante firmeza.

JULIA. Quizá sea bastante para un alma común, que del menor peligro hace un infortunio; pero tal flaqueza es vergonzosa para un gran corazón, el cual debe atreverse esperarlo todo ante un dudoso acontecimiento. Los dos campos están alineados al pie de nuestras murallas, mas Roma todavía ignora cómo se pierden las guerras. Lejos de temblar por ella, aplaude: al combatir se engrandecerá. ¡Desterrad, des-

terrad un temor tan vano y concebir deseos dignos de una romana!

SABINA. Yo soy romana, ¡ay de mí!, porque Horacio es romano; recibí este título al recibir su mano, mas este lazo me tendría encadenada como una esclava si me impidiera pensar en los lugares en que nací (1): Alba, donde yo empecé a respirar el día, Alba, mi querido país y mi primer amor; cuando veo que se ha desencadenado la guerra entre nosotros, temo tanto nuestra victoria como nuestra derrota. Roma, si crees que te traiciono, búscate enemigos a los que yo pueda odiar. Viendo desde tus muros a tu ejército y al nuestro, con mis tres hermanos en uno y mi marido en el otro, ¿puedo hacer votos, sin ser impía, o importunar al cielo por tu felicidad? Sé que tu Estado, aún recién nacido, no sabría afirmar sin la guerra su poderío; sé que debe crecer y que sus grandes destinos no le permitirán quedarse entre los pueblos latinos; sé que los dioses te han prometido el imperio de la Tierra y que sólo por la guerra podrás ver el efecto. Lejos de oponerme a este noble ardor que sigue los dictados de los dioses y que busca tu grandeza, querría ya ver tus tropas coronadas, y con paso victorioso franquear los Pirineos. Ve hasta Oriente a instalar tus centurias, ve a las orillas del Rin a clavar tus estandartes, haz temblar las columnas de Hércules, pero respeta una ciudad que te dio a Rómulo. Ingrata, recuerda que de la sangre de sus reyes has obtenido tu nombre, tus muros y tus primeras leyes. Alba es tu origen; deténte y considera que diriges la espada contra el seno de tu madre. Vuelve hacia fuera los esfuerzos de tus brazos triunfantes; su joya se abrirá con alegría a sus hijos y, dejándose llevar del amor mater-

(1) Variación (a): «Yo soy romana, ¡ay de mí!, puesto que mi esposo lo es; el matrimonio ha hecho que por Roma ponga el interés. Pero él tendría mi alma encadenada como una esclava si me privara de pensar en los lugares donde he nacido» (1641-1656).

nal, sus votos serán para ti, si tú no te diriges contra ella.

JULIA. Este discurso me sorprende; veo que, desde que contra vuestro pueblo están armados nuestros combatientes, habéis demostrado por él tanta indiferencia como si hubierais nacido de sangre romana. Yo admiraba la virtud que hacía que supeditarais vuestros más queridos intereses a los de vuestro esposo, y os consolaba en medio de vuestras quejas, como si nuestra Roma hubiera creado todos vuestros temores.

SABINA. Mientras no se trataba más que de ligeros combates, demasiado débiles como para derrotar a uno de los dos partidos; mientras una esperanza de paz ha podido suavizar mi pena, sí, me he sentido orgullosa de ser romana. Si he visto a Roma con algún disgusto, a menudo he condenado este movimiento secreto; y si concebía en sus momentos adversos alguna maligna alegría en favor de mis hermanos, frecuentemente, para ahogarla, he llorado cuando la victoria entraba en mi casa. Mas hoy, cuando es necesario que una u otra caiga, que Alba sea esclavizada o que Roma sucumba, y que, después de la batalla, no existan obstáculos para los vencedores ni esperanzas para los vencidos, demostraría por mi país un cruel odio si pudiera mostrarme enteramente romana y si pidiera vuestro triunfo a los dioses, al precio de tanta sangre que me es tan preciosa. Yo no me ato tanto a los intereses de un nombre: no tengo preferencia por Alba ni por Roma; temo por una y otra en este último esfuerzo, y tomaré partido por aquel a quien la suerte aflija. Igual para los dos hasta el triunfo, tomaré parte en la desgracia sin gozarme de la gloria; y guardaré, en medio de rigores tan ásperos, mis lágrimas para los vencidos y mi odio para los vencedores.

JULIA. ¡Cómo actúan vicisitudes semejantes sobre espíritus y pasiones diversos! Ante nuestros ojos Camila se comporta de un modo muy distinto. Su hermano

es vuestro esposo y el vuestro es su enamorado: pero ella considera de un modo muy distinto que su sangre esté en un bando y su amor en el otro. Cuando vos conservabais un espíritu totalmente romano, ella, irresoluta, incierta, a la menor escaramuza temía una tempestad, de cualquiera de las dos partes detestaba la ventaja, y las desdichas de los vencidos ofrecía siempre sus lágrimas, alimentando de este modo eternos dolores. No obstante, ayer, cuando supo que se había fijado un día y que la batalla por fin iba a comenzar, estalló una súbita alegría en su frente...

SABINA. ¡Ah, cuánto temo, Julia, un cambio tan súbito! Ayer, con bastante buen humor, conversaba con Valerio; por este rival, sin duda, dejará a mi hermano; su corazón conmovido por las circunstancias presentes no echa de menos nada amable desde hace dos años. La inquietud que sufro por él me hace temerlo todo de ella: concibo sospechas acerca de cualquier cosa; después de un día tan funesto se cambia poco de objeto. Las almas rara vez son heridas de nuevo, y en medio de tan grave confusión se tienen otros pensamientos; sin embargo, no se tienen tan dulces conversaciones, ni alegrías como la suya.

JULIA. Las causas, como a vos, me parecen poco claras, y no me satisfacen ciertas conjeturas. Verlo, esperarlo y no afligirse es demostrar mucha entereza en tan gran peligro; pero, ciertamente, es demasiado llegar hasta la alegría.

SABINA. Ved que un buen genio nos la envía a propósito. Tratad de hacerla hablar sobre esto; os quiere demasiado para ocultaros nada. Yo os dejo. Hermana mía, conversad con Julia: me avergüenza mostrar tanta melancolía, y mi corazón, agotado por mil disgustos, busca la soledad para ocultar sus suspiros.

ESCENA II

CAMILA, JULIA

CAMILA. ¡Ella se equivoca al querer que yo hable con vos! ¿Considera que mi dolor es menos intenso que el suyo y que, menos insensible a tan grandes desgracias, mezclo a mis tristes palabras menos lágrimas? Con parecidos pavores mi alma está alarmada; como ella perderé en uno y otro ejército: veré a mi amado, mi mayor y único bien, morir por su país o destruir el mío, y a este objeto de amor transformarse, para mi pena, en digno de mis suspiros o digno de mi odio. ¡Ay de mí!

JULIA. Ella es, sin embargo, más digna de compasión que vos; se puede cambiar de amante, pero no de esposo. Olvidad a Curiacio y tomad a Valerio; así no temeréis ya por la parte contraria, seréis toda nuestra, y vuestro espíritu repuesto no tendrá nada que perder en el campo enemigo.

CAMILA. Dadme consejos que sean más legítimos y compadeced mis desgracias sin ordenarme crímenes; aunque apenas a mis males puedo resistir, prefiero sufrirlas que merecerlas.

JULIA. ¡Cómo! ¿Llamáis ruindad a una inconstancia razonable?

CAMILA. Pero ¿la falta de fidelidad os parece perdonable?

JULIA. ¿Para con un enemigo que puede comprometernos?

CAMILA. ¿Quién puede absolveros de un juramento solemne?

JULIA. Disimuláis en vano una cosa demasiado visible: ayer os vi conversar con Valerio, y la graciosa acogida que recibía de vos le permite alimentar una esperanza bastante dulce.

CAMILA. Si ayer hablé con él y le hice buena cara, no imaginéis otra cosa que su propia desventaja, ya que el motivo de mi alegría era otro. Mas, para salir del error, sabed esto: guardo hacia Curiacio una amistad demasiado limpia para soportar largo tiempo que se me tome por perjura. Recordaréis que apenas mi hermano, por un feliz matrimonio, fue el poseedor de su hermana, cuando, para colmo de alegría, él obtuvo de mi padre que yo fuera el premio de sus castos anhelos. Este día nos fue propicio y funesto a la vez: el hecho de que nuestras casas se unieran desunió a nuestros reyes; un mismo instante decidió nuestro matrimonio, y la guerra hizo nacer nuestra esperanza y la destruyó, nos privó de todo y, al declararnos prometidos, nos hizo enemigos. ¡Qué extremados nos parecieron nuestros infortunios! ¡Qué blasfemias fueron dirigidas contra el cielo! ¡Cuántos arroyos de lágrimas vertieron mis ojos! Yo no digo nada más; vos habéis visto nuestra despedida, habéis visto después la turbación de mi alma: vos sabéis cuántos votos por la paz ha hecho mi amor y cuántas lágrimas he vertido en cada victoria, tanto por mi país como por mi amado. Por fin, mi desesperación, entre tantas dificultades, me ha hecho recurrir a la voz de los oráculos. Escuchad si ese que ayer se me dio tiene derecho a devolver la seguridad a mi espíritu desalentado. Ese griego tan renombrado, que desde hace tantos años predice nuestros destinos al pie del Aventino, a quien Apolo jamás ha hecho hablar en falso, me ha prometido, por medio de estos versos, el final de mis trabajos: Alba y Roma tomarán mañana otro semblante; tus votos serán escuchados, obtendrán la paz, y tú te unirás a tu Curiacio sin que ninguna desgracia pueda separaros jamás. He

depositado en este oráculo mi entera confianza y, como lo sucedido rebasaba mis esperanzas, abandoné mi alma a los arrobamientos y dejé atrás los transportes de los más felices amantes. Juzgad el exceso: encontré a Valerio y, contra mi costumbre, no pude disgustarme; me habló de amor sin aburrirme: no me apercibí de que me hablaba él, y no le pude demostrar desprecio ni mostrarme glacial. Todo cuanto veía me parecía Curiacio, todo lo que se me decía me hablaba de pasión, todo lo que yo decía le persuadía de mis votos. El combate general de hoy es decisivo; ayer supe la noticia y no he tomado precaución alguna. Mi espíritu desdeñó estas funestas noticias, encantado con los dulces pensamientos del matrimonio y de la paz. La noche ha disipado errores tan halagüeños; mil sueños horribles, mil imágenes sangrientas y, sobre todo, mil amasijos de carne y de horror, han arrancado mi alegría y me han devuelto el miedo. He visto sangre, muertos y todo en desorden; un espectro, al parecer, emprendía rápidamente la huida. Se borraban los unos a los otros, y cada ilusión redoblaba mi horror por su confusión.

JULIA. Este sueño debe ser interpretado en sentido contrario.

CAMILA. Yo debo creerlo así, ya que así lo deseo; pero al fin me encuentro, a pesar de todos mis deseos, en el día de la batalla, y no en el de la paz.

JULIA. Con las batallas terminan las guerras, y la paz las sigue.

CAMILA. ¡Que el mal dure para siempre, si él hace uso de este remedio! Sea Roma la que sucumba o Alba la que quede vencida, querido amante, no esperes ser un día mi esposo; jamás, jamás ese título corresponderá a un hombre que sea el vencedor o el esclavo de Roma. Pero, ¿qué nueva ilusión se presenta en estos lugares? ¿Eres tú, Curiacio? ¿Podré dar crédito a mis propios ojos?

ESCENA III

CURIACIO, CAMILA, JULIA

CURIACIO. No lo dudes, Camila, vuelves a ver a un hombre que no será el vencedor ni el esclavo de Roma; no temas el ver enrojecer mis manos con el peso vergonzoso de las cadenas o con la sangre de los romanos. Creo que amas lo bastante a Roma y a la gloria como para despreciar estas cadenas y odiar mi victoria. Y como, del mismo modo, en esta extrema situación temo tanto la victoria como la cautividad...

CAMILA. Es suficiente, Curiacio, adivino el resto: huyes de esa batalla tan contraria a tus deseos, y tu corazón, que me pertenece por entero, para no perderme, priva a tu país del socorro de tu brazo. Que otros juzguen aquí tu renombre y te llenen de oprobios, si quieren, por haberme amado en exceso; no le corresponde a Camila despreciarte. Cuanto más patente es tu amor, más debe amarte ella, y, si bien debes mucho a los lugares que te vieron nacer, al abandonarlos por mí, más lo manifiestas. Pero ¿has visto a mi padre? ¿Puede soportar que oses retirarte a su casa de esta forma? ¿No prefiere el Estado a su familia? ¿No cuida más a Roma que a su hija? En fin, ¿está bien consolidada nuestra dicha? ¿Te ha recibido como a un yerno o como a un enemigo?

CURIACIO. Me ha visto como yerno, con una ternura que demostraba una completa alegría; no me ha visto como un traidor, indigno de entrar en su casa. Yo no abandono el interés por mi ciudad; toda-

vía estimo mi honor al adorar a Camila. Mientras ha durado la guerra, he demostrado constantemente ser un buen ciudadano y un verdadero amante. La querella de Alba conciliaba con mi amor y suspiraba por ti al combatir por ella; y si fuera necesario todavía llegar a las armas, yo combatiría por ella suspirando por ti. Si, a pesar de los deseos de mi alma ilusionada, la guerra durara, yo estaría en el ejército; es la paz la que a tu casa me da libre acceso, a la paz deben nuestros fuegos este bello acontecimiento.

CAMILA. ¡La paz! ¿Qué medio hay de creer en tal milagro?

JULIA. Camila, creed por lo menos en vuestro oráculo, y sepamos plenamente con qué felices efectos el momento de una batalla ha producido esta paz.

CURIACIO. No lo habría creído jamás. Ya los dos ejércitos, de un igual ardor para el combate animados, con miradas amenazadoras marchaban a la lucha fieramente, no esperando para cargar más que una orden, cuando nuestro general, poniéndose delante de las filas, pide a vuestro príncipe un momento de silencio, y, tras haberlo obtenido, dice: «¿Qué hacemos, romanos? ¿Qué mal espíritu hace que lleguemos a las manos? Dejemos que la razón aclare de una vez nuestros corazones: somos vuestros vecinos, nuestras hijas son vuestras mujeres, y el matrimonio nos ha unido con tantos y tantos nudos, que hay muy pocos hijos nuestros que no sean vuestros sobrinos. Somos una misma sangre y un mismo pueblo en dos ciudades: ¿por qué desangrarnos en guerras civiles, en las que la muerte de los vencidos debilita a los vencedores, y el más bello triunfo está regado de lágrimas? Nuestros enemigos comunes esperan con alegría que uno de los partidos les facilite como presa al otro, cansado, medio deshecho y vencedor, pero, por todo triunfo, desnudo de una ayuda que él mismo destruyó. Han gozado mucho tiempo con

nuestros divorcios; juntemos de ahora en adelante contra ellos nuestros esfuerzos, y ahoguemos en el olvido estas pequeñas diferencias que de tan buenos guerreros hacen tan malos parientes. Si la ambición de mandar en los otros hace enfrentarse hoy a vuestras tropas y las nuestras, siempre que con menos sangre queramos apaciguarla ella misma nos unirá, en vez de desunirnos. Nombremos combatientes por la causa común; que cada pueblo a los suyos una su fortuna, y, siguiendo lo que por medio de ellos decida la suerte, que el partido más débil tome la ley del vencedor; pero sin indignidad para guerreros tan bravos, que sean súbditos sin ser esclavos, sin vergüenza, sin tributo y sin otra condición que la de seguir a todas partes la bandera del vencedor. Así nuestros dos Estados no formarán más que un solo imperio.» Con estas palabras nuestra discordia expira; cada uno, poniendo los ojos en las filas enemigas, reconoce a un cuñado, a un primo o a un amigo; se extrañan de que sus manos, ávidas de sangre, hubieran volado sin pensarlo hacia tantos parricidios, y hacen aparecer un frente cubierto a la vez de horror por la batalla y de ardor por la elección. Al fin el ofrecimiento es aceptado y la paz es firmada con estas condiciones inmediatamente juradas: tres guerreros combatirán por cada bando; sin embargo, para mejor elegir, nuestros jefes se han tomado un poco más de tiempo: el vuestro está en el Senado y el nuestro en la tienda.

CAMILA. ¡Oh, dioses, cuánto contento han traído estas palabras a mi alma!

CURIACIO. En dos horas a lo sumo, por común acuerdo, la suerte de nuestros guerreros decidirá nuestra suerte. Mientras tanto, todo está libre, esperando el nombramiento. Roma está en nuestro campamento, y nuestro campamento en Roma; en uno y otro bando el acceso está permitido, y cada uno ha ido a encontrar a sus viejos amigos. En cuanto a mí, mi

pasión me ha hecho seguir a vuestros hermanos; y mis deseos han tenido resultados tan prósperos, que el autor de vuestros días me ha prometido para mañana el honor sin par de tu mano. ¿Desobedecerás su voluntad?

CAMILA. El deber de una hija es la obediencia.

CURIACIO. Ven, pues, a recibir esta dulce orden, que debe colmar mi alegría.

CAMILA. En seguida sigo tus pasos, pero antes iré a ver a mis hermanos para saber por ellos el fin de nuestras miserias.

JULIA. Ve, y entretanto, a los pies de nuestros altares, iré a dar gracias por ti a los inmortales.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

HORACIO, CURIACIO

CURIACIO. Así Roma no ha repartido su estima; de otra manera habría creído cometer una acción ilegítima. Esta magnífica ciudad, en vuestros hermanos y en vos, ha encontrado a los tres guerreros que prefiere a los demás, y, en su ilustre ardor de arriesgar más que los otros, con una sola casa desafía a todas las nuestras; creeríamos al verla íntegra en nuestras manos que, excepto los hijos de Horacio, ya no hay otros hombres en Roma. Esta elección podría colmar a tres familias de gloria y consagrar muy alto la memoria de sus hombres. Sí, el honor que recibe vuestra casa por esta elección habría podido, con justo título, inmortalizar a tres; y ya que mi felicidad y mi ardor me han permitido situar aquí a mi hermana y escoger una esposa, lo que voy a ser para vosotros, y lo que ya soy, me hacen partícipe de cierta medida. Pero otra inquietud violenta mi alegría, y en medio de las dulzuras mezcla mucho temor: la guerra ha dado tanta fama a vuestro valor, que yo tiemblo por Alba y preveo su desgracia; combatiendo vosotros, su pérdida está asegurada; al designaros, la fatalidad lo ha jurado. Demasiado veo en esta elección sus funestos proyectos, y ya me cuento como uno de vuestros súbditos.

HORACIO. Lejos de temblar por Alba, compadeceos de Roma, al ver a los que olvida y a los tres que designa. Es una ceguera fatal para ella tener tantos entre quienes escoger y elegir tan mal. Mil nijos suyos mucho más dignos de ello podrían defender su causa mejor que nosotros; no obstante, aunque este combate me prometa una sepultura, la gloria de esta elección me llena de un noble orgullo; mi espíritu concibe una viril seguridad, y me arriesgo a esperar mucho de mi poca valentía; y, sean cuales fueren los proyectos de la suerte envidiosa, no me considero uno de vuestros súbditos. Roma tiene mucha confianza en mí, pero mi alma arrebatada logrará lo que espera o abandonará la vida. Quien quiere morir o vencer pocas veces es vencido; este noble ímpetu difícilmente fenece. Pase lo que pase, Roma no será dominada mientras mis últimos suspiros no aseguren mi derrota.

CURIACIO. ¡Ay de mí! Por tal debo ser compadecido. Lo que desea mi país, mi amistad lo teme. Duras contrariedades ver a Alba sometida o su victoria al precio de vida tan querida. ¡Que el único bien al que tienden sus anhelos se compre solamente con vuestros últimos suspiros! ¿Qué votos puedo hacer y qué felicidad esperar? Por ambas partes he de llorar, por ambos lados mis deseos son traicionados.

HORACIO. ¡Cómo! ¿Me lloraríais si yo muriera por mi país? Para un corazón generoso esta muerte es maravillosa; la gloria que le sigue no permite las lágrimas, y la recibiría bendiciendo mi muerte si Roma y todo el Estado perdiera menos con mi muerte.

CURIACIO. Sin embargo, permitid que vuestros amigos la teman; en tan hermoso traspaso ellos son los únicos en dolerse: la gloria es para vos y la pérdida para ellos; vos os hacéis inmortal y ellos desdichados, pues se pierde todo cuando se pierde a un amigo tan fiel. Pero Flavio me trae aquí alguna noticia.

ESCENA II

HORACIO, CURIACIO, FLAVIO

CURIACIO. ¿Ha hecho ya Alba la elección de sus tres guerreros?

FLAVIO. A comunicároslo vengo.

CURIACIO. Y bien, ¿quiénes son los tres?

FLAVIO. Vuestros dos hermanos y vos.

CURIACIO. ¿Quiénes?

FLAVIO. Vos y vuestros dos hermanos. Mas ¿por qué esa frente triste y esas miradas severas? ¿Os disgusta esta elección?

CURIACIO. No, pero me sorprende: me juzgaba demasiado poco para un honor tan grande.

FLAVIO. ¿He de decir al general que aquí me ha enviado que recibís la noticia con tan poca alegría? Esta triste y fría acogida me deja totalmente sorprendido.

CURIACIO. Dile que la amistad, la alianza y el amor no podrán impedir que los tres Curiacio sirvan a su país contra los Horacio.

FLAVIO. ¡Contra ellos! ¡Ah! Eso es decir mucho en pocas palabras.

CURIACIO. Llévale mi respuesta y déjanos tranquilos.

ESCENA III

HORACIO, CURIACIO

CURIACIO. Que en adelante el cielo, los infiernos y la tierra unan sus furores para hacernos la guerra; que los hombres, los dioses, los demonios y la suerte arremetan contra nosotros con todas sus fuerzas; desafío sus horrores, en el estado en que nos encontramos, a la muerte, los demonios, los dioses y los hombres. Lo que tienen de cruel, de horrible y pavoroso es muy poca cosa comparado con el honor que se nos hace a los dos.

HORACIO. La suerte, que nos abre la barrera del honor, ofrece a nuestra constancia una ilustre ocasión; emplead su fuerza para producir tal desdicha y mejor medirse con vuestro valor; y como ve que nuestras almas son fuera de lo común, fuera del orden común quiere que sean nuestros destinos. Combatir a un enemigo para la salvación de todos y exponerse tan sólo a los golpes de un desconocido, es un acto de valor ordinario: mil ya lo han hecho y otros mil podrían hacerlo; morir por un país es tan digna suerte, que tan bella muerte sería solicitada por una multitud. Mas inmolar al interés público lo que se ama, trabar combate contra uno mismo, atacar al partido que defiende el hermano de una esposa y el prometido de una hermana, y, rompiendo todos estos lazos, armarse por la patria contra una sangre que se querría rescatar con la propia vida, tal virtud sólo nos corresponde a nosotros. El resplandor de su gran fama le hace poco envidiable, y pocos hombres

lo han impreso lo bastante en su corazón como para osar aspirar a tan gran renombre.

CURIACIO. Es verdad que nuestros hombres no perecerán. La ocasión es bella y se hace desear, seremos los espejos de una rara virtud. Sin embargo, nuestra firmeza tiene algo de bárbara: incluso, los grandes corazones tendrían motivo de orgullo al ir por este camino hacia la inmortalidad. Cualquiera que sea el premio de esta fama, la oscuridad es mejor que tanto renombre. En cuanto a mí, me atrevo a decirlo y vos lo habéis podido ver, no he dudado en seguir mi deber a pesar de nuestra larga amistad, el amor y la alianza; y ya que por medio de esta elección Alba muestra, en efecto, que me aprecia tanto como Roma a vos, creo hacer tanto por ella como vos por Roma; tengo el corazón también noble, pero al fin y al cabo soy un hombre. Veo que vuestro honor pide toda mi sangre, que el mío consiste en abriros el pecho, que, próximo a desposar a la hermana, es preciso matar al hermano, y que es por mi país por quien la suerte se me muestra tan adversa. Aunque acudo a mi deber sin miedo, mi corazón se espanta y se estremece de horror; tengo piedad de mí mismo y miro con envidia a aquellos a los que nuestra guerra ha segado la vida, sin deseo, aun así, de retroceder. Este triste y orgulloso honor me conmueve sin hacerme vacilar: aprecio lo que me ofrece y deploro lo que me quita, y si Roma pide un valor más alto, doy gracias a los dioses por no ser romano y conservar todavía algo de humano.

HORACIO. Si no sois romano, haceos digno de serlo; y, si me igualáis, procurad también aparentarlo. El sólido valor del que me envanezco no admite debilidad en su firmeza; no está bien que el honor entre en la carrera y desde los primeros pasos mire hacia atrás. Nuestra desdicha es grande y está en su punto más alto; lo veo bien claro, pero no tengo miedo. Contra quienquiera que sea que mi país me emplee,

acepto ciegamente esta gloria con júbilo. La honra de recibir tales órdenes debe ahogar en nosotros cualquier otro sentimiento. Quien, presto a servir, considere otra cosa, se dispone a realizar cobardemente su deber. Este deber santo y sagrado rompe cualquier otro lazo. Roma ha elegido mi brazo, y no sé nada más. Con una alegría tan grande y sincera como cuando desposé a la hermana, combatiré al hermano... Cortemos de una vez esta conversación inútil: Alba os ha nombrado, yo ya no os reconozco.

CURIACIO. Yo os reconozco todavía, y eso es lo que me mata; pero esta áspera valentía me era desconocida. Como nuestra desdicha está en su máximo grado, permitid que la admire y no la imite.

HORACIO. No, no; no adoptéis el valor forzadamente, y, ya que vos encontráis más encantos en las quejas, gozad, con entera libertad, de un bien tan dulce. Mirad, ahí viene mi hermana para llorar con vos. Voy a ver a la vuestra y a inclinar a su alma a recordar que ella es siempre mi mujer y que debe amaros aunque yo muera a vuestras manos, y a tener, en su desdicha, sentimientos dignos de una romana.

ESCENA IV

HORACIO, CURIACIO, CAMILA

HORACIO. ¿Habéis sabido la situación en que se encuentra Curiacio, hermana mía?

CAMILA. ¡Ay de mí! ¡Cómo ha cambiado mi suerte!

HORACIO. Armaos de constancia y demostrad que sois mi hermana; si al morir yo él vuelve vencedor, no le recibáis como al asesino de un hermano, sino como a un hombre de honor que ha hecho lo que debía, que sirve bien a su país y sabe mostrar

a todos que por su alto valor es digno de vos. Realizad vuestro matrimonio como si yo viviera, pero, si de igual modo este acero corta su destino, dispensad a mi victoria un tratamiento semejante, y no me reprochéis la muerte de vuestro amado. Vuestras lágrimas están a punto de deslizarse y vuestro corazón se acongoja; consumid con él toda esta debilidad. Querellaos contra el cielo y la tierra y maldecid a la suerte; sin embargo, después del combate, no penséis más en el que muera. *(A Curiacio.)* Os dejaré un momento con ella; después nos iremos juntos adonde el honor nos reclama.

ESCENA V

CURIACIO, CAMILA

CAMILA. ¿Irás, Curiacio? ¿Este funesto honor te place a costa de nuestra felicidad?

CURIACIO. ¡Desgraciado de mí! Veo muy claro que es necesario, haga lo que haga, morir o de dolor o por la mano de Horacio. Voy como al suplicio a cumplir con mi deber; maldigo mil veces la situación en que me encuentro. Odio este valor, que hace que Alba me aprecie; mi amor desesperado llega hasta el crimen, se queja contra el cielo y osa querellarse. Te compadezco y me compadezco; pero es necesario que vaya.

CAMILA. No. Te conozco bien; tú quieres que te suplique y que así esta influencia te excuse ante tu patria. Eres muy famoso por tus otras hazañas: hiciste por Alba ya todo cuanto debías. Nadie mejor que tú ha soportado esta guerra; nadie ha sembrado con más muertos nuestra tierra. Tu nombre ya no puede crecer más, no le falta nada; permite que otro pase ahora a ennoblecer el suyo.

CURIACIO. ¿Soportar que ante mis ojos otra frente ciña los laureles inmortales que la gloria presta? ¿Que todo mi país reproche a mi valor la posibilidad de triunfar si yo hubiera combatido, y que por el amor mi valentía haya quedado adormecida? ¿Coronar tantas hazañas con tal infamia? No, Alba, después del honor que he recibido de ti, no sucumbirás ni vencerás más que a través de mí. Tú me has encomendado tu suerte y te responderé de ello: y viviré sin reproche, o moriré sin vergüenza.

CAMILA. ¡Cómo! ¿No ves que así me traicionas?

CURIACIO. Antes me debo a mi país que a ti.

CAMILA. ¿Pero por él debes privarte tú mismo de un cuñado y a tu hermana de su marido?

CURIACIO. Tal es nuestra miseria. La elección de Alba y de Roma arranca toda dulzura a los nombres de cuñado y hermana, tan dulces en otro tiempo.

CAMILA. ¡Cruel! ¿Podrás, pues, presentarme su cabeza y pedir mi mano como premio de tu conquista?

CURIACIO. Ya no podemos pensar en eso; en el estado en que me encuentro todo lo que puedo hacer es amarte sin esperanza. ¿Lloras, Camila?

CAMILA. Forzoso es que llore: mi insensible amado me ordena morir, y cuando el matrimonio nos alumbra con su resplandor él lo apaga con su mano y me abre la tumba. Este corazón sin piedad se obstina en mi pérdida y, mientras dice que aún me ama, me asesina.

CURIACIO. ¡Qué convincente discurso es el llanto de una amante! ¡Y qué fuertes son unos bellos ojos con tal ayuda! ¡Cómo se enternece mi corazón con esta triste imagen! Mi constancia se esfuerza contra ella con disgusto. No atentéis más contra mi gloria con tantos dolores y dejadme salvarla de tu llanto. Siento que titubea y defiende mal su posición: cuanto más enamorado de ti me siento, menos Curiacio soy. Debilitada ya por haber combatido a la amistad, ¿vencerá a la vez a la piedad y al amor? Márchate, no

me ames más, no viertas más lágrimas, o me apresteré a la defensa de tus fuertes armas; me defenderé mejor de tu cólera y, para merecerla, ya no te reconozco. Véngate de un ingrato, castiga a un pérfido. ¿No te muestras sensible a este ultraje? No siento ya nada hacia ti y en cambio tú lo sientes por mí. ¿Necesitas más todavía? ¡Renuncio a mi promesa! Rigurosa valentía de la cual yo soy la víctima, ¿no puedes resistir sin la ayuda de un crimen?

CAMILA. No cometas otra falta y pon por testigos a los dioses de que, en lugar de odiarte, te amaré más; sí, yo te querré, aunque seas ingrato y pérfido y dejes de aspirar al título de fratricida. ¿Por qué soy yo romana o no eres tú romano? Te tejería la corona de laurel con mis manos, te daría valor en lugar de distraerte, y te trataría como he tratado a mi hermano. ¡Ay de mí! Estaba ciega al hacer mis votos hoy; he obrado contra ti en todo lo que por él he hecho. Ya vuelve. ¡Qué desdicha si el amor de su esposa no consigue más de él que el mío ha obtenido de tu alma!

ESCENA VI

HORACIO, SABINA, CURIACIO, CAMILA

CURIACIO. ¡Dioses! ¡Sabina le sigue! ¿Para conmover mi corazón no es bastante con Camila, que traéis a mi hermana y, dejando que su llanto venza a este gran valor, la consiga obtener la misma ventaja?

SABINA. No, no, hermano mío, yo sólo vengo a este lugar para abrazaros y deciros adiós. Vuestra sangre es muy noble y no teme ninguna cobardía, nada que ofenda la firmeza de estos grandes corazones. Si esta desdicha derribara a uno de vosotros, yo lo detestaría como hermano o como esposo. ¿Podría,

de todos modos, haceros una súplica digna de tal esposo y de tal hermano? Quiero, de golpe tan noble, evitar toda impiedad; quiero devolver la pureza al honor, dejar su resplandor sin mezcla de crímenes; en fin, quiero haceros enemigos legítimos. Del sagrado nudo que os une yo soy el único lazo: cuando yo no exista, nada os unirá ya. Romped vuestra alianza y romped la cadena, y, ya que vuestro honor quiere manifestarse con actos de ira, comprad con mi muerte el derecho a odiaros. Lo quieren Alba y Roma: hay que obedecerlas. Que uno de vosotros me mate y que el otro me vengue: entonces vuestro combate no tendrá nada de extraño y por lo menos uno de los dos será justo agresor, ya para vengar a la esposa, ya para vengar a la hermana. Pero ¿qué? Mancharéis una gloria tan hermosa excitándoos por otro motivo. El celo del país os prohíbe tales cuidados, y haríais poco por él si no fuerais parientes; le es necesario que inmoléis a un cuñado. No diferáis más vuestro deber; comenzad por derramar la sangre de la hermana, comenzad por herir el costado de la esposa, comenzad por Sabina a hacer de vuestras vidas un digno sacrificio a vuestras queridas patrias. Sois enemigos en este combate famoso, vos de Alba, vos de Roma, y yo de las dos. Mas ¿me reserváis el espectáculo de una victoria en la que, por el alto aparato de una pomposa gloria, veré los laureles de un hermano o de un marido humeantes todavía de una sangre que tanto he amado? ¿Podré compartir entonces mi alma entre vosotros dos, satisfacer los deberes de hermana y de esposa, y abrazar al vencedor llorando al vencido? No, no, antes de este golpe Sabina habrá muerto. Mi muerte la prevendrá de quien ya la obtiene; lo que vuestras manos me rehúsan lo conseguiré con las mías. ¿Qué es, pues, lo que os retiene? Seguid, inhumanos corazones, tendré los suficientes medios para forzar vuestras manos; no las tendréis en el combate ocupadas, por-

que este cuerpo, colocándose entre vosotros, detendrá vuestras espadas, y, a pesar de que os habéis negado a darme muerte, será necesario que sus golpes se hundan aquí antes de heriros uno a otro.

HORACIO. ¡Ay, esposa mía!

CURIACIO. ¡Hermana!

CAMILA. ¡Ya ceden! ¡Sigue!

SABINA. ¡Habéis palidecido! ¡Ya suspiráis! ¿De qué tenéis miedo? ¿Es éste el gran valor, son éstos los grandes héroes que Alba y Roma han escogido como defensores?

HORACIO. ¿Qué te he hecho yo, Sabina? ¿Cuál es la ofensa? ¿Qué te obliga a buscar tal venganza? ¿Qué te ha hecho mi honor? ¿Con qué derecho vienes a atacar mi virtud con todas tus fuerzas? Al menos conténtate con haberla sacudido y déjame concluir esta gran jornada. Me has reducido a un difícil punto; ama lo suficiente a tu marido como para no acabar de vencerle. Vete, y no hagas más dudosa la victoria; esta disputa ya me resulta vergonzosa. Permite que termine con honor mis días.

SABINA. Cesa de temerme; vienen en tu ayuda.

ESCENA VII

HORACIO EL VIEJO, HORACIO, CURIACIO, SABINA, CAMILA

HORACIO EL VIEJO. ¿Qué es eso, hijos míos? ¿Aún escucháis vuestros sentimientos y perdéis el tiempo con las mujeres? ¿Prestos a derramar sangre y contempláis su llanto? Huid y dejadlas lamentarse de sus desdichas. Su llanto tiene para vosotros demasiado arte y ternura; os contagiaría una parte de su debilidad. Solamente huyendo se detienen tales golpes.

SABINA. No debéis temer nada de ellos porque son dignos de vos. A pesar de todos nuestros esfuerzos,

debéis esperar lo que habéis deseado siempre de un hijo y de un yerno, y, si nuestra flaqueza ha estremecido su honor, os dejamos para devolverles el valor. Vamos, vamos, hermana mía, no derramemos más lágrimas; contra tales valores resultan ser débiles armas. Sólo a la desesperación podemos recurrir: tigres, marchad a combatiros; nosotras vayamos a morir.

ESCENA VIII

HORACIO EL VIEJO, HORACIO, CURIACIO

HORACIO. Padre mío, retened a las mujeres y, os lo suplico, impedid sobre todo que salgan. Su amor inoportuno vendría con estrépito, por medio de gritos y de llanto, a turbar nuestro combate, y con justicia se nos imputaría como un cobarde artificio. El honor de tan bella elección parecería injusto si se sospechara alguna dejadez.

HORACIO EL VIEJO. Yo cuidaré de ellas. Marchad, vuestros hermanos os esperan; no penséis más que en lo que vuestros países os piden.

CURIACIO. ¿Cómo os diré adiós? ¿Con qué muestras?

HORACIO EL VIEJO. ¡Ay! No entremezcléis ahora mis sentimientos; mi voz no tiene palabras, y para daros valor, mi corazón no encuentra términos bastante firmes. Yo mismo, en este adiós, tengo lágrimas en los ojos. Cumplid con vuestro deber y dejad obrar a los dioses.

ACTO TERCERO

ESCENA I

SABINA. Decide, alma mía, en tales desgracias; seamos la esposa de Horacio o la hermana de los Curiacio, cesemos de repetir nuestros inútiles cuidados, deseemos alguna cosa, y temamos un poco menos. Mas, ¡ay!, ¿qué partido tomar en una suerte tan contraria? ¿Qué enemigo escoger entre un esposo y un hermano? La naturaleza o el amor hablan por cada uno de ellos, y la ley del deber me ata a los dos. Sobre sus elevados sentimientos ajustaremos mejor los nuestros; seamos la esposa de uno y la hermana de los otros, miremos su honor como a un soberano bien, imitemos su constancia y no temamos nada. La muerte que les amenaza es una muerte tan bella que es preciso esperar la noticia sin temor. No llamemos, entonces, inhumanos a los hados; pensemos por qué causa y no por qué manos; volvamos a ver al vencedor sin pensar más que en la gloria que recibe todo su linaje con esa victoria, y sin considerar de qué sangre depende que su valor los eleve a este ilustre rango. Hagamos nuestros los intereses de la familia: en una casa soy esposa y en la otra hija, unida a las dos con tan fuertes lazos, que solamente pueden triunfar los míos. Fortuna, por muchos males que tu rigor me envíe, encontré los medios para alcanzar la alegría, y ya puedo ver hoy el com-

bate sin miedo, a los muertos sin desesperación, a los vencedores sin horror. Halagadora ilusión, error dulce y grosero, vano esfuerzo de mi alma, impotente luz cuyo falso brillo tiene derecho a deslumbrarme, ¡cuán poco sabes durar y qué pronto te desvaneces! Semejante a esos relámpagos que, en lo profundo de la noche, hacen brillar un día efímero y entregan a las noches más sombras, sólo has sido para mis ojos un momento de claridad y después me has abismado en la mayor oscuridad. Tú amabas en demasía mi pena, y el cielo, que se enfada, me vende ya muy caro este momento de descanso. Siento mi triste corazón herido por todos los golpes que me quitan, entretanto, a un hermano o a mi esposo. Cuando sueño en su muerte, aunque no lo quiera, pienso en qué manos ha de morir, y no en la causa, y no puedo ver a los vencedores en su ilustre rango. Sólo la estirpe de los vencidos clama en mi alma; en la una soy la hija y en la otra soy la esposa, y tengo en las dos tan fuertes lazos que no puedo triunfar más que por la muerte de los míos. Aquí está, pues, esta paz que tanto he deseado. ¡Dioses demasiado favorables que me habéis escuchado! ¿Qué rayos lanzáis cuando estáis irritados, si ya vuestros favores tienen tanta crueldad? ¿De qué forma castigáis la ofensa, si tratáis así los votos de la inocencia?

ESCENA II

SABINA, JULIA

SABINA. ¿Ya está consumado, Julia? ¿Qué noticias me traéis? ¿La muerte de un hermano o la de un esposo? ¿El funesto éxito de las armas impías de todos los combatientes ha hecho víctimas? Y evitándome el

horror que me causarían los vencedores, por tantos como eran de los nuestros, ¿piden mi llanto?

JULIA. ¡Cómo! ¿Ignoráis todavía lo que ha pasado?

SABINA. ¿Os extraña qué lo ignore? ¿No sabéis que esta casa, para Camila y para mí, ha sido convertida en prisión? Julia, se nos ha encerrado, tienen miedo de nuestras lágrimas; de no ser así, estaríamos entre sus armas, y, por los sufrimientos de una casta amistad, habríamos conseguido de los dos bandos alguna compasión.

JULIA. No ha habido necesidad de tan tierno espectáculo; su presencia en el combate ha sido suficiente impedimento. Tan pronto como han aparecido, dispuestos a combatir, en ambos campos se ha oído un murmullo: al ver a tales amigos, a parientes tan próximos, llegar por su patria a tan mortal enfrentamiento, el uno se conmueve de piedad, el otro es presa de horror, el otro admira la furia de tan gran celo; éste lleva hasta los cielos su valentía incomparable, y aquél se atreve a llamarla sacrílega y brutal. Estos diversos sentimientos sólo tienen una voz: todos acusan a sus jefes, todos detestan la elección, y, no pudiendo soportar un combate tan bárbaro, se grita, se avanza y, por último, se les separa.

SABINA. ¡Cuánto incienso os debo, grandes dioses que me perdonáis!

JULIA. Aún no es, Sabina, como pensáis; podéis esperar, tenéis menos que temer, pero os queda todavía bastante de que quejaros. En vano se pretende libraries de tan triste muerte; estos crueles valientes no pueden consentirlo. La gloria de su elección es tan preciosa y atrae de tal modo a su ambiciosa alma que, cuando se les compadece, se consideran dichosos y lo toman como una afrenta. La turbación de los dos campos mancha su nombradía; combatirán con ambos ejércitos y morirán a manos de aquellos que les hacen otras leyes, antes de que uno de ellos renuncie a los honores de la elección.

SABINA. ¡Cómo! ¿Esos corazones de acero se obstinan en su dureza?

JULIA. Sí, pero por otra parte los dos bandos se amotinan, y los gritos de las dos partes al unísono piden para la batalla otros combatientes. La presencia de los jefes apenas es respetada, su poder es dudoso; su voz, mal escuchada. El mismo rey se sorprende y por último dice: «Ya que todos arden por esta discordia, consultaremos la majestad sagrada de los grandes dioses y veremos si mi cambio agrada a sus bondades. ¿Quién será el impío que ose oponerse a su voluntad cuando nos la muestren por medio del sacrificio?» Todos callan; estas palabras parecen mágicas. A los seis combatientes arrancan las armas y este deseo de honor que les cierra los ojos, ya que, por ciegos que sean, respetan a los dioses. Su más fiero ardor cede al aviso de Tulio, y, sea por deferencia o por un repentino escrúpulo, en uno y otro ejército se acata la orden, como si ambos le reconocieran por rey. El resto se sabrá por el sacrificio de las víctimas.

SABINA. Los dioses no aceptarán un combate lleno de crímenes; tengo la certeza de ello, puesto que se difiere. Ya empiezo a ver cumplidos mis deseos.

ESCENA III

CAMILA, SABINA, JULIA

SABINA. ¡Hermana mía, debo daros una buena nueva!

CAMILA. Creo saberla, si se la puede llamar así; la comunicaron a mi padre y yo estaba con él. Sin embargo, no encuentro nada que halague a mi enojo: ese retraso de nuestros males hará sus golpes más duros; sólo es un plazo más largo a nuestras inquietudes. Y todo el alivio que nos hace esperar es llorar más tarde lo que hemos de llorar.

SABINA. Los dioses no han inspirado en vano ese tumulto.

CAMILA. Di sobre todo, hermana mía, que se les consulta en vano. Los mismos dioses han inspirado a Tulio esta elección, y la voz del pueblo no es siempre su voz. Suelen descender mucho menos a tan humilde nivel que al alma de los reyes, sus imágenes vivientes, cuya santa autoridad e independencia es un rayo secreto de su divinidad.

JULIA. Esto es querer, sin razón, formaros dificultades y buscar su voz fuera de sus oráculos; vos no podéis creerlo todo perdido, sin desmentir el que os fue dado ayer.

CAMILA. Los oráculos jamás se dejan comprender; se les entiende mucho menos de lo que se cree y, lejos de asegurarse sobre semejante decisión, quien no ve nada oscuro debe saber que todo lo es.

SABINA. Por lo que a nosotros respecta, tengamos más certeza y permitámonos las dulzuras de una justa esperanza. Cuando el favor del cielo nos abre a medias sus brazos, quien no espera nada no lo merece; impide a menudo que se manifieste y, cuando desciende, su reacción lo despide.

CAMILA. El cielo actúa sin nosotros en estos acontecimientos y no los regula según nuestras ansias.

JULIA. Os ha amedrentado sólo para haceros un favor. Adiós. Voy a saber cómo, por fin, acaba todo. Moderad vuestros temores; yo espero al regresar no entreteneros más que con cosas de amor. Emplearemos el resto de la jornada en los dulces preparativos para un feliz matrimonio.

SABINA. Todavía me atrevo a esperarlo.

CAMILA. Yo no espero nada.

JULIA. El resultado os hará ver que nosotras tenemos razón.

ESCENA IV

SABINA, CAMILA

SABINA. En medio de nuestros disgustos, permitid que os censure: no puedo aprobar tanta turbación en vuestra alma. ¿Qué haríais vos, hermana mía, en mi lugar, si tuvierais que temer tanto como yo y si esperarais de sus fatales armas dolores semejantes a los míos y a partes iguales?

CAMILA. Hablad con más justicia de vuestros males y de los míos: cada uno ve los del otro de una manera distinta a los suyos; no obstante, si miráis bien aquellos en los que el cielo me sumerge, los vuestros, a su lado, os parecerán un sueño. Solamente la muerte de Horacio es temible para vos. Los hermanos no son nada en comparación con el esposo; el matrimonio que nos une a otra familia nos separa de aquella en la que hemos vivido de muchachas; se ven de muy distinta manera esos lazos tan desiguales, y, por seguir al marido, abandonamos a los padres. Pero estando tan cerca del matrimonio, el prometido otorgado por un padre no es menos que un esposo y no es menos que un hermano; nuestros sentimientos se balancean entre ellos, nuestra elección es imposible y nuestros votos se confunden. Así, hermana mía, al menos tenéis en vuestras quejas dónde dirigir vuestros deseos y terminar vuestros temores; mas si el cielo se obstina en perseguirnos, yo puedo temerlo todo y nada puedo desear.

SABINA. Cuando es necesario que uno muera a manos del otro, vuestro razonamiento es muy poco válido. Aunque sean, hermana mía, lazos tan desiguales, es, sin olvidarles, cómo se deja a los padres. El matri-

monio nos borra estos profundos caracteres: por amar a un marido no se odia a los hermanos; la naturaleza guarda en todo momento sus primeros derechos y no se puede elegir a expensas de su vida. Ellos son nuestra misma sangre como el esposo. Todos los males se parecen cuando son extremados; pero el amante que os encanta y por quien ardéis no os es, después de todo, más que lo que vos queréis. Un mal humor, un poco de celos, con frecuencia hacen desaparecer la ilusión. Lo que puede el capricho intentadlo por la razón, y dejaréis vuestra sangre fuera de comparación: es un crimen oponer los lazos voluntarios a aquellos que han sido hechos necesarios por el nacimiento. Si el cielo se obstina en perseguirnos, sólo yo puedo temerlo todo sin poder desear nada; mas a vos el deber os indica, en vuestras quejas, dónde dirigir vuestros deseos y terminar vuestros temores.

CAMILA. Ya lo veo claro, hermana mía, vos no amasteis jamás; no conocéis nada del amor ni de sus riesgos: se le puede resistir cuando comienza a nacer, pero no desterrarlo cuando se ha convertido en dueño y cuando el consentimiento de un padre, empeñando nuestra palabra, ha hecho de este tirano un legítimo rey. Entra con dulzura, mas reina por la fuerza; y cuando el alma ha gustado una vez su cebo, es imposible no querer amar ya, puesto que sólo puede desear lo que el amor quiere: sus cadenas son para nosotros tan fuertes como bellas.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO

ESCENA V

HORACIO EL VIEJO, SABINA, CAMILA

HORACIO EL VIEJO. Vengo a traeros malas noticias, hijas mías; en vano podría ocultároslas durante mucho tiempo: vuestros hermanos han llegado a las manos; los dioses así lo han querido.

SABINA. Quiero comprobarlo, estas noticias me extrañan; imaginaba en los dioses mucha menos injusticia y mucha más bondad. No nos consoléis: contra tanto infortunio la piedad habla en vano y la razón importuna (2). Tenemos en nuestras manos el final de nuestros dolores, y quien quiera bien morir puede desafiar a las desgracias. Podríamos aparentar en vuestra presencia una falsa constancia en lugar de desesperación; mas cuando se puede, sin vergüenza, aparecer débil, demostrar lo contrario es una cobardía. Dejaremos para los hombres el uso de tal arte, y nosotras nos mostraremos como somos. No pedimos que un corazón tan fuerte se rebaje con nuestro ejemplo hasta quejarse de la suerte. Recibid sin temblar estas mortales noticias; ved cómo corren nuestras lágrimas sin mezclarse con las vuestras. En fin, como favor ante tales disgustos, guardad vuestra constancia y soportad nuestros suspiros.

HORACIO EL VIEJO. Lejos de reprender vuestro llanto, creo hacer mucho si puedo defenderme de él, y cedería, tal vez, a tan rudos golpes si tuviera el mismo interés que vosotras: Alba con su elección, no me hace odiar a vuestros hermanos. Los tres son para mí aún muy queridos; pero la amistad no es de la misma clase ni tiene los mismos efectos que el amor o la sangre. No siento por ellos el dolor que atormenta a Sabina, como hermana, y a Camila, como amante; yo puedo considerarlos nuestros enemigos y dirigir mis votos en favor de mis hijos. Son, gracias a los dioses, dignos de su patria; ningún terror ha marchitado su gloria, y yo he visto crecer su honor cuando han rehusado la piedad de ambos campos. Si por debilidad la hubieran mendigado, si su gran valor no la hubiera repudiado, pronto mi brazo se habría vengado en ellos dignamente de la afrenta que

(2) Variación (a): «No nos consoléis. La razón importuna cuando se atreve a combatir a tal infortunio» (1641-1656).

me hubiera producido este blando consentimiento. Pero cuando, a despecho de ellos, han sido pedidos otros, no lo oculto, he unido mis votos a los vuestros. Si el cielo compasivo hubiera escuchado mi voz, Alba se habría limitado a hacer otra elección; pronto habríamos podido ver triunfar a los Horacio sin ver su brazo teñido con la sangre de los Curiacio, y del éxito de un combate más humano dependería, entretanto, el honor del nombre de Roma. La prudencia de los dioses otra cosa dispone; en su orden eternal mi espíritu reposa: se arma de esta generosidad necesaria, y bienestar público hace su felicidad. Tratad de hacer otro tanto para mitigar vuestras penas y pensad ambas que sois romanas. Habéis llegado a serlo y lo sois aún; tan glorioso título es un digno tesoro. Un día, un día vendrá en que, por toda la Tierra, Roma se hará temer como el trueno, y en que todo el universo temblará bajo sus leyes. Este gran nombre vendrá a ser la ambición de los reyes: los dioses prometieron esta gloria a nuestro Eneas.

ESCENA VI

HORACIO EL VIEJO, SABINA, CAMILA, JULIA

HORACIO EL VIEJO. ¿Venís, Julia, a hacernos saber la victoria?

JULIA. Decid mejor los funestos resultados del combate: Roma está sometida a Alba y vuestros hijos derrotados; dos de los tres han muerto, solamente su esposo os queda.

HORACIO EL VIEJO. ¡Oh, qué resultado tan funesto para tan triste combate! ¡Roma sometida a Alba y, para garantizarlo, mi hijo no ha empleado hasta su último suspiro! No, no, eso no es verdad, os engañan, Julia;

Roma no está sometida, o mi hijo está sin vida: conozco bien mi sangre y él sabe mejor su deber.

JULIA. Mil, desde nuestras murallas, han podido verlo como yo. El se ha hecho admirar por su bravura mientras han luchado sus hermanos; pero en cuanto se ha visto solo con tres adversarios, hasta el punto de estar acorralado por ellos, su huida le ha salvado.

HORACIO EL VIEJO. ¡Y nuestros soldados traicionados no han podido acabar con él! ¡Han dado acogida en sus filas a ese traidor!

JULIA. No he querido ver nada más después de esta derrota.

CAMILA. ¡Ay, hermanos míos!

HORACIO EL VIEJO. ¡Poco a poco! No les lloréis a todos; dos gozan de una suerte de la cual su padre siente envidia. Que sus tumbas sean cubiertas de las más bellas flores; la gloria de su muerte nos compensa de su pérdida. Tal dicha es consecuencia de su valor invencible. Ellos han visto a Roma libre mientras han vivido; no la han visto obedecer más que a su rey, llegar a ser provincia ni de un Estado vecino. Llorad al otro, llorad la irreparable afrenta que su vergonzosa huida imprime en nuestra frente; llorad el deshonor de toda nuestra raza y el oprobio eterno que deja al nombre de Horacio.

JULIA. ¿Qué queríais que hiciera, solo contra tres?

HORACIO EL VIEJO. Morir o que una bella desesperación le socorriera. No habría hecho más que retrasar un momento su derrota, pues Roma habría sido sojuzgada unos instantes más tarde; habría dejado con honor mis cabellos grises, y su vida habría sido un digno precio. Debe toda su sangre a la patria, cada gota que se ha ahorrado a su gloria nos mancha; cada instante de su vida, después de esta cobardía, pone mi vergüenza, con la suya, al descubierto. Yo mismo cortaré el curso de su vida, y mi justa cólera, contra un indigno hijo, al hacer uso de los derechos

de un padre, demostrará claramente, con este castigo, mi total desacuerdo con semejante acción.

SABINA. Desoíd estos generosos ardores y no nos hagáis más desdichadas.

HORACIO EL VIEJO. Sabina, vuestro corazón se consuela fácilmente; hasta ahora nuestras desgracias os han afectado poco. Todavía no tenéis parte en nuestras miserias: el cielo os salvó a vuestro esposo y a vuestros hermanos. Estamos sometidos a vuestro país, y, viendo la altura a la que su gloria se remonta, no os percatáis de nuestra vergüenza. Pero este excesivo amor por tan infame esposo pronto os dará motivo de queja como a nosotros: vuestros sollozos en su favor son débiles defensas; pongo como testigo a las supremas potestades de los grandes dioses de que antes del fin de este día, estas manos, estas mismas manos lavarán con su sangre la vergüenza de los romanos.

SABINA. Sigámosle rápidamente, la cólera le arrebata. ¡Dioses! ¿Hemos de vernos siempre sacudidos por las desdichas de la suerte? ¿Nos obligará ésta siempre a temer a los más grandes y a dudar de la mano de nuestros padres?

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM RERUM PRINCIPIA EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO CUARTO

ESCENA I

HORACIO EL VIEJO, CAMILA

HORACIO EL VIEJO. No me habléis en favor de un infame que huye de mí y de los hermanos de su mujer. Para conservar esta vida que considera tan preciosa será preciso que evite presentarse ante mis ojos. Sabina puede establecer el orden, o nuevamente pongo por testigo el soberano poder del ejército celeste...

CAMILA. ¡Ah, padre mío! Tened sentimientos más suaves; veréis actuar a Roma de otra manera. Y a pesar de cualquier desdicha de que el cielo le haya colmado, excusad su valor, abrumado por el número.

HORACIO EL VIEJO. El juicio de Roma es importante para mí. Camila, yo soy el padre y tengo mis derechos. Sé muy bien cómo actúa el verdadero valor: sin triunfar el número le abruma. Su vigor viril, siempre inmutable, sucumbe bajo la fuerza, pero no cede un ápice. Callad. Sepamos lo que quiere Valerio.

ESCENA II

HORACIO EL VIEJO, VALERIO, CAMILA

VALERIO. Me envía el rey para consolar a un padre y para testimoniarle...

HORACIO EL VIEJO. No tengáis ningún cuidado; no necesita consuelo alguno, y prefiero ver muertos que cubiertos de infamia estos que acaba de arrebatarme una mano enemiga. Los dos han muerto por su país como hombres de honor; me es suficiente.

VALERIO. Pero, por rara dicha, el otro ha de ocupar el lugar de los tres en el país.

HORACIO EL VIEJO. ¡En él ha perecido el nombre de los Horacio!

VALERIO. Solamente vos le maltratáis después de lo que ha hecho.

HORACIO EL VIEJO. Es a mí sólo a quien corresponde castigar su fechoría.

VALERIO. ¿Qué fechoría encontráis en su conducta?

HORACIO EL VIEJO. ¿Qué rayo de virtud encontráis vos en su huida?

VALERIO. La huida ha sido gloriosa en esta ocasión.

HORACIO EL VIEJO. Vos redobláis mi confusión y mi vergüenza. Ciertamente, es un ejemplo raro y digno de recordar encontrar en la huida el camino de la gloria.

VALERIO. ¿Vos sentís confusión y vergüenza por haber engendrado a un hijo que nos ha salvado a todos, que ha hecho triunfar a Roma y le ha ganado un imperio? ¿A qué otros honores puede aspirar un padre?

HORACIO EL VIEJO. ¿Qué hombres, qué triunfo y qué imperio, en fin, cuando Alba rige nuestros destinos bajo sus leyes?

VALERIO. ¿Qué decís de Alba y de su triunfo? ¿Todavía ignoráis la mitad de la historia?

HORACIO EL VIEJO. Yo sé que con su huida ha traicionado al Estado.

VALERIO. Sí, si al huir hubiera terminado el combate; pero en seguida vimos que no huyó más que como un hombre que sabía manejar la ventaja de Roma.

HORACIO EL VIEJO. ¡Cómo! ¿Roma ha triunfado?

VALERIO. Sabed, sabed el valor de este hijo al que equivocadamente condenáis. Quedó solo contra tres, pero, estando los otros heridos y sólo él incólume, aunque demasiado débil para todos ellos, aún tenía fuerza para luchar con cada uno por separado. Supo salir de un trance tan peligroso; huyó para combatir mejor, y esta pronta estratagema dividió a los tres hermanos, así engañados. Cada uno le persiguió a menor o mayor velocidad, según la gravedad de las heridas; su ardor es el mismo al perseguir su huida, pero las desiguales heridas separan sus distancias. Horacio, al verles separados, se volvió, creyéndoles medio dominados; esperó al primero, que era vuestro yerno; el cual se indignó porque se atrevió a aguardarle. En vano hizo gala de una gran valentía, pues la sangre que había perdido retardó su vigor. Alba, a su alrededor, comienza a temer una suerte adversa; grita al segundo que vaya en socorro de su hermano, el cual se impacienta y agota en esfuerzos inútiles, viendo, al encontrarse, que su hermano está exánime.

CAMILA. ¡Ay de mí!

VALERIO. Sin aliento, ocupa el lugar de su hermano y redobla pronto la victoria de Horacio: su coraje, sin fuerzas, es un débil apoyo; queriendo vengar a su hermano, cae después él. En el aire retumban los gritos que cada uno lanza, Alba, de angustia, y los romanos de júbilo. Como nuestro héroe está a punto de concluir, para él vencer es poco, aún quiere desafiar: «Acabo de inmolar dos a los manes de mis hermanos. Roma tendrá el último de mis tres adversarios; en su

beneficio voy a inmolarlo» y dice, y de repente vuela hacia él. La victoria entre los dos no era dudosa; el albano, traspasado de golpes, no se sostenía apenas, y, como una víctima en las gradas del altar, parecía presentar su garganta al golpe mortal: así lo recibe, con poco esfuerzo, sin defensa, y con su muerte fija la supremacía de Roma.

HORACIO EL VIEJO. ¡Oh, hijo mío! ¡Oh, mi joya! ¡Oh, el honor de nuestros días! ¡Oh, inesperado socorro de un Estado vacilante! ¡Valor digno de Roma, digna sangre de Horacio! ¡Apoyo de tu país y gloria de tu raza! ¿Cuándo podré ahogar en tus abrazos el error en que he caído por medio de falsos sentimientos? ¿Cuándo podrá mi amor bañar con tiernas lágrimas de alegría tu frente victoriosa?

VALERIO. Vuestras caricias pronto podrán ser realizadas: el rey os lo enviará muy pronto. Ha dispuesto preparar para mañana la pompa de un sacrificio a los dioses por una alegría tan extraordinaria. Hoy se le retiene solamente para los cánticos y para simples ofrendas. Por eso es por lo que el rey le mantiene a su lado y, mientras tanto, me envía como mensajero, junto a vos, de dolor y de alegría. Pero esta misión no es suficiente; él mismo vendrá, quizá hoy mismo: cree reconocer mal tan pura virtud si de su propia casa, todo lo que el Estado os debe.

HORACIO EL VIEJO. Tales reconocimientos tienen para mí demasiado resplandor, y ya me considero suficientemente pagado con vuestra visita, los servicios de mi hijo y la sangre de los otros dos.

VALERIO. El no sabe lo que es honor a medias; su cetro, arrancado de manos del enemigo, hace que considere el honor que os otorgará inferior a los méritos del hijo y del padre. Voy a testimoniarle los nobles sentimientos que la virtud os inspira en todos vuestros actos y cuánto ardor ponéis para servirle.

HORACIO EL VIEJO. Mucho os deberé por tan gran servicio.

ESCENA III

HORACIO EL VIEJO, CAMILA

HORACIO EL VIEJO. Hija mía, éste no es el momento de derramar lágrimas, queda mal verterlas donde se ven tantos honores: se lloran injustamente las desgracias domésticas, si se realizan por el bien público. Roma ha triunfado sobre Alba, y eso es suficiente para nosotros: todos nuestros males deben sernos dulces a este precio. En la muerte de un amante no perdéis más que a un hombre cuya falta es fácil reparar en Roma; después de esta victoria no hay romano que no considere un orgullo pedir vuestra mano. A Sabina debo llevar la nueva; este golpe será sin duda muy rudo para ella, y la muerte de sus tres hermanos debida a su esposo le causará lágrimas mucho más justas que las vuestras. Sin embargo, yo espero fácilmente disipar la tempestad y, con un poco de prudencia ayudando a su gran valentía, lograré muy pronto que reine sobre tan noble corazón el generoso amor que ella debe al vencedor. Mientras tanto, ahogad esta débil tristeza y recibidla, si viene, con menos flaqueza; mostraos digna hermana, ya que en las mismas entrañas el cielo os ha formado a las dos con la misma sangre.

ESCENA IV

CAMILA. Sí, le haré ver con infalibles pruebas que un verdadero amor desafía la mano de las Parcas y no admite leyes de estos crueles tiranos que un astro

injurioso nos ofrece por parientes. Tú afeas mi dolor, te atreves a llamarlo cobarde. Le amo tanto más cuanto ello te molesta, padre sin piedad, y por un justo esfuerzo quiero hacerlo igual a los rigores de mi suerte. ¿Vivió alguna vez alguien cuyas rudas travesías tomaran en poco tiempo diversas facetas, siendo ahora favorables y ahora crueles, y llevara tantos golpes antes del golpe mortal? ¿Se vio jamás un alma que en un solo día recibiera más alegrías y dolores, más esperanza y más miedo, encadenada como una esclava a los acontecimientos, triste juguete de tantos cambios? Un oráculo me asegura, un sueño me inquieta; la paz calma el escalofrío que traía la batalla. Mi boda se prepara y, en un momento, para combatir a mi hermano se elige a mi prometido. Esta elección me desespera y todos la detestan; el duelo es interrumpido y los dioses lo reanudan. Roma parece vencida y únicamente de los tres albanos, Curiacio no se ha manchado las manos en mi sangre. ¡Oh, dioses! Sentía entonces los dolores más ligeros por la desgracia de Roma y la muerte de los dos hermanos, ¿y me halagaba demasiado cuando creía poder amarle aún sin falta y alimentar alguna esperanza? Me han castigado duramente su muerte y la forma cruel en que mi alma afligida ha recibido la noticia: su rival me lo comunica y, mostrando ante mis ojos tan triste acontecimiento, lo relata minuciosamente; lleva sobre la frente la gran alegría que el júbilo general hace casi que me pierda, forjando quimeras en el aire a costa de la desgracia de otro tan fácilmente como mi hermano ha triunfado sobre él. Pero es muy pequeño aún el precio de lo que queda: piden mi alegría en un día tan funesto. Quieren que aplauda las hazañas del vencedor y que bese una mano que me ha traspasado el corazón en un momento en que llorar es tan justo y tan legítimo, compadecerse es una vergüenza y suspirar un crimen. Su brutal valor quiere que nos sintamos felices, y si no se es bárbaro no se

es generoso. Degeneraremos, corazón mío, de tan virtuoso padre; seré indigna hermana de tan generoso hermano: será una gloria mostrar un corazón abatido cuando la brutalidad es sinónimo de virtud. ¡Estallad, dolores míos! ¿Con qué fin he de conteneros? Cuando todo se ha perdido, ¿qué más se puede temer? Por este cruel vencedor no tengáis ningún respeto; lejos de evitar sus miradas, cruzaos delante de él; ofended su victoria, irritad su cólera y tomaos, si es posible, el placer de disgustarle. Ahí viene; preparémonos a mostrar constantemente lo que debe una mujer enamorada a la muerte de su amado.

ESCENA V

HORACIO, CAMILA, PRÓCULO

(Próculo lleva en la mano las tres espadas de los Curiacio.)

HORACIO. Hermana mía, he aquí el brazo que ha vengado a nuestros dos hermanos, el brazo que ha roto el corazón de nuestros destinos adversos, que nos hace dueños de Alba. En fin, he aquí el brazo que hoy ha decidido la suerte de dos Estados. Mira estas señales de honor, estos testimonios de mi gloria, y rinde lo que debes al autor de este triunfo.

CAMILA. Recibid entonces mis lágrimas, que es lo que os debo.

HORACIO. Roma no quiere verlas después de tales hazañas y nuestros dos hermanos, muertos desgraciadamente por las armas, están demasiado pagados con su sangre para exigir lágrimas: cuando la pérdida está vengada, nada se ha perdido.

CAMILA. Puesto que se sienten satisfechos por la sangre derramada, cesaré de mostrarme afligida y por ellos olvidaré su muerte, que vos habéis vengado.

Mas ¿quién vengará la de mi amante para hacerme olvidar su pérdida en un momento?

HORACIO. ¿Qué dices, desdichada?

CAMILA. ¡Oh, mi querido Curiacio!

HORACIO. ¡Qué insuperable audacia la de tan indigna hermana! ¡El nombre de un enemigo del Estado del que yo vuelvo vencedor está en tu boca, y tu amor dentro de tu corazón! ¡Tu ardor criminal aspira a la venganza! ¡Tu boca la pide y tu corazón la respira! Aplaca tu pasión, regula mejor tus deseos, no me hagas enrojecer al escuchar tus quejas: tu ardor en adelante debe ser ahogado; destiérralo de tu alma y sueña con mis triunfos, que serán, en lo sucesivo, tu único deseo.

CAMILA. Bárbaro, dame, pues, un corazón como el tuyo, y si quieres, por último, que te abra mi alma, devuélveme a mi Curiacio o deja que mi llama se agite. Mi gozo y mis dolores dependen de su suerte: le adoraba vivo y le lloro muerto. No busques más a tu hermana donde la habías dejado; sólo verás en mí a una amante ofendida que, unida a tus pasos como una furia, te reprochará su muerte incesantemente. Tigre sediento de sangre que me prohíbes las lágrimas, ¿quieres que en su muerte encuentre encantos y que, alabando ante el cielo tus hazañas, yo misma le mate por segunda vez? ¡Que acompañen tantas desdichas tu vida, que cargas en el extremo de tenerme envidia, y que muy pronto manches con alguna cobardía esa gloria tan cara a tu brutalidad!

HORACIO. ¡Oh, cielos! ¡Quién vio jamás semejante furia! ¿Crees, pues, que soy tan insensible al ultraje, que sufriré en mi sangre este mortal deshonor? Ama, ama esta muerte que hace nuestra dicha, y prefiere, al menos, al recuerdo de ese hombre lo que debe tu nacimiento a los intereses de Roma.

CAMILA. ¡Roma, única causa de mi resentimiento! ¡Roma, por quien tu brazo acaba de inmolar a mi pro-

metido! ¡Roma, que te vio nacer y a la que tu corazón adora! ¡Roma, en fin, a la cual odio porque te da honores! ¡Así puedan todos sus vecinos, conjurados a la vez, derrumbar sus fundamentos todavía mal asegurados! ¡Y si esto no es suficiente con toda Italia, que el Oriente contra ella al Occidente se alíe, que cien pueblos unidos de los extremos del mundo crucen para destruirla los montes y los mares, que sobre ella misma se derrumben sus murallas y por sus propias manos desgarre sus entrañas, que el concurso del cielo, iluminado por mis votos, haga llover sobre ella un diluvio de fuego, y que pueda ver con mis ojos la caída de su rayo y sus casas convertidas en cenizas y tus laureles en polvo, ver al último de los romanos en su último suspiro, ser yo solamente la causa y morir de placer!

HORACIO *(Desenvainando la espada y persiguiendo a su hermana, que huye).* ¡Es demasiado! Mi paciencia a la razón da paso. ¡Vete a los infiernos a compadecer a tu Curiacio!

CAMILA *(Herida, detrás del escenario).* ¡Ah, traidor!

HORACIO *(Volviendo a escena).* ¡Así, súbitamente, recibe un castigo cualquiera que se atreve a llorar a un enemigo de Roma!

ESCENA VI

HORACIO, PRÓCULO

PRÓCULO. ¿Qué habéis hecho?

HORACIO. Un acto de justicia; semejante desafuero requiere un castigo igual.

PRÓCULO. Deberíais tratarla con menos rigor.

HORACIO. No me digas que ella es de mi sangre y mi hermana. Mi padre no puede considerarla su hija: nombres tan llenos de amor no le son permitidos. De

sus más queridos parientes hace sus enemigos; la misma sangre les arma de odio para su crimen. La más rápida venganza es la más legítima, y este deseo impío, aunque impotente, es un monstruo al que hay que ahogar cuando nace.

ESCENA VII

SABINA, HORACIO, PRÓCULO

SABINA. ¿Por qué se detiene aquí tu cólera? Ven a ver morir a tu hermana en los brazos de tu padre, ven a alimentar tus ojos con un espectáculo tan dulce, o, de lo contrario, inmola al querido país de los virtuosos Horacio este resto desgraciado de la sangre de los Curiacio. Tan pródigo de la tuya, no ahorres la de ellos; une Sabina a Camila y tu esposa a tu hermana. Nuestros crímenes son semejantes, lo mismo que nuestras miserias; suspiro como ella y deploro a mis hermanos. Yo soy más culpable en este punto contra tus duras leyes, pues ella no lloraba más que a uno y yo lloro a tres; además, después de su castigo mi falta continúa.

HORACIO. Enjuga tu llanto, Sabina, o escóndelo de mi vista. Hazte digna del nombre de tu marido y no me abrumes con una indigna piedad. Si el absoluto poder de una púdica pasión no nos deja a los dos más que un solo pensamiento y un alma, tienes que elevar tus sentimientos a los míos, ya que no me corresponde a mí rebajarme a la vergüenza de los tuyos. Yo te amo y conozco el dolor que te aflige; aplaude mi valor para vencer tu flaqueza, participa de mi gloria en lugar de mancillarla, trata de revestirte con ella, no de despojarme. ¿Eres tú tan mortal enemigo de mi honor que me prefieres cubierto de infamia? Sé más esposa que hermana, y tú, rigiendo sobre mí, haz de mi ejemplo una inmutable ley.

SABINA. Busca para imitarte almas más perfectas. No te imputo las pérdidas que he sufrido, tengo los sentimientos que debo tener y confío en la suerte más que en tu deber. Pero, en fin, renuncio a la virtud romana si debo ser inhumana para poseerla. No puedo considerarme la esposa del vencedor sin considerarme la desconsolada hermana de los vencidos. Tomemos parte en público de las victorias públicas, lloremos en casa nuestras desgracias domésticas y no miremos los bienes comunes a todos cuando veamos males que sólo son para nosotros. ¿Por qué quieres tú, cruel, actuar de otra manera? Deja al entrar aquí tus laureles en la puerta y mezcla tus lágrimas con las mías. ¡Cómo! Estos largos discursos, ¿no arman tu virtud contra mis tristes días? ¿Mi doble crimen remueve tu cólera? ¡Cuán dichosa es Camila, que ha podido sublevarte! Ella ha recibido de ti lo que ha pretendido y recobrado allá abajo lo que había perdido. Querido esposo, caro autor del tormento que me agobia, escucha a la piedad si tu cólera cesa; ejerce la una o la otra ante tales desgracias, sea para castigar mi flaqueza, sea para terminar mis sufrimientos. Pido la muerte como gracia o como suplicio; que ella sea un acto de amor o de justicia, no importa: sus razones serán dulces si parten de la mano de un esposo.

HORACIO. ¡Qué injustos son los dioses al abandonar a las mujeres un imperio tan grande sobre las mejores almas y al complacerse viendo a tan débiles vencedores reinar tan poderosamente sobre los más nobles corazones! ¡Hasta qué punto está vencida mi virtud! No podrá garantizarle más que la huida. Adiós. No me sigas o retén tus lágrimas.

SABINA *(Sola).* ¡Oh, cólera y piedad, sordas a mis deseos! ¡Descuidáis mi crimen, mi dolor os cansa y no obtengo de vosotras ni suplicio ni gracia! Hagamos de nuevo un esfuerzo y no emplearemos después con nuestro llanto otra ayuda que la nuestra para alcanzar la muerte.

ACTO QUINTO

ESCENA I

HORACIO EL VIEJO, HORACIO

HORACIO EL VIEJO. Retiremos nuestras miradas de este funesto suceso para admirar en él el juicio del cielo: cuando la gloria nos enardece, él sabe bien cómo confundir nuestro orgullo que se eleva demasiado alto. Nuestros placeres más dulces no vienen sin tristeza; mezcla nuestras virtudes con signos de debilidad y raramente concede a nuestra ambición el entero y más puro honor de una buena obra. Yo no compadezco a Camila: ella era culpable; me considero yo más digno de compasión y te compadezco más que a ella. Lloro por mí, por haber traído al mundo un corazón tan poco romano; por ti, por haber deshonrado tu mano con su muerte. No encuentro tu acción injusta ni precipitada; pero tú, hijo mío, habrías podido evitarte esta vergüenza. Su crimen, aunque terrible y digno de la muerte, estaba mejor impune que castigado por tu mano.

HORACIO. Disponed de mi sangre, las leyes os hacen juez; creí deber la suya a los lugares que me han visto nacer. Si juzgáis que mi celo es criminal (3), si me

(3) Variación (a): «Disponed de mi suerte, las leyes os hacen maestro; he creído deber estos golpes a los lugares que me han visto nacer. Si mi celo al país os parece criminal...» (1641-1656).

haréis por ello objeto de un eterno reproche, si mi mano se ha tornado vergonzosa y profanada, podéis cortar con una sola palabra mi destino; tomad de nuevo toda esta sangre cuya pureza ha manchado mi cobardía tan brutalmente. Mi mano no ha podido tolerar una mancha en nuestra estirpe; no permitáis ninguna mancha en el nombre de Horacio. Es en estas acciones en las que un padre como vos se muestra interesado; donde el honor queda afectado. Su amor debe callarse cuando toda excusa es inútil; él mismo tiene culpa si las disimula, y de su propia gloria hace demasiado poco caso cuando no castiga aquello que no aprueba.

HORACIO EL VIEJO. Un padre no hace siempre uso de un rigor extremo y a menudo perdona a sus hijos por sí mismo. Prefiero sostener mi vejez por ellos y no les castigo por miedo a castigarme Te veo de otra forma a como tú te ves. Yo sé... Pero el rey viene, veo entrar a sus guardias.

ESCENA II

TULIO, VALERIO, HORACIO EL VIEJO, HORACIO

(Grupo de Guardias)

HORACIO EL VIEJO. ¡Oh, señor, este honor es excesivo para mí! No es en estos lugares donde debo ver a mi rey: permitid que de rodillas...

TULIO. No, levantaos, padre mío. Yo hago lo que un buen príncipe debe hacer. Tan extraordinario y tan importante servicio requiere el más alto honor y el más resplandeciente. Teníais ya su palabra como prenda; no he querido diferirlo más. He sabido por su informe, y no lo dudaba, cómo sobrelleváis la muerte de vuestros dos hijos, y que, puesto que vuestra alma está muy resuelta, mi consuelo será superfluo para

vos. Sin embargo, acabo de saber la extraña desdicha que ha seguido al valor de un hijo victorioso, el cual, debido a su excesivo cariño por la causa pública, ha dejado, por sus manos, a un padre sin su hija única. Este golpe es duro para el más fuerte espíritu, y no sé cómo soportáis esta muerte.

HORACIO EL VIEJO. Señor, con desagrado, pero con paciencia.

TULIO. Es el efecto virtuoso de vuestra experiencia. Muchos, a causa de su avanzada edad, han aprendido, como vos, que a la desgracia sucede la felicidad más dulce. Pocos saben como vos aplicarse este remedio, y en su interés toda su virtud cesa. Si podéis encontrar en mi compasión algún consuelo para vuestra tristeza, sabed que, como vuestro mal, es extrema, y que lo siento tanto como os amo.

VALERIO. Señor, ya que el cielo deposita en manos de los reyes su justicia y la fuerza de las leyes, y ya que el Estado pide a los príncipes legítimos premios para las virtudes y castigos para los crímenes, permitid que un súbdito os recuerde que compadecéis demasiado a aquel a quien hay que castigar.

HORACIO EL VIEJO. ¡Cómo! ¿Enviar un vencedor al suplicio?

TULIO. Permitid que termine y haré justicia; me gusta hacerla a todos, en todo momento y en todo lugar. Por ello un rey es casi un semidiós; y deploro que, después de un gran servicio, se pueda pedir justicia contra él.

VALERIO. Permitid, pues, ¡oh, gran rey, el más justo de los monarcas!, que todas las gentes de bien os hablen por mi voz. No es que nuestro corazón, celoso de sus honores, se irrite; si él recibe mucho, sus grandes hazañas lo merecen. Antes añadirle nuevos honores que rebajárselos; nosotros estamos dispuestos a contribuir; mas, ya que de tal crimen se ha mostrado capaz, que triunfe como vencedor y perezca como culpable. Detened su furia y salvad de sus

manos, si queréis reinar, al resto de los romanos: en ello va la pérdida o la salvación de los demás. La guerra tenía un curso tan sangriento, tan funesto, y los nudos del matrimonio, durante nuestros buenos destinos, tantas veces unieron a pueblos vecinos, que a pocos romanos les interesaba la muerte de un yerno o de un cuñado en la parte contraria, y no se encontraban obligados a verter algunas lágrimas, en la dicha pública o en sus propias desgracias. Si esto es ofender a Roma y si el choque de sus armas la autoriza a castigar el crimen de nuestras lágrimas, ¿qué sangre perdonará a este bárbaro vencedor, que no perdona a la de su hermana y que no puede excusar este dolor angustioso que la muerte de un amante trae al corazón de una amada cuando, a punto de estar iluminados por la nupcial llama, ve caer con él su esperanza en la tumba? Haciendo triunfar a Roma, la ha servido; tiene sobre nosotros derecho de muerte y de vida. Y nuestros días criminales no podrán durar más de lo que su clemencia quiera prolongarlos. Podría añadir en interés de Roma cuán indigno de un hombre es semejante golpe; podría pedir que pusiera delante de vuestros ojos tan grande y extraordinaria hazaña de su brazo victorioso. Veríais una hermosa sangre, por acusar su rabia, saltar al rostro de tan cruel hermano. Veríais horrores que no se pueden concebir; su edad y su belleza podrían conmoveros, pero detesto estos medios artificiosos. Habéis aplazado para mañana el sacrificio; ¿pensáis que los dioses, vengadores de los inocentes, aceptan el incienso de una mano parricida? Este sacrilegio atraerá su cólera sobre vos; no le consideréis más que como un objeto de la ira y creed, como nosotros, que en sus tres combates el buen destino de Roma ha hecho más que su brazo, ya que los mismos dioses, autores de su triunfo, han permitido que tan pronto ensuciara la gloria y que tan gran coraje, después de este noble esfuerzo, fuera digno, en un mismo

día, de la victoria y de la muerte. Señor, eso es lo que vuestra sentencia debe decidir. En este lugar, Roma ha visto al primer parricida; lo que sigue y el odio de los cielos es temible. Salvadnos de su mano y temed a los dioses.

TULIO. Defendeos, Horacio.

HORACIO. ¿Para qué defenderme? Vos conocéis la acción, acabáis de oírla; lo que creáis debe ser para mí una ley. Señor, uno se defiende mal contra el parecer de un soberano, y el más inocente con frecuencia es culpable, cuando aparece condenable (4) a los ojos de su príncipe. Es una falta para quien se excusa ante él. Nuestra sangre es su bien y de ella puede disponer; nosotros debemos acatar lo que ordene, ya que no se priva de nosotros sin una justa causa. Señor, pronunciad, pues, yo estoy presto a obedecer: otros aman la vida, y yo debo odiarla. No reprocho el ardor de Valerio, el cual, amando a la hermana, acusa al hermano. Mis deseos se unen hoy a los suyos; él pide mi muerte y yo la quiero también. Un solo punto establece una diferencia entre nosotros: que mi honor, por medio de ella, quede asegurado, ya que a este mismo final los dos queremos llegar, él para marchitar mi gloria, y yo para salvarla. Señor, sucede raramente que se ofrece la oportunidad de mostrar la virtud totalmente entera de un gran corazón. Siguiendo el instante, se mueve más o menos y parece fuerte o débil a los ojos de sus testigos. El pueblo, que ve solamente la apariencia, se apega a los efectos para juzgar su fuerza, quiere que sus apariencias guarden un mismo curso y que, habiendo hecho un milagro, los haga siempre. Después de una acción completa, alta, brillante, todo lo que brilla menos llena mal su esperanza. Quiere que sea igual en todo tiempo y en todo lugar; no considera que entonces

(4) Variación (a): «Y el más inocente que el cielo haya visto nacer, cuando se le considera culpable comienza a serlo» (1641-1656).

era más fácil ni que, si no ve continuamente una maravilla, la ocasión es menos propicia y la virtud es igual. Su injusticia abruma y destruye a los grandes hombres; el honor de los primeros hechos se pierde con los siguientes y, cuando el renombre ha rebasado lo normal, si no se quiere caer es preciso no hacer nada. Yo no ensalzaré las hazañas de mi brazo; Vuestra Majestad, señor, ha visto mis tres combates. Es muy penoso que otro semejante les secunde, que otra ocasión responda a aquélla y que todo mi valor, después de tan grandes golpes, obtenga triunfos que no queden por debajo. Aunque para dejar un ilustre recuerdo sólo la muerte puede hoy conservar mi gloria, todavía le faltaba que yo hubiera vencido, ya que, para mi honor, he vivido demasiado. Un hombre como yo ve su gloria empañada cuando cae en peligro de alguna ignominia. Mi mano ya me habría protegido, pero sin vuestro permiso mi sangre no se atreve a salir: puesto que os pertenece, debe pediros consentimiento; derramada de otro modo sería robársela. Roma no está falta de valerosos guerreros; muchos otros, sin mí, conservarán vuestros laureles. Que Vuestra Majestad en lo sucesivo me disculpe y si lo que he hecho vale alguna recompensa, permitid, ¡oh, gran rey!, que con este brazo vencedor me inmole a mi gloria y no a mi hermana.

ESCENA III

TULIO, VALERIO, HORACIO EL VIEJO, HORACIO, SABINA

SABINA. Señor, escuchad a Sabina y ved en su alma los dolores de una hermana y los de una esposa; la cual, completamente desolada, a vuestras sagradas plantas llora por su familia y teme por su esposo. No es que yo pretenda con este artificio quitar un culpable al brazo de la justicia: según lo que haya hecho por

vos, así tratadle, y castigad en mí a este noble criminal. Expiad todo su crimen en mi sangre desdichada: no por eso cambiaréis de víctima; ello no significará tener una injusta piedad, sino sacrificar la más querida prenda. Los nudos del matrimonio y su extremado amor hacen que él viva en mí más de lo que vive en él mismo, y si vos me otorgáis el morir hoy, morirá más conmigo que por sí mismo. La muerte que yo pido y que él procura que obtenga aumentará su pena y acabará la mía. Señor, contemplad el exceso de mis tristezas y el espantoso estado al que mis días han sido reducidos. ¡Qué horror besar a un hombre cuya espada ha segado la vida de toda mi familia, y qué impiedad odiar a un esposo por haber servido bien a los suyos, al Estado y a vos! ¡Amar un brazo manchado con la sangre de mis hermanos! ¡No amar a un marido que concluyó nuestras miserias! Señor, libradme con una feliz muerte de los crímenes de amar y de no amar. Consideraré vuestra sentencia como un gran favor. Mi mano puede darme lo que os pido; pero en fin, esta muerte me sería mucho más dulce si pudiera salvar la vergüenza a mi esposo y con mi sangre aplacar la cólera de los dioses; a la que ha podido exasperar su virtud demasiado severa; si pudiera satisfacer, al morir, a los manes de su hermana, y conservar para Roma tan buen defensor.

HORACIO EL VIEJO *(Al rey).* Señor, entonces me corresponde a mí responder a Valerio. Mis hijos conspiran con él contra un padre; los tres quieren perderme y se arman sin razón contra la poca sangre que queda en mi casa. *(A Sabina.)* Tú, que por dolores contrarios a tu deber quieres abandonar a un marido para reunirte con tus hermanos, vete mejor a consultar a sus generosos manes; ellos están muertos, pero por Alba, y a causa de ello se consideran felices, ya que el cielo quiso que fuera subyugada. Si algún sentimiento queda después de la vida, este mal parece me-

nor y los golpes menos rudos, viendo que toda su honra recae sobre nosotros. Los tres desaprobarán el dolor que te afecta, las lágrimas de tus ojos, los suspiros de tu boca, el horror que muestras hacia un marido valeroso. Sabina, eres su hermana, cumple con tu deber, como ellos. *(Al rey.)* Contra ese querido esposo, Valerio se irrita en vano: un primer impulso jamás fue un crimen; y se le deben alabanzas, en lugar de un castigo, ya que la virtud le produjo este primer impulso. Amar a nuestros enemigos con idolatría, maldecir a la patria a causa de la ira por su muerte, desear al Estado una desdicha infinita, constituye lo que se llama un crimen, y él lo ha castigado. Solamente el amor a Roma animó a su mano: sería inocente si la hubiera amado menos. ¿Qué he dicho, señor? Así es, y este brazo paterno le habría castigado ya si le consideraba culpable; habría usado el íntegro poder que me dan sobre él los derechos del nacimiento. Amo demasiado el honor, señor, y no soy de condición tal que pueda soportar afrenta ni crimen en mi sangre. Pongo por testigo de ello a Valerio; él ha visto qué acogida le reservaba mi cólera cuando, ignorando aún la mitad del combate, creía que con su huida había traicionado al Estado. ¿Qué le obliga a encargarse de los intereses de mi familia? ¿Qué le obliga, a pesar de todo, a querer vengar a mi hija? ¿Y por qué razón, en su justa muerte, adquiere un interés que un padre no tiene? ¡Cree que, después de a su hermana, maltrate a los demás! Señor, nosotros sólo participamos de la vergüenza de los nuestros, y lo que no nos afecta no nos hace enrojecer, por muy bajos que sean los actos de los demás. *(A Valerio.)* ¡Tú puedes llorar, Valerio, e incluso delante de Horacio! El no tiene interés más que en los crímenes de su estirpe: quien no es de su propia sangre no puede afrentar los laureles inmortales que ciñen su frente, laureles, sagradas ramas a las que se quiere reducir a polvo. Vosotros, que ponéis la

cabeza a salvo de los rayos, ¿le abandonaréis al infame cuchillo que hace caer a los malvados bajo las manos de un verdugo? Romanos, ¿permitiréis que se inmole a un hombre sin que Roma deje hoy de ser Roma, y que un romano se esfuerce en borrar la fama de un guerrero a quien todos debemos tan bello nombre? Di, Valerio, dinos, si quieres que perezca, dónde piensas elegir un lugar para su suplicio: ¿será dentro de estas murallas, donde mil y mil voces resuenan todavía con el clamor de sus hazañas? ¿Será fuera de estos muros, en medio de estos campos que humean aún por la sangre de los Curiacio? ¿Entre sus tres tumbas y dentro de este campo de honor, testimonio de nuestra valentía y de nuestra dicha? No sabrías ocultar el castigo a su triunfo; dentro y fuera de los muros todo habla de su gloria, todo se opone al esfuerzo de tu injusto amor, que quiere con tan hermosa sangre manchar tan bello día. Alba no podrá soportar semejante espectáculo, y Roma pondría el obstáculo de su llanto. *(Al rey.)* Vos les prevendréis, señor, y por un justo decreto sabréis defender mucho mejor sus intereses. Lo que ha hecho por ella puede volver a hacerlo; puede salvarla aún de una suerte adversa. Señor, no pido nada para mis débiles años: Roma hoy me ha visto padre de cuatro hijos, tres de los cuales en este mismo día han muerto por su causa. Todavía me queda uno, conservadlo para ella; no privéis a sus murallas de tan fuerte apoyo, y permitid, para terminar, que me dirija a él. *(A Horacio.)* Horacio, no creas que el asombrado pueblo es el dueño absoluto de tan sólido renombre. Su voz tumultuosa con frecuencia hace bastante ruido, pero un momento lo eleva y otro lo olvida, y lo que aporta a nuestra nombradía acaba disipándose en seguida como humo. Corresponde a los reyes, a los grandes, es decir, a los espíritus completos, ver la virtud completa en sus menores resultados. Es de ellos solos de quienes se recibe la verdadera gloria;

ellos solos aseguran la memoria de los verdaderos héroes. Vive siempre como Horacio, y siempre cerca de ellos tu nombre permanecerá grande, ilustre, famoso, aunque la ocasión, menos propicia o menos brillante, de un vulgar ignorante burle la injusta esperanza. No odies, pues, a la vida, o por lo menos vive por mí y para servir todavía a tu país y a tu rey. Señor, he hablado demasiado, pero el asunto os concierne y Roma entera ha hablado por mi boca.

VALERIO. Señor, permitidme...

TULIO. Valerio, es suficiente; vuestras palabras no han sido borradas por las suyas, y todas vuestras razones están presentes en mi espíritu. Esta terrible acción, cometida casi ante nuestros ojos, ultraja a la naturaleza y alcanza casi a los dioses. Un primer impulso, producido por tal crimen, no puede servir de legítima excusa: las leyes menos rígidas están de acuerdo en este punto, y, si las seguimos, es digno de muerte. Si al culpable queremos mirar desde otro punto, este crimen, aunque grande, horrible e inexcusable, viene de la misma espada y por el mismo brazo que hoy me ha hecho dueño de dos Estados. Dos cetros en mi mano, Alba sometida a Roma, hablan altamente en favor de su vida: sin él tendría yo que obedecer, mientras que ahora dicto la ley, y sería súbdito donde soy dos veces rey. Muchos buenos ciudadanos en todas las provincias con votos impotentes cumplen con sus príncipes; todos pueden amar al Estado, pero no todos pueden, con ilustres hazañas, asegurar sus Estados. El arte y el poder de afirmar coronas son dones que el cielo ofrece a pocos hombres: semejantes servidores constituyen las fuerzas de los monarcas, y éstos, además, están por encima de las leyes. Que ellas callen, pues; que Roma disimule lo que, desde su nacimiento, vio en Rómulo. Puede bien permitir en su libertador lo que pudo consentir a su fundador. Vive, pues, Horacio; vive, magnánimo guerrero: tu virtud pone tu

gloria por encima de tu crimen; su excesivo ardor ha producido su desafuero; de una causa tan bella hay que soportar el efecto. Vive para servir al Estado; vive, pero ama a Valerio. Que no quede entre nosotros ira ni cólera, y, haya seguido al amor o al deber, sin ningún resentimiento resuélvete a verlo. Sabina, escuchad menos al dolor que os aflige; expulsad de este gran corazón esas señales de flaqueza, secando vuestras lágrimas os mostraréis la verdadera hermana de aquellos a los que lloráis. Sin embargo, mañana haremos un sacrificio a los dioses y tendremos al cielo en nuestros votos poco favorable si nuestros sacerdotes, antes de hacer el sacrificio, no encuentran los medios para purificarle. Su padre se encargará de ello: a él le será fácil acallar, al mismo tiempo, a los manes de Camila. Yo la compadezco y, para devolver a su rigurosa suerte lo que puede su espíritu amoroso, ya que en un mismo día el ardor de un mismo celo terminó el destino de su amante y el suyo, quiero que un mismo día, testigo de sus dos muertes, en una misma tumba sean enterrados sus cuerpos.

ESCENA IV

JULIA *(Sola)*. Camila, el cielo te había advertido de los trágicos sucesos que te había preparado; pero siempre esconde una parte del secreto a los espíritus más limpios y a los mejores iluminados. Nos parecía que hablase de tu próximo casamiento; parecía prometerlo todo a tus deseos inocentes, y, ocultándonos así tu muerte inopinada, su veredicto es verdadero cuando engaña a nuestros sentidos. «Alba y Roma toman hoy otro aspecto; tus votos han sido oídos; ellos saborean la paz. Tú vas a reunirte con Curiacio, sin que ninguna desgracia te separe jamás de él.»

NICOMEDES

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

PERSONAJES

PRUSIAS, rey de Bithinia.

FLAMINIUS, embajador de Roma.

ARSINOE, reina y segunda mujer de Prusias.

LAODICE, reina de Armenia.

NICOMEDES, hijo mayor de Prusias, nacido de su primer matrimonio.

ATALA, hijo de Prusias y de Arsinoe.

ARASPE, capitán de la guardia de Prusias.

CLEONA, confidente de Arsinoe.

La acción se desarrolla en Nicomedia, capital de Bithinia.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO PRIMERO

ESCENA I

NICOMEDES, LAODICE

LAODICE. Tras tantos hechos extraordinarios me es muy agradable, señor, comprobar que mis ojos reinan todavía sobre vuestro corazón y que, bajo los laureles que coronan vuestra cabeza, tan gran conquistador sigue siendo conquistado por mí, al mismo tiempo que con toda la gloria adquirida con sus triunfos presta un brillante homenaje a lo poco que yo merezco. Pero, aunque nuevas alegrías me sean enviadas por los dioses, mi espíritu, lleno de temor, se resiste a tanta ventura. Os vuelvo a ver con temor, ya que mi corazón enamorado conoce cuán peligrosa es la corte para vos. Arsinoe, vuestra madrastra y reina, hace que el soberano, vuestro padre, nc decida más que por sus ojos y que, considerándola a ella sola, no tenga como ley más que sus caprichos. Daos cuenta, pues, de hasta qué punto podéis sentiros seguro. El rencor que experimenta hacia vos con tanta naturalidad se vuelca ahora hacia mí. Vuestro hermano, su hijo, que ahora ha regresado...

NICOMEDES. Me doy cuenta, señora mía, y sé que también él os corteja; sé que los romanos, que lo mantenían como rehén, le han liberado atendiendo a mejores fines; que ese privilegio que han concedido a su

madre era el vil precio por el que Flaminius vendió a Aníbal y por el que el rey ordenó su entrega, si él mismo, mediante el veneno, no se hubiera escapado de las manos de Roma evitando, con el suicidio, ser el vergonzoso espectáculo a que estaba destinado a causa de haber sido el terror de los romanos. Al finalizar mi última batalla veía anexionada toda la Capadocia a la Bithinia cuando, impulsado por la ira al perder a mi señor y padeciendo por vos, he dejado a mi ejército en las manos de Teágenes para acudir inmediatamente a socorreros. Ha sido necesario, señora, ya que Flaminius permanece todavía al lado del monarca. Si Aníbal fue el motivo de su llegada, desaparecido éste, quedarse aquí tanto tiempo abriga otra finalidad, y temo que la única razón seáis vos. Sois la causa de que el romano permanezca aquí para ayudar a mi hermano a conseguiros.

LAODICE. No dudo de que su honor de romano abrace con ardor el interés de su soberana. Aníbal, al que ha inmolado, le impulsa a sus propósitos y me hace desconfiar de él. Pero, señor, hasta el momento yo no tengo motivos para lamentarme; que obre como quiera. ¿Vos le teméis? Mi cariño y mi honor valen poco si es necesaria vuestra presencia con el fin de aseguraros mi amor y para que no caiga en la locura de preferir a Atala al vencedor de Asia. ¡Atala, educado por los romanos como rehén, moldeado por ellos con el yugo del esclavo, y con un corazón en el que anida el temor a la servidumbre y que se llena de pavor frente a un águila, sometiéndose a los ediles!

NICOMEDES. Preferiría morir mil veces a que mi alma pudiera albergar sentimientos tan poco dignos de vos. Temo la violencia, y no vuestra debilidad. Y si alguna vez Roma marcha contra nosotros...

LAODICE. Señor, soy reina; ya puede venir Roma que será inútil, pues ni ella ni vuestro rey tienen dere-

cho a mandarme. Si él considera mi corta edad, lo hace por recomendación de mi padre; éste me destinó a vos, y únicamente yo tengo derecho a desobedecer su mandato y a procurarme un soberano. Por su voluntad y por mi deseo, la reina de Armenia está destinada al heredero del rey de Bithinia y no se abandonará nunca al horrendo crimen de entregarse en brazos de un esclavo. Tranquilizaos.

NICOMEDES. ¿Y de qué forma, señora, si os exponéis a la cólera de una mujer que, poseyendo por entero el poder, piensa que todo le está permitido con el fin de que reine su hijo? No existe nada sagrado que ella no se permita infringir; quien traicionó a Aníbal puede obligaros por la fuerza y no respetará, al igual que entonces, los derechos de la hospitalidad.

LAODICE. Mas ¿acaso la naturaleza hace una excepción con vos, ya que os protege de ella tras semejante sacrilegio? Señor, vuestro regreso, lejos de lograr que sus amenazas disminuyan, os expone a vos mismo y me alcanzarán a mí después. Al realizarse sin ninguna orden explícita, será considerado un delito, y vos seréis la primera víctima que madre e hijo, no pudiendo doblegarme, querrán sacrificar con el propósito de arrebatarme vuestro auxilio. Si yo necesito vuestro apoyo, por temor a que se me quiera forzar, necesito también que el monarca y ella misma os tengan miedo. Volved a la milicia y mostrad, para protegerme, cien mil brazos prestos a vengarme. Manifestaos con la fuerza en la mano, sin que pueda alcanzaros; si estáis aquí, ellos nada tienen que temer; y no confiéis en vano en vuestra valentía ni en la fama de un nombre siempre triunfador. Aunque vuestro ardor sea grande, si permanecéis aquí no tendréis más que dos brazos, como otro cualquiera, y aunque se os quisiera o se os temiera tenéis la cabeza al alcance del soberano. Os lo ruego una vez más, volved con vuestros soldados. Que sólo sea vuestra

fama la que permanezca en la corte, pues para asegurar mi futuro debéis asegurar primero el vuestro. Haced que se os tema y yo estaré a salvo.

NICOMEDES. ¡Volver con el ejército! ¡Ah! Sabed que la reina lo ha llenado de espías y asesinos a sueldo. Han sido descubiertos dos de ellos que han venido conmigo con el fin de abrir los ojos al monarca. Aunque sea su esposo, todavía es mi padre, y aunque ponga una mordaza a la naturaleza, tres coronas sometidas a su poder por mi brazo hablarán en su lugar. Si nuestro destino desea mi desaparición y la está preparando tanto en la corte como en el ejército, y si es idéntico el peligro que se cierne sobre mí en ambos lugares, ¿no me concederéis el honor de morir ante vuestra presencia?

LAODICE. No, nunca más os confesaré sentir temor; os diré que, si es preciso morir, muramos juntos. Revestidos de valor pondremos en fuga a los que nos atacan con sus vilezas. Aquí, mis súbditos os aprecian y detestan a esos malvados; reinar sobre tantos corazones es igual que poseer una extraordinaria fortaleza. Mas observad que vuestro hermano Atala se acerca.

NICOMEDES. No me descubráis; él no me conoce.

ESCENA II

LAODICE, NICOMEDES, ATALA

ATALA. ¿Por qué, señora, tenéis siempre para mí una mirada tan poco amable? ¿No podrá nunca estar llena de la comprensión de un corazón que se entrega?

LAODICE. Si mi mirada está llena de frialdad es porque no deseo conquistaros.

ATALA. No me importa, mi corazón os pertenece por entero.

LAODICE. Entonces no hace falta que me muestre mas dulce.

ATALA. Conservad mi corazón, os lo ruego, ya que os habéis apoderado de él.

LAODICE. No deseo poseerlo, prefiero que os lo guardéis.

ATALA. Como lo apreciáis tan poco no merece la pena que me lo quede.

LAODICE. Mi aprecio hace que no pueda ocultaros nada. Ni vuestra categoría ni la mía lo permitirían: ya no hay lugar para vos en mi corazón porque lo tengo ocupado; os lo he dicho tantas veces que deberíais evitar en lo posible que os lo tuviera que expresar una vez más: la primera vez se sufre, pero me molesta la repetición.

ATALA. ¡Qué suerte tiene el que lo ocupa! ¡Y qué afortunado sería si pudiera ahora luchar por este lugar y conseguirlo!

NICOMEDES. El realizarlo ocasionaría muchos males, señor; ese conquistador es muy receloso de sus conquistas y sus adversarios aún desconocen la forma de recuperar una fortaleza que él haya ocupado una vez.

ATALA. Pero ésta tal vez pueda ser tomada de un modo que, por valeroso que sea, se vea obligado a dejarla.

LAODICE. Estáis equivocado.

ATALA. ¿Y si lo ordenara el soberano?

LAODICE. El rey es sensato y discreto y sólo ordena lo que considera posible.

ATALA. ¿Y qué es lo que no puede aquí el poder del rey?

LAODICE. No levantéis la voz. Si él es soberano, yo soy soberana, y únicamente por medio de ruegos y cortesía vuelve hacia mí todo el esfuerzo de su autoridad.

ATALA. No; si él obra así lo hace para manifestar su voluntad a las reinas que, como vos, se encuentran bajo su imperio, y, además, si los ruegos de un monarca no son suficientes, Roma, que me ha educado, será la que os hable.

NICOMEDES. ¡Roma, señor!

ATALA. Sí, Roma. ¿Acaso lo dudáis?

NICOMEDES. Señor, procurad que no os oiga ningún romano, ya que, si Roma estuviera enterada de la pasión que os empuja, además de no prestaros ninguna ayuda, se enojaría al ver que un hijo suyo ofende su nombre, y tal vez os retiraría inmediatamente el glorioso título de ciudadano romano. ¿Es que os lo ha concedido para que os hagáis acreedor de su cólera, injuriándolo por el amor de una soberana, al desconocer que no existen príncipes ni soberanos que sean dignos de ser equiparados a sus más insignificantes ciudadanos? Para haber permanecido tanto tiempo entre los romanos, habéis olvidado demasiado pronto sus principios. Cobrad el orgullo digno de ella y de vos; observad mejor los deberes que un hombre ante el que todos tiemblan os impone, y, sin rebajarlo hasta la ignominia de adorar en vano a la reina de Armenia, pensad que vos, al menos, merecéis la hija de un tribuno o de un pretor. Tanta ambición os embarga porque Roma os adoptó, de modo que os permite esta elevada alianza. Forzad, quebrantad las vergonzosas cadenas que lleváis; dejad a las reinas para los soberanos despreciados por Roma y concebid, por fin, más elevadas aspiraciones para ser merecedor de los bienes que se os reserva.

ATALA. Si os corresponde, ordenad a este hombre que se calle, señora, y haced que contenga su atrevimiento. Para comprobar hasta dónde llegaría, he procurado retener mi ira y permitirle hablar; pero que conste que, si sigue, no haré ningún esfuerzo por reprimirme.

NICOMEDES. Señor, si es cierto lo que afirmo, ¿qué importa a quién pertenezco? ¿Acaso mis razones son de menos peso porque soy yo quien lo diga? Juzgad vos mismo, sin tener presente el amor. Estimable galardón es ese gran nombre de romano, y bien lo

pagaron los soberanos para que ellos se deleiten rechazándolo, ya que, a cambio de él, se privaron de los agradables encantos de educar vuestra infancia. A los cuatro años os alejaron de su lado; pensad, pues, cuánto despreciaríais dicho título si renunciarais a él a cambio de la mano de una reina, y que a ellos no les correspondiera entonces su parte de la grandeza romana. Tan raro tesoro que guardáis celosos, tanto vos como ellos...

ATALA. Una vez más os pregunto, señora: ¿es vasallo vuestro este caballero? Es preciso que, para que disfrutéis, continúe hablando.

LAODICE. Ya que no os ha gustado que os trataran como romano, prefiero dirigirme a vos como al hijo de un monarca. Debéis reconocer que un príncipe, vuestro hermano mayor, ha de ser vuestro señor, que no habéis de molestarle, y debéis saber también que la sangre no os impide diferir de rango; debéis guardarle el respeto que su nacimiento exige y, en vez de apoderaros de sus bienes durante su ausencia...

ATALA. Si el honor de ser vuestro le favorece, pronunciad una palabra, señora, y ésa será la mía; y, si mi juventud va en detrimento de mi alcurnia, vos enmendaréis tan terrible injusticia. Pero si como hijo de un monarca le debo tanto, concededme hablaros por una vez como romano. Pensad que no ha habido nunca nadie que haya nacido para someter a los reyes y para vivir sin soberano; pensad que mi amor es una aspiración tan loable que tiene por finalidad soslayar la vergüenza de someterme a él; pensad...

LAODICE. Tengo la duda de que mi corona os seduzca menos que yo misma; no obstante, yo, por mi corona y por mí misma, pertenezco por entero a vuestro hermano mayor, que será vuestro rey; si él estuviera aquí presente, tal vez lo meditaríais dos veces antes de ofenderle.

ATALA. ¡Que no pueda verle! Mi enamorado corazón...

NICOMEDES. Manifestad deseos que sean menos arries-

gados, señor. Si se enterara podría venir personalmente a tomar satisfacción.

ATALA. ¡Atrevido! ¿Este es el respeto que me debes?

NICOMEDES. Creo que el que lo habéis perdido sois vos.

ATALA. Primero debéis enteraros de quién soy yo, antes de hablarme de esta forma.

NICOMEDES. Ya sé quién sois, y ésa es mi ventaja; pero vos, por no conocerme, no sabéis si soy yo el que debo respetaros o sois vos quien debéis respetarme a mí.

ATALA. ¡Ah, señora, permitid que mi justificada ira...!

LAODICE. Primero, señor, hablad con la reina vuestra madre; ahí viene.

ESCENA III

NICOMEDES, ARSINOE, LAODICE, ATALA, CLEONA

NICOMEDES. Aleccionad mejor a vuestro hijo el príncipe, señora, e informadle, os lo ruego, de quién soy yo. Desconociéndome, se enoja, se ofusca, y a un personaje de su rango ello no le está permitido: me da lástima.

ARSINOE. ¡Cómo! ¿Estáis aquí, señor?

NICOMEDES. Sí, señora, y también Metrobate (1).

ARSINOE. ¡Metrobate! ¡Ah, el traidor!

NICOMEDES. Sosegaos, señora, no ha declarado nada que pueda confundiros.

ARSINOE. Pero ¿por qué habéis venido? ¿Y vuestro ejército?

NICOMEDES. Lo he dejado bajo el mando de un buen lugarteniente; en cuanto a mi regreso, no obedece a nada grave. Había dejado aquí a mi señor y a mi señora (2): vos ya me habéis arrebatado a uno; vos, o los romanos quiero decir, por lo tanto, ahora acudo a protegerla a ella, de éstos y de vos.

---

(1) **Metrobate**, uno de los dos asesinos enviados por Arsinoe contra Nicomedes.

(2) **Mi señor y mi señora**, alude a Aníbal y a Laodice.

ARSINOE. ¿Para eso habéis venido?

NICOMEDES. Sí, señora, y confío contar con vos cerca de mi padre, el soberano.

ARSINOE. Os complaceré de la forma que suponéis.

NICOMEDES. Estamos seguros de ello.

ARSINOE. Solamente del monarca dependerá que yo no pase a los hechos.

NICOMEDES. ¿Querréis concedernos a los dos esta gracia?

ARSINOE. Estad seguro de que no olvidaré nada.

NICOMEDES. Conozco vuestros sentimientos, no dudéis de los míos.

ATALA. Señora, entonces, ¿éste es el príncipe Nicomedes?

NICOMEDES. Sí, soy yo, y he venido a ver si debo dejaros mi lugar.

ATALA. ¡Ah, señor, perdonadme que, al no conoceros...!

NICOMEDES. Príncipe, demostradme que sois un competidor más digno. Si teníais la intención de conquistar esta fortaleza, no abandonéis de ningún modo tan noble atrevimiento; solamente yo soy el que debe correr en su auxilio, ni Roma ni el rey la amenazan: yo solo he de protegerla; conquistadla, por lo tanto, con todos los respetos que merece su rango. Con gusto prescindiré de mi título de mayorazgo y del puesto que me corresponde como señor vuestro, y comprobaremos de esta forma quién de los dos triunfa, si las enseñanzas de Aníbal o las de Roma. Os dejo; meditadlo bien, os permito que penséis en ello.

ESCENA IV

ARSINOE, ATALA, CLEONA

ARSINOE. ¡Cómo! ¡Disculparte tú ante él!

ATALA. ¿Qué podía hacer ante tal sorpresa? Esta inesperada visita me ha desorientado y además dificulta vuestro plan.

ARSINOE. No entiendes, Atala; él es el que lo hace

posible. Márchate pronto a buscar al embajador de Roma; le espero en mi aposento, y déjame a mí el llevar a feliz término tu porvenir.

ATALA. Pero, señora, si es necesario...

ARSINOE. Márchate y tranquilízate; procura proporcionarme esa entrevista lo antes posible.

ESCENA V

ARSINOE, CLEONA

CLEONA. Señora, ¿por qué no le manifestáis vuestro propósito, ya que redunda en su interés?

ARSINOE. Tengo miedo de que al enterarse se alarme; además, temo que, educado en el sentido del honor de los romanos, me arrebate el fruto que deseo conseguir y no comprenda que, para alcanzar un trono, es necesario usar de la traición y del crimen.

CLEONA. Yo creía que los romanos eran menos escrupulosos; la muerte de Aníbal hizo que tuviera una mala opinión de ellos.

ARSINOE. No les acuses de tal felonía: solamente un romano la ha cometido, y ello a petición mía. Roma no le habría dado muerte y su respeto a las leyes nunca habría quebrantado las de la hospitalidad. Sabedora de cuanto podía hacer, Roma no podía tolerarle junto a un enemigo; pero aunque así fuera y Antíoco, soberano de Siria, le hubiera expulsado, habría pasado sin miedo el resto de su vida junto a un príncipe aliado: era natural que Flaminius se decidiera, enardecido por la derrota de su padre. Supongo que sabrás que, cuando las legiones de Roma fueron abatidas a orillas del lago Trasimeno, el padre de Flaminius, que las dirigía, fue muerto por propia mano del Cartaginés. Su hijo, clamando venganza por ello, se ofreció fácilmente a ser mi instrumento: el deseo de alcanzar con sus propias manos al objeto

de su odio ha preparado, con su ayuda, el regreso de Atala, mi hijo; por su mediación, he enardecido los ánimos de Roma contra Nicomedes y todas sus conquistas en Asia, y contra la unión de todas las posesiones de Laodice, por medio de su matrimonio con Nicomedes, con los de Prusias. En seguida que el Senado ha recelado, justificadamente, de un imperio tan vasto bajo tan poderosa espada, Flaminius se ha nombrado embajador para impedir este casamiento y menguar el poderío de Nicomedes. Este es el único designio que mueve a Roma.

CLEONA. ¡Y únicamente por este propósito Atala pretende la conquista de la prometida de Nicomedes! Pero ¿por qué Roma no ha obrado de algún modo antes de que la vuelta del amante afirmara su cariño?

ARSINOE. Sólo muevo a mi hijo a este amor para turbar al rey, a Roma y a la corte. No deseo, Cleona, la corona de Armenia; quiero conseguir la de Bithinia. Y si algún día ese cetro fuera nuestro, que su soberana elija después un esposo. No, no procuro otra cosa que asediarla para que se rebele y para que encolerice así su propio corazón y el de su prometido. El monarca, al que Flaminius moverá con ardor, por miedo a ofender a Roma, realizará todo lo que sea necesario, y Nicomedes, irritado, se dejará llevar por la cólera y desafiará a su padre. El es impulsivo y el rey también, y, como yo haré lo posible para enardecerlos, por poco sensible que a tales asechanzas sea Nicomedes, mi plan es firme y no puede fracasar. Ya te he revelado cuanto pretendo. Pero Flaminius me aguarda en mi cámara. Vayámonos, y procura guardar en secreto todo lo que te ha manifestado la reina.

CLEONA. No os preocupéis; ya me conocéis.

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

PRUSIAS, ARASPE

PRUSIAS. ¡Regresar sin mi permiso y comparecer aquí!

ARASPE. Señor, obraríais mal si os preocuparais, y no hay remedio mejor para ello que manifestaros el buen comportamiento del príncipe Nicomedes; si hubiera sido otro se haría sospechoso: esta vuelta tan repentina hace pensar en cierta desobediencia y hace sospechar las secretas razones que puedan existir para mostrar tanta impaciencia.

PRUSIAS. Creo que sé lo que sucede, pues su modo de obrar atenta contra mi autoridad: pretende ser del todo libre y piensa que sus triunfos le colocan por encima de los demás; opina que no hay más ley para él que él mismo y que héroes de tal especie no podrían obedecer sin mengua de su honra.

ARASPE. Así obran generalmente varones como él: opinan que sus empresas se ablandan si cumplen con su deber, y sus orgullosos corazones, llenos del fragor de la lucha, caudillos en el ejército y entre sus soldados, convierten el mando en una agradable costumbre y la obediencia en un duro camino.

PRUSIAS. Acaba, Araspe: manifiesta que la condición de súbdito quema toda su gloria transformándola en algo demasiado servil y despreciable; que, aunque

por su cuna estén destinados a la corona, si su camino hacia ella no es rápido, se subleva el orgullo de su espíritu, opinan que su progenitor ostenta demasiado un honor que es suyo, y que éste se desvaloriza con el tiempo; que de esta forma se produce la monotonía entre sus súbditos y la plebe; y que, si no se pone fin a los tristes días del reinado, le usurpa el mando, por lo menos aparentando una obediencia falsa e insolente, a cambio de un título inútil.

ARASPE. Señor, eso se podría temer de cualquier otro y sería necesario evitarlo; mas no en este caso: el príncipe es un modelo de virtud y vos sois un magnífico padre.

PRUSIAS. Si yo no me comportara como tal, él caería en el crimen. A mi amor de padre debe su inocencia; pues es éste únicamente el que le excusa y justifica o el que me obliga a sacrificarme engañándome; en fin, temo que su rectitud haya luchado en vano contra su ambición y que ésta obligue a la sangre a permanecer muda en su interior. El que se hastía de un soberano también puede hastiarse de un padre; tal proceder es refrendado por mil trágicos ejemplos: no hay nada a salvo frente a la ambición de reinar, sobre todo si ésta hace enmudecer a la virtud, asaltándonos y cegando nuestro corazón. Araspe, ¿debo manifestártelo? Me ha obedecido en demasía y al aumentar mi poder me lo ha arrebatado todo; aquel que me permite reinar es, en efecto, mi señor Su mérito es tan grande que no quiere comparecer ante mí: no es agradable ver a aquel a quien se debe tanto. Todo cuanto ha hecho habla por él; su sola presencia es un oculto reproche para mí, y, si bien algún día heredará mi corona, yo llevo tres sobre mi cabeza que se deben a su brazo. En mi interior me avergüenzo, y mi confusión, que se renueva y se acrecienta a cada momento, muestra sin cesar ante mis ojos la angustiosa supo-

sición de que quien me ha otorgado tres puede muy bien arrebatarme una, puesto que no hay más que intentarlo, y él puede conseguir cuanto desea. Siendo así, ya podéis, Araspe, juzgar mi suerte.

ARASPE. En otro caso sabría cómo poner en práctica las normas de la verdadera y sana política. En cuanto un súbdito ha logrado un excesivo poder, aunque sea por medios lícitos, ya no es inocente; no hay que esperar a que pueda obrar a su antojo; es un crimen de lesa majestad poder contar siquiera con la posibilidad de lograrlo y quien sabe gobernar, si es precavido, debe impedir con prudencia que merezca un justo y mayor castigo, mediante una orden saludable para ambos, acerca de los males que prepara o de los que pudiera cometer. Sin embargo, señor, por lo que respecta al príncipe, ya os he manifestado que su nobleza es demasiado grande.

PRUSIAS. ¿Me responderías tú? ¿Me garantizarías que entre sus planes no figuran los de vengar a Aníbal o el de hacer desaparecer a su hermano? ¿Le crees, quizá, un hombre insensible ante la pasión de éste y el suicidio forzado de aquél? No, no nos engañemos; viene para realizar su venganza; él es el Sol naciente al que adoran mis Estados; es el dios de mis súbditos y del ejército. Seguro de estas fuerzas, viene, ciertamente, a sublevarlas y a lanzarse con todo su ímpetu sobre lo poco que nos queda a nosotros. Pero aunque debilitado y dueño de muy poco, quizá todavía no sea yo del todo impotente. Sin embargo, deseo actuar con cautela, unir mucha honra a poca rudeza, rechazarle gloriosamente y sumar despacio el precio de sus méritos a mis resentimientos; pero si no me obedece, o se atreve a proferir quejas, por mucho que haya hecho por mí, aunque le tema, aunque por ello viera en peligro a todo mi Estado...

ARASPE. Mirad, aquí llega...

ESCENA II

PRUSIAS, NICOMEDES, ARASPE

PRUSIAS. ¡Príncipe, ya habéis vuelto! ¿Quién os envía?

NICOMEDES. El único anhelo de poder rendir yo mismo a vuestros pies, señor, otra corona, y de tener el honor de recibir vuestros abrazos y ser testigo de vuestra alegría. Tras unir sin novedad la Capadocia a los reinos del Ponto y de Bithinia, he venido con el fin de mostrar mi agradecimiento a mi padre y a mi rey, por habernos escogido a mí y a mi espada para realizar esta empresa y de esta forma lograr que recayera sobre mí el honor del triunfo.

PRUSIAS. Podíais haberos ahorrado mis brazos y remitirme por escrito todos esos agradecimientos; deberíais haber procurado no acompañar ningún delito a todo lo que vuestro triunfo os hiciera aumentar en mi aprecio. Marcharse del campo de batalla es una falta grave, inexcusable para todos, y aún más para un general; a otro cualquiera que no fuese mi hijo, a pesar de la victoria obtenida, el regresar sin mi autorización le habría costado la vida.

NICOMEDES. Reconozco que he faltado y mi imprudente corazón hizo que aumentara en él el ardor de un deseo: el cariño que os profeso ha sido el motivo de este delito; solamente él me ha impulsado a quebrantar mi deber. Si el bien de veros me fuera menos precioso, no lo habría cometido; pero tan alejado de vos, prefiero perder un poco de aprecio y que tan gran ventura me cueste una pequeña falta por

la que jamás temeré a la ley más dura, si el amor os impulsa de la misma forma que a mí.

PRUSIAS. Para un padre basta la excusa más insignificante, y cualquier falta es perdonada si la ha cometido su hijo: no deseo más ver en vos que a mi único amparo. Recibid todo el honor que hoy se os debe: el embajador romano me solicita audiencia; podrá apercibirse de la confianza que os tengo; le escucharéis, príncipe, y contestaréis por mí. Vos sois, por otra parte, el auténtico soberano; yo sólo soy su sombra, y la edad no me deja más que un simple título de honor que se concede a mi madurez; tal vez no lo retendré más de dos días: sólo a vos debe dirigir su mirada el interés del Estado. Recibid hoy la más alta prueba de ello; pero procurad también no olvidar vuestra falta y, como constituye una mengua para el poder soberano, con el fin de enmendarla completamente partiréis mañana mismo. Aguardadlo allí tal como yo lo he recibido, inviolable, entero y no permitáis que otros peores que vos lo disminuyan y lo envilezcan. El pueblo que os observa y la corte que os contempla no os obedecerían, imitando vuestro propio ejemplo. Dádselo, demostrando que nuestros mejores súbditos son los primeros en acatar las órdenes.

NICOMEDES. Señor, obedeceré con más celeridad de la que pensáis, pero pido una recompensa a mi sumisión. La soberana de Armenia se debe a sus dominios y no veo abiertos los caminos para la guerra. Ya es tiempo de que este astro brille en su propio cielo. Permitidme, os lo ruego, la gloria de acompañarla hasta allí.

PRUSIAS. Vos sois el único al que corresponde tan alto honor, ya que sólo es propio de un monarca o de su heredero; pero ya sabéis que es necesario efectuar algunas ceremonias antes de su vuelta a Armenia. Mientras yo preparo su partida, iréis a reuniros con el ejército y esperaréis a que os la envíe.

NICOMEDES. Ella está dispuesta a partir sin necesidad de séquito alguno.

PRUSIAS. No permitiré tal ofensa a su alta condición. Pero aquí llega el mensajero; es preciso que le oigamos. Después veremos cómo disponerlo todo.

ESCENA III

PRUSIAS, NICOMEDES, FLAMINIUS, ARASPE

FLAMINIUS. Antes de partir para Roma, señor, se me ha encargado que venga a haceros una nueva solicitud. Mi patria se ha hecho cargo, durante veinte años, de un príncipe hijo vuestro; vos mismo juzgaréis los desvelos que ha desplegado instruyéndole por las elevadas virtudes y las nobles características que ha heredado de la sangre de vuestros soberanos; especialmente se le ha educado en el arte de bien gobernar. A vos os corresponde ahora reconocerlo y demostrarlo, ordenando su subida al trono. Roma os conmina a ello, y sería una ofensa para el aprecio que conserva hacia él si viviera y muriera únicamente como un súbdito. Decidme, pues, hoy mismo el lugar que le destináis para que gobierne, de forma que yo pueda transmitirlo.

PRUSIAS. Los desvelos que mostraron el pueblo y el Senado para con él no han de hallar jamás en mí a un padre desagradecido. Creo que tiene méritos para ser rey y no puedo poner en duda esta afirmación habiéndola hecho vos; mas aquí tenéis al príncipe heredero por cuyo valiente brazo he sido coronado tres veces y al cual, por consideración a su regreso por tan grandes hazañas, permitidle el honor de que responda por mí.

NICOMEDES. Unicamente a vos, señor, os corresponde coronar como monárca a Atala.

PRUSIAS. Esta solicitud corresponde sólo a vuestro interés.

NICOMEDES. Sin embargo, ninguno más que el vuestro me hará despegar los labios. ¿Por qué motivo Roma se mezcla en los asuntos de vuestro reino estando vos aún con vida, y por qué el Senado se atribuye derechos que solamente a vos pertenecen? Continuad gobernando, señor, hasta vuestra muerte, y dejad después obrar a Roma o a la sangre.

PRUSIAS. Semejantes amigos nos obligan a que nos esforcemos.

NICOMEDES. El que desee repartirse vuestros bienes desea vuestra muerte, y tales aliados en buena política...

PRUSIAS. Tened más respeto a aliados de esta categoría. ¡No me enemistéis con la República!

NICOMEDES. No puedo soportar ver a los soberanos humillados bajo su poder, y si tanto vale ese hijo que Roma os devuelve, señor, yo le retornaría con satisfacción su obsequio. Si es verdaderamente hábil en el arte de gobernar, es un extraño tesoro que debería anhelar para sí y conservarlo para el consulado o para la dictadura.

FLAMINIUS. Comprobad, señor, en esas palabras, en las que se nos ofende, las consecuencias de la instrucción de Aníbal; ese gran adversario del poder de Roma no ha inculcado en su corazón más que el rencor y el desdén.

NICOMEDES. No, lo que ha hecho ha sido mantenerme firme a este respecto, es decir, hacerme valorar mucho a Roma, pero no temerla. Se me considera discípulo del gran Cartaginés y yo me honro con ello; cuando Flaminius ofende su memoria ha de saber que algún día me rendirá cuentas por haber provocado la muerte de mi maestro y ha de recordar que tan gran héroe comenzó sus triunfos sobre Roma venciendo a su padre.

FLAMINIUS. ¡Ah, esto es demasiado!

NICOMEDES. No haber comenzado vos, ofendiendo a los muertos.

PRUSIAS. Y vos no busquéis más resquemores: hablad únicamente acerca de su proposición.

NICOMEDES. Pues bien, si es necesario contestar algo más, añadiré que debe reinar Atala, dado que Roma así lo ha dispuesto; y ya que tiene por todas partes poder absoluto, a los soberanos les toca obedecer cuando ella ordena. Atala tiene un corazón intrépido, un espíritu esforzado y noble, una gran alma y todas las cualidades que ha de poseer un gran soberano; pero es demasiado confiar en la palabra de un romano. Fijemos nuestra atención en alguna hazaña que realice; si en realidad merece ser coronado, si posee cualidades para ello, si tiene ese gran valor otorgadle el mando de vuestras tropas y contemplemos sus extraordinarios hechos de armas; que logre al frente del ejército lo que yo he logrado por vos; que gobierne con brillantez sobre sus propios triunfos y que corone su cabeza con sus hazañas. Yo le concedo la ayuda de mi brazo y estoy dispuesto desde este momento, si él accede, a servirle como lugarteniente. Es precisamente el ejemplo de Roma el que me inclina a obrar así: el famoso Escipión lo fue de su hermano y cuando Antíoco fue por ellos expulsado del trono, el mayor quedó sometido a las leyes del más joven. Las orillas del Helesponto, las del mar Egeo, el resto de Asia al otro lado de nuestras fronteras muestran excelentes ocasiones para su ambición.

FLAMINIUS. Roma tiene todas esas tierras bajo su protección. No se os permite extender más vuestras conquistas sin que atraigáis su cólera.

NICOMEDES. A este particular desconozco los designios del soberano, pero quizás algún día sea yo sólo el responsable de mis actos y entonces veamos en qué acaban estas amenazas. Mientras podáis, fortificad esos territorios, preparad obstáculos contra mi voluntad y disponed con tiempo el auxilio de vuestras

legiones. Si Flaminius es su caudillo, encontraremos para él un segundo Trasimeno.

PRUSIAS. Príncipe, abusáis demasiado de mi tolerancia: sus prerrogativas de embajador deben ser respetadas; y el honor de soberano a vos otorgado...

NICOMEDES. O me hacéis callar, señor, o permitidme que me exprese con libertad. No hallo otra respuesta para un monarca que permite que le sean dictadas leyes sin consideración hacia su corona.

PRUSIAS. Expresándoos de ese modo me ofendéis a mí; deberíais reprimir el ardor que os impulsa.

NICOMEDES. ¿Cómo debería proceder, señor, al ver que se limitan vuestros esfuerzos, que se ponen trabas a la acción de mi espada y que se osa incluso amenazaros sin que podáis devolver injuria por injuria? ¡Y he de estar agradecido a quien con arrogancia me manifiesta que se me prohíbe la venganza!

PRUSIAS *(A Flaminius)*. Perdonad, señor, los impulsos de su juventud; los años y la razón le harán más juicioso.

NICOMEDES. La razón y la edad ya me han abierto bastante los ojos y el paso de los años me los ha de abrir más. Si hasta ahora me hubiera educado como mi hermano, con un imaginario valor (yo lo considero así puesto que no se han visto sus efectos; y si no consigue imitar a los preclaros varones cuyos méritos ha visto brillar en Roma, su admiración por ellos no sirve para nada); si hubiera, pues, vivido en la misma molicie que él ha tenido en Roma junto a sus héroes, ésta me habría dejado por entero la Bithinia como mayorazgo, y tendría menos prisa en coronarle *(dirigiéndose a Prusias)*, si vuestro ejército, guiado por mí, no hubiera logrado conquistar nada. Pero al darse cuenta de que con Bithinia se han juntado tres coronas y una se ha creado inmensa potencia, cree que es preciso dividirnos porque la necesidad así lo exige. ¡Para tan loable propósito,

ese príncipe es de tan suficientemente buena estirpe como para no tener necesidad de obedecerme! Ya que puede ser el instrumento de mi destronamiento, pues tiene más valor que Alejandro, he de cederle mi lugar, los bienes de mis antepasados o el precio de mi vida; gracias a los inmortales, el esfuerzo de mi valentía y mi gloria futura han movido a Roma a desconfianza: podéis poner rápidamente, señor, remedio a ello; mas no exijáis la aprobación de vuestro hijo: el maestro que tuvo en mi juventud jamás me enseñó a cometer una bajeza.

FLAMINIUS. Por lo que veo, habéis luchado, príncipe, por interés más que por unos nobles ideales. Vuestro padre sólo es el depositario de las más extraordinarias hazañas que habéis realizado: él únicamente es su guardián, y sólo para vos habéis hecho las conquistas, ya que esa gloria que habéis unido a su corona no recaerá en nadie más que en vos. En verdad, yo pensaba que erais más generoso: cuando los romanos lo son, no desean nada para ellos. Escipión, cuyo valor elogiabais hace poco, no deseaba de ninguna manera ser coronado rey de Cartago; de todo lo que realizó por el poderío romano únicamente obtuvo la gloria y el nombre de Africano. Pero sólo en Roma se muestra un valor tan desprovisto de interés: en los demás países sucede de distinto modo. En cuanto a lo que os hace pensar que nos sentimos temerosos porque habéis unido varios Estados bajo un mismo cetro, si os hicierais aconsejar sobre estas cuestiones por personas juiciosas, no caeríais en semejantés elucubraciones. Y no prosigo, por respeto al soberano. Reflexionad sobre lo que os he dicho: no os ofusquéis con vuestro orgullo de soldado y veréis las cosas con más claridad.

NICOMEDES. El tiempo será quien decida la forma de ver estos asuntos mientras...

FLAMINIUS. Mientras, si os apetece extender la gloria de vuestras armas, nosotros no nos opondremos; mas,

como es lícito defender a los amigos contra cualquiera, si lo ignoráis, deseo hacéroslo saber y poneros en guardia para que no os coja de sorpresa. Con esta excepción, estad tranquilo, pues tendréis todo cuanto vuestro corazón se ha anticipado a codiciar: para vos serán el Ponto, la Galacia, Capadocia y Bithinia (3). Esos premios a vuestro esfuerzo y esa herencia de vuestros mayores, no permitirán que Atala alcance vuestra categoría; y puesto que su división es para vos una tortura, Roma no desea cometer una injusticia. Ese príncipe será rey sin tocar ninguna de vuestras posesiones. *(Dirigiéndose a Prusias.)* Señor, la reina de Armenia necesita un esposo; la ocasión no puede ser más favorable: ella se encuentra bajo vuestras leyes y vos podéis disponer de ella.

NICOMEDES. Como vos habéis manifestado, he aquí el verdadero secreto para coronar a Atala sin despojarme a mí de nada. Muy sutil ha sido la trama, y quienes la han tejido han buscado una buena finalidad para tantos rodeos. Sólo proferiré una palabra, ya que no se trata de «mi propio interés»: tratad a esa princesa como lo que realmente es, como una reina; no toquéis sus derechos al trono o perderé la vida por salvaguardarlos. Os advierto que en forma alguna, porque los reyes se hallen en nuestras posesiones, están sometidos a nuestras leyes. Que ella disponga de su voluntad aquí, libremente.

PRUSIAS. Nicomedes, ¿no tenéis nada más que decir?

NICOMEDES. Nada más, señor, a no ser que la reina (4), después de esto, al saber cuánto puedo realizar, me lleve hasta el fin.

PRUSIAS. ¿Qué es lo que pretende contra ella vuestra insolencia en mi corte?

---

(3) Los tres primeros reinos fueron conquistados por Nicomedes. Bithinia es el reino de Prusias obtenido por herencia.
(4) Arsinoe.

NICOMEDES. Nada, que no provoque, que permanezca en silencio o que lo rompa. Una vez más, ordenad, si es vuestra voluntad, que se trate a Laodice como corresponde a su rango, es decir, como soberana. Soy yo quien os lo pide.

ESCENA IV

PRUSIAS, FLAMINIUS, ARASPE

FLAMINIUS. Así pues, ¿siempre ha de ser él un obstáculo?

PRUSIAS. Es natural, tratándose de alguien a quien ama. Ese espíritu indomable, enorgullecido por sus triunfos, está muy seguro de impedirnos el acceso a la mano de Laodice; pero es necesario que cada uno obedezca a su destino. No es el cariño el que ordena el casamiento de los soberanos; las razones de Estado, más fuertes que sus lazos, conocen bien los caminos para apagar las pasiones.

FLAMINIUS. Si ella está enamorada, se opondrá.

PRUSIAS. No, no; yo soy el responsable de ella, señor. Por encima de todo es soberana y según su categoría, es necesario algún miramiento por nuestra parte. Al fin y al cabo, mi poder sobre ella es absoluto, pero prefiero disimularlo bajo el aspecto de una súplica. Marchemos, pues, a hacerle una visita, y, como embajador, hacerle vos mismo a Su Majestad esta proposición de matrimonio. Yo secundaré los deseos de Roma y os facilitaré la tarea. Ya que ella se encuentra en nuestro poder, el amor no puede ser obstáculo alguno. Busquemos, en su respuesta a vuestros homenajes, la ocasión de exponérselo.

ACTO TERCERO

ESCENA I

FLAMINIUS, PRUSIAS, LAODICE

PRUSIAS. Soberana, ya que este título posee tantos atractivos para vos, su pérdida debería traeros algún desasosiego: el que se enorgullece demasiado del nombre de rey no impera por mucho tiempo.

LAODICE. Tendré presente, señor, tan excelentes recomendaciones; y, si en alguna ocasión reino, se verá cómo sigo tan sana y noble política.

PRUSIAS. Habéis escogido un camino muy malo para ello.

LAODICE. Cuando me pierda, señor, podréis mostrarme ese camino.

PRUSIAS. Menospreciáis demasiado a Roma y deberíais estimar más a un monarca que os tiene como una hija.

LAODICE. Si pensarais mejor en lo que ser soberana supone, os daríais cuenta de que a ambos os pago mis deudas. Recibir una embajada en calidad de reina estando vos presente equivaldría a considerarme soberana con demasiada presunción, por colocarme por encima de vos y atentar en vuestros dominios contra vuestra autoridad. Señor, no quiero recibirla y rechazo un honor que únicamente en Armenia, mi Estado, me corresponde. Es allí donde, sentada en mi trono, puedo honrar a Roma con mayor magnificen-

cia en la persona de su embajador, contestar como soberana, y como merece que haga tanto aquel que me lo pida como aquel de quien se me hable. Aquí se trata de un asunto que no comprendo bien, porque, después de todo, lejos de mis dominios no soy nadie; ese gran título de reina, por otra parte, no me sirve más que para vivir libremente sin estar sometida a ninguna autoridad y sin tener en ningún lugar ninguna clase de soberanos como no sean yo misma, la razón y los dioses.

PRUSIAS. Esos dioses, vuestros soberanos y el rey, vuestro padre, me concedieron el ser depositario de su poder sobre vos; podríais, quizá, comprender una vez más cuál es el significado en todo lugar de la razón de Estado. Para demostrároslo, partamos hacia Armenia: os enviaré en grata compañía. Marchemos y, desde mañana, ya que vos lo queréis, preparaos a ver vuestras posesiones arrasadas; preparaos a ver sobre vuestros dominios lo más horrible de la furia de la guerra: las montañas repletas de cadáveres, los ríos teñidos de sangre...

LAODICE. Perderé mis posesiones y conservaré mi posición; esas grandes catástrofes a las que me conduce mi orgullo me convertirán en vuestra esclava y no en vuestro súbdito: tenéis en vuestras manos mi vida, pero no mi dignidad.

PRUSIAS. Ya encontraremos la forma de cambiar ese orgullo indomable; y cuando veáis a Atala en el trono de vuestros antepasados, impresionada por todas estas miserias, quizá supliquéis en vano que os pida en matrimonio para veros libres de ellas.

LAODICE. Si a tal grado me condujera vuestra enemistad, mi corazón y mi alma se comportarían de distinta forma. Pero quizá, señor, no llegaréis a tal extremo: los dioses se apiadarán un poco de mí; ellos os inspirarán o hallarán el héroe adecuado que sepa luchar contra todos los caudillos que pueda poner Roma a vuestro lado.

PRUSIAS. Apoyáis vuestro valor en un presuntuoso; pero él se encamina a su perdición y os arrastra consigo. Consideradlo bien, señora, y haced justicia: escoged entre ser soberana o ser Laodice; y, como última advertencia mía, si pretendéis reinar, haced rey a Atala. Salve.

ESCENA II

FLAMINIUS, LAODICE

FLAMINIUS. Señora, por fin la perfecta virtud...

LAODICE. Señor, marchaos con el soberano; ha finalizado vuestra embajada. Si he de deciros algo más, para no seros agradable, es que no deseo ni debo escucharos.

FLAMINIUS. Igualmente, por idéntica razón y frente a tan grave peligro, os hablo más como persona que os aprecia que como embajador, la cual, maravillada por el destino que vos misma os preparáis, trata de obstaculizar vuestra carrera hacia la perdición. Así pues, como amigo, oso manifestaros confidencialmente que la verdadera virtud exige ser prudente y que por propio interés se ha de considerar la época en que se vive y los lugares en que se habita. El coraje en la realeza no es más que una virtud brutal sin esta condición, una equivocada virtud a la que una falsa apariencia de honra no conduce a la verdadera felicidad, al arrojarse en los brazos de lo que se debe temer y al no dejarse admirar, sino para ser compadecida y para lamentarse diciendo: «Tenía derecho a ser reina y no supo usar del mismo.» Enojáis a un monarca que sabéis que cuenta con un numeroso y disciplinado ejército acostumbrado al triunfo; estáis en su poder y vivís en su corte.

LAODICE. No sé si la honra, señor, gozó nunca de falsa apariencia, pero consiento con gusto en contestaros como amiga. Realmente mi prudencia no se ha dormido; y sin examinar la suerte recelosa por la que el elevado espíritu es por vos tan menospreciado, quiero que comprendáis que la que yo muestro no es tan brutal virtud como a vos os parece, y que, si yo poseo derecho a la corona, ese coraje sabrá hacer uso de él y rechazar a quien desee robarme. Sé que en la frontera se halla un potente ejército triunfador en mil combates como vos habéis manifestado; no obstante, ¿quién es el que lo guía y quién es su general? Si el soberano busca su apoyo, podrían salirle mal las cosas; y si pretendiera invadir mi país, yo le aconsejaría que buscase mejor apoyo en otro. Mas objetaréis que vivo en su corte, que me hallo en sus dominios y que existen razones para temerle. Señor, en su corte misma y fuera de mi país, la virtud encuentra apoyo contra el despotismo. Todos sus súbditos observan qué atentado realizan sobre el bien público las razones de Estado: conocen a Nicomedes, conocen a su madrastra y el rencor obstinado de ésta; saben la servidumbre a que el monarca se ha sometido, y por ellos conocen tanto mejor a los amigos peligrosos. Por lo que respecta a mí, de quien pensáis que estoy a punto de despeñarme, lejos de rechazar por capricho a Atala, rechazo la animadversión a la que se haría acreedor si de mí adquiriera la realeza. Le consideraría un espíritu mezquino, un hombre nacido para otra suerte; antes que como esposo le consideraría como mi súbdito y los lazos de matrimonio no le elevarían a mi rango. Siguiendo mi ejemplo, mis súbditos le tendrían en poca estima. Eso sería demasiado, señor, para un espíritu magnánimo: mi negativa incluso le favorece y, a pesar de sus deseos, ahorro a su nobleza continuos sinsabores.

FLAMINIUS. Si sois sincera, aquí sois una soberana: por

encima del ejército y por encima de la corte, os veo como verdadera reina. El rey sólo es un títere y no tiene más poder que lo que por clemencia le consintáis vos. ¡Cómo! ¿Hasta le concedéis gracias? Después de esto, señora, disculpad mi atrevimiento; finalmente dejad que Roma os hable por mí: recibir embajadores continúa siendo uno de vuestros privilegios, y si este nombre, no encontrándoos en Armenia, os resulta inexacto, permitid que, como simple romano, os manifieste que actualmente la única forma de reinar es siendo aliado de Roma y buscando su apoyo; que es el único camino para someter a los vecinos, tener paz en los dominios y hacer temer a los enemigos; que un príncipe únicamente se encuentra seguro en el trono cuando es honrado con el título de amigo de Roma; que Atala, que lleva ese título, es más rey y tiene más poder que muchos que llevan la corona en la cabeza. Y que además...

LAODICE. Basta. Me doy cuenta de lo que se trata: los soberanos no gobiernan si no son de vuestro agrado. Pero si Roma maneja a voluntad a sus Estados, lo que hace por Atala es ciertamente muy poco: quien posee tanto para darle no debería obcecarse en pedir para él. Estoy asombrada de este proceder con un príncipe al que se estima tanto. ¿Por qué no es Roma la que me lo ofrece ya coronado? Demasiado me importunáis en favor de un súbdito. Yo tendría en muy poco a un rey si por orden vuestra llegara hasta mí y si vuestra alianza no respetara el poder supremo en sus manos. No puedo reprimir tales sentimientos: no deseo de ninguna forma reyes que sepan obedecer y, ya que, señor, os he descubierto mi alma por completo no perdáis más tiempo ni en amenazas ni en ruegos.

FLAMINIUS. He de compadeceros por vuestra ofuscación. Una vez más, señora, meditadlo bien: pensad acerca de lo que significa Roma y de lo que puede conseguir y, si en algo os apreciáis, evitad enojarla.

Arrasada Cartago, vencido Antíoco, nada ni nadie puede detener nuestra voluntad. Toda la tierra se humilla, todo tiembla sobre las olas, Roma es hoy la dueña del mundo.

LAODICE. ¡La dueña del mundo! ¡Ah! Temblaría si no se tratara de Armenia y de mi corazón, si el gran Aníbal no tuviera sucesor, si no reviviera en el príncipe Nicomedes y si no hubiera dejado en tan esforzado brazo el secreto de vencer a los romanos. Un discípulo tan valeroso tendrá la fuerza suficiente para llevar a la práctica tales enseñanzas hasta el fin: Asia lo demuestra, donde tres coronas conquistadas proclaman el maestro que le ha enseñado. Estas únicamente son empresas de tanteo, pero tan grandes que quizá el Capitolio tenga derecho a temer una jugada maestra y que tal vez un día...

FLAMINIUS. Señora, aún está lejos ese día y, cuando sea necesario, alguien os dirá qué dioses son los que hacen humillarse a los profanos y que, incluso al salir de Trevia y de Cannas, su sombra fue la que movió a terror a vuestro gran Aníbal. Mas aquí llega aquel cuya espada será tan funesta para Roma.

ESCENA III

NICOMEDES, LAODICE, FLAMINIUS

NICOMEDES. O Roma concede a sus embajadores amplios poderes, o mucho tardáis vos en llevar a cabo vuestro cometido

FLAMINIUS. Sé mis obligaciones y, si las cumplo o no, es a otros a quien tengo que dar noticia de ello.

NICOMEDES. Marchaos pues, por favor, y dejad a mi cuidado la agradable misión de atender a la princesa; tantos adelantos habéis realizado en su ánimo y vuestras palabras tienen tantos atractivos que me costaría gran trabajo contrarrestar sus efectos.

FLAMINIUS. Las desgracias hacia las que la precipita una indigna amistad son las que me impulsaban a compadecerla y a aconsejarla.

NICOMEDES. Aconsejar caritativamente significa ser un embajador tan blando como piadoso. Señora, ¿cuántos ruines consejos os ha dado?

FLAMINIUS. ¡Ah, ya es demasiado! Os excedéis.

NICOMEDES. ¿Yo me excedo?

FLAMINIUS. Tened presente que no hay país donde la sagrada dignidad de un embajador...

NICOMEDES. No nos alabéis tanto su categoría y su esplendor. Quien hace de consejero ya no actúa como embajador, pues al sobrepasar sus funciones deja de serlo. Pero decidme, señora, ¿ha obtenido adecuada respuesta?

LAODICE. Sí, en efecto.

NICOMEDES. Debéis saber así, que no os tengo más que por el agente de Atala y como a Flaminius; y si mucho me apuráis, quizás añada que como al verdugo de Aníbal, mi maestro. Estos son todos los halagos que de mí obtendréis: marchaos a quejaros al soberano si no os satisfacen.

FLAMINIUS. Obtendré justicia, incluso siendo buen padre, o Roma, si se niega, sabrá hacérsela a él.

NICOMEDES. Id a humillaros ante ambos.

FLAMINIUS. Guardaos, príncipe; los hechos contestarán.

ESCENA IV

NICOMEDES, LAODICE

NICOMEDES. Este aviso sería más adecuado para la reina. Mi generosidad cede al fin ante su cólera: ya la he mantenido bastante en secreto para no descubrir los malvados proyectos de sus crímenes. Pero ya se me ha forzado a darlos a conocer. He hecho que el

soberano oiga a Zenón y a Metrobate y, como lo que le han contado le ha dejado perplejo, él mismo se dispone a investigarlo.

LAODICE. Desconozco, señor, cuál será el resultado; mas no entiendo en manera alguna todo este asunto ni cómo la reina os ha llevado a esta revelación. Ella debe temeros, y cuanto más podéis destruirla por infamia, más se atreve a atacaros como mortal enemiga.

NICOMEDES. Adelantándose a mis quejas, trata con habilidad de hacerlas pasar por resentimientos; la engañosa máscara de su falso atrevimiento nos esconde su temor y encubre su debilidad.

LAODICE. Los secretos de la corte se encuentran frecuentemente tan ocultos que ni los más sabios pueden adivinarlos. Cuando vos no podíais defenderme por hallaros fuera, no tenía necesidad de luchar contra Atala, y Roma no pensaba en interponerse entre nuestro amor; actualmente no se os tiene aquí más que un solo día y en ese mismo, estando vos presente, Roma intenta acelerar mi matrimonio en su favor. Por lo que a mí respecta, no comprendo por qué no esperar a que os hayáis marchado, y estoy inquieta ante esa nube que tengo ante mis ojos y que me impide ver claro. El monarca estima a su esposa y teme a Roma; y, por lo que a vos concierne, si es que no siente celos por vuestros triunfos, al menos no podría ocultaros que es demasiado buen esposo para ser tan buen padre como debería. Pero ¡con cuánta inoportunidad se presenta ahora Atala! ¿Quién le ha llamado? ¿Con qué desasosiego viene? No sé cómo manifestároslo, señor, mas yo impediré sus intentos, si es necesario que me halle presente. De momento voy a dejaros solo.

ESCENA V

NICOMEDES, ATALA, LAODICE

ATALA. Señora, ¿agrio tan agradable plática si me mezclo yo en ella?

LAODICE. Sois inoportuno en extremo, mas no importa; la conversación puede continuar con otro que es como si fuera yo: él sabe por completo los secretos de mi corazón y os contestará por mí como ha hecho con Flaminius por el soberano.

ESCENA VI

NICOMEDES, ATALA

ATALA. Ya que soy la causa de vuestra retirada, señor, mejor será que la imite.

NICOMEDES. De ningún modo. Yo también tengo algo que manifestaros, príncipe. Había dimitido, con carácter de primogénito, de la ventaja de la corona que me pertenece; y deseando defender únicamente lo que aprecio, os he pedido incluso que lo atacarais, sin entremeterme, sobre todo, en vuestros planes, ni en la ayuda del soberano ni en la de los romanos. Sin embargo, o vos no tenéis muy buena memoria o no prestáis atención a lo que se os dice.

ATALA. Señor, vos sois el que me impulsáis a olvidarme de los asuntos, ya que no acabáis de concretar vuestras intenciones. Ciertamente, os despo-

jáis de algunos privilegios de primogenitura, pero ¿renunciáis al amor de la princesa, a todas las virtudes que han provocado su aprecio, a las nobles cualidades que han conquistado a todos, a las tres coronas por vos dominadas, a los triunfos en seis encuentros, a la gloriosa expugnación de cien fortalezas? Con este apoyo no puede para vos existir la duda. Haced que la princesa escoja imparcialmente; no os rodeéis más con la triunfante gloria mediante la cual os coronó la victoria, y haced que pueda, de una vez, olvidar tanto vuestras raras virtudes como vuestras grandes hazañas. De lo contrario, permitid que, para equilibrar la balanza, contra vuestro amor y vuestra valentía entren en el otro platillo Roma y el soberano: con ello sólo se conseguirá un débil contrapeso.

NICOMEDES. Me doy cuenta de que en Roma no habéis perdido el tiempo, pues sabéis defenderos como un cortesano al utilizar estos procedimientos; si os falta valentía, en cambio poseéis ingenio.

ESCENA VII

ARSINOE, NICOMEDES, ATALA, ARASPE

ARASPE. Príncipe, el rey os llama.

NICOMEDES. ¿El soberano requiere mi presencia?

ARSINOE. Príncipe, es muy fácil destruir la calumnia.

NICOMEDES. Señora, no sé por qué decís eso, ya que nunca he puesto en tela de juicio tal verdad.

ARSINOE. Si no la hubierais puesto en tela de juicio, príncipe, no habríais ordenado venir de tan lejos, con ilusorias pretensiones, a Zenón y a Metrobate.

NICOMEDES. Me obstinaba en disimularlo todo, señora; pero vos me habéis obligado a hacerles hablar.

ARSINOE. La verdad les obliga mejor que vuestros pre-

mios. Estos plebeyos guardan mal sus promesas: los dos han descubierto más de lo que se habían propuesto.

NICOMEDES. Lo siento por vos, señora, pero así lo habéis querido.

ARSINOE. Eso es lo que todavía pretendo y únicamente lo siento por ver manchada vuestra virtud y porque es necesario añadir a vuestros honores la noble calidad de malvado sobornador.

NICOMEDES. Según eso, ¿les he sobornado contra vos?

ARSINOE. Lo siento, desde luego; sobre vos caerá la ignominia.

NICOMEDES. ¿Y por ello pensáis que no les darán ningún crédito?

ARSINOE. En modo alguno; me atengo a lo que ellos han manifestado.

NICOMEDES. ¿Qué es lo que han manifestado, que, os complace y pretendéis creer?

ARSINOE. Dos verdades que os llenan de gloria.

NICOMEDES. Si son tan importantes, ¿se pueden saber por vuestros labios?

ARASPE. Señor, el rey se impacienta ante vuestra tardanza.

ARSINOE. El os las explicará, le hacéis aguardar en demasía.

NICOMEDES. Comienzo a ver claro, señora; su amor de esposo, sobreponiéndose al de padre, os hará inocente y a mí culpable. Pero...

ARSINOE. Dos verdades que permitirán que me defienda.

ARASPE. Si son de tanto interés, ¿se pueden saber por vuestra boca?

NICOMEDES. El soberano os las explicará; ya me demoro demasiado.

ESCENA VIII

ARSINOE, ATALA

ARSINOE. Vencemos, Atala; ese gran Nicomedes ya ve el resultado que traen sus maquinaciones. Los dos traidores que él mismo ha hecho comparecer, a los que yo había sobornado para que le asesinaran, seducidos a su vez por él, no han tenido suficiente entereza para continuar en tan turbia trampa. Ambos me han acusado y ambos han confesado la infame y perversa jugada que un príncipe me hacía. ¡Qué firmes son las verdades en presencia de los soberanos! ¡Cómo hallan en seguida salida para escapar de los soberanos! ¡Cómo ante ellos se confunde fácilmente la mentira! Los dos querían mi perdición y los dos le han perdido.

ATALA. Me maravillo al ver que semejante impostura ha dejado más grande y ennoblecida vuestra gloria; pero si pudierais examinarlo un poco desde lejos para reconsiderarlo, no podríais, sin algún miramiento, ser tan crédula para dos perversos. Ambos, con perfidia, han confesado haber sido sobornados por vos y por él: ¿debemos fiarnos de corazones tan malvados contra tantas virtudes y contra tantos triunfos? Quien se manifiesta como traidor es indigno de confianza.

ARSINOE. Sois generoso, Atala, ya lo veo; incluso apreciáis la gloria de vuestros antagonistas.

ATALA. Si soy su contrincante, también soy su hermano; ambos llevamos idéntica sangre y ella clama diciéndome que no es un calumniador.

ARSINOE. ¿Y os resistís menos a considerarme criminal a mí, cuya perdición es segura si no sobreviene la suya?

ATALA. Efectivamente, si necesito hacer un gran esfuerzo para creer a esos dos traidores en cuanto a él se refiere, aún más me costará creerlos cuando es a vos a quien acusan. Señora, vuestra virtud se encuentra por encima de toda sospecha. Permitid, pues, que tenga la suya en algún aprecio: el que por él se siente le acarrea mil envidiosos en la corte, alguno de los cuales ha tratado de perderle ante vos; y ese perverso atentado no es el resultado sino de la envidia, para manchar una vida tan noble. Por lo que a mí respecta, si uno puede ser juez de sí mismo, lo que yo siento en mí lo identifico con él. Lucho abiertamente contra tan noble rival, sin herir su honra ni intentar su perdición. Pido ayuda, pero lo hago a la vista; pienso que él no se comporta con menos generosidad, ya que no tiene otras aspiraciones que aquellas a las que la gloria le impulsa, y no afrenta a las mías sino sus propios merecimientos.

ARSINOE. Poseéis poca experiencia y no conocéis bien a la corte.

ATALA. ¿Acaso no es como príncipe como ha de tratarse al amor?

ARSINOE. Hijo mío, lo tratáis y manifestáis a causa de vuestra juventud.

ATALA. Señora, en Roma únicamente he visto virtudes.

ARSINOE. El tiempo os enseñará cuáles son las virtudes que deben tener en cuenta los monarcas. Entretanto, si el príncipe es vuestro hermano, debéis tener presente que también yo soy vuestra madre; e, incluso con las sospechas que hayáis anidado en vuestro corazón, venid a saber por el propio monarca lo que piensa acerca de ello.

ACTO CUARTO

ESCENA I

PRUSIAS, ARSINOE, ARASPE

PRUSIAS. Id en busca del príncipe, Araspe. *(Se va éste.)* Y vos, señora, dejad de lamentaros, porque me partís el alma. ¿Es preciso que angustiéis mi corazón con vuestras inquietudes cuando podéis lograrlo todo sin necesidad de llorar? ¿Qué necesidad hay de que esas lágrimas emprendan vuestra defensa? ¿Acaso dudo de vuestra inocencia y de su culpabilidad? ¿Advertís algo en mí que os hace creer que me ha sorprendido cuanto él me ha dicho?

ARSINOE. ¡Ah, señor! ¿Puede haber algo que remedie la ofensa hecha en un momento a la inocencia? ¿Se frustrará tan pronto la calumnia que pueda devolver toda su pureza a la virtud? Siempre queda alguna indeseable huella que deja marcada una señal sobre la gloria más sublime. ¿Cuántos murmuradores tenéis en vuestra corte? ¿Cuántos apasionados partidarios del príncipe, cuando se enteren de que he sido calumniada, pensarán que sólo me ha preservado vuestro cariño? Y si permanece la más insignificante huella sobre mi nombre, y si el súbdito más humilde conserva una sospecha, ¿soy merecedora de vos? ¿Representan acaso tan poco tales desasosiegos que no merecen mi llanto?

PRUSIAS. ¡Ah! Demasiados temores son ésos y dema-

siado erróneas estas suposiciones acerca de un esposo que os quiere y que os debe amar. El prestigio es más firme después de la calumnia y brilla tanto mejor cuanto más empeñado tuvo que verse. Pero he aquí a Nicomedes, y yo deseo que hoy...

ESCENA II

PRUSIAS, NICOMEDES, ARSINOE, ARASPE

ARSINOE. ¡Gracia, gracia, señor, para nuestro único amparo! ¡Gracia a tan innumerables triunfos tan productivos en sus manos! ¡Gracia para ese vencedor, para ese conquistador de ciudades! ¡Gracia...!

NICOMEDES. ¿A causa de qué, señora? ¿Es a causa de conquistar tres coronas por lo que mi pérdida expone a vuestro hijo? ¿Por haber extendido vuestro dominio tan lejos, en Asia, hasta el punto de que incluso vuestra Roma os envidia? ¿Por haber sostenido el poder de la realeza? ¿Por haber llenado en demasía vuestra corte con el eco de mis triunfos? ¿Por practicar en exceso las consignas de Aníbal? Si hay necesidad de ello, suplico perdón para mí, escoged entre todos mis crímenes: éstos son todos, señora. Y si a ello sumáis el creer en villanos pagados por otro, poseer un alma franca, una sinceridad completa a la que ha faltado visión para los trucos, se debe ensalzar y no incriminar a quien no ve la luz del día más que en medio de sus tropas, alejado de vuestra corte, que no tiene más valor que el de los que le rodean y que anda sin ningún temor porque no tiene nada que reprocharse.

ARSINOE. Me retracto, señor; no es, en manera alguna, criminal. Si ha deseado mancillarme con eterna vergüenza, ha sido únicamente a causa de la aversión que a todos produce la calidad de madrastra. Espoleado por el rencor, me hace culpable de todas las

afrentas que le alcanzan. Que Aníbal, su maestro, aun garantizándole el derecho de gentes, se lanzara a los extravíos de su pánico terror; que ese anciano confiara el ser libre y honrado más a la desesperación que a la hospitalidad: esos temores y esas cóleras son la consecuencia de mis añagazas. Yo soy también la causante de que a Atala igualmente le atraiga Laodice; yo hago que Roma apoye a éste; de mi mano sale cuanto puede herirle, y, con el fin de vengar a su maestro y salvar a su amada, todo halla justificación en sus celos de amante, hasta el intentar alejarme de vos. Mi alma no está turbada por este ilusorio y débil temor. Toda mi falta consiste en ser vuestra esposa; sólo esta condición es la que le lleva a perseguirme ya que, fuera de esto, ¿qué otra cosa se me puede reprochar? ¿Acaso, en los diez años que manda al ejército, mi voz se ha negado a cantar sus alabanzas? Y cuando ha sido necesario acudir en su auxilio, cuando la menor tardanza podía significar su desaparición, ¿quién, sino yo, ha acelerado la ayuda? ¿Quién le ha amparado, sino yo, de todo mal? ¿Habéis tenido mejor agente para enviarle refuerzos, tanto monetarios como en hombres? Vos conocéis todo esto, señor, y por todo premio, después de haberle servido con toda mi alma, me doy cuenta de que ha querido perderme ante vos. No obstante, todo debe excusarme en un amante celoso, ya os lo he dicho.

PRUSIAS. ¡Ingrato! ¿Qué contestas a todo esto?

NICOMEDES. Que la reina tiene para conmigo tantas amabilidades que me admiro. No he de explicaros que con esa poderosa ayuda mediante la cual he podido conservar mi honra y mi vida y que con tanta brillantez ha expuesto ante vuestros ojos, labraba la gloria de Atala, preparando desde entonces lo que hoy puede verse: pongo por testigo de cualquier sentimiento suyo al cielo, que conoce sus pensamientos; él sabe qué votos ha realizado en mi favor, y quizá

le haga justicia a ella o a los dos. Mientras, ya que las apariencias son tan favorables y ella ha hablado por mí, yo tengo que hablar por ella y en su interés recordaros que retardáis mucho el castigo de dos criminales. Ordenad el suplicio de Metrobate y Zenón. Sus hechos esperan que hagáis justicia: ambos la han acusado, y si bien se han retractado con el fin de que la creáis inocente e inculpar a vuestro hijo, nada han logrado en su descargo y su muerte será bien merecida tras haberse servido de una augusta persona. Una ofensa inferida a los de nuestro rango no puede ser lavada si no es con sangre: nadie se salvó jamás por retirarse del asunto de esta forma. Es necesario que la impostura desaparezca con el suplicio, o arriesgaríais a todos los de vuestra familia a las veleidades de un espíritu infiel. El ejemplo es peligroso y pone en peligro vuestras vidas si calumnias semejantes son salvaguardadas por él.

ARSINOE. ¡Cómo! ¡Llevarlos al tormento, señor, porque la verdad ha aflorado con sinceridad a sus labios descubriendo su estratagema, devolviéndonos a vuestra esposa y salvándome de mi perdición, al tiempo que se detenía vuestra sentencia y todo era mantenido secreto sólo a instancias mías! Eso es ser demasiado astuto, príncipe; bien lo entendéis todo.

PRUSIAS. Deja tranquilo a Metrobate y procura obrar en tu defensa: encuentra una justificación para tu vergonzoso y canallesco delito.

NICOMEDES. ¡Hallar una justificación yo, señor! ¡Ni lo penséis! Sabéis que un hombre de mi linaje ha de comportarse con el mayor orgullo; que hace falta para tentarle un gran crimen, mediante el cual quede a salvo su honor con el poder adquirido. Sublevar a vuestros súbditos y lanzar a vuestras tropas a salvaguardar los intereses de una soberana oprimida; llegar con mano airada, para arrebatárosla a pesar del amor de Atala y del esfuerzo de los romanos, y lanzarme sobre vuestros Estados contra su

tiranía, con todo vuestro ejército y con toda la Armenia, podía ser realizado por un hombre como yo, si se decidiera a traicionar su fidelidad. La mentira es sólo una estratagema para los que poseen un espíritu insignificante y *(señalando a Arsinoe)* eso es precisamente cualidad de mujeres. Ordenad, pues, la ejecución de Zenón y Metrobate; hacerles pagar, señor, por la soberana y por mí, su falta. La justicia así lo manda; todo respeto humano debe cesar para rendir cuentas a los dioses. La insensatez que han mostrado esos hombres al ser conducidos al lugar del suplicio muy bien podría hacer que se retractaran de sus declaraciones.

ARSINOE. Señor...

NICOMEDES. Decid, señora, y mostrad cuál es la causa que hace que tan tercamente os opongáis a su castigo, o dejadnos pensar que teméis que, al borde del suplicio, pudieran sentir unos remordimientos en modo alguno de vuestro agrado.

ARSINOE. Ya advertís hasta qué extremo me es hostil y me desprecio: mientras que yo le disculpo, él echa sobre mí todas las culpas; pero no hay duda, señor, de que mi presencia le encoleriza, y quizás al marcharme se tranquilice; de esta forma se amansará su gran corazón y tal vez le ahorre más de un crimen. No pido que aseguréis vuestra corona para protegerme, ni que para garantizar a la persona de Atala dividáis entre los dos el poder soberano. Si vuestros amigos romanos se han ocupado de ello, ha sido sin que yo se lo pidiera, pues no tengo necesidad. Mi cariño no es tan pequeño que no me permita seguirnos en cuanto dejéis de existir entre mis brazos: mi pena derramará sobre vuestro sepulcro, primero mis lágrimas y, al mismo tiempo, expirará mi vida.

PRUSIAS. ¡Ah, señora!

ARSINOE. Sí, dueño mío, la fatal hora de vuestro último aliento pondrá fin a mi existencia. Y ya que jamás ha de gobernar él sobre mí, ¿por qué he de temerle?

¿Cuál es su poder sobre mí? Todo cuanto solicito en favor de Atala, de ese hijo que está tan oscurecido ya, es que regrese a Roma con objeto de terminar el tiempo que dispusisteis para su educación; que vuelva para soportar, sin riesgo y sin gloria, el recuerdo del impotente cariño que me profesaba. Este príncipe extraordinario es quien os sirve, y os servirá todavía mejor cuando no haya nadie que le ofenda con su presencia. Y no sintáis miedo de Roma ni de su venganza; tiene suficiente fuerza para enfrentarse a su poder; sabe todas las estratagemas del famoso Aníbal, ese caudillo tan fatal para Roma en todos los lugares. Asia y Africa le admiran porque sobrepasa a Antíoco y por las ventajas que reportó a Cartago. Me marcho, pues, para que la inclinación de la sangre sirva como acicate con toda libertad en vuestro favor, y además, no deseo ver por más tiempo que, en vuestra presencia, un príncipe al que aprecio me ofende vergonzosamente, ni sentirme obligada a presenciar vuestra ira contra un hijo tan valiente y tan digno de vos.

ESCENA III

PRUSIAS, NICOMEDES, ARASPE

PRUSIAS. En resumen, Nicomedes, esta pugna me encoleriza. A pesar de lo que te acusa no te considero tan culpable, pero concedamos algo a Roma, que protesta, e intentemos sosegar a la reina, que te teme. Siento aprecio hacia ti y pasión hacia ella y no deseo ver este eterno rencor ni que sentimientos a cuya duración aspiro no sean dueños de mi corazón más que para destruirlo. Deseo concordar el amor y la naturaleza, ser padre y esposo a la vez...

NICOMEDES. Majestad, ¿queréis hacerme caso? No seáis ni lo uno ni lo otro.

PRUSIAS. ¿Qué debo ser, pues?

NICOMEDES. Soberano. Recobrad con orgullo tan noble dignidad. Un verdadero soberano no es esposo ni padre; mira por su trono y nada más. Gobernad, Roma os temerá más de lo que vos la teméis. Aun teniendo un poder tan extenso y tan grande, ya veis cómo me ataca desde ahora y cuánta ganancia espera obtener con mi pérdida, porque se da cuenta de que yo sabría gobernar.

PRUSIAS. ¡Gobernaré, pues, ingrato, ya que tú me lo ordenas! Escoge: o Laodice o mis cuatro reinos. Tu soberano efectúa este reparto entre tu hermano y tú; dejo de ser tu padre, obedece a tu rey.

NICOMEDES. Si fuerais también el soberano de Laodice, os solicitaría la oportunidad de pensarlo para considerar mi elección justamente, pero en fin, para complaceros y sin que esto constituya ofensa para ella, obedeceré, señor, sin replicar a vuestras intenciones, aunque no a vuestras órdenes. Haced recaer sobre ese hermano tan apreciado todos mis derechos y dejad libre a Laodice. Ella es mía.

PRUSIAS. ¿Qué bajeza de espíritu, qué pasión te ciega en favor de una mujer? ¡La prefieres, villano, a los gloriosos triunfos que tu valentía ha logrado, uniendo sus trofeos a la herencia de tus mayores! Tras esta vergüenza, ¿eres digno de seguir viviendo?

NICOMEDES. Creo que es justo seguir vuestro camino. ¿No preferís vos una mujer a ese hijo que ha hecho juntar a los vuestros todos esos Estados?

PRUSIAS. ¿Acaso yo renuncio por ella a la corona?

NICOMEDES. ¿Y acaso renuncio yo por Laodice? ¿Qué es lo que doy a Atala al concederle vuestros dominios? ¿Tengo algún derecho sobre ellos antes de vuestra muerte? Pido perdón por esta palabra que tan penosamente me resulta de pronunciar; pero, al fin, un rey fallece como cualquier otro mortal; y vuestros súbditos, necesitando entonces un soberano, querrán quizás escoger entre ese príncipe y yo. Señor, no nos

parecemos tanto que sea preciso considerarnos con ojos benévolos para darse cuenta de la diferencia; y el antiguo derecho de primogenitura es con frecuencia tan poderoso que llamará con fuerza a un ausente para que el trono sea legalmente ocupado. Si sus sentimientos son regulados por los vuestros, tengo preparados otros bajo el yugo de vuestras leyes, y, aunque los romanos recelaran, yo obraré en mi favor como he obrado en el vuestro.

PRUSIAS. Lo dejaré todo bien dispuesto.

NICOMEDES. Sí, si sus estratagemas *(de Atala y Arsinoe)* logran hacer que sacrifiquéis vuestra propia sangre; si entregáis vuestros dominios a ese príncipe, no permanecerán bajo su mando más que mientras viváis. Os lo digo abiertamente y a él mismo se lo declaro para que esté preparado, pues se halla presente y me está oyendo.

ESCENA IV

PRUSIAS, NICOMEDES, ATALA, FLAMINIUS, ARASPE

FLAMINIUS. Si soy el motivo, señor, de que os halléis irritado, yo no he sido menos ofendido. El Senado, desde luego, se indignará, pero yo tengo algunas amistades que lo conquistarán de nuevo.

PRUSIAS. Le haré justicia, mañana mismo Atala recibirá de mi mano los reales poderes: le concedo el reino del Ponto y le nombro mi único heredero. En cuanto a este rebelde, Roma y vos juzgaréis la ofensa de su orgulloso proceder. Deseo que sea él, en vez de Atala, quien sirva de rehén, y para poder llevarlo mejor os será entregado después de presenciar la coronación de su hermano.

NICOMEDES. ¡Queréis enviarme a Roma!

PRUSIAS. Se te hará justicia. Ve, ve a rogarle a tu amada Laodice.

NICOMEDES. Iré, señor, iré, ya que vos lo deseáis, y seré más soberano de lo que vos lo sois aquí.

FLAMINIUS. Roma está enterada de vuestras proezas y os saludará con gran respeto.

NICOMEDES. De acuerdo, Flaminius, pero todavía no estoy allí. El camino no es seguro y quien tiene que acompañarme podría perderse.

PRUSIAS. Apartadle de mi presencia, Araspe, y redoblad su guardia. *(A Atala.)* Tú da las gracias a Roma y ten presente siempre que, como su poder es el origen del tuyo, si pierdes su protección no serás nada. *(A Flaminius.)* Vos, señor, perdonad si, por encontrarme apenado a causa de algunos problemas que me ha mostrado la reina, voy a confortarla y os dejo con él. Atala, vuelvo a recomendarte que des las gracias a quien te protege.

ESCENA V

FLAMINIUS, ATALA

ATALA. Señor, ¿qué puedo deciros después de haberme otorgado tales gracias que son demasiado grandes incluso para los corazones más ambiciosos? Vuestra influencia no posee fronteras y vuestra estima sobrepasa mi ambición y vuestras promesas. Sin embargo, a pesar de todo, debo ser sincero: el trono de mi padre no supone para mí la felicidad. Lo que deseo con toda mi alma es poseer a Laodice. La condición de monarca, que me hace merecerla...

FLAMINIUS. No hará que cambie su comportamiento respecto a vos.

ATALA. Señor, la ocasión transforma los corazones. Además, ése era el deseo de su padre al morir; por su voluntad la soberana de Armenia está destinada al heredero del rey de Bithinia.

FLAMINIUS. Esto no significa una ley para ella, y, sien-

do soberana, ese deseo, en definitiva, no es más que un capricho suyo. ¿Querrá la magnificencia de un trono que se os otorga a expensas de un príncipe al que quiere, de modo que al caer en vuestras manos, la priváis de un amparo tan apreciado? ¿Creéis que os aceptaría, siendo el único culpable de su caída?

ATALA. No estando presente este príncipe, señor, ¿qué podrá hacer ella? ¿Quién apoyará su causa contra Roma? Porque yo aún confío en que me protejáis.

FLAMINIUS. Los acontecimientos a veces cambian; por no haceros concebir esperanzas, es preferible no contestaros.

ATALA. Señor, eso sería confundirme del todo y convertirme en objeto de compasión como soberano, si el trono me despoja de vuestro aprecio. Pero me intranquilizo demasiado, ya que Roma es perseverante. ¿No os dieron órdenes acerca de ello?

FLAMINIUS. Sí para el príncipe Atala, para un hombre educado en ella desde su infancia; mas para el soberano del Ponto son necesarias nuevas órdenes.

ATALA. ¡Son necesarias nuevas órdenes! ¡Cómo! ¿Es que Roma podría volverse contra la obra de sus manos? ¿Mi nombramiento, apenas iniciado, originará envidiosos?

FLAMINIUS. ¿Qué pensáis, príncipe? ¿Qué queréis decirme?

ATALA. Explicadme vos mismo cómo queréis que comprenda esa inconstancia de vuestra república.

FLAMINIUS. Os lo voy a decir, ya que quiero avisaros, acerca de un peligroso error hacia el que parecéis encaminaros. Roma, que os apoyaba respecto a Laodice, habría realizado una injusticia para concederos su trono: su aprecio hacia vos la inducía a hacerlo; pero se os ha coronado por otros medios, y el cuidado de su reputación la disculpa, en el presente, de llegar por vos a dicha injusticia. Abandonad, pues, esta pretensión y dejadla libre, encaminad hacia otros

caminos vuestros anhelos. Roma misma se preocupará de daros una esposa.

ATALA. ¿Y si Laodice, finalmente, quisiera aceptarme?

FLAMINIUS. Con ello Roma correría el riesgo de que se creyera que fue una injusticia realizada por ella: tal enlace mancharía su reputación. Desechad esta idea, príncipe, si queréis creerme. Si queréis seguir mis consejos, no lo hagáis sin el permiso del Senado.

ATALA. Juzgando por la frialdad que ha sucedido al aprecio, Roma ya no me estima: ella odia a Nicomedes y, al fingir complacer mis anhelos, lo que pretendía era perderle a él y no encumbrarme a mí.

FLAMINIUS. No deseo contestar con demasiada rudeza a esos conatos de ingratitud. Seguid vuestros deseos, ultrajad a vuestros protectores: sois rey y todo se os tolera; pero ya que hoy debía enseñaros que Roma ha hecho de vos lo que vais a ser y que no triunféis sin su apoyo —como vuestro padre os ha manifestado—, os recomiendo que procuréis recordarlo.

ESCENA VI

ATALA. Atala, ¿de este modo gobernaban tus antepasados? ¿Deseas el nombre de soberano para tener tantos dueños? ¡Ah! A este precio no quiero semejante título: si hay necesidad de poseerlo, al menos que sea uno solo. El cielo nos lo ha concedido demasiado grande, demasiado magnánimo, para soportar servir de presa a los romanos; demostrémosles con orgullo que nos hemos dado cuenta y libremos a estas tierras de sumisión tan oprobiosa. Ya que cuanto ellos hacen lo aplican a sus intereses y su quimérica amistad deja paso a su política, mostrémonos nosotros también celosos de su grandeza y obremos en cuanto a nuestros asuntos lo mismo que ellos hacen con los suyos.

ACTO QUINTO

ESCENA I

ARSINOE, ATALA

ARSINOE. Sabía que vendría esta sublevación y no creo que exista ningún error: tan rápidamente como se ha encendido puede ser sofocada, y, si bien puede extenderse amparada en las sombras de la noche, el día disipará las tinieblas. Siento menos inquietud porque la plebe se haya sublevado que por ver tu corazón obstinado en su amor y que, vergonzosamente arrastrado por una pasión vil, no devuelva las ofensas a quien te ha ofendido. Busca la venganza para su ingratitud y abandónala con su crueldad, ahora que la fortuna te ha puesto por encima de ella. Su corona, y no su mirada, debieron atraerte. Vas a gobernar sin ella: ¿para qué desearla ya? Entrega tu corazón a más dulces cadenas. Ya que eres rey, hay en Asia otras reinas que, lejos de hacerte sufrir con su dureza, te ahorrarán el trabajo de ofrecerte.

ATALA. Pero, señora...

ARSINOE. ¡Bien, sea! Estoy conforme con que se te doblegue. ¿Te das cuenta de las desgracias que a causa de ella caerán inmediatamente sobre mí? En cuanto te haya coronado rey de Armenia te alentará a que

compartas el odio que me guarda. Pero ¡oh, dioses! ¿Podrá reducir a él sus deseos de venganza? ¿Dormirás tú seguro en el tálamo nupcial? ¿Alejará ella de su rencor el hierro o el veneno, para vengar a su amante? ¿Qué será lo que no pretenda una mujer encolerizada?

ATALA. ¡Cuántos argumentos falsos para encubrirme la verdad! Roma, a la cual no le satisface un soberano poderoso, ha tenido miedo de Nicomedes e igualmente lo tendrá de mí. No debo aspirar a la mano de una reina si no quiero que se disguste nuestra ama; y ya que airarla equivaldría a perderme, es mejor obedecerla con el fin de que pueda soportarme. He advertido los medios que emplea su prudencia para ir logrando a pasos agigantados el dominio del mundo. En cuanto un Estado consigue demasiado territorio, su desaparición ha de compensar la preocupación que sintió por ello. Apoderarse de otra región o extender el poder sobre demasiados súbditos es ofender a Roma, y su intervención se halla justificada tras el atentado que representa tal delito para su engrandecimiento; ellos, que se consideran los primeros para gobernar a los pueblos, quieren que éstos sean bajo sus órdenes lo que somos nosotros, que sea de tal magnitud el ascendiente sobre todos los soberanos que únicamente un imperio goce de libertad. Sé de sus intenciones, señora, y he presenciado la destrucción de Antíoco y la derrota de Cartago a causa de esa envidia. Dado que temo verme destruido como ellos, consiento en humillarme y en ceder a imperativos contra los que no hay nada que hacer. Y con mayor razón ha de ceder mi impotencia, ya que veo cómo ha sido entregado Nicomedes a su custodia. Tan gran enemigo garantiza mi fidelidad; es como un león preparado para lanzarse sobre mí.

ARSINOE. Sobre este asunto quería, precisamente, pone-

ros en guardia de una manera particular; no obstante, me maravillo de vuestro tacto. Los tiempos podrán variar; mientras, procurad sosegar a esos envidiosos de los que tanto necesitáis.

ESCENA II

FLAMINIUS, ARSINOE, ATALA

ARSINOE. Señor, he obtenido un gran triunfo haciendo que sea capaz de creerme un corazón rendido: he sabido llevarle por la senda del cumplimiento del deber, y el buen sentido ha recobrado su dominio sobre él.

FLAMINIUS. Señora, observad si de la misma forma sois capaz de sosegar al pueblo. El mal se extiende; es el momento de que intervengáis, o cuando intentéis hacerlo, quizá sea demasiado tarde. No creáis que se le puede apaciguar no respondiéndole y dejándole obrar. Antiguamente Roma conoció tales sublevaciones, sin que adoptara jamás vuestro modo de proceder. Cuando era necesario calmar a todo el populacho, el Senado no ahorraba amenazas ni promesas, convocaba, pues, a los revolucionarios, en los montes Quirinal y Aventino; se habría llevado a cabo una horrible matanza si, después de todo esto, impotente ante su furia, le hubiera abandonado al caos, tal como vos parecéis hacer ahora.

ARSINOE. Es inútil deliberar ante semejante ejemplo. Lo que hizo el Senado demuestra cómo se debe obrar, y el rey... Pero aquí viene.

ESCENA III

PRUSIAS, ARSINOE, FLAMINIUS, ATALA

PRUSIAS. No me cabe la menor duda, señor, de dónde procede la sublevación que acaba de estallar: esos revoltosos tienen por guías a los hombres de Laodice.

FLAMINIUS. Ya tenía sospechas de ello.

ATALA. ¡De esta forma han sido premiados vuestros cuidados y atenciones!

FLAMINIUS. Señor, es necesario actuar y, si queréis seguir mi consejo...

ESCENA IV

PRUSIAS, ARSINOE, FLAMINIUS, ATALA, CLEONA

CLEONA. Todo se ha perdido, señora, si no se encuentra inmediatamente la solución. El pueblo entero reclama a grandes gritos a Nicomedes; por otra parte, ha comenzado a hacerse justicia dando muerte a Metrobate y a Zenón.

ARSINOE. No debemos asustarnos porque hayan elegido a sus víctimas. Los crímenes finalizarán con esta sangre; quedarán satisfechos con semejante actuación y creerán que Nicomedes estaba de acuerdo con ellos.

FLAMINIUS. Si la sublevación no tuviera caudillos no sentiría ningún temor, ya que soy de vuestro pare-

cer: el pueblo, al lavarse en sangre, podría calmarse. Sin embargo, un planeado propósito va más allá de las primeras víctimas, continuando siempre hasta lograr lo que pretende. La primera sangre derramada aumenta su cólera. y hace que los corazones se ceben todavía más con ella, extinguiendo cualquier sentimiento de terror o de compasión.

ESCENA V

PRUSIAS, FLAMINIUS, ARSINOE, ATALA, CLEONA, ARASPE

ARASPE. Majestad, cada vez es mayor la afluencia del pueblo; vuestra guardia se dispersa por momentos obedeciendo a las arengas que se oyen desde aquí, y el príncipe no podrá permanecer por mucho tiempo bajo mi vigilancia. No puedo hacerme responsable de su persona.

PRUSIAS. Tornémosle la preciosa dádiva de tan ferviente lealtad. Obedezcamos, señora, a ese pueblo infiel que, harto ya de obedecerme, quiere proclamarle su soberano, y desde el balcón, con el fin de calmar su ira, lancemos su cabeza sobre sus nuevos súbditos.

ATALA. ¡Ah, señor!

PRUSIAS. Así les será devuelto; así debe ser entregado a quien lo reclama.

ATALA. ¡Ah, señor! Tal proceder será perderlo todo y entregar a su cólera cuanto os es más querido. Me atrevo a manifestar que incluso vuestra real persona podrá con trabajo sentirse a salvo.

PRUSIAS. Es preciso, pues, decidirse y entregarles todo cuanto me piden, es decir, Nicomedes junto con mi trono. No tengo otra alternativa y, si él es el más fuerte, yo le debo la muerte o la corona.

FLAMINIUS. Majestad, aun cuando esta sentencia fuera justa, ¿podéis ordenar con pleno derecho la muerte del príncipe? ¿En qué os apoyáis para perderle? Per-

tenece a Roma como rehén y no a vos como hijo: yo tengo que recordarlo mientras su padre lo olvida. Disponer de su persona es atentar contra nosotros; debo dar cuenta de él al Senado y no puedo consentir que muera. Mi embarcación está en el puerto, preparada ya para hacerse a la mar; puede ser conducido hasta allí desde el palacio por un pasadizo secreto: si intentáis perderle aceptad mi dimisión; permitid que a mi vuelta haga saber a todos que Roma posee designios más justos y amables, y no la expongáis a la vergüenza pública de ver sacrificar ante sus propios ojos a sus rehenes.

ARSINOE. Si queréis oírme, majestad, permitid que exponga mi plan. Los dioses me han inspirado un proyecto con el que confío dejar satisfecho a Roma y a vos. Si él está dispuesto para partir, en este instante puede llevarse su presa fácilmente: ese pasadizo secreto obra en nuestro favor. Pero, para lograrlo sin tropiezos, mostraos al pueblo e intentad desairarle con halagos y entretenerlo con vuestras promesas: haced que pierda tiempo mientras se aleje con toda seguridad la embarcación que lleva a Nicomedes. Si consiguen asaltar el palacio y no le encuentran, aparentad sentir su misma perplejidad y confusión; acusaréis a Roma, prometiendo venganza contra el que la haya ayudado, al mismo tiempo que mil obstáculos que podéis preparar vos mismo colaborarán en esta estratagema. Aunque le ciegue la cólera, no intentará nada, pues temerá por su vida al darse cuenta de que sus intentos serán inútiles. Poner en libertad a Nicomedes es muy fácil aquí, y si el pueblo lo consigue, señor, no tendremos más remedio que huir, ya que una vez esté al frente será proclamado soberano, vos lo sabéis.

PRUSIAS. ¡Ah! Confesaré, señora, que los mismos dioses os han inspirado esta estratagema. Señor, ¿se podría encontrar algún plan mejor?

FLAMINIUS. Con ello pondréis a buen recaudo vuestra

vida, vuestro nombre y vuestra libertad; y además Laodice os quedará como prenda; pero quien pierde tiempo ahora pierde todas las ventajas.

PRUSIAS. Es necesario, pues, no perderlo: actuemos.

ARSINOE. Llevad con vos sólo a Araspe y a tres soldados, pues si fueran más es posible que ocultara entre ellos algún traidor. Yo iré a asegurarme de Laodice. Atala, ¿adónde vais?

ATALA. Voy igualmente a distraer por mi parte al pueblo sublevado y a sumar a la vuestra alguna otra añagaza.

ARSINOE. Tened presente que mi suerte y la vuestra es la misma y que son únicamente vuestros intereses los que me hacen arrostrar tantos peligros.

ATALA. Voy a morir, señora, o a libraros de ellos.

ARSINOE. Id, pues; veo que aquí llega la soberana de Armenia.

ESCENA VI

ARSINOE, LAODICE, CLEONA

ARSINOE. ¿Debe permanecer sin castigo el motivo de nuestras desgracias?

LAODICE. No, señora, y por mínima que sea su ambición, yo me hago responsable ahora de su castigo.

ARSINOE. Vos, que conocéis su falta, ordenad que se le imponga la pena correspondiente.

LAODICE. Ya es bastante para una reina el humillarse un poco: es suficiente con no ver cumplidos sus proyectos.

ARSINOE. Exponed que, con el fin de castigar su osadía, es necesario arrebatarle la corona de la frente.

LAODICE. Entre la gente de espíritu elevado es distinto: olvida cuando la ensalzan y le sobra con ver a sus enemigos llenos de confusión.

ARSINOE. ¡Así pues, quien pueda creeros se contentará con facilidad!

LAODICE. Los dioses no han hecho a mi alma más agresiva.

ARSINOE. ¿Llamáis poca fiereza a amotinar a los súbditos contra su rey, armarlos con espadas y antorchas y llevar su agresividad hasta el mismísimo palacio?

LAODICE. Señora, no nos entendemos bien, me doy cuenta de que, lo que yo digo por vos, vos lo referís a mí. No siento temor por lo que a mí respecta; he venido a buscaros para poneros bajo mi amparo, para que Vuestra Majestad, ante la osadía de todo un pueblo encolerizado, no corra ningún peligro. Ordenad que venga el rey y llamad a vuestro Atala para que guarde con ellos la dignidad real; el pueblo enfurecido podría no respetarle debidamente.

ARSINOE. ¿Existirá un orgullo semejante al vuestro? Vos, la única causante de esta sublevación; vos, que sois la verdadera cautiva en este palacio; vos, que sois responsable con vuestra vida de todo lo que semejante crimen atenta contra mi nobleza, vos me increpáis con el mismo orgullo que si yo necesitara pediros ayuda.

LAODICE. Empeñaros en hablarme así, señora, es no querer darse cuenta de que yo soy quien manda aquí y de que, cuando lo desee, moriréis. Y no me achaquéis esta sublevación como un crimen: vuestro pueblo es culpable, y esos clamores de revuelta, entre vuestros súbditos, son otros tantos delitos; pero, por lo que a mí respecta, soy reina, y en nuestras querellas, con el fin de triunfar de vos, he sido el acicate de esta rebeldía, basándome en el derecho de guerra por el que siempre estuvo permitido causar de una sublevación contra los enemigos. Arrebatarme a mi amado fue declararos mi enemiga.

ARSINOE. Sigo manteniendo esta calidad, señora, y, pase lo que pase, si la plebe logra asaltar el palacio, se dará cuenta de vuestra vida, os lo juro.

LAODICE. No cumpliréis vuestro juramento, o toda la sangre de vuestros reyes será sacrificada en holo-

causto. Pero ¿os queda todavía algún otro Metrobate o algún otro Zenón entre los vuestros? ¿No pensáis que quizá todos vuestros fieles estén ya ganados por ocultas maquinaciones? ¿Sabéis de alguien tan dispuesto a perderse a sí mismo, tan cansado de ver la luz del sol, que se halle preparado para obedeceros? De ningún modo quiero reinar sobre vuestro Estado: únicamente deseo que me abráis el camino de Armenia y, para finalizar de una vez con vuestros malestares, que me devolváis a mi amado, al cual retenéis en vano.

ARSINOE. Será necesario que vayáis a buscarlo a la ruta que conduce hacia Roma; Flaminius le acompaña y podrá entregároslo; pero, daos prisa, os lo ruego, y procurad que se reme con rapidez; su galera debe encontrarse ya en mar abierto.

LAODICE. ¡Ah, si fuera verdad!

ARSINOE. No lo pongáis en duda, señora.

LAODICE. Evitad, pues, la cólera que se apodera de mi espíritu; tras el fatal golpe de tan indigna acción ya no puedo sentir respeto ni clemencia. Aún más, permaneceréis aquí como garantía hasta que mi amo obtenga su libertad. Iré hasta Roma para romper sus cadenas. Incluso con todo vuestro ejército unido al mío ya Aníbal creía que era una locura pensar en vencerla fuera de Italia. Deseo que me encuentre en el corazón de sus Estados, sostener mi cólera con un millón de espadas y, humillada su tiranía bajo mi desesperación...

ARSINOE. ¿Deseáis, al fin, reinar en Bithinia? Ciega por la cólera que ahora albergáis, ¿pensáis que el rey dará su aprobación para que gobernéis en su lugar?

LAODICE. Gobernaré, señora, y sin que ello suponga hacerle una injusticia. Ya que el soberano únicamente quiere serlo de nombre, ¿qué puede importarle quién dicte aquí las leyes y si gobernamos por él los romanos o yo? Pero un nuevo rehén viene a mis manos.

ESCENA VII

ARSINOE, LAODICE, ATALA, CLEONA

ARSINOE. Atala, ¿sabéis de qué forma se retiraron?

ATALA. ¡Ah, señora!

ARSINOE. Contad.

ATALA. La cólera de todos los dioses nos ha precipitado a las últimas desgracias. El príncipe se ha escapado.

LAODICE. No temáis ya, señora: la clemencia me invade de nuevo.

ARSINOE. Atala, ¿acaso os gusta atemorizarme?

ATALA. No os ofusquéis hasta el extremo de creerlo así. El desgraciado Araspe le había conducido ya con su pequeña escolta a esa salida secreta por la que había pasado Flaminius, cuando un puñal se clavó en su corazón, derribándole a los pies del príncipe. Araspe pidió auxilio, pero sus soldados, temerosos de que les sucediera lo mismo, huyeron despavoridos.

ARSINOE. ¿Y quién se ha atrevido a apuñalarle?

ATALA. Diez o doce guardianes que parecían vigilar la salida. Y el príncipe...

ARSINOE. ¡Ah, hijo mío, todo está lleno de traidores! ¡Cuán poco fieles a sus soberanos quedan ya! Pero ¿quién os ha comunicado tan gran desastre?

ATALA. Los compañeros de Araspe y éste mismo, antes de expirar. Sin embargo, hay más todavía. Después voló junto a mi padre, el soberano, y ya era tarde: perplejo, se había abandonado a su suerte y había subido a una lancha para intentar unirse a ese romano, cuyo terror quizá no sea menor que el suyo.

ESCENA VIII

PRUSIAS, FLAMINIUS, ARSINOE, LAODICE, ATALA, CLEONA

PRUSIAS. No, no; hemos vuelto uno y otro aquí para defender vuestra honra o morir en vuestra presencia.

ARSINOE. Muramos, señor, muramos, y que nuestras vidas no caigan en poder de la venganza del enemigo; no esperemos sus órdenes y mostrémonos celosos del honor que obtendrían al disponer de nuestras personas.

LAODICE. Tal desesperación, señora, es para tan gran héroe una oferta mucho mayor de la que le hicisteis enviándolo a Roma. Tenéis que conocerlo mejor y, ya que es el dueño de mi corazón, debéis presumir que es digno de mí. Yo no le amaría si no fuera magnánimo, si no supiera cumplir todo lo que de él espero, si no mostrara siempre una nobleza de corazón sin límites. Pero aquí llega: ved si no le conozco bien.

ESCENA IX

PRUSIAS, NICOMEDES, ARSINOE, LAODICE, FLAMINIUS, ATALA, CLEONA

NICOMEDES. Todo está tranquilo, señor: en cuanto descubrieron mi presencia, la plebe sublevada se sosegó.

PRUSIAS. ¡Cómo! ¿Tienes aún la osadía de desafiarme en mi mismo palacio, rebelde?

NICOMEDES. Ese es un título que nunca será adecuado para mí. No vengo aquí a comparecer ante vuestra cólera como un cautivo lleno de orgullo por haber roto sus cadenas: vengo como fiel súbdito a devolveros la paz, turbada con torpeza a causa de otros intereses. No pretendo acusar a Roma del delito: ella sigue las reglas del noble arte del gobierno y su legado no hace otra cosa que cumplir con su deber cuando trata de repartir el poder entre nosotros. Pero no consintáis que os obligue a ello: devolvedme vuestro cariño para que Roma os tema; perdonad al pueblo el ímpetu un tanto exagerado a que le ha conducido su compasión por mi desgracia; tened clemencia con un desafuero que pensó que era necesario y que no ha de producir sino consecuencias favorables. Igualmente vos, señora, perdonadle y dejad que siempre pueda yo agradeceros vuestros favores. Sé los motivos por los que me guardáis rencor: vuestro cariño de madre desea que reine mi hermano; yo mismo contribuiré a ese deseo si consentís que sea elevado al trono por mi mano. Sí, Asia todavía me ofrece campo para mis ambiciones; mis manos están prestas para coronarle en los nuevos dominios que conseguiste: sólo tenéis que ordenarlo, decirme los lugares que son más de vuestro agrado, y yo depositaré a vuestros pies su corona.

ARSINOE. Señor, ¿tenéis necesidad de llevar tan lejos vuestra victoria, de forma que, además de tener mi vida en vuestras manos, queréis igualmente vencer dentro de mi corazón? No tengo ya fuerzas para resistir ante tanta nobleza y estoy impaciente por rendirme. Juntad este triunfo a los de tres coronas, y yo pensaré que he ganado en vos a un segundo hijo.

PRUSIAS. Yo también me rindo, señora, y estoy dispuesto a pensar que mi mayor gloria es la de tener un hijo de esta madera. No obstante, en medio de

todas estas alegrías que al final recibimos, decidnos, príncipe, a quién hemos de agradecerlas.

NICOMEDES. No lo sé, ya que el autor de la hazaña ocultó su rostro; pero me pidió en prenda mi diamante, el cual debe devolvérmelo mañana.

ATALA. ¿Deseáis, señor, recibirlo de mis manos?

NICOMEDES. ¡Ah! Dejadme reconocer toda la vida, por medio de tan digna prenda, que existe verdadera sangre de reyes en mi sangre. Ya no es el ambicioso esclavo de los romanos, es el libertador de la familia. Hermano mío, con mis cadenas habéis roto las demás: las del rey, las de la reina. las de Laodice y las vuestras. Pero ¿por qué ocultaros al salvar a todo el reino?

ATALA. Por contemplar vuestra valentía en todo su esplendor, por verla actuar a ella sola contra nuestra injusticia, sin dejarse influir por este débil servicio, y por vengarme, al fin, en vos y en mí mismo, por si yo hubiera juzgado mal en cuanto me di cuenta. Pero, señora...

ARSINOE. Acabamos: he aquí la estratagema que me anunciasteis en mi favor contra mí misma. *(A Nicomedes.)* Estoy tanto más satisfecha, señor, por cuanto ha sido mi propio hijo el que ha detenido el curso de los desastres que yo provoqué.

NICOMEDES *(A Flaminius).* Señor, todo espíritu generoso debe sentirse regocijado con vuestra amistad; pero nosotros no deseamos esas duras leyes que Roma impone siempre a los monarcas: pedimos que no nos dominéis o el nombre de enemigo será el más suave.

FLAMINIUS *(A Nicomedes).* El Senado decidirá acerca de ello; pero mientras tanto yo os aseguro, príncipe, en su nombre, que a falta de ello gozaréis de su amistad tal como un espíritu tan grande puede esperar y que considerará que es crearse un gran

enemigo si no os recibe como un amigo generosísimo.

PRUSIAS. Reunidos bajo los mejores augurios, prepararemos por nuestra parte para mañana los necesarios sacrificios, y pediremos de los dioses, nuestros dignos soberanos, la amistad de Roma como colmo de felicidad.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

LIBRO CLASICO

TITULOS PUBLICADOS

1. **LA CELESTINA. Fernando de Rojas. (5.ª edición revisada).** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert catedrático.
2. **LA ILIADA. Homero. (7.ª edición revisada).** Edición a cargo de don Julio Pallí Bonet, catedrático.
3. **VIAJE SENTIMENTAL. Laurence Sterne. (2.ª edición revisada).** Edición a cargo del profesor don Francisco Luis Cardona Castro.
4. **ESCENAS MATRITENSES. Ramón de Mesonero Romanos. (2.ª edición).** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.
5. **LA HERMANA SAN SULPICIO. Armando Palacio Valdés. (2.ª edición).** Edición a cargo del profesor don Angel Carmona Rístol.
6. **RIMAS. Gustavo Adolfo Bécquer. (5.ª edición revisada).** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.
7. **MARTIN FIERRO. José Hernández. (3.ª edición revisada).** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.
8. **LA SONATA A KREUTZER. León Tolstoi. (3.ª edición revisada).** Edición a cargo de los profesores doña Angeles Cardona de Gibert y don Rafael Ballester Escalas.
9. **POESIA FEMENINA ESPAÑOLA: 1939-1950. (2.ª edición). Antología de Carmen Conde.**
10. **ANTONIO AZORIN. «Azorín». (3.ª edición revisada). Edición a cargo de don Juan Alcina Franch, catedrático.**
11. **LA ODISEA. Homero. (8.ª edición revisada).** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert catedrático.
12. **TEATRO COMPLETO. Leandro Fernández de Moratín.** Edición a cargo de los profesores doña Angeles Cardona de Gibert y don Enrique Rodríguez Vilanova.
13. **CARTAS MARRUECAS. José Cadalso.** Edición a cargo de los profesores doña Angeles Cardona de Gibert y don Enrique Rodríguez Vilanova.
14. **LOS PAZOS DE ULLOA. Emilia Pardo Bazán** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.
15. **EL ORIGEN DE LAS ESPECIES. Charles Darwin. (4.ª edición revisada)** Edición a cargo de los profesores doña Angeles Cardona de Gibert y don Rafael de Buen Lozano
16. **FAUSTO Y OTROS POEMAS. Estanislao del Campo. (2.ª edición).** Edición a cargo de don Agustín del Saz, catedrático.
17. **POEMA DE MIO CID. (5.ª edición revisada).** Edición a cargo de los profesores doña Angeles Cardona de Gibert y don Joaquín Rafel Fontanals.

18. **TEATRO COMPLETO. Lope de Rueda.** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.

19. **CUENTOS ESCOGIDOS. «Voltaire». (2.ª edición).** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.

20. **LOS HÉROES. Thomas Carlyle.** Edición a cargo del profesor don Francisco Luis Cardona Castro.

21. **AMADÍS DE GAULA. Garci Rodríguez de Montalvo.** Edición a cargo de los profesores doña Angeles Cardona de Gibert y don Joaquín Rafel Fontanals.

22. **LEYENDAS. Gustavo Adolfo Bécquer. (3.ª edición revisada).** Edición a cargo de don Juan Alcina Franch, catedrático.

23. **MARTA Y MARÍA. Armando Palacio Valdés.** Edición a cargo de doña María Martínez del Portal, doctor en Filología Románica.

24. **EL CRITERIO. Jaime Balmes. (3.ª edición).** Edición a cargo del profesor don Antonio Rosell Torrens.

25. **LA GUERRA DE LAS GALIAS. Cayo Julio César. (2.ª edición).** Edición a cargo de los profesores don Julio Pallí Bonet y don Eudaldo Solá Farrés.

26. **TIEMPOS DIFÍCILES. Charles Dickens.** Edición a cargo de la profesora doña María Juana Ribas de Danés.

27. **VIDA. Diego de Torres Villarroel.** Edición a cargo de los profesores doña Angeles Cardona de Gibert y don Francisco Sales Coderch.

28. **PARLAMENTARISMO ESPAÑOL. «Azorín».** Edición a cargo de don Juan Alcina Franch, catedrático.

29. **GOLLERÍAS. Ramón Gómez de la Serna.** Edición a cargo de don Juan Alcina Franch, catedrático.

30. **COMENTARIOS REALES: EL ORIGEN DE LOS INCAS. El Inca Garcilaso de la Vega.** Edición a cargo de la profesora doña María Montserrat Martí Brugueras.

31. **MARÍA. Jorge Isaacs.** Edición a cargo de don Benito Varela Jácome, catedrático.

32. **LA ALEGRÍA DEL CAPITÁN RIBOT. Armando Palacio Valdés.** Edición a cargo de los profesores doña María Martínez del Portal y don Angel Carmona Rístol.

33. **TRAGEDIAS: MEDEA. BACANTES. IFIGENIA EN AULIDE. Eurípides. (2.ª edición revisada).** Edición a cargo de don Julio Pallí Bonet, catedrático.

34. **TEATRO: EL ALCALDE DE ZALAMEA. LA VIDA ES SUEÑO. EL GRAN TEATRO DEL MUNDO. Pedro Calderón de la Barca. (2.ª edición).** Edición a cargo de don Amando Isasi Angulo, catedrático.

35. **VIDA DEL ESCUDERO MARCOS DE OBREGÓN. Vicente Espinel.** Edición a cargo de las profesoras doña Angeles Cardona de Gibert y doña M.ª Juana Ribas de Danés.

36. **LAS DESVENTURAS DEL JOVEN WERTHER. Johann W. von Goethe.** Edición a cargo de don José Miguel Mínguez Sender, doctor en Filología Moderna.

37. **EL LIBRO DEL BUEN AMOR. Arcipreste de Hita. (2.ª edición).** Edición a cargo de los profesores doña Lidia Pons Griera y don Joaquín Rafel Fontanals.

38. **LA DIVINA COMEDIA. Dante Alighieri. (4.ª edición).** Edición a cargo de don Jose Miguel Minguez Sender, doctor en Filología Moderna.

39. **LA GAVIOTA. «Fernán Caballero».** Edición a cargo de doña María Martínez del Portal, doctor en Filología Románica.

40. **LOS CUATRO LIBROS CLASICOS. Confucio. (3.ª edición revisada).** Edición a cargo de la profesora doña María Montserrat Martí Brugueras.

41. **TEATRO ROMANTICO: LA CONJURACIÓN DE VENECIA, DON ALVARO O LA FUERZA DEL SINO, LOS AMANTES DE TERUEL, MACÍAS, TRAIDOR, INCONFESO Y MÁRTIR.** Edición a cargo de don Juan Alcina Franch, catedrático.

42. **COMEDIAS: AULULARIA, RUDENS, ANFITRIÓN. Plauto.** Edición a cargo del profesor don Eudaldo Solá Farrés.

43. **POESIAS SELECTAS. Gertrudis Gómez de Avellaneda.** Edición a cargo de don Benito Varela Jácome. catedrático.

44. **DISCURSO DEL MÉTODO. René Descartes. (3.ª edición revisada).** Edición a cargo de don Juan Carlos García Borrón, catedrático.

45. **LA QUINTA DE PALMIRA, EL CHALET DE LAS ROSAS. Ramón Gómez de la Serna.** Edición a cargo de doña María Martínez del Portal. doctor en Filología Románica.

46. **EL DECAMERÓN. Giovanni Boccaccio. (4.ª edición revisada).** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.

47. **POESIAS COMPLETAS. José de Espronceda. (2.ª edición).** Edición a cargo de don Juan Alcina Franch, catedrático.

48. **ATALA, RENÉ, LOS NATCHEZ. F. R. Chateaubriand.** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert catedrático.

49. **OBRAS ESCOGIDAS. Sor Juana Inés de la Cruz (2.ª edición).** Edición a cargo del profesor don Juan Carlos Merlo.

50. **GUILLERMO TELL, LOS BANDIDOS, INTRIGA Y AMOR, WALLENSTEIN, DON CARLOS. Friedrich von Schiller.** Edición a cargo de don José Miguel Mínguez Sender, doctor en Filología Moderna.

51. **ANTOLOGÍA GENERAL DE LA POESÍA CHILENA: SIGLOS XVI-XX.** Edición a cargo de los profesores doña Lelia Cisternas de Mínguez y don José Miguel Mínguez Sender

52. **ENEIDA. Publio Virgilio Marón. (4.ª edición).** Edición a cargo de doña María del Dulce Nombre Estefanía. catedrático.

53. **LA CHARCA DEL DIABLO «George Sand».** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.

54. **NOVELAS EJEMPLARES. Miguel de Cervantes. 3.ª edición).** Edición a cargo de don Juan Alcina Franch, catedrático.

55. **EL PRÍNCIPE. Nicolás Maquiavelo.** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.

56. **GARGANTÚA Y PANTAGRUEL. François Rabelais.** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.

57. **MORADAS DEL CASTILLO INTERIOR. Santa Teresa de Jesús** Edición a cargo de don Antonio Comas, catedrático de la Universidad de Barcelona.

58. **ELOGIO DE LA LOCURA. Erasmo de Rotterdam.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

59. **FAUSTO. Johann W. von Goethe.** Edición a cargo de don José Miguel Mínguez Sender, doctor en Filología Moderna

60. **TEATRO. «Azorín».** Edición a cargo de doña María Martínez del Portal, doctor en Filología Románica

61. **COMEDIAS: LAS NUBES, LAS RANAS, PLUTO O LA RIQUEZA. Aristófanes.** Edición a cargo de don Julio Pallí Bonet, catedrático

62. **ANTOLOGÍA GENERAL DE LA POESÍA ARGENTINA: SIGLOS XVI-XX.** Edición a cargo de don Agustín del Saz, catedrático.

63. **LOS CUENTOS DE CANTERBURY. Geoffrey Chaucer.** (2.ª edición revisada). Edición a cargo de la profesora doña Caridad Oriol de Bayer.

64. **TEATRO SELECTO: LA VERDAD SOSPECHOSA, LAS PAREDES OYEN, NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA. Juan Ruiz de Alarcón.** Edición a cargo de don Benito Varela Jácome, catedrático.

65. **TEATRO: LAS MUJERES SABIAS, EL AVARO, EL BURGUÉS GENTILHOMBRE, EL ENFERMO IMAGINARIO, LAS PRECIOSAS RIDÍCULAS, TARTUFO, EL MÉDICO A PALOS. «Molière».** Edición a cargo de las profesoras doña Inmaculada Pausas y doña María Juana Ribas.

66. **HISTORIADORES DE INDIAS: ANTILLAS Y TIERRA FIRME.** Edición a cargo de doña Angeles Masiá doctor en Historia.

67. **HERMANN Y DOROTEA, REINEKE EL ZORRO. Johann W. von Goethe.** Edición a cargo de don José Miguel Mínguez Sender. doctor en Filología Moderna.

68. **TEATRO: DON GIL DE LAS CALZAS VERDES, EL CONDENADO POR DESCONFIADO, LA PRUDENCIA EN LA MUJER. «Tirso de Molina».** Edición a cargo de don Amando Isasi Angulo, catedrático.

69. **EL JUGADOR. Fedor Dostoyevski.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

70. **VIDA DE JUAN FACUNDO QUIROGA. Domingo Faustino Sarmiento.** Edición a cargo de don Benito Varela Jácome, catedrático.

71. **ANABASIS. Jenofonte.** Edición a cargo de los profesores don Francisco L. Cardona y don Juan Alcina Rovira.

72. **HISTORIADORES DE INDIAS: AMÉRICA DEL SUR.** Edición a cargo de doña Angeles Masiá doctor en Historia.

73. **EL CORTESANO. Baltasar de Castiglione.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

74. **TEATRO: FUENTEOVEJUNA, EL CABALLERO DE OLMEDO, LA DAMA BOBA, PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA. Lope de Vega.** Edición a cargo de don Amando Isasi Angulo, catedrático.

75. **LOS CAMPESINOS, MI VIDA, LA SALA NÚMERO SEIS. Anton Chéjov.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

76. **EUGENIA GRANDET, CÉSAR BIROTTEAU, LA CASA DE NUCINGEN. Honoré de Balzac.** Edición a cargo de la profesora María Carmen Vila.

77. **SONETOS DEL SIGLO XX: MIGUEL DE UNAMUNO, ANTONIO MACHADO, JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, GERARDO DIEGO.** Edición a cargo de don José Miguel Onrubia de Mendoza, doctor en Filología Románica.

78. **ANTOLOGÍA POÉTICA. Paul Verlaine.** Edición a cargo de don Luis Guarner, catedrático.

79. **EUGENIO ONIEGUIN, EL DESAFÍO, LA HIDALGA CAMPESINA, AZAR DEL JUEGO. A. Pushkin.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

80. **OBRAS COMPLETAS. Gustavo Adolfo Bécquer.** Edición centenario a cargo de los catedráticos doña Angeles Cardona de Gibert y don Juan Alcina Franch.

81. **TEATRO: SALOMÉ, EL ABANICO DE LADY WINDERMERE, UNA MUJER SIN IMPORTANCIA, MARIDO IDEAL, LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO. Oscar Wilde.** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert catedrático.

82. **LA VIDA DE LOS DOCE CÉSARES. Suetonio.** Edición a cargo de los profesores don Francisco L. Cardona Castro y don Juan Alcina Rovira.

83. **POESÍA FEMENINA ESPAÑOLA: 1950-1960.** Antología a cargo de Carmen Conde.

84. **ROBINSON CRUSOE. Daniel Defoe.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

85. **ALMAS MUERTAS. Nicolai Gogol.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

86. **POESÍA LÍRICA. Lope de Vega.** Edición a cargo de don Luis Guarner, catedrático.

87. **HISTORIA DE GIL BLAS DE SANTILLANA. Alain-René Le Sage.** Edición a cargo de don Manuel Ferrer Lluch, catedrático.

88. **TEATRO: EL CABALLERO DE LA MANO DE HIERRO, CLAVIJO, STELLA. Johann W. von Goethe.** Edición a cargo de don José Miguel Mínguez Sender doctor en Filología Moderna.

89. **LA SIRENA NEGRA, INSOLACIÓN. Emilia Pardo Bazán.** Edición a cargo de don José Onrubia de Mendoza, doctor en Filología Románica.

90. **EL VICARIO DE WAKERFIELD. Oliver Goldsmith.** Edición a cargo de la profesora doña Caridad Oriol de Baver.

91. **EL ASNO DE ORO. Apuleyo.** Edición a cargo del profesor don Vicente López Soto.

92. **ANTOLOGÍA DEL CUENTO CHILENO.** Edición a cargo de don José Miguel Mínguez Sender, doctor en Filología Moderna.

93. **EL ÚLTIMO MOHICANO. J. Fenimore Cooper.** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.

94. **LAZARILLO DE TORMES. (3.ª edición revisada).** Edición a cargo de don Amando Isasi Angulo, catedrático.

95. **CUENTOS COMPLETOS. Nicolai Gogol.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

96. **DON QUIJOTE DE LA MANCHA. Miguel de Cervantes. (2.ª edición).** Edición a cargo de don Juan Alcina Franch, catedrático.

97. **LA POSADERA, EL REGAÑÓN BENÉFICO, LA FAMILIA DEL ANTICUARIO. Carlo Goldoni.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

98. **TRECE AUTOS SACRAMENTALES.** Edición a cargo de don José Onrubia de Mendoza, doctor en Filología Románica.

99. **EMILIO. Jean-Jacques Rousseau.** Edición a cargo de los profesores doña Angeles Cardona de Gibert y don Agustín González.

100. **OBRA POÉTICA. Rosalía de Castro. (Bilingüe).** Edición a cargo de don Benito Varela Jácome catedrático.

101. **LAS METAMORFOSIS. Ovidio.** Edición a cargo del profesor don Vicente López Soto.

102. **TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVIII.** Edición a cargo de don Jerry L. Johnson, catedrático de la Universidad de Virginia (Estados Unidos).

103. **DIALOGO DE LA LENGUA. Juan de Valdés** Edición a cargo de don Antonio Comas, catedrático de la Universidad de Barcelona.

104. **LOS MAIAS. Eça de Queiroz.** Edición a cargo de don Manuel Ferrer Lluch, catedrático.

105. **DON JUAN. EVOLUCIÓN DRAMÁTICA DEL MITO.** Edición a cargo de don Amando Isasi Angulo catedrático

106. **CUENTOS COMPLETOS. Oscar Wilde** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca

107. **ARTÍCULOS DE COSTUMBRES. Mariano José de Larra.** Edición a cargo de don Jerry L. Johnson, catedrático de la Universidad de Virginia (EE. UU.).

108. **GUZMÁN DE ALFARACHE. Mateo Alemán.** Edición a cargo de don José Onrubia de Mendoza, doctor en Filología Románica

109. **TEATRO: OLIVERIO CROMWELL. HERNANI, EL REY SE DIVIERTE. Víctor Hugo.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

110. **ANTOLOGÍA GENERAL DE LA POESÍA MEXICANA: SIGLOS XVI-XX.** Edición a cargo de don Agustín del Saz catedrático

111. **EL SATIRICÓN. Petronio.** Edición a cargo del profesor don Juan Alcina Rovira

112. **EL CONDE LUCANOR y otros cuentos medievales.** Edición a cargo de don Juan Alcina Franch catedrático

113. **TEATRO: LOS TEJEDORES. LA ASUNCIÓN DE HANNELE, ROSE BERND, LAS RATAS, ANTES DEL ANOCHECER. Gerhart Hauptmann.** Edición a cargo de don José Miguel Mínguez Sender, doctor en Filología Moderna

114. **LAS FLORES DEL MAL. LOS PARAÍSOS ARTIFICIALES. EL «SPLEEN» DE PARÍS. Charles Baudelaire.** Edición a cargo de don Luis Guarner, catedrático.

115. **NOVELAS CORTAS. Carlos León.** Edición a cargo de don José Miguel Mínguez Sender doctor en Filología Moderna.

116. **UTOPÍA. Tomás Moro.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

117. **NOVELAS COMPLETAS. María de Zayas.** Edición a cargo de doña María Martínez de Portal, doctora en Filología Románica.

118. **TEATRO: EL BARBERO DE SEVILLA, EL CASAMIENTO DE FÍGARO, LA MADRE CULPABLE. Beaumarchais.** Edición a cargo de doña Angeles Cardona de Gibert, catedrático.

119. **LOS PAPELES PÓSTUMOS DEL CLUB PICKWICK. Charles Dickens** Edición a cargo de don Manuel Ferrer Lluch, catedrático.

120. **PÁGINAS ESCOGIDAS. José Martí.** Edición a cargo de don Benito Varela Jácome, catedrático.

121. **TEATRO COMPLETO. Sófocles.** Edición a cargo de don Julio Pallí Bonet, catedrático.

122. **ANTOLOGÍA GENERAL DE LA POESÍA PANAMEÑA: SIGLOS XIX-XX.** Edición a cargo de don Agustín del Saz, catedrático.

123. **TEATRO: MELITA, EL CID, HORACIO, NICOMEDES. Pierre Corneille.** Edición a cargo de la profesora doña Teresa Suero Roca.

124. **DIÁLOGOS: APOLOGÍA, CRITÓN, LAQUES, FEDÓN. Platón.** Edición a cargo de los profesores doña M.ª Juana Ribas de Danés y don Agustín González Gallego.

CLASICO: Dícese del autor o de la obra que se tiene por modelo digno de imitación en cualquier literatura o arte.

(Diccionario de la Real Academia Española)

Nuestra colección Libro Clásico pone al alcance de todo lector de lengua castellana las grandes obras de la literatura universal, los autores eternos, los modelos que no han perdido ni perderán vigencia.

Ediciones cuidadosamente preparadas por un equipo de catedráticos y especialistas. Textos útiles al estudioso y gratos al amante del libro de calidad.

IMPRESCINDIBLES EN SU BIBLIOTECA

80 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Barcelona - Bogotá - Buenos Aires - Caracas - México

Impreso en España - Printed in Spain

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
OMNIUM ALTIOR ESTO SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO